
LA
CAUTIVA
del asesino
EL SINDICATO DE ROMA
LEONA WHITE

LA CAUTIVA DEL ASESINO

LEONA WHITE

Copyright © 2025 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo || La cautiva del asesino

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Sinopsis

1. Lorenzo
2. Serena
3. Lorenzo
4. Serena
5. Lorenzo
6. Serena
7. Lorenzo
8. Serena
9. Lorenzo
10. Serena
11. Lorenzo
12. Serena
13. Lorenzo
14. Serena
15. Lorenzo
16. Serena
17. Lorenzo
18. Serena
19. Lorenzo
20. Serena
21. Lorenzo
22. Serena
23. Lorenzo
24. Serena
25. Serena
26. Lorenzo
27. Serena
28. Lorenzo
29. Serena

30. Lorenzo
31. Serena
32. Lorenzo
33. Epílogo

SINOPSIS

Lo enviaron para eliminarme…
pero le miré a los ojos y vi mi propia ruina.

Lo llaman el Devorador de Pecados.
El fantasma del Sindicato Roma. Una leyenda de sangre.
Mata como un dios, pero sangra como un hombre.

Yo era una amenaza. Un nombre en una lista.
Entonces, ¿por qué me tocó como si yo importara?

Una noche lo hizo añicos todo…
mi control, mi lógica, mis muros cuidadosamente construidos.

Hui. Me estrellé. Casi muero.
Y conmigo, el mundo de la mafia se resquebrajó.

Resulta que no soy solo una abogada.
Soy sangre Costa; el secreto más peligroso de Roma.

Ahora todas las familias mafiosas me quieren…
para pedir un rescate por mí, reclutarme o destruirme.

Y el asesino que debía acabar conmigo…
es el único que me mantiene con vida.

Dice que me protegerá.
Pero tiene un precio…
mi obediencia, mi silencio, mi alma.

No solo quiere lealtad.
Me quiere a mí. Por completo.

Si me enamoro de él, lo perderé todo.
Si me resisto, podría perder aún más.

Debería odiarlo. Debería temerle.
Pero ahora cada aliento que tomo sabe a él.

Y cuando las calles exijan un sacrificio…
¿desafiará su juramento por mí… o me enterrará con él?

Nota de la autora:
¿Buscas un romance que te agarre por el cuello y no te suelte?

La cautiva del asesino es una **montaña rusa oscura y explosiva** llena de **deseo prohibido, secretos peligrosos y un asesino que nunca aprendió a compartir.**

Si te mueres por los **antihéroes posesivos, la química explosiva y las heroínas que devuelven los golpes**, este libro es para ti.
Alto voltaje. Sin continuará. Siempre con un final feliz retorcido.

1

LORENZO

—Va a morir, Lorenzo... —Emilio Costa desliza la carpeta de cartón sobre su escritorio de caoba con una indiferencia despreocupada, como si estuviera pidiendo un café o enseñando la foto de un viejo amigo—. Pero no hasta que nos cuente todo lo que sabe.

Cojo la carpeta sin abrirla, sintiendo el grosor de la información acumulada. Veinte años recibiendo órdenes del don me han enseñado que los expedientes voluminosos suelen significar asesinatos complejos. Este promete complicaciones.

—Serena Barone —continúa Emilio, acomodándose de nuevo en su sillón de cuero—. Tiene veintiocho años. Es una fiscal que se especializa en delitos financieros y corrupción organizada. Ha estado montando casos contra nuestras galerías de arte, nuestras tapaderas legales, trabajando con discreción. Podría desmantelar todo lo que tenemos.

Abro la carpeta y me encuentro mirando las fotografías de una mujer con pómulos marcados y ojos oscuros que parecen desafiar a la cámara. Lleva el pelo negro recogido en un severo moño y viste un traje de chaqueta gris marengo que apesta a autoridad y control. Es guapa, pero de una forma que cortaría a un hombre que intentara tocarla sin permiso.

—Está atando cabos que nunca debieron ser conectados —dice Emilio, mientras se gira para servirse un whisky de la licorera de cristal que tiene en la mesa auxiliar—. Sus estrategias legales apuntan a nuestra red financiera con precisión quirúrgica. Alguien le está pasando información y quiero saber quién antes de que apague usted la llama. ¿Entendido?

Paso la página, estudiando más fotografías de Serena saliendo de su apartamento cerca del Foro Romano, entrando en el juzgado, reuniéndose con colegas en asépticas salas de reuniones. Alguien la ha estado vigilando durante semanas, documentando sus rutinas con la minuciosidad de un depredador que estudia a su presa.

—Su trabajo está bajo secreto de sumario —continúa Emilio, volviendo a su escritorio con el líquido ambarino reflejando la luz de la lámpara—. Órdenes judiciales, fuentes confidenciales, todo el aparato de protección legal. Pero la protección tiene límites. Al final, todo el mundo acaba hablando.

Las fotografías muestran a una mujer que se mueve por su mundo con confianza, que no mira por encima del hombro ni varía sus rutinas. Cree en el sistema que la protege, confía en los muros que separan su mundo civilizado del mío. Su ingenuidad sería encantadora si no fuera tan peligrosa para las mujeres como ella.

—¿Qué necesita saber? —pregunto, aunque ya entiendo la naturaleza de este encargo.

Los dedos de Emilio tamborilean sobre su escritorio, un ritmo que he aprendido a reconocer a lo largo de los años. Cuando el don piensa, todo el mundo espera. —Todo... Cuánto tiene, quién le pasa información, qué piensa hacer con ella. Quiero conocer cada fuente, cada testigo, cada prueba que haya reunido. Quiero saber quién más sabe lo que ella sabe, porque todos tienen que caer. No podemos dejar a ninguno en pie o la cabeza volverá a crecer.

Da un sorbo lento a su whisky, saboreando su ardor. —Luego muere. La orden de ejecución es oficial, pero primero consiga la información. La eliminación es lo segundo.

Cierro la carpeta y le sostengo la mirada. —¿Y el plazo?

—Mañana por la noche estará en la Ópera de Roma. *La traviata*. Tiene abono de temporada. Patio de butacas, fila siete. —Es

escalofriante lo bien que conoce este escenario, y eso que lleva años sin pisar la calle—. Va sola, llega temprano, se queda durante toda la representación. —Su sonrisa no tiene nada de cálida.

Asiento mientras mis ojos siguen captando más detalles de su expediente. Serena Barone es un animal de costumbres, lo que la hace predecible. Y lo predecible la hace vulnerable. Va a la ópera una vez al mes, siempre en el mismo asiento, siempre sola. Bebe vino blanco durante el intermedio y lee las notas del programa con concentración, como alguien a quien de verdad le importa el arte.

—Es cuidadosa —digo, porque Emilio espera una evaluación, no una obediencia ciega—. No lo suficiente. —Resoplo y lo observo caminar hacia la caja que hay sobre la repisa de la chimenea al otro lado de la habitación. Saca un puro, corta la punta sobre el hogar, lo enciende y vuelve hacia mí.

Regresa a su sillón, se acomoda en el cuero y dice: —Es inteligente, eso se lo concedo. Pero la inteligencia sin paranoia es un defecto fatal en nuestro mundo.

—¿Cómo debo acercarme? —pregunto, cerrando la carpeta de golpe y dejándola caer sobre su mesa.

—Sedúzcala. Usted da el pego cuando es necesario. Sea el tipo de hombre en el que ella se fijaría, el tipo de hombre en el que confiaría. —La sonrisa de Emilio se vuelve depredadora—. Está sola, lo admita o no. Las mujeres inteligentes siempre lo están. Préstele atención, hágala sentir especial. Una vez que tenga su confianza, quedarse a solas con ella será sencillo.

—¿Así que, con discreción?

—Sí. No queremos una escena. Nadie puede relacionar su secuestro con nosotros. Si lo hacen, todo esto estallará. Por eso lo abordará usted desde la perspectiva de un hombre curioso y que se siente atraído. —Sus ojos se clavan en mí mientras el plan se forma en mi mente.

Mañana por la noche estaré en la ópera, vestido para la ocasión, armado con los conocimientos culturales suficientes para parecer auténtico. Planearé un encuentro que parezca accidental, me presentaré como alguien que merece su tiempo. Serena Barone verá lo que quiere ver: un hombre culto que aprecia el arte, que la

encuentra interesante, por quien podría valer la pena el riesgo de bajar la guardia.

—No se quebrará fácilmente —observo, porque la mujer de estas fotografías no parece alguien que se desmorone bajo presión.

—Al final, todos se quiebran. —La voz de Emilio transmite la autoridad de la experiencia—. Dolor, miedo, aislamiento… encuentre la combinación adecuada y hasta el más fuerte se romperá. Pero no va a empezar con dolor. Va a empezar con seducción.

Es un nuevo enfoque. He matado a hombres con mis manos, he acabado con vidas con balas, cuchillos y venenos silenciosos. Pero este encargo requiere herramientas diferentes: conversación, atención, la cuidadosa construcción de una confianza que pueda ser explotada. Es un juego más largo de lo que suelo jugar, pero no por ello menos letal.

—¿Plazo para la extracción? —pregunto.

—Una semana. Quizá dos si es especialmente terca. Pero no más. —Emilio se remueve en su asiento, desviando la mirada hacia la ventana, donde las luces de Roma parpadean en la distancia—. Las familias están observando. Saben que están ocurriendo cosas, aunque no sepan el qué. No podemos permitirnos parecer débiles dejando que una fiscal actúe con libertad.

Da una larga calada a su puro, observándome mientras habla. —Serena Barone ha elegido su bando. Le ha declarado la guerra a todo lo que hemos construido, a todo lo que hemos protegido. Eso la convierte en una enemiga, y los enemigos no tienen segundas oportunidades.

—¿Y sus antecedentes? —pregunto, aunque ya he empezado mi propia investigación—. ¿Familia, contactos, vulnerabilidades?

—Adoptada. Criada por académicos. Sin hermanos, sin enredos románticos que conozcamos. Ha construido su vida en torno a su trabajo, lo que la aísla. Y el aislamiento la hace anhelar una conexión, aunque no se dé cuenta.

El perfil se va construyendo en mi mente. Serena Barone es una mujer que se ha definido a sí misma a través de sus logros, que ha cambiado las relaciones personales por el éxito profesional. Tiene un hambre de conexión que no sabe nombrar, vulnerable al tipo de

atención adecuado por parte del tipo de hombre adecuado. Mañana por la noche, en la ópera, conocerá a alguien que parece entenderla, que aprecia su inteligencia y no se siente amenazado por su fortaleza.

Nunca sospechará que su pareja perfecta es su verdugo.

Hojeo más fotografías, estudiando los detalles que me ayudarán a convertirme en quien ella necesite que sea. Serena entrando en una pequeña cafetería cerca del juzgado, pidiendo el mismo expreso cada mañana a las ocho y cuarto. Serena en el gimnasio de su barrio, corriendo en la cinta intentando dejar atrás sus pensamientos. Serena en el mercado, eligiendo demasiada verdura para alguien que vive sola y cocina para una.

Cierro la carpeta, sintiendo la responsabilidad de lo que se me ha pedido. Seducir a Serena Barone no consiste en extraer información; se trata de identificar y eliminar una red de enemigos que han estado trabajando en la sombra, construyendo su caso con paciencia.

—La ópera mañana por la noche —digo, planeando ya el acercamiento—. Estará relajada, con la guardia baja. El arte vuelve a la gente vulnerable, la abre a la conexión.

Emilio asiente, la decisión está tomada, el rumbo fijado. —Hágala sentir especial, Lorenzo. Hágala sentir que ha encontrado a alguien que la ve como realmente es. Y entonces, cuando confíe en usted por completo, quítele todo lo que sabe y mándela a reunirse con su creador.

Me pongo de pie, con la carpeta en la mano, y la responsabilidad del destino de Serena Barone se asienta en mi pecho. Otro encargo, otro objetivo, otro problema que resolver con una violencia cuidadosamente aplicada. El trabajo me resulta familiar, aunque los métodos sean diferentes. Para el final de la semana, me habrá contado todo lo que sabe sobre las vulnerabilidades del sindicato Costa, y luego desaparecerá en el tipo de tumba que nunca se encuentra.

—Considérelo hecho —digo, dirigiéndome hacia la puerta.

—Lorenzo. —La voz de Emilio me detiene en el umbral—. Es una mujer que se ha pasado la vida creyendo en la justicia, en el poder

de la ley para proteger al inocente. Esa creencia la hace peligrosa, pero también vulnerable. Use su idealismo en su contra. Hágale pensar que ha encontrado a alguien que comparte sus principios.

Me vuelvo, encontrándome con sus ojos una última vez. —Ni se lo imaginará.

—No —asiente, alzando su copa en un brindis por los muertos—. No lo hará.

El paseo por los pasillos de la finca se siente diferente esta noche, cargado con la electricidad de la violencia inminente. Los retratos de los muertos parecen observar con aprobación, sus ojos siguiendo mi avance por unos salones que han sido testigos de incontables decisiones sobre la vida y la muerte. La familia Costa ha sobrevivido durante generaciones tomando decisiones difíciles, eliminando amenazas antes de que pudieran hacer metástasis y convertirse en peligros existenciales.

Serena Barone se ha convertido en una de esas amenazas y, mañana por la noche, comienza su eliminación.

Llego a mi coche, una berlina negra que se funde en el tráfico de Roma con un anonimato anodino. La carpeta descansa en el asiento del copiloto mientras conduzco por las colinas hacia la ciudad, su contenido ardiendo con la promesa de la violencia venidera. Para cuando llego a mi apartamento, ya he comenzado la transformación de Lorenzo el asesino a Lorenzo el caballero, el tipo de hombre que llamaría la atención de una fiscal en la ópera.

La preparación llevará horas. Ropa nueva, nueva identidad, nueva personalidad cuidadosamente construida para atraer a una mujer que ha pasado su vida rodeada de corrupción y violencia, pero que nunca ha sido tocada por ninguna de las dos. Ella verá lo que quiere ver: un hombre culto que aprecia el arte, que encuentra su inteligencia atractiva, por quien podría valer la pena el riesgo de bajar la guardia.

Nunca sospechará que su pareja perfecta es su verdugo.

Aparco en el garaje subterráneo de mi edificio y subo por las escaleras hasta el tercer piso donde mi apartamento me espera en la oscuridad. El espacio está amueblado de forma espartana, más funcional que cómodo. Los libros se alinean en las paredes; no

porque me encante la literatura, sino porque se supone que los hombres cultos poseen libros. El arte cubre las paredes; no porque aprecie la belleza, sino porque se supone que las almas sensibles se rodean de creatividad.

Todo en mi vida es una construcción, una cuidadosa fachada diseñada para servir a cualquier propósito que requiera el trabajo. Mañana por la noche, me convertiré en alguien de quien Serena Barone podría enamorarse, alguien que podría ganarse su confianza y explotar su soledad. Seré encantador, inteligente, ligeramente misterioso. Haré las preguntas adecuadas, las observaciones correctas, me presentaré como la respuesta a necesidades que ella ni siquiera sabe que tiene.

El proceso de transformación es metódico, automático. Elijo un traje gris marengo y una corbata que sugieren sofisticación sin pretensiones. Elijo una colonia que susurra en lugar de gritar, unos zapatos caros pero no llamativos. Cada detalle está calculado para crear la impresión de un hombre que vale la pena conocer, en quien vale la pena confiar, a quien vale la pena amar.

Para cuando termino, Lorenzo el asesino ha desaparecido, reemplazado por alguien que podría moverse por el mundo de Serena sin levantar sospechas. Me estudio en el espejo, no viendo al hombre que ha matado a docenas de enemigos, sino al hombre que seducirá a una brillante fiscal para que revele todo lo que sabe antes de morir.

Mañana por la noche, la ópera estará llena de gente que cree en la civilización, que confía en el poder del arte y la cultura para elevar el espíritu humano. Se sentarán en sus caros asientos, se perderán en la música y el drama, sin sospechar nunca que la muerte camina entre ellos con un traje a medida y zapatos caros.

Serena Barone será una de ellos, vulnerable e incauta, lista para ser encantada por un extraño que parece entender su pasión por la justicia. Verá bondad donde hay cálculo, sinceridad donde hay manipulación, amor donde solo existe la fría promesa de la eliminación.

La ironía es exquisita. Se ha pasado la carrera cazando monstruos, sin darse cuenta de que el mayor monstruo de todos

llegaría a ella disfrazado de salvación. Mañana por la noche, en la ópera, el depredador y la presa se encontrarán. Y solo uno de nosotros saldrá de allí con vida.

2

SERENA

Se alza el telón de terciopelo para el primer acto de *La Traviata* y me dejo hundir en la mullida butaca roja, mientras mis hombros por fin liberan la tensión que han acumulado durante toda la semana. El Teatro de la Ópera de Roma contiene el aliento mientras la voz de Rosaria se eleva por el teatro dorado, cada nota un respiro temporal de los documentos sellados y las declaraciones de testigos que han consumido mis últimas setenta y dos horas.

He elegido la sección central deliberadamente: lo bastante cerca para ver la emoción en los rostros de los artistas, lo bastante lejos para evitar a la gente de la alta sociedad que frecuenta las primeras filas. Mi vestido negro es sencillo, discreto, del tipo que no llama la atención cuando me escabullo antes de la reverencia final. Esta noche no se trata de hacer contactos ni de dejarse ver. Esta noche va de silencio, de música y de dejar que mi mente se reinicie antes de la vista de mañana.

El aria va *in crescendo* y cierro los ojos, dejando que la tragedia de Violetta me inunde. En la oscuridad tras mis párpados, casi puedo olvidarme del soplo anónimo que llegó ayer, el que sugería corrupción en el mismo sistema judicial que he pasado mi carrera luchando por sanear. Casi puedo olvidarme de la sensación de que alguien ha estado vigilando el edificio de mi despacho, la impresión

de que mis casos, tan cuidadosamente construidos, están siendo vigilados por gente que no debería saber que existen.

Casi.

Cuando se encienden las luces para el intermedio, parpadeo ante el repentino resplandor. El público se remueve, las conversaciones florecen por todo el teatro mientras la gente se estira y se dirige hacia el vestíbulo. Yo permanezco sentada, comprobando si tengo algún mensaje urgente de mi asistente en el móvil, pero no hay nada que no pueda esperar hasta mañana por la mañana.

—Ha elegido usted bien.

La suave voz procede de mi derecha y me vuelvo para encontrar a un hombre en el asiento de al lado, un asiento que estaba vacío cuando llegué. Es alto incluso sentado, de hombros anchos que rellenan su traje oscuro. Lleva la barba pulcramente recortada y sus ojos color avellana sostienen los míos con una intensidad que me acelera el pulso.

—¿Disculpe? —mantengo la voz neutra, profesional.

—La sección central. La mejor acústica de la sala —señala hacia el escenario—. La mayoría de la gente no se da cuenta de que el sonido se propaga de forma diferente desde aquí que desde los asientos caros.

Estudio su cara, buscando reconocerlo. Me resulta familiar de la forma en que Roma hace que todo el mundo parezca familiar: el tipo de rostro con el que podrías haberte cruzado por la calle o haberlo visto en una cafetería. Pero hay algo en su porte, en la quietud controlada de su postura, que sugiere que no es alguien que hubiese olvidado haber conocido.

—Parece que se conoce bien los teatros de ópera —digo.

—Me conozco bien muchas cosas —su sonrisa es breve, casi enigmática—. Incluido su trabajo, señorita Barone.

El uso de mi apellido me provoca un escalofrío por la espalda. No me he presentado. Mi entrada fue comprada por internet, mi asiento asignado al azar. No hay ninguna razón por la que deba saber quién soy, a menos que haya venido aquí específicamente para encontrarme.

—Me temo que me lleva usted ventaja —digo, girándome para mirarlo de frente—. Usted sabe quién soy, pero no creo que nos hayamos presentado.

—No, no lo hemos hecho —no ofrece su nombre, y algo en su tono sugiere que no lo hará—. Pero sigo su trabajo. La unidad de delitos financieros, sus casos contra el consorcio bancario el año pasado. Impresionante.

Siento que mis hombros se tensan de nuevo. Mi trabajo no es del tipo que genera titulares o reconocimiento público. Los casos que preparo son metódicos, cuidadosos, diseñados para permanecer fuera de la prensa hasta el momento en que necesitan salir a la luz. Para que alguien conozca los detalles de mis casos, necesitaría acceso a información que no es de dominio público.

—Gracias —digo con cautela—. Aunque he de admitir que a la mayoría de la gente el derecho penal económico le resulta bastante árido.

—No cuando se hace con su particular habilidad —se inclina ligeramente, y percibo el aroma de una colonia cara mezclado con algo más oscuro—. Tiene usted un talento para encontrar patrones que otros pasan por alto. Para atar cabos que parecen inconexos.

El cumplido debería halagarme, pero en su lugar despierta todos los instintos que he desarrollado a lo largo de años procesando a gente peligrosa. Este hombre sabe demasiado, habla con demasiada cautela, me observa con el tipo de atención que sugiere que está catalogando cada una de mis reacciones.

—¿Se dedica usted al derecho? —pregunto.

—Por así decirlo —su respuesta no revela nada—. Siento curiosidad por sus proyectos actuales. Se dice que está trabajando en algo importante.

Suenan los timbres del vestíbulo, señalando el final del intermedio. A nuestro alrededor, los espectadores comienzan a regresar a sus asientos, el suave murmullo de la conversación se desvanece a medida que la gente se acomoda para el segundo acto. Aprovecho la distracción para sopesar mis opciones.

Podría excusarme, decir que necesito irme antes, desaparecer entre la multitud. Pero huir confirmaría que tengo algo que ocultar,

algo que merece la pena perseguir. Y este hombre, sea quien sea, ya ha demostrado que sabe dónde encontrarme.

Mejor quedarse, escuchar, intentar entender qué es lo que quiere.

—Me temo que no puedo hablar de casos en curso —digo mientras las luces empiezan a atenuarse—. Ética profesional.

—Por supuesto —mira hacia el frente mientras el telón se alza de nuevo, pero puedo sentir su presencia a mi lado, la forma en la que parece llenar el espacio entre nosotros—. Aunque imagino que el trabajo puede ser solitario. Todas esas noches hasta tarde, toda esa investigación. Debe de ser difícil saber en quién confiar.

Las palabras podrían ser una muestra de preocupación inocente, pero aterrizan con un filo que me oprime el pecho. No se equivoca: cuanto más hondo escarbo en los bajos fondos financieros de Roma, más sola me siento. Más me pregunto cuál de mis colegas podría estar comprado, qué jueces podrían estar influenciados, qué casos podrían estar siendo vigilados por gente que no tiene por qué saber de ellos.

—Me las arreglo —digo.

—Estoy seguro de que sí —se queda en silencio un momento, dejando que la voz de Violetta llene el espacio entre nosotros—. Aun así, podría estar bien tener a alguien con quien hablar. Alguien que entienda las complejidades de su trabajo.

No respondo, pero me encuentro estudiando su perfil en la penumbra. Sus facciones son afiladas, angulosas, con una cicatriz que le recorre la mejilla derecha y que sugiere un historial de violencia. Sus manos descansan tranquilamente sobre sus rodillas, pero me fijo en los tatuajes de sus nudillos, en cómo sus dedos se flexionan en un puño y luego se estiran.

Este no es un hombre que trabaje en las fuerzas del orden. Este no es un hombre que trabaje en ninguna profesión que opere dentro de los límites legales.

El segundo acto se desarrolla, pero no puedo concentrarme en la música. En cambio, estoy hiperconsciente de cada movimiento que hace el hombre a mi lado, de cada aliento que toma. Cuando se mueve ligeramente en su asiento, siento el calor de su cuerpo a

través del espacio que nos separa. Cuando se inclina hacia delante durante un momento particularmente dramático, capto la sutil tensión de sus hombros.

Para cuando cae el telón del segundo acto, he tomado una decisión.

—Debería irme —digo, cogiendo mi bolso.

—¿Tan pronto? —se vuelve para mirarme y, en la tenue luz del teatro, sus ojos parecen casi depredadores—. El acto final suele ser el más revelador.

—Mañana madrugo.

—Por supuesto —se pone de pie cuando yo lo hago, y me doy cuenta de lo alto que es en realidad: mide fácilmente un metro ochenta, con el tipo de complexión que sugiere tanto fuerza como control—. Quizás podríamos continuar esta conversación con una copa. Hay un lugar tranquilo cerca.

Cada parte racional de mi mente grita que no. Este hombre es peligroso, está conectado con gente a la que intento procesar, y posiblemente esté aquí para obtener información o algo peor. Pero hay algo en la forma en que se ha acercado a mí —respetuosa, casi galante— que me intriga a pesar de mi buen juicio.

—No creo que sea una buena idea —digo.

—No, probablemente no —su sonrisa es genuina esta vez, y transforma todo su rostro—. Pero a veces las conversaciones más interesantes surgen cuando salimos de nuestra zona de confort.

Lo estudio durante un largo momento, sopesando los riesgos frente a la curiosidad. Si quisiera hacerme daño, ya podría haberlo hecho. Si quisiera información, podría haber intentado métodos más agresivos. En cambio, ha sido paciente, incluso encantador, tratándome como a una igual en lugar de como a un objetivo.

—Agradezco la invitación —digo finalmente—, pero esta noche no me viene bien.

—Lo entiendo —no parece decepcionado, lo que me sorprende—. Quizás en otro momento, cuando su agenda sea menos exigente.

Dudo y luego me oigo decir:

—La semana que viene. Después de que terminen mis juicios.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, e inmediatamente me arrepiento del impulso. Pero una parte de mí —la parte que ha pasado demasiadas noches a solas con expedientes y café— siente curiosidad por este hombre que parece saber tanto sobre mi trabajo.

—La semana que viene —repite, y hay algo en su tono que lo hace sonar casi como una promesa—. Me pondré en contacto.

No me pide el número, no sugiere una hora o un lugar concretos. De alguna manera, sé que me encontrará cuando esté listo. La idea debería aterrorizarme, pero, en cambio, me recorre el pecho una emoción que no quiero analizar demasiado.

Salgo del teatro, abriéndome paso entre la multitud que todavía comenta la función. El aire de la noche está fresco sobre mi piel y me aprieto el abrigo mientras camino hacia mi coche. A mis espaldas, puedo sentir su presencia, aunque cuando me vuelvo para mirar, no se le ve por ninguna parte.

Para cuando llego a mi apartamento, casi me he convencido de que el encuentro fue inocente, de que la paranoia se está apoderando de mí. Pero mientras abro la puerta y entro en la oscuridad familiar de mi salón, no puedo quitarme la sensación de que acabo de tomar una decisión que lo cambiará todo.

Me sirvo una copa de vino y me acomodo en mi sillón junto a la ventana, contemplando las luces de Roma que se extienden a mis pies. En algún lugar de ese laberinto de calles y sombras, él está ahí fuera, y la semana que viene, lo veré de nuevo.

La idea me emociona y me aterroriza a la vez, y no estoy segura de qué sentimiento es más fuerte.

3

LORENZO

La fiscalía está en la Via Arenula, una calle estrecha que ofrece una visibilidad perfecta desde tres puntos de aparcamiento distintos. Los he estudiado todos: el sitio cerca de la farmacia desde donde puedo vigilar la entrada principal, la esquina junto a la cafetería que cubre la salida lateral y el callejón frente al juzgado donde la mayoría de la gente aparca ilegalmente y se marcha antes de que lleguen los agentes de la hora.

El martes por la mañana elijo el sitio de la farmacia y veo a Serena salir del edificio exactamente a las 8:47. Hoy lleva un traje de color gris marengo y el pelo recogido en ese moño austero que le da un aire intocable. Sus tacones repiquetean contra los adoquines mientras camina hacia el juzgado, con el maletín balanceándose a su lado.

La sigo a distancia, manteniéndome a dos manzanas. Las calles están lo bastante concurridas como para que pueda camuflarme entre los peatones, como un hombre de negocios más que va a trabajar. Pero me mantengo alerta, buscando a cualquiera que también pueda estar siguiendo sus movimientos.

Es entonces cuando veo una berlina oscura aparcada frente a la entrada del juzgado. El conductor está demasiado quieto, su postura es demasiado concentrada. Lleva allí desde antes de que Serena

llegara y no se mueve cuando ella desaparece dentro del edificio. La mayoría de la gente se iría, buscaría otro sitio para aparcar y seguiría con sus asuntos. Este hombre se acomoda como si tuviera todo el día.

Doy una vuelta a la manzana y aparco donde puedo observar tanto el juzgado como la berlina. El conductor es de mediana edad, lleva una chaqueta marrón y unas gafas de sol baratas. No para de mirar el móvil, pero su atención siempre vuelve a las puertas del juzgado. Cuando otras personas entran y salen, apenas les echa un vistazo. Está esperando a alguien en concreto.

Serena sale tres horas más tarde, flanqueada por otros dos fiscales. Se quedan en la escalinata del juzgado, enfrascados en una conversación sobre el caso que estén preparando. El hombre de la berlina se endereza y le veo levantar lo que parece una cámara. Memorizo el número de su matrícula y anoto mentalmente que debo comprobarlo más tarde a través de mis contactos.

La tarde trae una rutina diferente. Serena sale de la fiscalía a las 16:30 y camina en dirección al Panteón. Se detiene en un pequeño mercado, donde compra fruta, verdura y una botella de vino. Mantengo la distancia, pero no soy el único que vigila.

Un hombre con un abrigo gris la sigue por el mercado, manteniéndose un pasillo por detrás. Es bueno —mejor que el aficionado de la berlina—, pero no lo suficiente. Se mueve cuando ella se mueve, se para cuando ella se para y mantiene la cabeza gacha cuando ella se gira. Vigilancia profesional, pero no lo bastante como para evitar que lo detecte alguien que sabe qué buscar.

Serena paga la compra y se dirige hacia la fuente. El hombre del abrigo gris abandona su simulacro de compra y la sigue. Yo voy detrás de ambos, usando la multitud de turistas como cobertura.

En la fuente, Serena se detiene y saca el móvil. El hombre de gris encuentra un banco a veinte metros y finge leer un periódico. Yo me coloco cerca de un puesto de helados, lo suficientemente próximo para intervenir si es necesario.

Emilio no estará contento si alguien se nos adelanta. Si es necesario, me la llevaré de la calle y me arriesgaré a que haya

testigos para no perderla. Necesitamos los detalles sobre lo que sabe.

Habla durante unos cinco minutos, luego cuelga y sigue caminando hacia su apartamento. El hombre de gris espera treinta segundos antes de seguirla. Cuento hasta diez y me pongo detrás de él.

Formamos una extraña procesión por las sinuosas calles cercanas al Foro Romano: Serena a la cabeza, sin ser consciente de sus sombras; el hombre de gris manteniendo la distancia, y yo cerrando la marcha. El sol de la tarde se cuela por los estrechos callejones, creando zonas de sombra que hacen la vigilancia más fácil y, a la vez, más peligrosa.

Entonces, Serena hace algo inesperado.

Se detiene frente al edificio del Ministerio de Justicia y se da la vuelta. No de forma casual, no como si hubiera olvidado algo, sino con la brusquedad repentina de quien se ha dado cuenta de que la están vigilando. Su mirada recorre la calle, pasando de un rostro a otro, y durante un instante terrible, sus ojos se posan directamente en mí.

Me quedo helado. Estoy aparcado al otro lado de la calle, parcialmente oculto tras una furgoneta de reparto, pero su mirada se siente como un contacto físico. Está demasiado lejos para que pueda leer su expresión, pero algo en su postura sugiere reconocimiento. O sospecha.

El hombre de gris se ha disuelto en un portal, invisible ahora que ella está alerta. Pero yo no tengo adónde ir, ninguna forma de desaparecer sin arrancar el motor y marcharme; un movimiento que confirmaría sus sospechas.

Nos miramos el uno al otro a través de la Via dei Cappuccini. Ella está perfectamente quieta, con la bolsa de la compra colgando de una mano y el móvil en la otra. Puedo verla pensar, calcular, intentando decidir si lo que ve es real o paranoia.

Entonces se da la vuelta y entra en el edificio del Ministerio.

Me quedo sentado en el coche durante diez minutos, esperando a que salga, pero no lo hace. El hombre de gris ha desaparecido por completo. La calle recupera su ritmo normal de peatones y tráfico,

pero no puedo quitarme la sensación de que se va a proteger y de que he perdido mi oportunidad.

Sigo adelante con la convicción de que ahora se protegerá más a fondo, ahora que sabe que alguien la vigila, incluso si teme que sea yo, y me voy a casa, desde donde llamo a Victor, el hijo de Emilio y mi igual en esta familia.

—Necesito que compruebes una matrícula —le digo cuando responde.

—¿Asunto personal o profesional?

—Profesional.

Le doy el número de matrícula de la berlina. Victor tiene contactos en la Dirección de Tráfico, lo que significa que tiene acceso a bases de datos de matriculación que yo tardaría horas en hackear. Me debe tres favores por una situación del año pasado que requirió tanto discreción como violencia.

—Dame una hora —dice.

Paso ese tiempo revisando lo que sé sobre los casos actuales de Serena. El juicio de los Bianchi es su caso de más alto perfil: una operación de blanqueo de dinero que conecta varios negocios de Roma con cuentas en paraísos fiscales. Si alguien quisiera supervisar su progreso, saber cuántas pruebas ha reunido, ese sería el objetivo lógico.

Pero podría haber otros. Su trabajo afecta a docenas de organizaciones criminales, y cualquiera de ellas podría tener motivos para vigilar sus movimientos.

Victor me devuelve la llamada a las once con la información, pero no me gusta lo que me dice.

—Tu berlina pertenece a Marco Tessari —dice—. Domicilio registrado en Trastevere. Pero aquí viene lo interesante: tiene antecedentes. Agresión, intimidación, manipulación de testigos. Todos los cargos fueron retirados o desestimados.

—¿Para quién trabaja?

—No hay registros oficiales de empleo. Pero su cuenta bancaria muestra ingresos regulares de una consultora llamada Adriatic Solutions.

Conozco el nombre. Adriatic Solutions es una empresa tapadera utilizada por varias familias de Roma para blanquear dinero y contratar matones. Si Tessari está en su nómina, entonces alguien con recursos importantes está interesado en las actividades de Serena.

—¿Algo más?

—Sí. Ha sido arrestado dos veces en el último año, ambas por actividades relacionadas con la vigilancia. Seguir a gente, hacer fotos. Siempre lo sueltan a las pocas horas.

Cuelgo y me quedo mirando el techo de mi apartamento. Dos equipos de vigilancia diferentes, posiblemente tres si el hombre del abrigo gris trabajaba de forma independiente. Serena está siendo vigilada por profesionales, lo que significa que sus casos han atraído la atención de gente que no resuelve los problemas por la vía legal.

Esto complica mi encargo. Emilio quiere información sobre sus investigaciones actuales, pero no es el único interesado en su trabajo. Si actúo de forma demasiado agresiva, si me expongo, podría provocar una respuesta de intereses rivales. Por no mencionar a las autoridades, que solo lo usarían como prueba de que el caso que está montando es prioritario.

Tengo que ser más cuidadoso, más paciente.

Pero la paciencia se vuelve más difícil al día siguiente cuando la sigo hasta el juzgado y veo la berlina de Tessari aparcada en el mismo sitio. Ahora es más audaz, fotografiando abiertamente a la gente que entra y sale del edificio. Cuando Serena sale a la hora de comer, la sigue hasta un pequeño restaurante cerca del Tíber.

Observo desde el otro lado de la calle cómo se sienta sola en una mesa de la esquina, revisando documentos mientras come. Tessari aparca donde puede observar la entrada del restaurante. No intenta entrar, no trata de acercarse. Está recopilando información, documentando su rutina, construyendo un perfil de sus hábitos.

La idea de que alguien más la esté cazando despierta en mí algo protector que no quiero analizar. Es mi objetivo, mi encargo. Nadie más debería estar vigilando sus movimientos, catalogando sus vulnerabilidades.

Cuando termina de comer y regresa al juzgado, tomo una decisión. Sigo a Tessari en lugar de a Serena, manteniéndome a tres coches de distancia mientras conduce entre el tráfico de la tarde. No va muy lejos, solo a un aparcamiento en el EUR donde se reúne con un hombre delgado con un traje caro.

Hablan durante cinco minutos; el hombre delgado gesticula enfáticamente mientras Tessari asiente y toma notas. Luego, el hombre delgado le entrega un sobre y se marcha. Probablemente su pago o sus instrucciones.

Memorizo la cara y la matrícula del hombre delgado, y luego sigo a Tessari de vuelta hacia el centro de la ciudad. Aparca frente al edificio de apartamentos de Serena y se acomoda para lo que parece una larga sesión de vigilancia, y yo saco la tableta y hago mi propia investigación. Después de una hora, empiezo a atar cabos y a relacionar a Tessari con una familia que rivaliza con los Costa en todos los sentidos.

Las piezas encajan. Alguien relacionado con el juicio de los Bianchi ha puesto a Serena bajo vigilancia, probablemente para tratar de determinar cuántas pruebas ha reunido, quiénes son sus testigos, cuál podría ser su estrategia.

Esto ya no va de información. Esto va de intimidación, de encontrar una forma de presión que pueda usarse para hacer descarrilar su acusación. Y tengo que llegar a ella antes de que ellos lo hagan, porque sé que ese sobre contiene órdenes para secuestrarla y extraerle información —muy parecidas a las mías— o para que Tessari la mate.

Miro fijamente la berlina de Tessari. Faltan dos horas para que anochezca; tiempo de sobra para trazar mis propios planes.

4

SERENA

La sala del tribunal contiene la respiración mientras pronuncio mis últimas palabras al jurado. Tres semanas de testimonios, pruebas y maniobras legales han conducido a este momento: la última oportunidad para convencer a doce desconocidos de que Marco Antonelli asesinó a su socio a sangre fría.

—La defensa quiere que crean que esto fue un crimen pasional —digo, y mi voz se extiende por la abarrotada sala—. Que Marco Antonelli actuó en un momento de ira, que sus acciones fueron en cierto modo comprensibles dadas las circunstancias. Pero las pruebas cuentan una historia diferente.

Me acerco a la tribuna del jurado y paso la mirada por sus caras. Algunos se inclinan hacia delante, atentos. Otros parecen cansados, deseando que todo termine. La anciana de la primera fila —la señora Rossi, según mis notas— ha sido la más atenta durante todo el juicio. Será clave para alcanzar un veredicto unánime.

—Las pruebas demuestran premeditación. Planificación. Una decisión deliberada de acabar con la vida de Roberto Calvani porque amenazó con destapar la operación de blanqueo de capitales que había enriquecido a ambos hombres. —Hago una pausa, dejando que las palabras calen—. Esto no fue pasión. Fue un negocio.

El abogado de la defensa, un hombre de pelo cano llamado Giuseppe Torretti, permanece inmóvil en su mesa. Sabe que ha perdido. Las pruebas son abrumadoras: registros financieros, testimonios de testigos e incluso grabaciones de seguridad del restaurante donde Antonelli y Calvani tuvieron su última reunión. Pero ha hecho su trabajo, ha sembrado la duda suficiente para que el jurado se lo piense dos veces.

—Marco Antonelli tomó una decisión —continúo—. Eligió el dinero por encima de la moral. Eligió el asesinato por encima de la justicia. Y ahora ustedes deben elegir si él afronta las consecuencias de esa decisión.

Vuelvo a mi mesa y recojo mis notas con mano firme. El agotamiento que he arrastrado durante semanas amenaza con abrumarme, pero lo reprimo. El jurado necesita ver confianza, no debilidad.

El juez Marchetti envía al jurado a deliberar y su voz retumba en la sala de paredes de mármol. Guardo mis cosas en el maletín metódicamente, cada documento devuelto a su lugar. La organización es control, y el control es lo que me mantiene en funcionamiento cuando casos como este consumen cada momento del día.

—Excelente alegato final —dice Maria Conti, la fiscal al cargo del caso. Me saca diez años y posee esa seguridad curtida que se obtiene tras enviar a docenas de criminales a la cárcel—. El jurado estaba pendiente de cada una de tus palabras.

—Ya veremos —respondo, aunque comparto su optimismo. Las pruebas son sólidas y la arrogancia de Antonelli durante el contrainterrogatorio no le ha ayudado. Aun así, los jurados son impredecibles y he aprendido a no celebrar nada hasta que se lea el veredicto.

Se abren las puertas de la sala y me preparo para lo que me espera fuera. Los casos de gran repercusión siempre atraen la atención de los medios, y este ha tenido a los periodistas acampados a las puertas del juzgado durante días. La combinación de asesinato, blanqueo de capitales y la élite empresarial de Roma da para unos titulares irresistibles.

El pasillo bulle de actividad: abogados que se dirigen a otras salas, secretarios judiciales que cargan con montones de expedientes, guardias de seguridad que mantienen el orden. Distingo las caras conocidas del cuerpo de prensa reunidas cerca de la entrada principal, con las cámaras y los micrófonos listos.

—¡Señora Barone! —Una joven con una acreditación de prensa me hace una seña—. Alessandra Ricci, del *Corriere della Sera*. ¿Puede hacer algún comentario sobre el juicio?

Me detengo, sabiendo que ignorar por completo a los medios solo alimentaría las especulaciones. Es mejor darles algo breve y profesional.

—La fiscalía ha presentado un caso exhaustivo —digo, manteniendo la voz neutra—. Confiamos en que el jurado alcance el veredicto correcto basándose en las pruebas.

—¿Le preocupan las acusaciones de la defensa de mala praxis de la fiscalía? —pregunta otro periodista, un hombre al que reconozco de juicios anteriores.

—La defensa expuso sus argumentos y el jurado los escuchó —respondo—. Nuestro caso se sostiene por sus propios méritos. No haré más comentarios mientras duren las deliberaciones.

Siguen más preguntas, pero las esquivo con soltura. La clave es parecer accesible sin revelar nada sustancial. Al cabo de cinco minutos, me disculpo y me dirijo hacia la escalinata del juzgado.

El sol de la tarde se siente áspero en mi piel después de horas bajo luces fluorescentes. Saco las gafas de sol del bolso y me las pongo, creando una barrera entre el mundo y yo. La escalinata está llena de gente: abogados, acusados, familiares que esperan la conclusión de sus propios casos.

¡Serena!

Me giro y veo a Antonio Ricci corriendo hacia mí, con la corbata aflojada y el pelo un poco alborotado. Es uno de los fiscales adjuntos que trabajó en el caso Antonelli, brillante y entusiasta, pero todavía está aprendiendo las sutilezas de la estrategia judicial.

—Gran trabajo ahí dentro —dice, un poco sin aliento—. La forma en que manejaste el contrainterrogatorio del contable fue magistral.

—Gracias —digo, sin dejar de bajar los escalones. Antonio se pone a mi altura y presiento que se está preparando para decir algo.

—Oye, unos cuantos de la fiscalía vamos a tomar algo a la Osteria del Borgo. Ya sabes, para desconectar después de todo esto. —Señala vagamente hacia el juzgado—. Viene Maria y también Francesco, de la unidad de delitos financieros. Deberías venir.

La invitación es tentadora. Esta gente entiende la presión, las largas horas, el desgaste emocional que supone procesar a criminales violentos. Unas copas y hablar de trabajo podrían ayudarme a relajarme.

Pero mi mente se desvía hacia el hombre de la ópera. Nuestra conversación es esta noche y me doy cuenta de que la espero con un anhelo que no comprendo del todo. Hay algo en él que me intriga: su conocimiento de mi trabajo, su forma cuidadosa de hablar, la intensidad de su mirada cuando me miró.

—Te agradezco la invitación —digo—, pero tengo planes esta noche.

—Oh, venga ya —insiste Antonio—. Solo una copa. Todos hemos estado trabajando sin parar en este caso. Te mereces celebrarlo.

—No voy a celebrar nada hasta que tengamos un veredicto. —Me detengo al pie de la escalinata del juzgado, donde la multitud se dispersa—. Además, tengo que ponerme al día con mis otros casos. El juicio de los Bianchi empieza la semana que viene.

La expresión de Antonio cambia ligeramente. El caso de blanqueo de capitales de los Bianchi es aún más complejo que el de Antonelli, pues involucra empresas fantasma, cuentas en paraísos fiscales y conexiones con varias familias prominentes de Roma. Es el tipo de caso que puede lanzar o hundir la carrera de un fiscal. Y después tengo la posibilidad de armar un caso del artículo 416-bis sobre la organización Costa. Demasiadas preocupaciones como para perder el tiempo tomando copas con compañeros de trabajo.

—Claro, por supuesto —dice—. Bueno, si cambias de opinión, estaremos allí hasta tarde.

Lo veo alejarse y luego me dirijo a mi coche. El aparcamiento está fresco y oscuro, un bienvenido alivio del calor del exterior, y

encuentro mi coche solo en el rincón más alejado donde lo aparqué antes del juicio.

El trayecto a casa dura veinte minutos a través del tráfico de la tarde de Roma. Callejeo de forma automática, mi mente ya se ha alejado de la sala del tribunal y se ha centrado en la noche que me espera. Necesito ducharme, cambiarme de ropa, quizá tomar una copa de vino que me ayude a relajarme.

Pero primero, tengo que admitir algo. Estoy nerviosa por tomar algo con ese hombre enigmático.

Hace meses que no ceno con un hombre que no sea un colega o un testigo. Mi última relación terminó mal: un compañero fiscal que no podía soportar las exigencias de mi carrera, que quería que estuviera disponible siempre que me necesitara, pero que nunca estaba ahí cuando yo lo necesitaba a él. Desde entonces, me he centrado por completo en el trabajo, diciéndome que es mejor estar sola que ceder.

Pero este hombre de la ópera es diferente. Parece entender mi trabajo, apreciar las complejidades de lo que hago. Y hay algo magnético en él, algo que me hace querer saber más, a pesar de que todo mi instinto racional me dice que me mantenga alejada.

He intentado investigarlo, por supuesto. Es lo que hago: recopilar información, crear perfiles, entender a la gente con la que trato. Pero mis métodos habituales no han dado ningún resultado. Ni presencia en redes sociales, ni registros en directorios profesionales, ni menciones en periódicos. Es como si no existiera en ninguna forma digital.

La ausencia de información debería preocuparme más de lo que lo hace. Por mi experiencia, la gente a la que no se puede encontrar en internet suele esconder algo. Pero en lugar de hacerme ser precavida, me da curiosidad. ¿Quién es? ¿A qué se dedica? ¿Y por qué sabe tanto sobre mi trabajo?

Mi edificio de apartamentos aparece a la vista, una estructura modesta cerca del Foro Romano que elegí por su proximidad al centro de la ciudad. Aparco en el garaje subterráneo y cojo el ascensor hasta el cuarto piso, con el maletín pesado en la mano.

El apartamento está en silencio, exactamente como lo dejé esta mañana. Dejo las llaves en la encimera de la cocina y me sirvo una copa de Barolo, dejando que el vino se temple en mis manos antes de dar el primer sorbo. El sabor es rico y complejo, con notas de cereza y tabaco que encajan con mi estado de ánimo.

Llevo la copa a mi dormitorio y comienzo el ritual de despojarme de mi armadura profesional. El traje de chaqueta va a una percha, los tacones a su sitio en el armario. Me veo en el espejo: ojos cansados, hombros tensos, las finas líneas alrededor de mi boca que han aparecido en el último año.

La ducha es caliente y terapéutica, lavando el estrés del tribunal y el peso del caso. Dejo que el agua corra por mis hombros, sintiendo cómo la tensión se disuelve lentamente. Esta noche, seré alguien diferente. No la fiscal, no la mujer que pasa sus días combatiendo el crimen y la corrupción. Seré yo misma.

Cuando salgo de la ducha, envuelta en un suave albornoz, me sirvo otra copa de vino y me acomodo en mi sillón favorito junto a la ventana. La vista da a las antiguas calles de Roma, donde la historia se superpone en un palimpsesto interminable de ambición y locura humanas.

El teléfono vibra con un mensaje de texto y, por un momento, se me acelera el pulso. Pero es solo Maria, preguntando por el juicio.

Maria: 18:45: ¿Se sabe ya algo del jurado?

Respondo rápidamente.

Serena: 18:46: Nada todavía. Podrían tardar días.

Maria: 18:47: Descansa un poco. Te lo has ganado.

Dejo el teléfono a un lado y vuelvo a mi vino. La luz del atardecer se está desvaneciendo, proyectando largas sombras por mi salón. Dentro de unas pocas horas, sabré más sobre el misterioso hombre de la ópera. Le haré preguntas directas, superaré sus cuidadosas evasivas, descubriré lo que realmente quiere de mí.

Pero por ahora, me contento con sentarme en mi silencioso apartamento, bebiendo vino y pensando en la conversación que está por venir. Siento un aleteo de expectación en el pecho, una sensación que no he experimentado en meses. Es peligroso, esta

curiosidad por un hombre que apenas conozco. Pero a veces, las decisiones más peligrosas son las que nos hacen sentir más vivos.

El vino me está volviendo filosófica, y sé que debería comer algo, prepararme para otro largo día mañana. Pero permanezco en mi sillón, observando cómo las luces de Roma cobran vida al otro lado de mi ventana, pensando en unos ojos color avellana, sonrisas discretas y la forma en que su voz me aceleró el pulso.

Estoy deseando que llegue la noche.

5

LORENZO

Llego a su edificio quince minutos antes y aparco al otro lado de la calle, desde donde puedo vigilar la entrada. El aire del atardecer trae el aroma a jazmín de los jardines del patio, y la luz dorada de Roma al anochecer hace que todo parezca engañosamente apacible. Me he puesto un traje azul marino, nada demasiado formal, pero lo bastante caro como para sugerir que tengo éxito en cualquier profesión que ella imagine que ejerzo.

A las ocho en punto, sale del edificio. Lleva un vestido negro que se ciñe a sus curvas sin ser demasiado evidente, y el pelo le cae suelto sobre los hombros, en lugar del severo recogido al que estoy acostumbrado. La transformación es sorprendente: parece más joven, más accesible, pero no por ello menos inteligente. Cuando ve mi coche, se acerca con paso seguro.

—Eres puntual —dice mientras se desliza en el asiento del copiloto.

—Lo intento. —Me alejo del bordillo, conduciendo por las estrechas calles hacia el centro de la ciudad—. ¿Qué tal el día?

—Largo. Los juzgados pueden ser agotadores, sobre todo cuando estás esperando un veredicto. —Se recuesta en el asiento y me doy cuenta de que lleva un perfume sutil que me incita a acercarme más —. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas, exactamente?

—Consultoría —digo, manteniendo la respuesta vaga—. Ayudo a la gente a resolver problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—De los complicados.

Se ríe, un sonido genuino que me sorprende. —¿Sabes que eres muy misterioso?

—Prefiero pensar que soy reservado.

—¿Hay alguna diferencia?

—Reservado significa que no comparto información personal fácilmente. Misterioso implica que oculto algo. —Es muy perspicaz y tan inteligente como dijo Emilio que era.

—¿Y lo haces? ¿Ocultas algo?

La miro de reojo y observo cómo escruta mi rostro mientras sopeso la pregunta. Me está poniendo a prueba, buscando tics, leyendo mis reacciones como estudiaría a un testigo en el estrado.

—Todo el mundo oculta algo —digo finalmente—. La cuestión es si merece la pena saberlo.

Conducimos en un cómodo silencio durante unos minutos, con la ciudad pasando al otro lado de las ventanillas. He elegido un bar en una azotea del Trastevere, elegante pero no ostentoso, con unas vistas que la mantendrán distraída y suficiente ruido de fondo para encubrir nuestra conversación.

—Háblame de tu familia —digo mientras cruzamos el Tíber.

—No hay mucho que contar. Mis padres son académicos. Profesores de literatura. Me criaron para que creyera en el poder de las palabras y en la importancia de la verdad. —Hace una pausa—. ¿Y la tuya?

—Tampoco hay mucho que contar. Mi padre murió cuando yo era joven. Mi madre no volvió a casarse. —Las mentiras fluyen con facilidad, practicadas durante años para mantener identidades falsas —. Aprendí pronto que no puedes depender de nadie más que de ti mismo.

—Suena solitario.

—Puede serlo. Pero también te hace fuerte.

Se gira para mirarme más directamente. —¿Es por eso por lo que sigues soltero?

—¿Qué te hace pensar que estoy soltero?

—No llevas anillo. Tampoco fotos en la cartera cuando pagaste las bebidas en la ópera. Ninguna mención de que alguien te espere en casa.

Estoy impresionado por su capacidad de observación, aunque no debería sorprenderme. Es fiscal. Leer a la gente es parte de su trabajo.

—Eres muy perspicaz —digo.

—Es un requisito profesional. Así que, ¿lo estás? ¿Soltero?

—Sí.

—¿Por elección? —Se inclina hacia mí, y esto se parece mucho a un interrogatorio.

—Por las circunstancias. Mi trabajo no me deja mucho tiempo para tener relaciones.

—¿Qué tipo de consultoría requiere ese nivel de dedicación?

Nuestra llegada al bar me libra de responder. El edificio es un palacio reconvertido, cuya terraza en la azotea ofrece vistas panorámicas de la ciudad. Dejo el coche al aparcacoches y la guío hasta el ascensor, con la mano apoyada ligeramente en la parte baja de su espalda.

El bar está exactamente como lo recordaba: luz tenue, zonas de asientos cómodas y una clientela que se ocupa de sus propios asuntos. Elijo una mesa en una esquina desde donde podemos ver todo el local pero mantenernos relativamente apartados. El camarero nos trae las cartas y pido una botella de Brunello sin preguntarle qué prefiere.

—Te gusta tomar decisiones —observa.

—Me gusta tomar las riendas cuando sé lo que hago.

—¿Y sabes lo que haces conmigo?

La pregunta tiene múltiples niveles de significado, y sopeso mi respuesta cuidadosamente. —Sé lo que quiero.

—¿Qué es?

—Entenderte mejor.

Sonríe, pero hay algo calculador en su expresión. —A la mayoría de la gente mi trabajo le parece aburrido. Delitos financieros,

blanqueo de capitales, fraude empresarial. No es exactamente tema de conversación para una cena.

—A mí me parece fascinante. La forma en que rastreas el dinero a través de sociedades pantalla, conectas transacciones aparentemente no relacionadas, construyes casos que pueden derribar organizaciones enteras. —Me inclino ligeramente hacia delante—. Se necesita un tipo especial de mente para ver esos patrones.

—Pareces saber mucho sobre lo que hago.

—Te lo dije, sigo tu trabajo. El caso del consorcio bancario del año pasado fue especialmente impresionante. La forma en que desentrañaste su estructura *offshore* fue elegante. —Casi me he memorizado el expediente que me dio Emilio para poder parecer un posible pretendiente interesado.

Le da un sorbo al vino y me doy cuenta de que ya se ha terminado media copa. —Ese caso casi acaba conmigo. Dos años de investigación, y aun así consiguieron evitar penas de cárcel importantes.

—Pero los dejaste en evidencia. Hiciste imposible que volvieran a operar de la misma manera.

—Por ahora. Siempre hay más de donde salieron esos.

La conversación fluye con facilidad a partir de ahí. Me habla de la presión que supone procesar a gente poderosa, de cómo las pruebas pueden desaparecer y los testigos ser intimidados. Yo comparto historias cuidadosamente editadas sobre cómo tratar con clientes difíciles, el reto de mantener los estándares éticos en un sistema corrupto.

Pide otra copa de vino, y luego otra. No lo suficiente como para mermar su juicio, pero sí para relajar su cautela natural. Veo cómo se le relajan los hombros, noto cómo se acerca más al hablar, cómo su risa surge con más facilidad.

—¿Alguna vez te preocupas por la gente a la que procesas? —pregunto—. ¿Por cómo podrían responder a tus investigaciones?

—¿Quieres decir si me preocupan las represalias? —Sopesa la pregunta—. A veces. Pero no puedo dejar que el miedo dicte mis decisiones. Si lo hiciera, nunca procesaría a nadie peligroso.

—Eso es admirable. Y peligroso.

—Probablemente. Pero alguien tiene que hacerlo.

Miro el reloj discretamente. Llevamos aquí dos horas y soy consciente de lo expuestos que estamos. Cuanto más tiempo nos quedemos, más probable es que alguien se fije en nosotros, que recuerde haber visto a la fiscal con un hombre que no puede identificar.

—Disculpa —dice, levantándose—. Tengo que ir al servicio.

La veo alejarse, observando el ligero balanceo de sus caderas, la forma en que el vino ha relajado su habitual postura rígida. Mientras no está, le hago una seña al camarero para que traiga otra botella y exploro el bar en busca de alguna cara que pueda suponer un problema. El público se compone principalmente de turistas y jóvenes profesionales, nadie que pudiera reconocernos a ninguno de los dos.

Cuando regresa, se sienta más cerca que antes, con su rodilla casi rozando la mía. El vino le ha subido el color a las mejillas y sonríe más abiertamente.

—Se te da muy bien desviar las preguntas —dice—. Cada vez que te pregunto por tu trabajo, cambias de tema.

—Quizá mi trabajo no es tan interesante como el tuyo.

—O quizá, después de todo, sí que ocultas algo.

La miro directamente a los ojos. —¿Te molestaría?

—Me daría más curiosidad.

—La curiosidad puede ser peligrosa.

—También el misterio.

La tensión entre nosotros es palpable ahora, cargada de posibilidades. Me acerco más, lo suficiente como para oler su perfume, para ver las motas doradas en sus ojos oscuros.

—Quizá deberíamos continuar esta conversación en un lugar más privado —sugiero.

No duda. —Me gustaría.

Pago la cuenta rápidamente y nos dirigimos al ascensor. En el reducido espacio, soy muy consciente de su presencia a mi lado, de la forma en que se para tan cerca que nuestros brazos se rozan cuando el ascensor se mueve.

El trayecto hasta mi propiedad secundaria dura quince minutos a través del tráfico nocturno de Roma. Es una pequeña casa en Parioli, limpia y anónima, amueblada con piezas caras pero impersonales. La uso para reuniones que requieren privacidad, aunque nunca antes he traído a una mujer aquí.

—Qué bonito —dice al entrar—. Muy moderno.

—Me gustan las líneas limpias. Distraen menos.

—¿Distraen de qué?

—De lo que es importante.

Se acerca a la ventana para mirar la calle tranquila. —¿Y qué es importante para ti?

Me uno a ella junto a la ventana, parándome lo bastante cerca como para sentir el calor de su cuerpo. —¿Ahora mismo? Esta conversación.

Se vuelve para mirarme, y veo que algo cambia en su expresión. La máscara profesional se desliza, revelando algo más vulnerable debajo.

—¿Te pongo otra copa? —pregunto.

—Por favor.

Me dirijo al carrito de las bebidas y sirvo dos vasos de whisky, un caro whisky de malta que guardo para ocasiones que requieren un cierto nivel de sofisticación. Acepta el vaso y se sienta en el borde del sofá, cruzando las piernas de una manera que hace que su vestido se suba ligeramente.

Me siento a su lado, cerca pero sin tocarla, y levanto mi vaso. —Por los comienzos bonitos.

Sonríe con suficiencia ante el brindis, pero choca su vaso con el mío. —Eso es muy presuntuoso por tu parte.

—¿Lo es?

—Estás asumiendo que esto es un comienzo.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Una conversación. Entre dos personas que en realidad no se conocen —ronronea Serena, pero hay un deje de seducción en su tono.

—Aún.

Le da un sorbo al whisky y estudia mi cara por encima del borde de su vaso.

—Háblame de la primera vez que mataste a alguien —dice de repente.

La pregunta me pilla desprevenido y siento que mi expresión se endurece involuntariamente. —¿Qué te hace pensar que he matado a alguien?

—Tienes la pinta de alguien que ha visto la violencia. Que ha sido parte de ella.

—¿Y qué pinta es esa?

—La forma en que te mueves. La forma en que observas a la gente. La forma en que pareces tomar nota de cada salida en una habitación. —Se inclina hacia delante—. He pasado años estudiando a criminales. Sé qué aspecto tiene la violencia.

Por un momento, considero decirle la verdad. Sobre mi padre, sobre Emilio, sobre el hombre en que me convertí al servicio de la familia Costa. Pero el momento pasa y recurro a la evasiva.

—Tienes mucha imaginación —digo.

—¿La tengo?

En lugar de responder, levanto la mano y le toco la cara, mis dedos trazando la línea de su mandíbula. No se aparta, no se estremece. Al contrario, se inclina hacia mi caricia, cerrando brevemente los ojos.

—No vas a responderme, ¿verdad? —susurra.

—No esta noche.

—¿Cuándo?

—Cuando estés lista para oír la respuesta.

Abre los ojos, y en ellos veo la curiosidad luchando con el deseo. La fiscal que hay en ella quiere presionar, exigir respuestas. Pero la mujer quiere algo completamente diferente.

Me inclino lentamente, dándole tiempo a apartarse si quiere. No se mueve, no habla, solo me observa con esos ojos oscuros hasta que nuestros labios se encuentran.

El beso es suave al principio, a modo de prueba, exploratorio. Pero cuando ella responde, cuando su mano sube hasta tocar mi

nuca, se vuelve más profundo. Hay calor en él, hambre, y algo que se siente peligrosamente cercano a la necesidad.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Tiene el pintalabios corrido, el pelo revuelto, y está más guapa de lo que la he visto nunca.

—Esto es complicado —dice.

—Las mejores cosas suelen serlo.

Se ríe, un sonido que es en parte diversión, en parte nerviosismo. —Debería irme a casa.

—¿Deberías?

—Debería. Pero no quiero.

—Entonces quédate.

Me mira durante un largo momento y puedo verla tomar la decisión. Cuando se inclina para besarme de nuevo, sé que ha elegido quedarse. Al menos por ahora.

Lo que suceda a continuación cambiará todo entre nosotros. Pero en este momento, con su boca suave contra la mía y sus manos enredadas en mi pelo, no estoy pensando en misiones o consecuencias.

Estoy pensando en lo peligroso que es desear algo que no se supone que debes tener.

Y en lo imposible que es parar.

6

SERENA

El beso se hace más profundo y no me aparto. Tampoco me lo pienso dos veces. Todo esta noche —el vino, la conversación, el tenue resplandor de su apartamento— me empuja hacia el sí. La parte racional de mi cerebro, la parte que analiza pruebas y sopesa consecuencias, ha enmudecido.

Las manos de Lorenzo enmarcan mi cara, sus pulgares rozándome los pómulos. Saboreo el vino en sus labios, siento el calor que irradia su cuerpo mientras me acerca más a él. El sofá bajo nosotros cruje cuando se mueve, su boca moviéndose contra la mía con un hambre que me acelera el pulso.

—Dormitorio —murmura contra mis labios, y asiento antes de poder pensármelo mejor.

Él se levanta primero y me tiende la mano. La cojo, dejando que me ponga en pie. El apartamento parece más pequeño ahora, el espacio entre el salón y su dormitorio cargado de expectación. Me guía por el pasillo, con sus dedos entrelazados con los míos.

El dormitorio es sobrio: una cama extragrande con sábanas oscuras, una cómoda y unas gruesas cortinas corridas que nos aíslan de la noche romana. Una única lámpara proyecta una luz cálida por la habitación, creando sombras que danzan en las paredes. Se vuelve hacia mí, sus ojos color avellana escrutando los míos.

—¿Estás segura? —pregunta, con la voz ronca por la excitación. Agradezco su esmerada atención al consentimiento, pero no habría venido a su dormitorio si no estuviera segura.

Respondo buscando los botones de su camisa. Se le corta la respiración mientras mis dedos descienden por la hilera de tela, revelando la ancha extensión de su pecho. Su piel está surcada de cicatrices, viejas heridas que cuentan historias en las que no quiero pensar esta noche. Deslizo las palmas de las manos sobre los duros planos de músculo y la piel tatuada con arte oscuro, sintiendo su corazón martillear bajo mi tacto.

Me deja explorar por un momento antes de que sus manos encuentren la cremallera de la espalda de mi vestido. El sonido llena la habitación mientras la baja lentamente, el aire fresco golpeando mi piel a medida que la tela se amontona a mis pies. Salgo de él y me quedo de pie ante él, solo en ropa interior.

Su mirada me recorre, reverente y posesiva. —Preciosa — susurra, y la palabra hace que un calor recorra mis venas.

Vuelve a acercarse a mí, sus manos abarcando mi cintura mientras me atrae contra él. El contacto de la piel con la piel me hace jadear. Es cálido y sólido, todo poder controlado y deseo apenas contenido. Cuando vuelve a besarme, lo hace con más hambre, más exigencia, y yo le correspondo con el mismo fervor.

Nos movemos hacia la cama, un enredo de miembros y manos exploradoras. Me guía hasta el colchón, siguiéndome, su peso acomodándose sobre mí. Las sábanas están suaves contra mi espalda, pero solo puedo concentrarme en él: en la forma en que me mira, en la forma en que sus manos trazan cada curva de mi cuerpo.

No hay nada de cuidado en esto. Ni dulce ni vacilante. Cuando su boca encuentra el punto sensible en la base de mi garganta, me arqueo bajo él, mis dedos clavándose en sus hombros. Desciende por mi cuerpo, cada beso, cada caricia avivando el fuego que arde dentro de mí.

Me dejo perder en la sensación, en la forma en que me hace sentir: deseada, querida, viva de una manera que no he sentido en años. El calor entre nosotros es absorbente, peligroso, pero esta

noche no quiero seguridad. Quiero esto: a él, la forma en que me toca, la forma en que me hace olvidar todo más allá de esta habitación.

La mano de Lorenzo se desliza por debajo de mí, con la palma extendida sobre la parte baja de mi espalda mientras desplaza su peso hacia un lado. El movimiento presiona mi cadera contra el colchón y le permite mirarme desde arriba sin cernirse sobre mí, con su cuerpo medio curvado alrededor del mío. Sus nudillos recorren la línea de mi caja torácica, lentos, sin prisa, como si estuviera dibujando un mapa que nadie más puede leer.

—He estado pensando en esto toda la noche —dice Lorenzo con áspera contención—. Más de lo que debería.

Sus dedos se hunden bajo la cinturilla de mis bragas, no para bajarlas, solo para descansar ahí, posesivos. Se me corta el aliento, pero le sostengo la mirada.

—Pues deja de pensar —digo.

Sus labios se curvan, pero no hay humor en el gesto. Desliza la mano más abajo, sobre la curva de mi cadera, a lo largo de mi muslo. —¿Te gusta tener el control? —pregunta.

—Esta noche no.

Vuelve a moverse, deslizando su pierna entre las mías, la áspera tela de sus pantalones rozando la cara interna de mi muslo. Engancho un brazo alrededor de su cuello, atrayéndolo más cerca, y su aliento se entrecorta contra mi piel.

—Vas a destrozarme —masculla.

—No si tú me destrozas a mí primero.

Eso provoca un sonido desde lo más profundo de su pecho —mitad gruñido, mitad risa— y entonces su mano se enreda en mi pelo mientras captura mi boca de nuevo, inclinando mi cabeza hacia atrás para que no tenga más remedio que abrir la mandíbula. Su otra mano agarra mi muslo, tirando de él sobre su cadera para que todo su cuerpo presione contra el mío.

—Ten las manos donde están —dice contra mi boca.

Así lo hago. Él no se mueve rápido. Se mece contra mí una vez, lento y pesado, una amenaza disfrazada de fricción. Luego otra vez, más fuerte.

—No voy a ser delicado —advierte.

—No te he pedido que lo seas.

Lorenzo se incorpora lo justo para deslizar la mano entre nosotros. Me ahueca el pecho a través del encaje, su pulgar girando hasta que mi espalda se arquea y se separa de la cama.

—¿Esto puesto o quitado? —pregunta.

—Quitado —respiro.

Se sienta de rodillas y se inclina detrás de mí, desabrochando el cierre con un movimiento experto. Me encojo de hombros para quitarme los tirantes y dejo que el sujetador caiga al suelo sin mirar. Sus ojos se oscurecen al contemplarme por completo.

—Joder —masculla—. Estoy jodidísimo. —Sacude la cabeza y esta vez, yo suelto una risita.

Lorenzo se pone de rodillas y me levanta con él, un brazo sujetándome la espalda mientras arrastra mis caderas hacia su regazo. La presión de su polla contra mis bragas me impide pensar. Su boca encuentra el lado de mi cuello mientras desliza la mano entre nosotros, enganchando sus dedos bajo el borde de la tela.

No las rasga. Baja el encaje con una especie de reverencia que no se corresponde con la tensión que vibra bajo su piel. Cuando el último trozo de tela se desliza más allá de mis rodillas, lo tira al suelo y vuelve a agarrarme las caderas, manteniéndome firme.

Meto la mano entre nosotros y le desabrocho el cinturón. La hebilla metálica tintinea y su cuerpo se queda quieto. Le bajo la cremallera, mis nudillos rozando la línea de su abdomen. Su respiración se entrecorta cuando meto la mano y le rodeo con los dedos.

—Túmbate —dice, con la voz tensa. Dudo, lo justo para ver cómo el control se quiebra en sus ojos—. Ahora.

Me dejo caer en la cama, dejando que mis piernas se abran mientras él se pone de pie y se quita los pantalones de una patada. La visión de él —desnudo, duro, con los ojos fijos en los míos— envía una espiral de calor a lo más profundo de mi vientre. Se arrodilla de nuevo y me arrastra hasta el borde del colchón, una mano aferrándose a mi tobillo mientras levanta mi pierna sobre su hombro.

—Quiero oírte —dice—. Cada sonido. Cada aliento.

Entonces baja su boca hacia mí. Mis caderas se sacuden al primer contacto de su lengua, su deslizamiento ardiente convierte mis nervios en electricidad. No se apresura, me devora como si fuera lo único que ha venido a hacer aquí, su lengua moviéndose en caricias constantes y enloquecedoras mientras sus dedos agarran mis muslos para mantenerme quieta.

Intento guardar silencio, pero fracaso estrepitosamente. Es bueno en esto, tan jodidamente bueno que ya me cuesta respirar, veo las estrellas tras mis ojos por el esfuerzo de contenerme. Pero la habitación se llena de sonidos entrecortados, gemidos ahogados, jadeos en busca de aire. Mis manos aprietan las sábanas, mi columna vertebral se levanta del colchón mientras la presión se acumula rápida y profunda en mi centro. Él gime contra mí cuando yo gimo su nombre, y la vibración me hace perder el control.

No para hasta que estoy temblando, retorciéndome en la cama, convulsionando alrededor de sus dedos. —Joder… Oh, Dios —murmullo una y otra vez mientras su lengua se adentra en mis profundidades y extrae fuentes de humedad de algún lugar dentro de mí. Estoy temblando, palpitando a su alrededor, mientras él gruñe contra mi piel sensible.

Luego se levanta, arrastrando su boca por mi cuerpo hasta que vuelve a cernirse sobre mí, con los labios húmedos y los ojos oscuros.

—No he terminado —dice.

—Bien —susurro—. No pares. —Estoy jadeando, con el pecho agitado buscando aire mientras le busco con las manos.

Lorenzo me agarra la muñeca antes de que pueda tocarlo y la inmoviliza contra el colchón por encima de mi cabeza, sus dedos curvándose alrededor de los delicados huesos de mi muñeca como si estuviera probando con qué facilidad podría romperme. Sus ojos permanecen fijos en los míos, sin rastro de dulzura en la tensión esculpida en su mandíbula o en la forma en que su polla presiona con fuerza contra mi muslo interno, resbaladiza por lo minuciosamente que ya me ha destrozado.

—No te muevas —dice, con la voz baja y tensa—. No hables a menos que yo te lo diga. Y si veo tus manos en algún sitio que no sea donde yo las he puesto, las ataré al puto cabecero de la cama.

Asiento una vez, con el aliento atrapado en algún lugar de la garganta, pero no es suficiente para él. Aprieta su agarre hasta que jadeo.

—Dilo.

—No me moveré.

—¿Y si te digo que supliques?

—Lo haré.

Su boca se curva, medio satisfecha, medio peligrosa, y entonces me suelta y desplaza su peso más abajo, arrastrando el dorso de sus dedos por la longitud de mi torso en una caricia lenta y posesiva que hace que mi cuerpo se tense hacia él incluso cuando intento quedarme quieta.

No me avisa cuando me penetra; simplemente me agarra las caderas y entra hasta el fondo con una sola embestida brutal que me deja sin aliento y arquea mi columna vertebral separándola del colchón. El estiramiento es un castigo, mi coño todavía hinchado e hipersensible por su boca, y siento cada centímetro de él mientras se mantiene profundo e inmóvil dentro de mí.

—¿Sientes eso? —gruñe, inclinándose sobre mí hasta que su boca me roza la oreja y su peso me hunde más en el colchón—. ¿Lo profundo que estoy dentro de ti? —Asiento y él dice—: Ahora me perteneces, Serena. Este bonito coño tuyo me pertenece. Es mío.

Empieza a moverse, no con suavidad, no con provocación, sino con un ritmo constante e implacable, dominándome, reclamándome. Me folla como si intentara imprimir la forma de su polla en mi cuerpo, como si quisiera que lo sintiera mucho después de que se haya retirado y me haya dejado vacía y destrozada.

Mis manos permanecen donde las dejó, mis puños se cierran sobre la almohada por encima de mi cabeza, pero cada vez es más difícil no tocarle con cada embestida. El golpe de sus caderas contra la parte posterior de mis muslos, el calor de su piel, la brutal fricción de cada centímetro arrastrándose contra mis paredes… arranca un

sonido de mi garganta, no palabras, ni siquiera su nombre, solo un ruido crudo, involuntario, salvaje.

Se estira entre nosotros sin aminorar la marcha y presiona dos dedos en mi clítoris, frotando con fuerza y tensión al ritmo de sus embestidas, observando cómo me desmorono bajo él con un hambre oscura que hace que todo mi cuerpo se contraiga.

—Así me gusta —respira—. Córrete para mí otra vez. Déjame sentir cómo te aprietas alrededor de mi polla mientras te follo durante el orgasmo.

Intento contenerme, pero él sabe exactamente dónde tocar, cómo restregarse contra mí en el ángulo preciso para arrancarme el clímax, esté yo preparada o no. Cuando llega, me rompo: las caderas se sacuden, los muslos tiemblan, un gemido sale arañando de mi garganta mientras me contraigo a su alrededor con tanta fuerza que le arranca otra maldición de los labios.

Lorenzo no cede.

Me folla a través de él, a través de las réplicas y la sobreestimulación, a través de los temblores y los jadeos entrecortados. Mantiene su ritmo brutal, la mano todavía trabajando mi clítoris hasta que estoy medio sollozando, medio gimiendo bajo él, sin saber si la siguiente ola me destruirá o me reconstruirá.

—Te tragas todo lo que te doy —gruñe, con la voz áspera por la contención—. Te lo tragas y me das las gracias por ello.

—Gracias —digo con la voz ahogada, completamente deshecha —. Gracias.

Él gruñe algo en voz baja en italiano y vuelve a agarrarme las muñecas, tirando de ellas por encima de mi cabeza y sujetándolas con una mano mientras la otra me rodea la garganta; no aprieta, solo sujeta, solo me recuerda que soy suya. Ni siquiera me había dado cuenta de que las había movido, pero de repente la falta de su piel en mis palmas se siente como un castigo.

Se inclina, sus ojos ardiendo en los míos.

—La próxima vez —dice, su polla todavía golpeándome con una fuerza implacable—, te mantendré esposada, con los ojos vendados, amordazada si es necesario. Pero esta noche quiero que grites mi nombre cuando te llene.

Y lo hago.

No afloja. Mantiene mis muñecas sujetas con una mano, sus caderas golpeándome con un ritmo brutal que me empuja hacia arriba del colchón con cada embestida. El chasquido de la piel, el húmedo arrastre de la fricción, los sonidos entrecortados que se escapan de mi boca… todo lo alimenta. Me observa deshacerme bajo él, completamente expuesta, completamente suya.

—Vas a correrte una vez más —gruñe, su voz vibrando contra la base de mi garganta—. Y esta vez, gritarás por ello.

Sus dedos se deslizan de nuevo entre mis piernas, encontrando mi clítoris otra vez, frotando rápido y fuerte mientras embiste más duro, más profundo, cada centímetro golpeando los lugares sensibles que ya ha marcado. Mi cuerpo se sacude, sobreestimulado y desesperado, el límite llegando demasiado rápido para contenerlo.

—Lorenzo… joder… Loren…

Él gruñe al oír su nombre. —Eso es. Suéltate. Córrete en mi polla mientras te lleno.

El orgasmo estalla como un detonador: violento y de cuerpo entero, toda mi estructura se bloquea mientras grito a través de él, los ojos en blanco, las uñas clavándose en mis propios puños para no arañarle. Me aferro a él con fuerza, cada músculo tensándose, y eso es lo que lo quiebra.

Con un gemido gutural, suelta mis muñecas y me agarra las caderas, embistiendo una última vez. Se entierra hasta el fondo y se queda ahí, todo su cuerpo estremeciéndose con la fuerza de su liberación mientras se corre dentro de mí: profundo, caliente, posesivo. Aprieta la mandíbula, enseñando los dientes, con los ojos fijos en los míos como si quisiera observar el momento exacto en que me deshago por completo.

Se queda así durante un largo instante, la polla todavía palpitando dentro de mí, la respiración agitada contra mi cuello. Luego deja que su peso se hunda, pesado y reconfortante, un brazo deslizándose bajo mis hombros para acercarme más, el otro enredado en mi pelo como si aún no quisiera dejarme ir.

—Te lo dije —murmura contra mi piel—. Ahora eres mía.

Y le creo, y eso me asusta.

Yacemos enredados en las sábanas, mi cabeza sobre su pecho, escuchando cómo su ritmo cardíaco se ralentiza. Sus dedos se aferran a mi hombro desnudo, y puedo sentir cómo la tensión abandona lentamente su cuerpo. La parte racional de mi cerebro empieza a reafirmarse, susurrando preguntas que no estoy preparada para responder. ¿Qué estoy haciendo? ¿Quién es este hombre, en realidad? Pero aparto esos pensamientos, centrándome en cambio en el calor de su piel, en la constante subida y bajada de su respiración.

—¿Ningún remordimiento? —pregunta en voz baja, su voz retumbando en su pecho.

Giro la cabeza para mirarlo. No puedo leer bien su expresión en la penumbra, pero hay algo vulnerable en sus ojos que no esperaba.

—No —digo, y lo digo en serio—. Al menos, no esta noche.

No hay ninguna respuesta por su parte, ni un asentimiento, ni una sonrisa, pero su mano continúa su tenso movimiento sobre mi piel. El resto de Roma probablemente duerme, pero en esta habitación, en este momento, no existe nada más allá de nosotros dos y el calor que hemos creado juntos.

Cierro los ojos, dejándome llevar por el resplandor del momento, intentando no pensar en lo que traerá el mañana, sintiéndome por fin libre de la presión del tribunal.

7

LORENZO

Me despierto antes del amanecer; mi reloj interno es tan fiable como cualquier despertador. El apartamento está en silencio, salvo por el suave sonido de su respiración a mi lado. Serena yace de costado, con el pelo oscuro desparramado sobre la almohada y una mano bajo la mejilla. Dormida parece más joven, con las afiladas aristas de su recelo suavizadas.

La observo un momento, memorizando la curva de su hombro, la forma en que sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas. La parte racional de mi cerebro cataloga esto como un error: haberla traído aquí, haberla tocado, haber dejado que se me meta bajo la piel. Pero el resto de mí quiere alargar la mano, recorrer la línea de su columna, despertarla con mi boca sobre la suya.

No lo hago.

En lugar de eso, me deslizo fuera de la cama, con cuidado de no mover el colchón. Mi ropa está esparcida por el suelo, un recordatorio de lo rápido que se precipitaron las cosas entre nosotros. Me visto con la tenue luz del sol que ya se filtra por las cortinas esta mañana. Es hora de poner en práctica mis órdenes, aunque ya siento cómo mi cuerpo quiere resistirse a lo que se supone que debo hacer y recrearse en la química que hay entre nosotros.

La noche se repite en mi mente en fragmentos mientras me muevo por el apartamento. Su risa mientras tomábamos una copa, la forma en que me miró cuando mencioné la ópera. El ardor en sus ojos cuando la besé. Los sonidos que hizo cuando la toqué. Archivo cada recuerdo bajo la categoría de cosas que no puedo tener, cosas que nunca estuvieron destinadas a ser mías.

Porque eso es lo que fue: un momento robado de una vida que no me pertenece. Un atisbo de cómo podría ser la normalidad si yo fuera otra persona. Si ella fuera otra persona. Si existiéramos en un mundo donde mis manos no estuvieran manchadas de sangre y su trabajo no fuera procesar a hombres como yo.

Cojo mi Glock de la encimera de la cocina, donde la dejé, compruebo el cargador antes de deslizarla en la funda de mi espalda. Mi móvil está al lado de donde estaba la pistola, con la pantalla a oscuras. Ninguna llamada perdida de Emilio. Ningún mensaje urgente. El mundo fuera de este apartamento ha seguido sin mí, pero no esperará mucho más.

La cafetera cobra vida con un gorgoteo mientras la pongo a funcionar. El ritual familiar me devuelve a la realidad, al presente. A lo que tiene que pasar a continuación.

Necesito respuestas. Sobre los expedientes judiciales sellados. Sobre sus fuentes. Sobre cuánto sabe y con quién lo ha compartido. Las preguntas que debería haber hecho anoche en lugar de perderme en su contacto. El interrogatorio que debería haber tenido lugar antes de permitirme desearla.

La voz de Emilio resuena en mi cabeza. *Sácale todo lo que sabe y luego elimínala.*

El café termina de hacerse y me sirvo una taza, negro y amargo. Me siento a la mesa de la cocina, colocándome donde pueda ver la puerta del dormitorio mientras sorbo mi amargo café. La luz de la mañana se hace más fuerte a medida que el sol sigue saliendo, pintando las paredes del apartamento con el toque experto de un maestro.

La oigo moverse antes de verla: un suave murmullo, el susurro de las sábanas. Aparece en el umbral momentos después, envuelta

en una de mis camisas, con el pelo alborotado por el sueño. Parpadea ante la luz, desorientada.

—Buenos días —dice con voz ronca. Se pasa una mano por el pelo y el gesto es tan natural, tan íntimo, que siento una opresión en el pecho.

—Buenos días. —Señalo la cafetera—. Hay más si quieres.

Asiente y cruza la cocina para servirse una taza. La observo moverse, la forma en que la camisa le llega a medio muslo, cómo añade nata a su café con cuidado de no echar demasiada. Cuando se vuelve hacia mí, hay una suavidad en su expresión que me hace querer alcanzarla.

En lugar de eso, me quedo sentado, con las manos alrededor de mi taza.

—¿Has dormido bien? —pregunto.

—Mejor que en semanas. —Se acomoda en la silla de enfrente, acurrucando las piernas bajo ella—. Tu cama es cómoda.

—Bien. —Tomo un sorbo de café, usando el gesto para ganar tiempo—. Quería hablar contigo sobre tu trabajo.

Frunce el ceño.

—¿Mi trabajo?

—Los casos que estás montando. Los que tienen como objetivo el crimen organizado. —Mantengo mi voz neutra y conversacional. No es fácil pasar al modo interrogatorio cuando es tan jodidamente sexi, pero es mi trabajo. No puedo pensar en el sabor de su humedad en mi lengua o en la sensación de sus tetas aplastadas contra mi pecho—. En concreto, los expedientes judiciales sellados a los que has estado accediendo.

Ladea la cabeza, estudiándome.

—Es un tema interesante para una charla de alcoba.

—Tengo curiosidad por tus métodos. Cómo reúnes la información. Quiénes son tus fuentes.

—Lorenzo. —Deja su taza de café y veo cómo los engranajes de su mente empiezan a girar—. ¿Por qué me preguntas esto?

—Interés profesional.

—¿En qué? ¿Estrategia legal? —Su risa es un sonido agudo y noto que se está preparando para mi presión. Se está dando cuenta

poco a poco, pero cuando el sol sale, no puedes ocultarlo—. No lo creo.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

—El cártel de los Costa… ¿cuánto sabes de sus operaciones?

La pregunta se desliza en su mente y veo cómo cambia su rostro. La suavidad somnolienta desaparece, reemplazada por la aguda inteligencia que vi en sus ojos en el restaurante. Está atando cabos, conectando los puntos que esperaba que tardara un poco más en materializar.

—Esto es por trabajo —dice lentamente—. Todo esto… Anoche.

—Responde a la pregunta, Serena.

—Creo que no lo haré. —Se levanta y la silla raspa el suelo—. Creo que tengo que irme.

—Siéntate —le espeto mientras se da la vuelta para irse, dejando el café sobre la mesa.

—¿Perdona? —suelta ella, volviéndose por encima del hombro, pero se detiene.

—He dicho que te sientes. —No levanto la voz, pero algo en mi tono la hace congelarse—. No hemos terminado de hablar.

Me mira fijamente durante un largo momento y puedo ver el segundo exacto en que se da cuenta de quién soy, de lo que soy. El color desaparece de su rostro, pero no se sienta.

—Los archivos sellados —continúo—. Los de la división de delitos financieros. Has estado accediendo a ellos con regularidad. ¿Qué encontraste?

—No sé de qué hablas. —Serena está nerviosa, sus ojos van de un lado a otro de la habitación como si buscara una salida rápida. No la encontrará.

—No me mientas. —Me levanto y ella da un paso atrás por instinto—. Blanqueo de dinero. Sociedades fantasma. Cuentas en el extranjero. Has ido montando un caso, pieza por pieza. ¿Quién te ayuda?

—Quiero irme. Ahora.

—Eso no va a pasar —le digo, acercándome a ella.

Se mueve hacia la entrada de la cocina y la intercepto, sin tocarla, pero bloqueándole el paso. La camisa que lleva, mi camisa,

de repente parece un disfraz, un atrezo en una obra de teatro que ambos intentamos fingir que no está ocurriendo.

—Apártate —dice, y ahora hay un temblor en su voz.

—Responde primero a mis preguntas.

—No tengo por qué decirte nada.

—En realidad, sí. —Doy un paso más y ella se mantiene firme—. Las fuentes fuera del sistema judicial. Las que te proporcionan información. Nombres, Serena. Necesito saber lo que sabes.

—Vete al infierno.

—Los registros financieros que has estado rastreando. ¿Qué bancos? ¿Qué cuentas?

Intenta rodearme, pero me muevo para bloquearla de nuevo. Ahora estamos cerca, lo suficientemente cerca como para oler el persistente aroma de su perfume mezclado con sueño y sexo. Lo suficientemente cerca para ver el pulso martilleando en su garganta, las venas marcadas sobre sus sienes.

—Me estás asustando —susurra.

No debería sorprenderme su admisión. Por supuesto que la estoy asustando. Nunca se suponía que fuera otra cosa que aterrador. Ese era el plan. Así fue como Emilio me ordenó que me infiltrara... Pero la mujer que se deshizo en mis brazos anoche, que me miró con ardor y hambre, ahora me mira con terror en los ojos.

—Necesito usar el baño —dice, con la voz cuidadosamente controlada.

Estudio su rostro, buscando engaños, señales de que está planeando algo. Pero parece pálida, conmocionada. Humana.

—Está bien. Pero no intentes ninguna estupidez.

Asiente y pasa a mi lado hacia el pasillo. La veo irse, mi mano se mueve inconscientemente hacia la pistola en mi espalda.

Debería haber hecho esto de otra manera. Debería haber hecho las preguntas antes de dejarme distraer por su boca, su piel, la forma en que decía mi nombre. Debería haber recordado que no es solo una mujer, es un objetivo.

Mi móvil vibra sobre la mesa y lo cojo, esperando que sea Emilio. En cambio, es un mensaje de texto de Victor.

Victor: 7:23: ¿Alguna noticia del jefe? No he sabido nada de ti desde ayer.

Empiezo a escribir una respuesta, con la atención dividida entre el móvil y el pasillo por donde desapareció Serena. El apartamento se siente diferente ahora, cargado con la tensión creada por el trabajo que se supone que debo hacer.

La puerta del baño se cierra con un clic y oigo el sonido del agua corriendo. Termino de escribir mi mensaje a Victor, diciéndole que todo está bajo control. Una mentira, pero necesaria.

Estoy revisando mis otros mensajes cuando la oigo moverse en el baño. El sonido del armario al abrirse. El suave golpe de algo al ser colocado. Sonidos normales que no deberían hacer saltar las alarmas en mi cabeza.

Pero lo hacen.

Estoy a medio camino de ponerme en pie cuando oigo sus pasos en el pasillo. Suaves, cuidadosos. Demasiado cuidadosos.

Empiezo a girarme, mi mano buscando mi arma, pero es demasiado tarde. El impacto llega por detrás, agudo y brutal, conectando con la base de mi cráneo. El móvil sale volando de mi mano, resonando contra el suelo mientras un dolor intenso explota en mi cabeza.

Se me nubla la vista y me tambaleo hacia delante, buscando la mesa para estabilizarme. Pero mis piernas no me sostienen. La cocina se inclina y caigo, el suelo se abalanza hacia mí.

Lo último que veo antes de que la oscuridad me engulla es mi móvil, con la pantalla rota pero todavía brillante, el mensaje de Victor aún visible.

Después, la nada.

8

SERENA

Me tiemblan las manos mientras cierro la puerta del baño a mi espalda, y el chasquido del pestillo al encajar en su sitio me resulta demasiado ruidoso en el silencioso apartamento. Me apoyo en la fría madera, con el corazón martilleándome en las costillas. Las preguntas que me ha hecho, el modo en que me ha mirado... todo ha cambiado, y no entiendo cómo ni por qué.

Interés profesional. Las palabras resuenan en mi mente mientras contemplo mi reflejo en el espejo. Tengo el pelo alborotado, los labios aún hinchados por sus besos, y llevo puesta su camisa sin nada más debajo. Tengo el aspecto de lo que soy: una mujer que ha pasado la noche en la cama de un desconocido. Una mujer que ha cometido un error terrible.

Abro el grifo y me echo agua fría en la cara, intentando pensar. El cártel de los Costa. Expedientes judiciales sellados. Sabe cosas que no debería saber, ha hecho preguntas que me ponen la piel de gallina. La forma en que dijo mi nombre cuando me pidió que me sentara... había autoridad en su voz, del tipo que se adquiere cuando se está acostumbrado a que le obedezcan.

El baño es pequeño, funcional. Sin ventanas. Hay un único armario bajo el lavabo. Lo abro, buscando algo, cualquier cosa que pueda ayudarme a entender lo que está pasando. Frascos de

medicamentos con nombres que no reconozco, vendas, antiséptico. Una navaja de afeitar que parece bien cuidada yace junto a una caja de preservativos sin abrir.

Y detrás de todo, una pequeña botella de cristal vacía, escondida al fondo, como si quien se hubiera terminado las últimas gotas se avergonzara de ello. Whisky, supongo, por el olor que desprende cuando desenrosco el tapón. El cristal es pesado en mi mano, sólido. La agarro por el cuello, tanteando su peso mientras un plan empieza a formularse en mi mente.

Lo oigo moverse por la cocina: el ruido de una silla que se arrastra, el zumbido de su móvil. Está distraído y esta podría ser mi única oportunidad. El hombre me dobla en tamaño, y anoche sentí la fuerza de sus músculos cuando me tenía inmovilizada.

Entonces me hizo suplicar. Ahora me hace temblar de una forma distinta.

Abro la puerta con cuidado, lo justo para atisbar el pasillo. Está en la mesa, de espaldas a mí, con el móvil en la mano. Sus hombros se ven anchos bajo la camisa negra, y puedo distinguir el contorno de algo en su cintura. Un arma... por supuesto que hay una puta pistola. Ya lo sabía cuando lo conocí en la ópera y, aun así, dejé que me convenciera para arriesgarme. ¿Qué coño me pasa?

Salgo al pasillo, descalza sobre el suelo de madera. Cada paso parece enorme, como si fuera a delatarme, pero él no se da la vuelta. Está escribiendo algo, con la atención centrada en la pantalla.

Tres pasos. Cuatro. Ya estoy lo bastante cerca para ver la cicatriz en su nuca, una fina línea que desaparece bajo el cuello de la camisa. Lo bastante cerca para oír su respiración.

Levanto la botella y, por un momento, dudo. Es una locura. Estoy a punto de agredir a un hombre al que apenas conozco, un hombre que ha estado dentro de mí hace unas horas. Un hombre que, si no consigo golpearlo bien y dejarlo fuera de combate, puede matarme y sin duda lo hará. Pero la alternativa —quedarme aquí, responder a sus preguntas, descubrir lo que realmente quiere— me parece peor.

Balanceo la botella hacia abajo, poniendo en el golpe todo mi miedo y mi confusión. El cristal impacta en la base de su cráneo con

un crujido sordo, y él se pone rígido. El móvil sale volando de su mano y se desliza por el suelo mientras él se tambalea hacia delante.

Intenta apoyarse en la mesa, pero las piernas le flaquean. Se golpea con fuerza contra el suelo, y la cabeza le rebota una vez contra las baldosas antes de quedarse quieto.

Suelto la botella, que se hace añicos a su lado, esparciendo cristales por toda la cocina. La sangre le mana del cuero cabelludo, oscura contra su pelo. Por un instante terrible, creo que lo he matado. Entonces veo que su pecho sube y baja, y me inunda una oleada de alivio.

No tengo tiempo para sentirme culpable. No tengo tiempo para nada que no sea salir de aquí.

Mi ropa está en el dormitorio, esparcida por donde la dejamos. Me pongo la ropa interior, el vestido, los zapatos, con los dedos torpes al subir cremalleras y abrochar tirantes. Todo me parece mal, demasiado apretado, demasiado holgado, como si llevara la piel de otra persona.

Mi bolso está en la mesilla de noche; lo cojo y compruebo si tengo el móvil. La pantalla está en negro, muerta. Pulso el botón de encendido, pero no pasa nada. Cuando intento quitar la batería, descubro que ha sido manipulada. Falta la tarjeta SIM.

Lo ha inutilizado. Mientras yo dormía, mientras estaba desnuda y vulnerable en su cama, él me ha destrozado el móvil.

Reprimo el pánico y me centro en lo que tengo que hacer. Salir. Huir. Pedir ayuda.

Registro el apartamento en busca de llaves, de una forma de salir. Su chaqueta está colgada en una silla, y hurgo en los bolsillos. La cartera. Más móviles —tres, todos bloqueados con contraseñas—. Y, por fin, las llaves de un coche.

Lo compruebo una vez más antes de irme. Sigue inconsciente, con un charco de sangre bajo la cabeza. Debería pedir ayuda, debería hacer algo. Pero no puedo. No cuando no sé quién es ni qué quería de mí.

Las llaves me llevan a un garaje subterráneo, donde una berlina negra me espera en la penumbra. Nunca he robado un coche, pero

sé conducir. El motor arranca con suavidad y me dirijo hacia la salida, agarrando el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos.

Las calles de Roma están casi vacías a esta hora, el sol apenas empieza a asomar sobre la ciudad antigua. Conduzco por barrios que no reconozco, pasando por edificios que podrían ser apartamentos, oficinas o cualquier otra cosa. Todo me resulta desconocido, amenazador.

Tengo que ir a la policía. Tengo que denunciar lo que ha pasado: las preguntas, el móvil inutilizado, la forma en que me bloqueó el paso. Pero primero, tengo que alejarme de aquí, de cualquier telaraña en la que me haya metido.

El coche se maneja bien, responde a mis movimientos. Supero el límite de velocidad, serpenteando por las estrechas calles, intentando recordar el camino hacia el centro de la ciudad. Me martillea la cabeza, una mezcla de miedo y lo que sea que bebí anoche. El vino. El whisky. Todavía puedo saborearlos, un gusto amargo en la lengua.

Giro en una calle, luego en otra, siguiendo las señales que indican el centro de la ciudad. Los edificios se van haciendo más altos, más reconocibles. Me estoy acercando a un terreno familiar, a la seguridad.

Pero la visión se me sigue nublando. Los bordes de todo parecen difusos, inciertos. Parpadeo con fuerza, intentando enfocar, pero el volante se me resbala de las manos. Siento los brazos pesados, no me responden.

Todavía estoy borracha. O con resaca. O las dos cosas. Y quizá el susto o el miedo también influyan… apenas puedo ver con claridad y mi respiración es demasiado superficial. Me doy cuenta de ello al acercarme a un cruce, con el semáforo poniéndose en ámbar. Debería parar, esperar a que se ponga en verde, pero mi pie pisa el acelerador en su lugar.

El coche da una sacudida hacia delante, y oigo el chirrido de unos frenos a mi espalda. Alguien toca el claxon, un pitido largo y furioso. Me he saltado un semáforo en rojo, pero no me detengo. No puedo parar. Todavía no.

Puede que mi móvil esté muerto, pero hay otras formas de conseguir ayuda. Comisarías. Hospitales. Edificios gubernamentales. Algún lugar seguro donde pueda explicar lo que ha pasado, donde alguien me crea.

La carretera se curva más adelante y la sigo, pero mi tiempo de reacción es lento. Demasiado lento. Voy demasiado rápido para la curva y siento que el coche empieza a derrapar. Doy un volantazo a la derecha, corrigiendo en exceso, y los neumáticos chirrían contra el asfalto.

La barandilla se abalanza sobre mí, metal y hormigón y la promesa de un impacto. Doy otro volantazo en la dirección opuesta, pero el coche ya está derrapando, ya está fuera de control.

El tiempo se ralentiza. El mundo se inclina. Veo cómo la carretera desaparece, la ladera rocosa más allá de la barandilla, los árboles que detendrán mi avance. Huelo a goma quemada y a algo más..., puede que a gasolina o a humo.

El coche choca contra el terraplén y vuelca, el metal chirría contra la piedra. El cinturón de seguridad se me clava en el pecho y mi cabeza se sacude hacia delante y luego hacia atrás. Los cristales explotan a mi alrededor, diminutos diamantes que atrapan la luz de la mañana.

Entonces todo queda en silencio.

Estoy colgada boca abajo, sujeta por el cinturón de seguridad. Me gotea sangre de la frente, caliente y pegajosa. El brazo izquierdo me palpita, doblado en un ángulo que no parece natural. Pero estoy viva. Estoy consciente.

Oigo voces, lejanas, pero cada vez más cercanas. Pasos sobre la gravilla. Alguien gritando órdenes. Sirenas a lo lejos, cada vez más fuertes.

—Hay alguien en el coche —dice un hombre—. Llamad para pedir refuerzos.

—¿Puede oírme? —es una voz de mujer, ahora más cerca—. No intente moverse. Vamos a sacarla.

Intento responder, pero la boca no me funciona bien. Las palabras me salen arrastradas, ininteligibles. Todo parece lejano, como si le estuviera ocurriendo a otra persona.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta la mujer.

Quiero decírselo. Quiero explicarlo todo: las preguntas, el móvil inutilizado, la forma en que me miró cuando se dio cuenta de que me iba. Pero las palabras no me salen. Siento la lengua pastosa, inútil.

—¿Puede decirme su nombre? —pregunta de nuevo.

Las sirenas suenan más fuerte, justo encima de nosotros. Veo luces parpadeantes a través del parabrisas agrietado como una telaraña, rojo y azul pintando la mañana con colores de urgencia.

—Necesito... —intento hablar, pero el esfuerzo me agota—. Necesito...

—Está bien —dice ella—. No intente hablar. La ayuda está en camino.

Pero sí que necesito hablar. Necesito hablarles de Lorenzo, del apartamento, de las preguntas que me hizo. Necesito explicar por qué estoy aquí, por qué conduzco un coche que no es mío, por qué huyo de un hombre con el que he compartido la cama.

En lugar de eso, cierro los ojos y dejo que la oscuridad me engulla.

9

LORENZO

El hospital privado se encuentra a cuarenta kilómetros de Roma, rodeado de cipreses y extensos y cuidados jardines. Aparco el sedán de alquiler en el aparcamiento de visitantes y miro el reloj. Han pasado tres días desde que Serena desapareció de mi casa. Tres días desde que sonó el teléfono de Emilio con preguntas sobre su vehículo, matriculado a su nombre, estampado contra un guardarraíl en la Vía Cassia.

—Ocúpese de ello —me dijo—. Con discreción. Por el tono de su voz, supe entonces, y sé ahora, lo que quería decir. Todo este asunto se ha vuelto demasiado escandaloso para el apellido Costa. Tres días con una fiscal desaparecida mientras trabajaba en un caso relacionado con nosotros, y vinculada ahora a su coche, significan problemas.

Atravieso el reluciente vestíbulo del hospital con una opresión en el pecho y la certeza de lo que tengo que hacer: que parezca un accidente. Pero no estoy seguro de cómo voy a conseguirlo. En el momento en que comprobaron su matrícula, toda la situación se fue a la mierda.

En el mostrador de recepción, una enfermera vestida con un impecable uniforme blanco levanta la vista de la pantalla de su ordenador. En su placa pone *Gretchen*. Me inclino hacia delante,

dejando que la preocupación surque mis facciones como si fuera un ser querido muy preocupado por algún paciente muy enfermo.

—Busco información sobre una mujer que trajeron hace tres días —digo, manteniendo la voz firme—. Un accidente de coche en la Vía Cassia. Mi prima tenía que reunirse con ella esa noche, y como no apareció… —Dejo la frase en suspenso para que ella rellene los huecos.

La expresión de Gretchen se suaviza. —¿Cómo se llama, señor?

—Marco Tessari —le digo. La identidad falsa me sale de la lengua sin esfuerzo. Años de práctica han hecho del engaño una segunda naturaleza, y culpar de esto a su otro misterioso seguidor ayudará al menos a ralentizar la investigación. Mis ojos se dirigen a la cámara que hay sobre nosotros, y solo puedo rezar para que mi cara no aparezca en alguna base de datos de reconocimiento facial.

Teclea en su sistema, frunciendo el ceño ante la pantalla. —Hubo una mujer que trajeron de ese lugar. Figura como desconocida, no se encontró ninguna identificación en el lugar de los hechos. Está en la habitación 314, pero debo advertirle de que no ha recuperado el conocimiento desde su ingreso.

Se me oprime el pecho, aunque mantengo el rostro neutro. —¿Se… se recuperará? —Fingir preocupación es fácil. Mantener el corazón firme después de saber que, después de todo, quizá no tenga que matarla de inmediato, no es tan sencillo. Si no saben quién es, mi trabajo es menos llamativo, pero más complicado. Sigo necesitando averiguar todo lo que sabe, pero ahora mi cara está definitivamente relacionada con ella de forma pública.

—Los médicos son optimistas. Por suerte, no tiene lesiones internas importantes. Algunas contusiones y una conmoción cerebral, pero sus constantes vitales son estables. —Gretchen mira a su alrededor en el vestíbulo vacío y luego baja la voz—. Que quede entre usted y yo, tiene suerte de estar viva. El coche quedó completamente destrozado.

Asiento, fingiendo alivio. —Gracias. ¿Puedo verla?

—Por supuesto. Tercera planta, a la derecha al salir de los ascensores. Seguro que los médicos querrán hablar con usted para que podamos ponerle un nombre a esta pobre chica. —Su suave

sonrisa me deja inquieto. Me dirijo hacia los ascensores y avanzo en silencio hacia mi objetivo.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la tercera planta, salgo a un pasillo decorado con cuadros abstractos y orquídeas falsas en macetas. La habitación 314 está al final, con la puerta entornada.

Me detengo fuera, escuchando, y no oigo voces ni movimientos en el interior. El pasillo permanece vacío, a excepción del lejano sonido de unas ruedas sobre el linóleo: una enfermera haciendo la ronda en otra parte del ala. Y en algún lugar del pasillo oigo sonar un teléfono, pero no viene de la habitación de Serena.

Empujo la puerta y entro. Ella yace inmóvil en la cama del hospital, conectada a máquinas que monitorizan cada respiración, cada latido. El pitido constante llena la habitación con un ritmo mecánico. Su pelo oscuro se derrama sobre la almohada blanca, y unos moratones amoratados le sombrean la mejilla y la sien izquierdas. Un vendaje le cubre un corte en la frente.

Pero está viva. Entera…

Cierro la puerta tras de mí y me acerco a la cama. Su rostro, incluso marcado por el accidente, conserva su aguda inteligencia, o quizá soy yo que proyecto lo que sé de ella en su figura silenciosa. Su respiración es regular y controlada. Aquí parece más pequeña, vulnerable de un modo que nunca presencié durante nuestro enfrentamiento en mi casa.

El historial médico cuelga de un portapapeles a los pies de la cama. Lo levanto con cuidado, examinando páginas de notas técnicas y constantes vitales. Las notas de admisión detallan su llegada: inconsciente, sin identificación, alcoholemia negativa, sin signos de agresión. El médico de guardia anotó heridas defensivas en sus muñecas: pruebas de nuestro sexo la noche antes de que me golpeara en la cabeza con esa botella y escapara. Dice heridas defensivas, pero todavía recuerdo los gemidos de placer que arranqué de sus labios.

Paso más páginas, leyendo informes de diagnóstico y planes de tratamiento. Documentación hospitalaria estándar: lecturas de presión arterial, evaluaciones neurológicas, horarios de medicación.

El médico de guardia ha ordenado una monitorización regular por si aumenta la presión intracraneal, aunque el TAC inicial no mostró inflamación cerebral.

Entonces encuentro un informe de laboratorio, con el sello de la fecha de ayer, que contiene los resultados de un análisis de sangre, rutinario para todos los pacientes inconscientes. La mayoría de las cifras no significan nada para mí: recuentos de glóbulos blancos, niveles de proteínas, terminología médica estándar que llena páginas de observaciones clínicas.

Pero al final de la página, una nota en tinta roja me deja sin aliento.

Perfil de ADN marcado contra la base de datos nacional. Coincidencia familiar directa identificada: Sujeto Emilio Costa, expediente EC-2019-047.

Luego, con la misma letra que el nombre garabateado del médico, dice: *¿¿¿Era su coche???*

El papel tiembla en mis manos. Vuelvo a leer la línea, seguro de que he entendido mal. Pero la ciencia no miente. El laboratorio ha confirmado lo que debería ser imposible.

Serena es de la sangre de Emilio.

Una coincidencia familiar directa.

Mi mente repasa a toda velocidad las implicaciones. Esta mujer que ha pasado meses construyendo casos contra la organización de Emilio, atacando sistemáticamente las redes financieras que financian sus operaciones, lleva su ADN. ¿Pero cómo? Cierro los ojos con fuerza y pienso en el expediente que me dio Emilio. Decía que era adoptada, así que ¿lo sabía él? ¿Entiende Emilio lo verdaderamente peligrosa que es Serena Barone?

Mis ojos se abren de golpe y miro al final del informe en busca de firmas. Solo aparecen dos nombres, el del doctor Ignatius Ruggeri, médico de guardia, y el de Roberto Silva, técnico de laboratorio. Nadie más ha accedido a esta información. La marca de tiempo muestra que los resultados se generaron a última hora de la tarde de ayer, fuera del horario administrativo normal.

Mis manos se mueven sin pensamiento consciente, arrancando la página del portapapeles. El papel se rasga limpiamente por la

perforación, y lo doblo dos veces antes de deslizarlo en el bolsillo de mi chaqueta. Sin esta prueba, la conexión desaparece, se convierte en un error administrativo, una muestra mal archivada, un fallo informático. La limpieza será sencilla. Enviaré a Víctor a eliminar al técnico de laboratorio y al médico, y eso será todo. Todo parecerá un accidente.

Devuelvo el historial a su sitio y vuelvo a mirarla.

La hija de Emilio Costa. La fiscal que amenaza su imperio es de su propia sangre.

La ironía es profunda.

Me pregunto si ella lo sabe. ¿Decidió atacar al sindicato Costa por un conocimiento oculto sobre su origen? ¿O es esta la más cruel de las coincidencias: el destino poniendo a la hija de un padre en su punto de mira sin que ninguno de los dos lo sepa?

Estudio su rostro en busca de respuestas que no llegarán mientras duerme. Sus rasgos tienen similitudes con los de Emilio que nunca antes había notado: la mandíbula fuerte, los pómulos afilados, la forma en que sus cejas se arquean incluso en la inconsciencia. El parecido familiar se hace evidente una vez que sabes qué buscar, y soy un tonto por no haberlo visto antes.

Las máquinas continúan su coro constante a mi alrededor, marcando el tiempo mientras yo lo recalculo todo. Mis órdenes eran claras. Extraer información sobre sus estrategias legales y luego eliminar la amenaza que supone. Pero esas órdenes se complican en el momento en que Emilio se entere de que es su hija. Las anulará, estoy seguro.

Los historiales del hospital pueden ser alterados, pero no borrados permanentemente. Demasiados sistemas, demasiadas copias de seguridad, demasiada gente con acceso. La verdad saldrá a la luz con el tiempo, en cuestión de días, no de semanas. Cuando lo haga, todo cambiará.

Emilio la querrá viva, querrá que se la lleven, que la protejan, quizá que la incorporen a la familia. La hija que nunca supo que existía se convierte en su legado, su continuación junto a Víctor.

Se mueve ligeramente mientras duerme, y yo me aparto de la cama. Sus párpados se agitan pero no se abren. La conmoción

cerebral la mantiene profundamente dormida, probablemente durante varias horas más según las notas médicas.

Varias horas más antes de que despierte a un mundo que ha cambiado fundamentalmente a su alrededor.

La puerta se abre detrás de mí, y me giro para ver al doctor Ruggeri entrar con un portapapeles. Es alto, canoso, y tiene el aire de confianza que dan décadas de práctica médica.

—Disculpe —dice con autoridad—, el horario de visitas terminó hace veinte minutos.

Señalo la cama. —Soy su primo, Marco Tessari. La enfermera de abajo me ha dicho que podía verla.

El doctor Ruggeri mira su reloj, y luego a mí con esa mirada calculadora que los médicos perfeccionan a lo largo de años de evaluar a pacientes y familiares. —Está estable, pero el traumatismo craneal requiere una cuidadosa monitorización. La mantenemos sedada hasta que baje la inflamación.

—¿Cuánto tiempo más?

—Es difícil de decir. Podrían ser horas, o podría ser otro día. Las lesiones cerebrales se curan a su propio ritmo. —Se acerca a comprobar los monitores, anotando cifras en su portapapeles—. ¿Es usted su contacto de emergencia? Hemos estado intentando localizar a la familia desde que llegó.

—No teníamos mucha relación —miento con suavidad—. No hablábamos desde hacía meses antes de que esto ocurriera. No conozco sus contactos actuales.

El doctor Ruggeri asiente, tomando una nota. —Cuando despierte, tendremos que verificar su identidad. La policía querrá hablar con ella sobre el accidente.

Se me acelera el pulso, pero mantengo una expresión neutra. —Por supuesto. Estaré aquí cuando esté lista.

—Me temo que eso no será posible esta noche. Limitamos las visitas nocturnas solo a familiares directos. —Su tono no admite discusión—. Puede volver mañana durante el horario habitual.

La miro una última vez. En unas horas, quizá menos, abrirá los ojos. La conmoción se desvanecerá, recuperará la memoria y lo recordará todo: la ópera, mi casa, nuestro enfrentamiento, su huida.

Le dirán que el coche que robó pertenece a Emilio Costa. Y cuando la policía haga sus comprobaciones de antecedentes, cuando indaguen en su identidad para reconstruir lo sucedido, encontrarán conexiones que conducen al hombre que la quiere muerta.

A menos que yo llegue a ella primero.

—Entendido —le digo al doctor Ruggeri—. Volveré mañana a primera hora.

Me acompaña hasta el ascensor, y bajo al vestíbulo ya formulando un plan en mi cabeza. En el mostrador de recepción, Gretchen levanta la vista con una sonrisa compasiva.

—¿Cómo está?

—El médico dice que se recuperará. Gracias por su ayuda. —Hago una pausa, como si recordara algo de última hora—. Cuando despierte, ¿podría llamarme? Me gustaría estar aquí cuando esté lista para recibir visitas. —Esa llamada nunca llegará, porque pretendo estar aquí antes de que despierte y sacarla discretamente, pero tengo que seguir con mi papel.

Gretchen anota mi número de teléfono falso, y yo regreso al aparcamiento bajo el peso de lo que sé. La mujer que yace inconsciente tres pisos más arriba es la hija de Emilio Costa.

La fiscal a la que me ordenaron quebrar y eliminar se ha convertido en la persona más valiosa de su mundo por muchas razones.

Y yo soy el único que sabe la verdad.

Ahora todo cambia.

10

SERENA

La consciencia me llega en fragmentos. Primero, el dolor punzante en el cráneo que late con cada latido. Después, el olor a antiséptico que me quema las fosas nasales. Y, por último, la presión sobre mi boca: una piel cálida contra mis labios, una presión firme y pesada.

Abro los ojos de golpe.

El rostro de Lorenzo flota a centímetros del mío, sus ojos color avellana más oscuros de lo que recordaba. Me tapa la boca por completo con la mano; el pulgar y los demás dedos le sobrepasan la línea de la mandíbula. La cama del hospital cruje cuando intento moverme, pero su otra mano me presiona el hombro, inmovilizándome.

—No hagas ruido —susurra—. Tenemos que irnos. Ahora.

Su voz transmite una urgencia que me hiela la sangre.

La habitación a nuestro alrededor está en penumbra, iluminada solo por el brillo del equipo médico. Unas máquinas pitan de forma constante junto a la cama, monitorizando mis constantes vitales, pero parece que ya no estaré aquí para que esos monitores me examinen. A través de la ventana, la oscuridad se extiende por el aparcamiento vacío y las colinas lejanas. Todavía es de noche, pero ni siquiera sé cuánto tiempo llevo durmiendo.

La mano de Lorenzo se desplaza de mi boca a la parte de atrás de mis rodillas y me levanta de la cama como si fuera una muñeca de trapo. El camisón del hospital se me arruga en los muslos y el aire fresco me da en la piel expuesta. Todos los músculos de mi cuerpo protestan por el movimiento, enviando agudas punzadas de dolor a mis costillas y mi espalda.

—Puedo andar —digo con brusquedad, pero me ignora. Ni siquiera sé por qué espero que me escuche. Debería gritar, pero podría hacerme más daño del que ya tengo. Cada célula de mi cuerpo grita de dolor.

Me lleva hacia la puerta y se detiene a escuchar si se oye algo en el pasillo. Me aferro a él mientras la cabeza me martillea, dando vueltas entre una docena de destellos de memoria que llegan todos a la vez: yo estampándole una botella en la cabeza, el coche saliéndose de la carretera, unas voces haciéndome preguntas sobre mi identidad.

—¿Por qué? —mascullo, pero el dolor de cabeza me dificulta incluso oírme a mí misma—. ¿Adónde me llevas? ¡Suéltame!

Lorenzo sale al pasillo, mirando por encima del hombro. Entrecierro los ojos por la luz, sin saber siquiera dónde estoy. Es un hospital, o una clínica, pero no veo enfermeras ni médicos. Las luces son demasiado brillantes para que pueda abrir los ojos. Todo me da un dolor de cabeza horrible.

—Baja la voz, Serena. Te lo advierto. Es por tu propio bien. ¿Entiendes? —Habla en un tono tan bajo que me aterroriza. ¿El hombre que me exige respuestas, del que tuve que escapar, ahora quiere protegerme? ¿Pero de quién?

Llegamos a un montacargas al final del pasillo. Pasa mi peso a un brazo mientras pulsa el botón de llamada, y siento la fuerza de su pecho, el ritmo constante de su corazón contra mi hombro. Las puertas del ascensor se abren casi sin hacer ruido.

—¿Adónde me llevas? —pregunto mientras descendemos. Mis brazos le rodean los hombros por instinto, pero me siento rígida e incómoda. Mi sitio no está en sus brazos.

—A un lugar seguro —gruñe, pero yo no me siento segura. Un hospital es un lugar seguro, ¿no?

—¿Por qué…? —respiro, pero me fulmina con la mirada y reprimo el impulso de hacer más preguntas.

Sus palabras no me consuelan. ¿Seguro para quién? ¿A salvo de qué? Mis recuerdos de los últimos días siguen fragmentados: destellos de su casa, el teatro de la ópera, nuestro enfrentamiento, mi huida. Pero los detalles se desdibujan, dejando lagunas que mi cerebro herido no puede rellenar.

El ascensor se abre en un sótano apenas iluminado. Me imagino a un conserje empujando su solitario carrito por estos pasillos fuera de horario mientras se fuma un cigarrillo, pero aquí abajo estamos solos. Lorenzo me lleva a través de un laberinto de almacenes y salas de máquinas. En el extremo opuesto, una puerta de servicio conduce a un aparcamiento subterráneo donde una berlina negra espera con el motor en marcha.

Me acomoda en el asiento del copiloto, abrochándome el cinturón de seguridad sobre el pecho con movimientos suaves a pesar de su eficiencia. El cuero bajo mi piel está cálido, es caro. No es el mismo coche con el que me estrellé. Este no tiene desperfectos, ni rastro de mi intento de fuga.

—En el hospital se darán cuenta de que no estoy —digo arrastrando las palabras mientras él se desliza al volante.

—No hasta el cambio de turno de la mañana. Tenemos horas.

Lorenzo conduce por calles vacías sin hablarme, pero la cabeza me palpita con demasiada fuerza como para hablar, y mucho menos para oponer resistencia. Las farolas se difuminan tras las ventanillas, proyectando sombras intermitentes sobre su perfil. Mantiene la mandíbula apretada, agarrando el volante con más fuerza de la necesaria.

La ciudad da paso al campo, y finalmente se desvía por un camino privado que serpentea entre olivares y cipreses. Al final hay una casa que consigue ser a la vez moderna y atemporal: líneas limpias suavizadas por piedra desgastada, grandes ventanales que reflejan el cielo estrellado.

Esto no es un piso franco. Es la casa de alguien.

Lorenzo aparca en una entrada circular y apaga el motor. Por un instante, nos quedamos a oscuras; los únicos sonidos son nuestras

respiraciones y el suave tictac del motor al enfriarse.

—¿Vas a matarme? —pregunto.

Se vuelve para mirarme, su expresión es ilegible en la penumbra. —No.

—¿Por qué no?

—No puedo.

La simplicidad de su respuesta suscita más preguntas de las que resuelve. Hay tensión en su voz, un cambio en su tono que sugiere complicaciones que no entiendo. Hace tres días, estaba dispuesto a hacerme daño para conseguir información. Ahora se arriesga a que lo descubran para sacarme de un hospital.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a obtener esta noche.

Da la vuelta hasta mi lado del coche y me levanta de nuevo, llevándome hacia la casa. Unos sensores de movimiento activan luces de seguridad que iluminan un sendero bordeado de lavanda y romero. La puerta principal se abre antes de que lleguemos, revelando a una mujer mayor con uniforme médico que se hace a un lado para dejarnos pasar.

—Esta es la doctora Catalano —dice Lorenzo a modo de presentación—. Le revisará las heridas.

La mujer asiente pero no habla. Lleva el pelo cano recogido en un moño severo y sus manos se mueven con una confianza propia de quien está acostumbrada a trabajar en circunstancias inusuales. Señala una escalera que conduce al segundo piso.

Lorenzo me sube por las escaleras y me lleva por un pasillo lleno de fotografías y obras de arte. Empuja una puerta al final, revelando un dormitorio que me deja sin aliento.

Este es su espacio. Lo sé en cuanto lo veo. La cama domina la habitación: es enorme, está cubierta con sábanas de color gris oscuro que parecen caras y poco usadas. Unas ventanas que van del suelo al techo ofrecen vistas a un edredón de color rojo intenso, bañado por la luz de la luna. Una cómoda contra una pared contiene objetos que hablan del hombre que vive aquí: un reloj caro, gemelos en una caja de cuero, frascos de colonia ordenados por tamaño.

Me deposita en la cama con un cuidado que contradice todo lo que creía saber de él. El colchón es firme bajo mi cuerpo, las almohadas son suaves contra mi dolorida cabeza. La doctora Catalano entra detrás de nosotros, con un maletín médico que tintinea con cristal y metal.

—Voy a examinarla ahora —dice la doctora, y se afana en preparar sus cosas.

Lorenzo asiente y se dirige a la puerta. —Descansa —me dice, y hay algo en su voz que podría ser preocupación—. Hablaremos cuando estés más fuerte.

Luego se marcha, dejándome a solas con una doctora que no me pregunta cómo he llegado hasta aquí ni por qué su paciente ha sido sacada de un hospital en mitad de la noche.

El examen de la doctora Catalano es minucioso pero delicado. Me revisa las pupilas en busca de signos de conmoción cerebral, me palpa las costillas en busca de fracturas, me limpia y me venda de nuevo el corte de la frente. Sus dedos son cálidos y firmes mientras trabaja, y murmura sonidos tranquilizadores cuando hago una mueca de dolor en los puntos especialmente sensibles.

—Los moratones desaparecerán en una semana —dice finalmente, guardando sus instrumentos en el maletín—. La herida de la cabeza está cicatrizando bien. No hay signos de complicaciones.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Tres días, según su historial —saca un frasco de pastillas de su maletín y lo coloca en la mesilla de noche—. Para el dolor. No más de dos cada seis horas.

Se va tan sigilosamente como llegó, y me quedo sola en el dormitorio de Lorenzo con preguntas que se multiplican más rápido de lo que puedo procesarlas. La casa se asienta a mi alrededor con los suaves sonidos de la madera vieja y la piedra, salpicados por unos pasos lejanos mientras Lorenzo se mueve por las habitaciones de abajo.

Recuerdo nuestra noche juntos con una claridad que me hace arder las mejillas. La forma en que me tocó, la intensidad de sus ojos, el momento en que su control se resquebrajó y reveló algo

crudo debajo. Pero ese hombre parece un extraño comparado con el que me sacó del hospital con tanto cuidado.

El sueño debería vencerme —mi cuerpo anhela descansar y los analgésicos que me ha dado la doctora Catalano tiran de los bordes de mi consciencia—. Pero las preguntas me sacan de la cama a pesar de la protesta de mis músculos y el mareo que me invade al ponerme de pie demasiado rápido.

La habitación guarda secretos, y yo necesito respuestas.

Empiezo por la cómoda, abriendo los cajones con los movimientos más sigilosos que puedo. El contenido no es nada extraordinario: ropa cara, accesorios de cuero, el tipo de cosas que cualquier hombre de éxito podría tener. Pero el cajón de arriba contiene objetos interesantes: varios pasaportes con nombres diferentes, todos con la fotografía de Lorenzo pero con distintos trasfondos y nacionalidades. Dinero en efectivo de varias divisas, sujeto con gomas elásticas y guardado en una caja de madera. Un teléfono que no reconozco, probablemente uno de los varios que usa para diferentes propósitos.

La mesilla de noche junto a su cama contiene libros —Dante, Maquiavelo, Sun Tzu— y una pistola cargada que descansa en una funda a medida sujeta al interior del cajón. El arma está limpia, bien mantenida, el tipo de herramienta que se usa con regularidad… y está vacía. Maldita sea.

Pero es la fotografía escondida detrás de los libros lo que me detiene el corazón.

Tres hombres posan juntos en lo que parece ser un club privado o un restaurante. La iluminación es cálida, íntima, sugiriendo una celebración o un negocio importante concluido con éxito. A la izquierda está Lorenzo, más joven que ahora, pero inconfundiblemente él. Su brazo descansa sobre los hombros de un hombre que reconozco por las fotografías de los periódicos y las fotos de ficha policial de mis propios archivos en el trabajo: Emilio Costa, el jefe criminal más notorio de Roma.

El tercer hombre comparte los rasgos de Emilio: los mismos ojos oscuros, la misma mandíbula fuerte. Un parecido familiar que no

necesita explicación. Debe de ser Victor Costa, el hijo de Emilio y su segundo al mando.

Me tiemblan las manos mientras sostengo la fotografía, estudiando la confianza natural entre los tres hombres. No es una reunión de negocios ni un conocido casual. Son socios. Familia. Hermanos en todo menos en la sangre.

Lorenzo no solo está conectado con el sindicato de los Costa.

Pertenece a él.

La fiscal que lleva meses construyendo casos contra el crimen organizado en Roma está sentada en el dormitorio de un hombre que trabaja para la familia más peligrosa de la ciudad. La ironía sería para reírse si las implicaciones no fueran tan aterradoras.

Me hundo en la cama, de repente sin fuerzas en las piernas para sostenerme. Ahora todo encaja: su seguridad, sus recursos, la forma en que se movió por ese hospital sin levantar sospechas. Esto no es un secuestro.

Esto es una apropiación.

Me ha robado la mafia.

La puerta se abre en el piso de abajo, seguida por el sonido de los pasos de Lorenzo mientras sube hacia el dormitorio. Meto la fotografía de nuevo detrás de los libros y me zambullo bajo las sábanas, forzándome a ralentizar la respiración y a relajar el cuerpo.

Cuando aparece en el umbral, mantengo los ojos cerrados y le dejo creer que estoy durmiendo. Se queda ahí de pie durante varios minutos, observándome con una intensidad que puedo sentir incluso con los párpados cerrados.

Entonces la puerta se cierra suavemente, y me quedo sola de nuevo con la certeza de que todo ha cambiado.

El hombre que recuerdo de nuestra noche juntos, aquel cuyo tacto podía hacerme olvidar todo pensamiento racional, trabaja para Emilio Costa.

Y no tengo ni idea de lo que piensa hacer conmigo.

11

LORENZO

La terraza da a unas colinas ondulantes que desaparecen en la oscuridad más allá de los límites de la propiedad. Los cipreses bordean el camino de entrada, creando sombras largas y nítidas bajo las luces de seguridad que se activan al menor movimiento. Me apoyo en la barandilla de piedra y saco mi teléfono seguro, el que reservo para conversaciones que nunca pueden ser grabadas ni rastreadas.

Mi reloj marca las tres de la madrugada mientras busco el contacto de Emilio. La llamada lo despertará, pero la información que tengo no puede esperar al horario de oficina. Mi pulgar se detiene sobre la pantalla mientras ensayo las palavras que lo cambiarán todo entre nosotros.

El teléfono suena dos veces antes de que su voz corte el aire de la noche, ronca por el sueño y la irritación.

—Más vale que merezca la pena despertarme.

—La merece. —Tomo aire y me adentro en un terreno que nunca he explorado—. La mujer del accidente de coche…, ha habido una novedad.

—¿Qué novedad? Usted dijo que se estaba encargando de ello. —No solo está adormilado. Probablemente también esté borracho. Arrastra las palabras.

—Y me estoy encargando. Pero en el hospital le han hecho un análisis de sangre rutinario. Las pruebas de ADN han revelado una coincidencia en la base de datos nacional.

—¿Las pruebas de ADN son rutinarias? —refunfuña, y oigo el roce de la tela al moverse en segundo plano.

—Deben de serlo cuando la persona no tiene identificación. Debió de perder la documentación en el accidente o algo. Escuche, hubo una coincidencia —le digo, preparándome ya para su reacción.

La respiración de Emilio cambia al otro lado de la línea, volviéndose más alerta. —¿Una coincidencia con qué?

—Con usted.

Las palabras resuenan en el aire entre nosotros a través de la conexión digital. Puedo oírlo procesar, calcular, rechazar la posibilidad antes de que pueda arraigar. —Eso es imposible.

—El laboratorio lo ha confirmado. Coincidencia familiar directa con su muestra del caso fiscal de hace dos años… El de cuando creían que había matado a aquel agente de la Interpol. Lo tienen en la base de datos, jefe. —Tengo que dejárselo muy claro o va a pensar que estoy loco.

—Esto es una trampa. Alguien está jugando, intentando acercarse a mí con pruebas falsas.

Su voz tiene el tono de acero que lo ha mantenido vivo y en el poder durante tres décadas. Emilio Costa no cree en las coincidencias, no se fía de la información que parece demasiado conveniente ni de las complicaciones que surgen en momentos inoportunos.

—La mujer es fiscal, Emilio. Lleva meses montando casos contra su organización. ¿Por qué iba a inventarse una conexión que la pone en peligro?

—Porque es exactamente lo que nadie esperaría. Una estrategia inteligente: alegar lazos de sangre para obtener protección y luego usar ese acceso para destruirnos desde dentro. —Añade un hipo a la mezcla y confirma lo que sé: ha estado bebiendo demasiado.

Entiendo su lógica, pero he visto los resultados de las pruebas. La ciencia de laboratorio no miente, y el hospital no tiene ninguna

razón para fabricar pruebas que crean problemas en lugar de resolverlos.

—Voy a enviarle una prueba.

Cuelgo y fotografío el informe de ADN con la cámara del teléfono seguro. La imagen captura cada detalle: el membrete del laboratorio, el análisis técnico, la conclusión que vincula el perfil genético de ella con el de él. Cifro el archivo y lo transmito por canales que le llegarán sin dejar rastro en ningún sistema al que las fuerzas del orden puedan acceder.

El teléfono vuelve a sonar antes de que pueda guardármelo. —¿De dónde ha sacado esto?

La voz de Emilio ha cambiado, se ha vuelto más baja y peligrosa. El acero sigue ahí, pero por debajo oigo algo que nunca antes había detectado: incertidumbre.

—Lo he cogido de su historial médico antes de que nadie más pudiera verlo. Solo el médico que la atiende y el técnico de laboratorio conocen los resultados.

—¿Y siguen vivos?

La pregunta no me sorprende, ni tampoco su reacción. El primer instinto de Emilio es siempre eliminar las fuentes de exposición, controlar la información eliminando a las personas que la poseen. —Victor se está encargando, jefe. No se preocupe.

—Lo que significa que tenemos tiempo para averiguar cómo ha sucedido esto y qué significa. —Lo oigo moverse al otro lado de la línea: pasos por el suelo, el sonido de una puerta al cerrarse, el tintineo de un vaso contra otro. Se está sirviendo otra copa, lo que significa que está aceptando la posibilidad de que los resultados de ADN sean legítimos.

—¿Dónde está ella ahora? —pregunta mientras da un sorbo a cualquier licor que se haya servido.

—Aquí. A salvo. Bajo supervisión médica.

—Bien. Manténgala ahí. Sin contacto con el mundo exterior, sin prensa, sin policía. Nadie sabe que existe hasta que yo decida qué hacer con ella.

Las instrucciones son claras, pero crean complicaciones que él no ha considerado. El personal del hospital notará su ausencia cuando

llegue el turno de la mañana. La policía investigará la desaparición de una víctima de accidente que estaba lo suficientemente estable como para marcharse por su propio pie. Las preguntas se multiplicarán en investigaciones que podrían exponernos a todos.

—El hospital denunciará su desaparición.

—Ocúpese. A usted se le da bien hacer desaparecer los problemas.

—Este no es el problema habitual. No es una camella callejera ni una funcionaria corrupta. Es una fiscal con contactos en todo el sistema judicial. La gente la buscará. —Suspiro—. Y volverán a consultar el CODIS y descubrirán con quién la compararon. Es solo cuestión de tiempo…

—Pues asegúrese de que no la encuentren. —El tono de Emilio indica que la conversación está terminando, pero necesito entender los parámetros de mi nueva misión. Protegerla es diferente a eliminarla, y la diferencia afecta a cada decisión que tomaré en los próximos días.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunto, preguntándome ya cómo se lo tomará cuando se entere de que también me la he follado.

—Hasta que averigüe si es realmente mi hija o una elaborada trampa diseñada para destruirme. —Su voz se endurece con una determinación que reconozco tras décadas siguiendo sus órdenes—. Si es mía, entonces se convierte en familia. Si no lo es, entonces se convertirá en una lección para cualquiera que intente manipularme con falsos lazos de sangre.

La línea se corta, dejándome solo en la terraza con nuevas responsabilidades que contradicen todo lo que creía entender sobre esta misión. La mujer de arriba se suponía que era una fuente de información, y luego una baja de guerra. Ahora es potencialmente la persona más importante en el mundo de Emilio.

Me guardo el teléfono y vuelvo a la casa por las puertas francesas que dan directamente a la cocina. La doctora Catalano está sentada en la isla de granito, actualizando historiales médicos con la metódica atención al detalle que la hace tan valiosa para situaciones que requieren discreción.

—¿Cómo está?

—Estable. La conmoción cerebral está curándose bien y no hay signos de lesiones internas. Estará dolorida durante una semana más, pero nada que requiera hospitalización.

—¿Puede viajar?

La doctora Catalano levanta la vista de sus notas con expresión cautelosa y dice: —Distancias cortas, sí. Pero no recomendaría nada agotador durante varios días. Su cuerpo ha sufrido un trauma importante.

Asiento y subo las escaleras hacia mi dormitorio, donde la mujer que ha puesto mi mundo patas arriba espera bajo la protección de mi techo. El pasillo se siente diferente ahora, cargado de posibilidades que nunca anticipé cuando diseñé esta casa como un refugio del caos de mi vida profesional.

Oigo su respiración antes de abrir la puerta, el ritmo indica que está dormida. Pero la postura de su cuerpo parece demasiado controlada, demasiado perfectamente dispuesta para alguien verdaderamente inconsciente. Está despierta y escuchando, reuniendo información mientras finge vulnerabilidad.

No la delato. La inteligencia y la cautela son bazas que la mantendrán con vida en las próximas semanas, y la necesito viva mientras Emilio decide si es realmente de su sangre.

La luz de la luna se filtra por las ventanas del dormitorio, iluminando su rostro en tonos de plata y sombra. Los moratones del accidente son oscuros e inquietantes, revelando la fuerte estructura ósea que porta la genética de su padre. El parecido parece más evidente por segundos.

Se mueve ligeramente bajo las sábanas, y capto el aleteo de sus párpados que confirma mi sospecha. Ha estado despierta todo el tiempo, vigilando mis movimientos e intentando comprender su situación.

La fotografía que está detrás de los libros en mi mesilla de noche está exactamente donde la dejé, pero delata su exploración. Ahora sabe quién soy, conoce la conexión que me une a la familia Costa. Ese conocimiento la hace más peligrosa y más valiosa a partes iguales.

Me acomodo en la silla junto a la ventana и estudio su perfil en la penumbra. Mañana traerá nuevas complicaciones —preguntas del hospital, preguntas de la policía, la presión de mantenerla oculta mientras Emilio investiga su pasado—. Pero esta noche, está a salvo bajo mi protección.

Ya no es una baza. Es un objetivo que todas las familias de Roma querrán reclamar o eliminar en cuanto se enteren de su conexión con Emilio Costa, y sobre todo porque ha enterrado a muchos de sus hombres bajo el estricto propósito de la justicia.

12

SERENA

Las noticias de la mañana suenan con un zumbido monótono desde la pantalla del televisor mientras estoy sentada en el sofá de cuero de Lorenzo, buscando cualquier mención de mi nombre. Los portavoces del hospital hablan de problemas presupuestarios y de la falta de personal. Los políticos discuten sobre reformas judiciales que nunca se aprobarán. Los informes de tráfico detallan accidentes en las autopistas que recorro a diario para llegar a mi despacho.

Pero nada sobre una fiscal desaparecida. Ninguna alerta sobre una mujer que ha desaparecido de un hospital privado. Ninguna rueda de prensa exigiendo respuestas sobre dónde estoy o quién me ha secuestrado.

La ausencia de cobertura me dice más de lo que podría decirme cualquier noticia. Mi desaparición ha sido gestionada, controlada y borrada de la conciencia pública por alguien que tiene contactos en los lugares adecuados. Quienquiera que haya orquestado mi salida de esa cama de hospital tiene el poder de hacer desaparecer a la gente sin que se hagan preguntas.

Lorenzo entra en el salón con una bandeja con café y bollos de la cocina. Viste pantalones oscuros de vestir y una camisa blanca que se ajusta a sus anchos hombros con una perfección hecha a medida.

Sus movimientos siguen siendo económicos, controlados, pero hay una tensión en su mandíbula que no tenía cuando me sirvió vino en aquel apartamento cutre y tan soso. Debería haber sabido que no era su casa. Probablemente era una especie de piso franco.

Pone la bandeja en la mesa de centro de cristal y sirve dos tazas de expreso sin preguntar si quiero. El café huele intenso y complejo, probablemente lo bastante caro como para alimentar a una familia durante una semana. Todo en esta casa denota riqueza y buen gusto, a un hombre que tiene recursos con los que la mayoría de la gente solo puede soñar.

—Necesitas comer —dice, acomodándose en el sillón de enfrente. Sus ojos avellana me estudian el rostro con la misma intensidad que recuerdo de nuestro enfrentamiento de hace cuatro días.

Ignoro la comida y me concentro en la pantalla del televisor, cambiando de canal, con la esperanza de encontrar alguna forma de escapar de mi realidad actual. Noticias locales, emisiones nacionales, cobertura internacional... todo ello desprovisto de cualquier referencia a mi existencia.

—No me están buscando —digo sin apartar los ojos de la pantalla.

—No.

Su confirmación no denota sorpresa, ni tampoco intento de suavizar la verdad. Lorenzo no se anda con mentiras reconfortantes ni falsas esperanzas.

—¿Por qué?

—Porque a la gente adecuada se le ha dicho que no busque.

Dejo el mando a distancia y lo miro directamente, estudiando al hombre sentado en su caro sillón. Actúa como un rey, como si estuviera acostumbrado a controlar cada aspecto de su entorno. La fotografía que encontré anoche me quema en la memoria: Lorenzo con su brazo alrededor de Emilio Costa, su cómoda familiaridad delatando años de colaboración.

—¿Quién se lo ha dicho?

Lorenzo coge su taza de café y da un sorbo antes de responder. —Gente que tiene más influencia que tú.

Ese desdén casual enciende una ira que he estado conteniendo desde que desperté en su dormitorio. Me levanto y camino de un lado a otro hacia los ventanales que dan a sus terrenos perfectamente cuidados, necesitando el movimiento para canalizar la frustración que se acumula en mi pecho. Sin embargo, el dolor todavía me palpita en la cabeza, y no gracias a los analgésicos que me dio ese médico. Me vendría bien una copa, pero no quiero tener los sentidos embotados.

—Soy fiscal del sistema judicial de Roma. Tengo colegas, supervisores, amigos que se darán cuenta cuando no aparezca por el trabajo.

—Tu despacho recibió una llamada ayer por la mañana. Una emergencia familiar que requiere una baja prolongada. Tus casos serán reasignados.

Me vuelvo para mirarlo fijamente, con las manos hechas puños a los costados. —No puedes simplemente borrar a alguien de su vida.

—Yo no lo he hecho. Pero gente con más recursos que yo sí.

La admisión confirma lo que ya sospechaba pero esperaba que no fuera cierto. Lorenzo no actúa solo en este secuestro. Sigue órdenes de alguien con suficiente poder para manipular historiales de hospital, silenciar a las agencias de noticias y convencer a mi despacho de que he desaparecido voluntariamente.

—¿Por qué me sacaste del hospital?

—Porque dejarte allí habría significado que te mataran. —Enarca las cejas con fastidio, como si ya estuviera harto de mis preguntas, pero tengo muchas más preparadas. No tengo por qué quedarme aquí.

—¿A manos de quién?

Lorenzo deja su taza de café y se inclina hacia delante en su sillón, su expresión se vuelve más seria de lo que la he visto desde que me sacó de ese centro médico.

—De gente a la que no le importan los daños colaterales cuando quiere información.

—¿Qué información?

—Los casos legales que has estado preparando. Las redes financieras que has estado rastreando. Las pruebas que has reunido

y que amenazan a organizaciones más peligrosas de lo que imaginas.

Vuelvo al sofá y me siento frente a él, mi mente procesando a toda velocidad las implicaciones de sus palabras. El sindicato de los Costa ha sido el foco de mi trabajo durante meses, pero he tenido cuidado de mantener mis investigaciones compartimentadas, ocultas tras capas de procedimientos legales y retrasos burocráticos.

—Trabajas para Costa —digo, convirtiéndolo en una afirmación en lugar de una pregunta.

Lorenzo no lo niega. Su silencio confirma lo que la fotografía ya había revelado. Pertenece a la misma organización que he estado intentando desmantelar por la vía legal.

—Entonces, ¿por qué protegerme? ¿Por qué no entregarme a tu jefe y dejar que él se ocupe del problema?

—Porque tengo órdenes estrictas de mantenerte aquí. Y él me convirtió en tu última línea de defensa. —Abre la boca, se recorre un diente con la lengua, y luego la cierra y me mira entrecerrando los ojos.

Esas palabras tienen un peso que no comprendo, implicaciones que van más allá de la simple dinámica de captor y prisionera. Hay algo en su voz que sugiere complicaciones que no está dispuesto a explicar.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que vas a obtener hoy.

Lorenzo se levanta y recoge la comida intacta de la mesa de centro sin darme una segunda oportunidad para comer. De todos modos, no la quiero, pero la conversación se ha terminado, quiera yo o no.

—Voy a ducharme —dice, deteniéndose en el umbral—. No hagas ninguna estupidez mientras no estoy.

Sus pasos se desvanecen escaleras arriba, seguidos por el sonido del agua corriendo en el baño principal. Espero varios minutos para asegurarme de que está ocupado antes de moverme hacia el pasillo que lleva a otras partes de la casa.

El despacho se encuentra detrás de una pesada puerta de madera que intimidaría a la mayoría de la gente para que no

intentara entrar. Pero crecer con dos padres académicos que frecuentemente se encerraban con investigaciones importantes me enseñó habilidades que la mayoría de los abogados nunca desarrollan. La cerradura cede a la presión que aplico con un clip que encuentro en un documento guardado en el cajón de una mesa auxiliar y el muelle doblado de un bolígrafo que desmonto para la ocasión; técnicas aprendidas en una infancia pasada tratando de acceder a libros prohibidos y documentos interesantes.

El despacho de Lorenzo refleja el mismo gusto caro que el resto de su casa: muebles de cuero, estanterías empotradas, obras de arte costosas. Pero el escritorio atrae mi atención de inmediato, su superficie cubierta de archivos y fotografías que hacen que se me hiele la sangre.

Fotos mías saliendo del edificio de mi apartamento. Imágenes mías entrando en el juzgado donde trabajo. Fotos de vigilancia tomadas desde distancias que requerían equipo y planificación profesional.

Reviso los archivos con creciente horror, encontrando mapas de mis rutas diarias, copias de los extractos de mi tarjeta de crédito, notas detalladas sobre mi horario y mis hábitos. Esto no es una observación casual. Es una vigilancia exhaustiva que lleva meses en marcha.

Una carpeta contiene información sobre mis padres adoptivos, incluyendo la dirección de su casa, horarios de trabajo y registros financieros. Otra contiene copias de documentos legales que nunca he visto antes: papeles de adopción sellados, partidas de nacimiento con nombres que no reconozco, órdenes judiciales que hacen referencia a casos de hace treinta años.

El sonido del agua cesa en el piso de arriba, pero no puedo apartarme de las pruebas extendidas sobre su escritorio. Este hombre, y la gente para la que trabaja, me han estado observando, estudiándome, recopilando información sobre cada aspecto de mi vida mientras yo permanecía completamente ajena a su existencia.

Unos pasos bajan la escalera, moviéndose con determinación hacia el despacho. No tengo tiempo de devolver los archivos a su sitio original o de cerrar la puerta con llave.

Lorenzo aparece en el umbral, con el pelo todavía húmedo de la ducha, vestido con ropa limpia que resalta la poderosa complexión de sus hombros y su pecho. Su expresión permanece tranquila mientras contempla la escena: yo, de pie detrás de su escritorio, rodeada de pruebas de una vigilancia que abarca meses.

Entra en la habitación y cierra la puerta silenciosamente a su espalda, pero su expresión se oscurece hasta convertirse en una mirada glacial. —¿Has encontrado lo que buscabas?

Su voz no transmite ira, ni sorpresa al descubrir que su intimidad ha sido violada. En todo caso, parece casi aliviado de que la farsa de la ignorancia haya terminado por fin.

—Me has estado observando. —La acusación sale como un susurro, mi voz se quiebra bajo el peso de la traición y la invasión sufrida.

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Ocho meses.

Ese periodo de tiempo hace que se me encoja el estómago. Hace ocho meses, estaba trabajando en la investigación preliminar del caso Costa, recopilando registros financieros y sentando las bases para una acción legal que no comenzaría hasta semanas después.

—Sabías que estaba investigando a tu organización.

—Desde el principio.

Lorenzo se acerca al escritorio con los mismos movimientos controlados que he llegado a asociar con él, pero no hay amenaza en su gesto. Parece casi cansado, como si mantener secretos se hubiera vuelto agotador.

—Entonces, ¿por qué no me detuviste? ¿Por qué no eliminaste la amenaza antes de que pudiera causar daños?

—Porque eliminarte no era una decisión que me correspondiera a mí.

Se estira sobre el escritorio y cierra los archivos que he estado examinando, sus movimientos son suaves a pesar de la tensión que chispea entre nosotros.

—Pero ahora sí —continúa, mirándome a los ojos con una intensidad que me corta la respiración—. Tienes una opción. Dime lo

que has descubierto en tu investigación, comparte las pruebas que has reunido y ayúdame a entender qué amenazas representas para mi familia.

—¿Y si me niego?

La expresión de Lorenzo no cambia, pero hay algo en su voz que me hiela hasta los huesos cuando dice: —Entonces te quedarás encerrada en esta casa hasta que alguien menos misericordioso que yo venga a hacer las mismas preguntas.

13

LORENZO

El técnico de seguridad termina de instalar el último sensor de movimiento en el perímetro este de la propiedad y guarda su equipo en un maletín reforzado. Durante las últimas seis horas, su trabajo ha transformado mi casa en una fortaleza: cámaras mejoradas con capacidad de visión nocturna, detectores de movimiento que pueden distinguir entre la fauna y una intrusión humana, y códigos de acceso que cambian cada doce horas a través de un sistema encriptado.

Le entrego un sobre con el doble de su tarifa habitual y lo acompaño hasta la puerta principal. El hombre no pregunta por qué alguien necesitaría vigilancia de grado militar para una propiedad residencial, que es exactamente la razón por la que le pago lo suficiente para que mantenga esa discreción.

Después de que se marche, activo la nueva red de seguridad desde el panel de control oculto tras una pared falsa en mi despacho. El sistema se pone en marcha con un suave zumbido, y varias pantallas muestran imágenes desde todos los ángulos de la casa y los terrenos. Unos puntos rojos indican la ubicación de los sensores por todos los olivares y cipreses, que proporcionan un camuflaje natural para cualquiera que intente acercarse.

Mi móvil vibra con un mensaje de Victor Costa, que me confirma que ha apostado a uno de sus hombres de más confianza en la puerta. Dante Benedetti ha trabajado en la seguridad de la familia durante ocho años sin incidentes, lo que lo hace lo bastante fiable como para vigilar algo tan valioso sin hacer preguntas sobre lo que está protegiendo.

Victor: 11:30 a. m.: Dante está en su puesto. Enviaré a Rocco para que le releve a las 5.

Le respondo con mi confirmación y busco otro contacto: Cristiano Laera, un bróker de información que vende inteligencia al mejor postor, pero mantiene su lealtad a quienes le pagan con regularidad. Si otras familias han oído rumores sobre la conexión de Emilio con una fiscal, Cristiano se enterará a las pocas horas de la primera conversación.

Lorenzo: 11:32 a. m.: Necesito que vigiles todos los canales. Cualquier cotilleo sobre novedades de la familia Costa. Alerta inmediata si sale mi nombre.

Cristiano: 11:33 a. m.: Se aplican las tarifas estándar. ¿Qué plazo de tiempo?

Lorenzo: 11:34 a. m.: Indefinido. Tarifa doble por estatus prioritario.

Cristiano: 11:35 a. m.: Considéralo hecho.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me dirijo a los ventanales del salón que dan a la terraza trasera y a los jardines. Serena pasea por el patio de piedra con una energía inquieta que se ha ido acumulando desde que descubrió los archivos de vigilancia ayer. Sus movimientos son bruscos, agitados. Se comporta como un animal enjaulado que busca puntos débiles en su jaula, y no encontrará ninguno.

Se detiene al borde de la terraza y mira fijamente por encima de la alta valla de privacidad que separa mi casa del vecindario. Desde esta distancia, puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que se mantiene con un control rígido que amenaza con resquebrajarse bajo presión.

Se sienta en una de las sillas de hierro forjado, pero se levanta de nuevo a los pocos segundos, incapaz de encontrar consuelo en la

quietud. Reanuda el paseo, de un lado a otro, por el mismo tramo de piedra que ha recorrido docenas de veces desde el desayuno.

Comprendo su frustración. Serena está acostumbrada a la acción, a construir casos y a buscar justicia a través de los cauces legales que le dan un propósito y una dirección. Estar bajo custodia protectora mientras fuerzas que no puede ver ni influenciar deciden su destino va en contra de todos los instintos que ha desarrollado como fiscal.

Pero comprenderlo no cambia la realidad de nuestra situación. Permanecerá aquí hasta que Emilio determine si es realmente su hija o un elaborado engaño diseñado para infiltrarse en su organización. Las pruebas de ADN sugieren lo primero, pero Emilio no ha sobrevivido a tres décadas en el poder aceptando verdades convenientes sin una verificación exhaustiva.

Mi móvil suena con una llamada del mismísimo hombre. Respondo al segundo tono.

—¿Alguna novedad?

—La casa está asegurada. Dante vigila la puerta y tengo fuentes supervisando en busca de filtraciones de información.

—Bien. ¿Y la mujer? —Su voz suena más clara ahora, aunque más tensa. Lleva treinta y seis horas completamente sobrio.

Observo a Serena a través de la ventana mientras continúa su inquieto recorrido por la terraza. —Está haciendo preguntas. Insiste en que le dé respuestas sobre por qué está aquí y qué queremos de ella.

—Y no le estás diciendo nada.

—Nada que no sepa ya.

Noto un cambio en la respiración de Emilio, se vuelve más reflexiva. —¿Sabe de tus conexiones con los Costa?

—Encontró fotografías. Archivos. Entiende para quién trabajo, pero no por qué eso es importante en su situación.

—Sigue así hasta que termine mi investigación. He puesto a gente a indagar en su pasado, sus registros de adopción, cualquier cosa que pueda confirmar o contradecir los resultados del ADN.

La línea se queda en silencio mientras sopesa algo; luego, su voz regresa con un tono decidido que he aprendido a reconocer. —

¿Cuánto tiempo puedes mantenerla contenida sin complicaciones?

—El tiempo que sea necesario. Pero su oficina empezará a hacer preguntas si no se reporta pronto.

—Yo me encargaré de las preocupaciones laborales. Tu trabajo es asegurarte de que siga viva y aislada hasta que te diga lo contrario.

La llamada termina, y yo permanezco en la ventana, observando los movimientos cada vez más agitados de Serena. Ha dejado de pasear y ahora está de pie con las manos apoyadas en la barandilla de piedra, con la cabeza inclinada hacia el sol de la tarde.

Cuando se vuelve hacia la casa, sus ojos se encuentran con los míos a través del cristal. Incluso a esta distancia, puedo ver la furia en su expresión, la exigencia de respuestas que no puedo darle sin comprometer nuestras posiciones.

Entra de nuevo en la casa por las puertas francesas que dan a la cocina y se acerca al salón, donde yo espero. Este baile que nos traemos es delicado. Puedo pararle los pies, pero me gusta el juego que se trae. Serena me resulta interesante, como observar una colonia de hormigas crear su hogar entre dos láminas de cristal. Me intriga de una manera que nunca debería permitirme, especialmente dado que es la hija del jefe.

—¿Por qué no me has matado todavía?

La pregunta corta la tarde con una franqueza sorprendente. Serena no pierde el tiempo con formalidades ni se anda con rodeos para llegar a conversaciones difíciles. Ataca los problemas de frente. Por supuesto que sí. Está acostumbrada a ser la persona más poderosa de la sala, solo por detrás del juez que condena o absuelve a los hombres a los que procesa. Pero aquí está bajo mi control, y eso me divierte y a ella la asusta.

—Porque vales demasiado viva.

—¿Valiosa cómo?

Me alejo de la ventana y me acomodo en el sillón de cuero que me da una visión clara de todas las entradas a la habitación. Viejos hábitos de años viviendo con constantes amenazas a mi seguridad.

—Todas las familias rivales de Roma querrían echarte el guante si supieran de tu conexión con Emilio Costa. Representas una baza que

podría usarse contra él de formas que ninguna cantidad de dinero o territorio podría igualar.

Su expresión no cambia, pero veo cómo procesa las implicaciones de lo que le he dicho. Es lo bastante inteligente como para entender que ser valiosa como baza también la convierte en un objetivo peligroso.

—Así que me mantienes como un seguro.

—Te mantengo con vida mientras Costa decide qué hacer con una información que lo cambia todo.

—¿Qué información?

Su pregunta me hace removerse en el asiento y elijo mis palabras con cuidado. Contarle los resultados del ADN sin el permiso de Emilio violaría órdenes directas, pero se merece entender por qué su vida se ha puesto patas arriba.

—Información que te hace más importante para él de lo que podrías imaginar.

Serena me estudia el rostro con la intensidad analítica que probablemente emplea en los contrainterrogatorios del tribunal, buscando cualquier gesto que pueda revelar lo que no digo directamente. —Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que puedo darte ahora mismo.

Aprieta los puños a los costados, y veo el momento en que su control finalmente se quiebra. Camina hacia el carrito de bebidas cerca de la chimenea y coge un vaso de cristal tallado, sopesándolo en la palma de su mano.

—Estoy harta de respuestas crípticas y verdades a medias.

Lanza el vaso contra la chimenea de piedra, donde explota en incontables fragmentos que se esparcen por la alfombra persa. El sonido retumba por la casa con una fuerza violenta.

No me inmuto, no me muevo del sillón ni reacciono a la muestra de frustración que se ha estado gestando desde que se despertó en mi dormitorio hace dos días.

En cambio, espero a que los ecos se desvanezcan antes de volver a hablar.

—¿Has terminado?

Su pecho sube y baja con una respiración agitada, pero no responde. Los cristales rotos relucen con la luz de la tarde que se filtra por las ventanas. —Vete acostumbrando a este lugar —le digo, con la voz serena a pesar de la tensión que chisporrotea en el aire entre nosotros—. Porque hasta que Emilio me dé otras órdenes, no te vas a ninguna parte.

—No te diré nada sobre mi trabajo legal. No traicionaré los casos que he preparado ni las pruebas que he reunido.

Su desafío sería admirable si no fuera tan desacertado. Todavía cree que se trata de extraer información de una fiscal que amenaza las operaciones del crimen organizado. No comprende que su valor no tiene nada que ver con lo que sabe, sino con quién es.

—Entonces déjame que te aclare tus opciones —digo, levantándome del sillón y acercándome a donde está, rodeada de cristales rotos—. Puedes cooperar conmigo, responder a las preguntas que necesito que me contestes y sobrevivir a esta situación con tu vida y tu reputación intactas.

—¿O?

—O puedes seguir luchando contra mí, seguir exigiendo respuestas que no puedo darte y perder todo lo que has luchado por construir.

Sus ojos se entrecierran, pero no retrocede, aunque ahora estoy lo suficientemente cerca como para alargar la mano y tocarla.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy explicando las consecuencias. Si me obligas a extraer información por otros métodos, destruiré tu carrera legal de forma sistemática y exhaustiva. Cada caso que has ganado será revisado por violaciones de procedimiento. Cada juez con el que has trabajado recibirá chivatazos anónimos sobre mala praxis fiscal. Tu reputación quedará hecha jirones tan completamente que ningún bufete de abogados en Italia te contratará.

El color desaparece de su rostro cuando se da cuenta del alcance de lo que estoy describiendo. Una destrucción profesional a esa escala llevaría años, pero puede lograrse si se tienen los contactos adecuados y recursos ilimitados.

—Y si eso no te motiva a cooperar —continúo—, dirigiré mi atención a los padres adoptivos que te criaron. Giuseppe y Maria Barone, ambos profesores jubilados que viven de unas pensiones modestas en un barrio tranquilo cerca del Vaticano.

Se le corta la respiración, y veo un miedo real en sus ojos por primera vez desde que la conozco.

—Ellos no tienen nada que ver con esto.

—Tienen todo que ver con esto. Te dieron la estabilidad y la educación que te convirtieron en la fiscal que ahora amenaza a mi familia. Eso los hace responsables de los problemas que has creado.

—Si les haces daño…

—No tendré que hacerles daño. Simplemente les haré la vida tan miserable que desearán que lo hubiera hecho. Auditorías fiscales que se prolongan durante años. Pagos de pensiones que se retrasan por complicaciones burocráticas. Inspecciones de la vivienda que encuentran infracciones que requieren reparaciones costosas que no pueden permitirse.

Las manos de Serena tiemblan de rabia, pero veo el momento en que se da cuenta de la futilidad de luchar contra alguien con recursos que ella no puede igualar. —¿Qué quieres saber? —La pregunta sale como un susurro, con la voz ronca por la derrota.

—Todo. Los casos que estás preparando, las pruebas que has reunido, las redes financieras que has rastreado. Quiero saber con quién trabajas, cuál es tu cronograma y cómo de cerca estás de presentar cargos.

Asiente lentamente, con los ojos fijos en los cristales rotos a nuestros pies.

—¿Y a cambio?

—A cambio, seguirás con vida el tiempo suficiente para que Emilio Costa decida cuánto vale tu vida.

14

SERENA

El fuego crepita en el hogar y proyecta una luz ambarina que danza por las paredes de su salón. Estoy sentada en el sofá de cuero, con las piernas encogidas debajo de mí, mientras observo a Lorenzo servirse otro vaso de whisky. El tercero en una hora, pero está merodeando, dando vueltas como una fiera enjaulada.

La certeza se me ha calado hasta los huesos. Estoy atrapada aquí, sin coche, sin teléfono. Sin más salida que él. Y él quiere respuestas que no puedo darle. Secretos que he pasado años protegiendo. Una confianza que no poseo.

Pero hay otras cosas que puedo ofrecerle. Otras monedas de cambio.

Estudio la línea rígida de sus hombros bajo la camisa negra, la tensión acumulada en su cuerpo. Ha estado distante desde la llamada de Costa. Frío. Calculador. El hombre que me besó aquella noche se ha retirado tras muros de hielo y acero. Pero he visto el hambre en sus ojos cuando he entrado en esta habitación. La forma en que su mirada se ha demorado en la curva de mi cintura, en la línea de mis piernas desnudas bajo este vestido de seda.

El deseo es una debilidad. Y Lorenzo Santoro, a pesar de todo su autocontrol, no deja de ser un hombre.

Me levanto del sofá, descalza y en silencio sobre el suelo. Él no se da la vuelta cuando me acerco, pero su mano se cierra con más fuerza alrededor del vaso. Me detengo detrás de él, lo bastante cerca para sentir el calor que irradia su piel, para percibir el aroma a cedro y pólvora que siempre lo envuelve.

—Estás pensando demasiado —murmuro, con la voz apenas por encima de un susurro.

Sus hombros se tensan.

—¿Ah, sí?

—Cavilando. Conspirando. Lo que sea que hagas cuando pones esa cara. —Me acerco más, hasta que mi pecho casi le roza la espalda—. Pero esta noche no tiene por qué ser sobre Costa. Ni sobre el pasado. O de la guerra que se esté fraguando ahí fuera.

Entonces se gira con una mirada lenta y depredadora en sus ojos avellana mientras me escudriña el rostro, buscando la trampa. El engaño. Ya me conoce demasiado bien.

—¿Qué estás haciendo, Serena?

La pregunta suena seca. Más una afirmación que una pregunta. Pero oigo el matiz de advertencia en su voz. El filo de peligro que debería hacerme retroceder.

En lugar de eso, levanto la mano y recorro la cicatriz que le cruza la mejilla. Su mandíbula se tensa bajo mi contacto, pero no se aparta.

—Quizá estoy cansada de luchar contra ti —digo—. Quizá quiera probar un enfoque diferente.

—¿Y cuál es ese enfoque?

Mis dedos descienden por su garganta, sintiendo el pulso firme bajo su piel.

—Cooperación. Confianza. ¿Quieres que me abra a ti? Entonces quizá deberías darme un motivo para hacerlo.

Su mano libre me sujeta la muñeca, con un agarre firme pero no doloroso.

—Cuidado. Estás jugando a juegos que no entiendes.

—Lo entiendo perfectamente. —Me inclino más cerca hasta que mis labios le rozan la oreja—. Tú quieres saber mis secretos. Yo quiero saber los tuyos. Parece justo.

Su respiración se entrecorta. El vaso que sostiene en la otra mano tiembla y el whisky chapotea contra el cristal. Por un momento, su máscara se resquebraja y veo el hambre pura que oculta. La necesidad que ha estado conteniendo.

—Para. —La palabra sale ronca. Forzada—. No sabes lo que estás pidiendo.

Pero sí lo sé. Sé exactamente lo que estoy pidiendo. Lo que le estoy ofreciendo. No la verdad, eso no puedo dárselo. Pero sí mi cuerpo. Mi sumisión. La ilusión de una rendición que podría darme tiempo. Espacio. Una oportunidad.

Me libero de su agarre y coloco la palma de mi mano sobre su pecho, sintiendo el rápido latido de su corazón.

—No estoy pidiendo nada. Te estoy diciendo lo que quiero.

Su autocontrol se hace añicos. Lo veo suceder en tiempo real: el momento en que su determinación se desmorona y algo más oscuro emerge para ocupar su lugar. El vaso se le cae de la mano y se hace añicos contra el suelo de mármol. El whisky se extiende en regueros dorados, olvidado.

Sus manos me agarran por la cintura, atrayéndome hacia él.

—¿Crees que puedes conmigo? —su voz se convierte en un gruñido—. ¿Crees que puedes jugar a este juego y salir ilesa?

El pulso me martillea en la garganta, pero le sostengo la mirada sin pestañear.

—Pruébame.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros durante un instante. Entonces su boca se estrella contra la mía, dura y exigente. No hay nada de delicadeza en este beso. Nada de ternura. Reclama mis labios como si fuesen suyos, su lengua deslizándose más allá de mis defensas. Noto el sabor del whisky y un toque de puro en su aliento, pero es el peligro lo que me resulta tentador.

Mis manos se aferran a su camisa, atrayéndolo aún más hacia mí, mientras mi mente grita advertencias. Esto no es parte del plan. Este calor que se extiende por mis venas, este dolor que se acumula en mi bajo vientre. Esto no está calculado. Esto no es control.

Esto es necesidad, pura, sincera y aterradora.

Rompe el beso bruscamente, con la respiración entrecortada. Sus ojos arden mientras me escudriñan el rostro.

—Última oportunidad para huir.

Pero no puedo huir. No voy a huir. No cuando estoy tan cerca de encontrar su debilidad. De conseguir la ventaja.

—No voy a ninguna parte —respiro.

Entonces algo cambia en su expresión. Algo depredador y posesivo que hace que se me encoja el estómago. Sus manos se deslizan hasta mi culo y me levantan con facilidad. Mis piernas se enroscan en su cintura por instinto, y me lleva lejos de los cristales rotos, lejos de la luz del fuego.

El pasillo está oscuro, con sombras que se acumulan en cada rincón. Me deja junto a la escalera, sus manos ya trabajando en los cierres de mi ropa. La tela se amontona a mis pies, dejándome vestida solo con un encaje negro. Su mirada devora cada centímetro de piel expuesta, y me siento bella y poderosa y aterrorizada a la vez.

—¿Quieres saber mis secretos? —Se quita la camisa, revelando la red de cicatrices y tinta que cartografía su pecho—. Aquí tienes uno. Te he deseado desde el momento en que entraste en ese teatro de la ópera.

Veo la verdad en sus ojos, la admisión de una vulnerabilidad que nunca permitiría normalmente. Y me doy cuenta de que este juego que creía estar jugando se me ha ido de las manos por completo.

Sus manos me enmarcan la cara, sus pulgares acariciando mis pómulos.

—Y aquí tienes otro. Después de esta noche, nunca volverás a mirar a otro hombre como me miras a mí.

Antes de que pueda responder, su boca está sobre la mía de nuevo, más hambrienta esta vez, más exigente. Me pierdo en su sabor, en la sensación de sus manos recorriendo mi cuerpo. Cuando me empuja contra la pared, el frío del yeso es un shock contra mi piel caliente, pero me arqueo hacia él en lugar de apartarme.

Se suponía que esto era una ventaja. Manipulación. Un riesgo calculado.

Pero cuando se arrodilla y presiona su boca contra el hueco de mi garganta, cuando sus manos se deslizan por mis muslos y su aliento roza mi piel, me olvido de la estrategia. De la huida. De todo, excepto del fuego que está encendiendo dentro de mí.

Engancha los dedos en el encaje de mis caderas y lo rasga. No lo empuja, no lo despega. Lo desgarra. La tela se hace trizas en sus puños como si fuera papel de seda, y jadeo cuando el aire fresco roza el calor entre mis piernas. No se detiene a admirar. Arrastra su boca entre mis muslos y me arranca un grito con la primera pasada de su lengua.

Gime contra mí. El sonido es bajo y feral. Me fallan las rodillas, y una mano vuela hacia la barandilla para sostenerme. La otra se enreda en su pelo, anclándome al ritmo que él marca: despiadado, implacable. No hay piedad en él ahora, ni paciencia. Succiona con fuerza, su lengua girando en círculos hasta que tiemblo, a punto de desmoronarme, y cuando gimo, presiona sus dedos dentro de mí sin previo aviso.

Me mete dos dedos a la vez, lo suficientemente profundo como para estirarme y llenarme por completo.

Me retuerzo contra su boca, las caderas sacudiéndose con cada embestida de su mano.

—Lorenzo…

—Más alto —gruñe—. Di mi nombre otra vez.

—Lorenzo. —Un gemido roto esta vez—. Por favor.

Gime de nuevo, follando con sus dedos mientras succiona más fuerte, más bruscamente, hasta que tiemblo. Hasta que siento que me deshago, el límite acercándose con cada aliento. Mi clímax me atraviesa con una fuerza brutal, arrancando un grito de mis pulmones que roza el sollozo. Su nombre sale de mi boca en un gemido fracturado mientras mi cuerpo se contrae alrededor de sus dedos, los músculos contrayéndose en espasmos agudos e indefensos.

El placer me recorre en oleadas, cada una robándome el aliento y tensando mi columna. Convulsiono a su alrededor, con los muslos temblando, la visión borrosa en los bordes, cada terminación nerviosa encendida con un calor crudo y sobreestimulado.

Y aun así, no para; sigue adelante, su boca y su mano trabajando en tándem para sacar hasta el último temblor de mi cuerpo hasta que estoy lacia y temblorosa en su agarre, destrozada por las secuelas del orgasmo que me ha forzado a tener.

La boca de Lorenzo sube por mi estómago, sobre mis costillas, hasta mi garganta. Su mano se desliza por mi espalda, sujetando mi nuca mientras se pone de pie. Cuando me besa, noto mi propio sabor en su lengua, y la sorpresa me arranca otro sonido de la garganta. Su cinturón tintinea, sus pantalones caen. Y entonces me empuja de nuevo contra la pared, con una mano entre mis omóplatos para mantenerme firme mientras se posiciona, arrastrando su grueso miembro a través de mis pliegues una vez, dejando que el calor húmedo de mi excitación lo cubra desde la base hasta la punta.

El peso de su polla presiona contra mi entrada, y siento la promesa de dolor y placer mezclándose justo bajo la superficie. Mi respiración se atasca. Mis caderas se mecen hacia adelante instintivamente, buscando más fricción, más calor. Olvido por qué he instigado esto. Olvido por qué lo empujé hasta que quiso follarme, pero no me arrepiento. Todo se ha vuelto borroso en mi mente —mi deseo, su deseo, las amenazas, el hecho de que estoy cautiva— y ahora mismo ni siquiera me importa. Solo lo quiero dentro de mí.

Me embiste de una sola estocada brutal, tan profunda que me deja sin aire. Grito, aferrándome a su espalda con dedos desesperados, mis uñas marcando líneas rojas en su piel. Su aliento se estremece contra mi cuello antes de morderme el hombro, hundiendo los dientes lo justo para anclarse mientras empieza a moverse.

No se lo toma con calma. Me embiste con saña, cada movimiento brutal y crudo. Sus caderas se mueven hacia adelante una y otra vez, golpeando las mías con una fuerza que me hace temblar los huesos. Jadeo con cada impacto, mi cuerpo arqueándose para recibirlo, atrapada entre el agudo ardor de ser tomada y el placer fundido que se enrosca en mi bajo vientre.

—¿Esto es lo que querías? —dice entre dientes—. ¿Ver qué pasa cuando me llevas demasiado lejos?

Intento responder, pero no puedo hablar. Apenas puedo respirar. Cada embestida me eleva más, más cerca del borde del que creía haber caído ya.

Me agarra el muslo y lo levanta más alto sobre su cintura, inclinando mi cuerpo hasta que puede penetrarme aún más profundo. El cambio es duro, tan profundo que juro que veo estrellas, y jadeo, clavando las uñas en el músculo de sus hombros. Su mano sube, rodeando mi garganta. No aprieta. No me corta el aire. Pero la posesividad en ese gesto es inconfundible.

Su palma se extiende por mi cuello, su pulgar presionado justo debajo de mi mandíbula, sintiendo el ritmo frenético de mi pulso. No es dominación por el simple hecho de infundir miedo. Es control. Reclamación. Cada golpe de su cuerpo en el mío es más agudo, más castigador, como si este fuera el momento en que me está marcando a fuego desde dentro. Mi cabeza se echa hacia atrás, exponiéndole más la garganta, y gimo —profunda, gutural y rota— porque con su mano ahí, con su polla golpeando ese punto una y otra vez, me siento completamente suya. Completamente de él.

—Mírame —gruñe—. Quiero ver tu cara cuando te corras. —Su mano inclina mi mandíbula para que no pueda apartar la vista y cuando nuestros ojos se encuentran… caigo rendida.

El segundo clímax me sobreviene con una intensidad salvaje, recorriéndome en olas brutales y absorbentes. Mi espalda se arquea contra la pared, cada músculo tenso mientras un placer candente explota detrás de mis ojos. Grito un sonido crudo y sin restricciones, mientras mi cuerpo se contrae a su alrededor con pulsaciones rítmicas. Me fallan las piernas, sin fuerzas y temblorosas, pero él no me deja caer.

Lorenzo me mantiene en pie con una mano aferrada a mi cintura y la otra todavía acunando mi garganta, follándome a través de cada espasmo desesperado de mi orgasmo. Su ritmo solo flaquea cuando me aprieto con fuerza a su alrededor, la húmeda fricción de mi clímax haciéndole sisear entre dientes. Embiste una vez más —más profundo, más fuerte— y gime en lo bajo de su pecho mientras su control se rompe.

Su cuerpo se sacude contra el mío. Tiembla, la respiración se le corta, y entonces se derrama dentro de mí con una maldición, enterrado hasta la empuñadura. Cada músculo de su cuerpo está rígido, su cabeza inclinada, su boca arrastrándose caliente y abierta por mi cuello mientras se vacía en mí.

Su respiración es entrecortada. Mi cuerpo tiembla contra el suyo.

La pared está fría contra mi espalda, pero su cuerpo es cálido, sólido, real. Puedo oír el latido de su corazón bajo mi oreja, todavía acelerado por nuestro encuentro.

Por un momento, me permito fingir que esto significa algo. Que la ternura de su caricia en mi hombro desnudo es real. Que la forma en que me sostiene —protectora, posesiva— nace del afecto y no de la propiedad.

Pero la realidad vuelve demasiado pronto, más o menos al mismo tiempo que se retira, deja que su sexo se escurra por mi muslo y se sube los pantalones. Esto no cambia nada. Sigo siendo su prisionera. Él sigue siendo mi captor. Y mañana, Costa seguirá esperando respuestas que no puedo darle.

Mi intento de convencer a Lorenzo Santoro de que me desea más de lo que quiere obedecer a su jefe no ha tenido éxito porque me he perdido en sus caricias. Soy impotente contra él.

Levanto la cabeza para mirarlo. Tiene los ojos cerrados, su respiración es profunda y regular. Parece más joven de alguna manera, las duras líneas de su rostro suavizadas por la satisfacción. Por una paz que dudo que encuentre a menudo.

—Lorenzo —susurro.

Abre los ojos, sus profundidades avellana se centran en mi rostro. Por un instante, veo algo desprotegido ahí. Algo que me oprime el pecho.

—Por favor, déjame ir —digo en voz baja. Porque necesito decirlo, necesito reafirmar mi deseo de estar en cualquier otro lugar que no sea este. Tengo una vida, un trabajo, una familia. Quiero ir a casa. Y este hombre que me retiene contra mi voluntad puede que sea increíblemente sexi, peligrosa e incontrolablemente sexi, pero no puedo permitirme olvidar que estoy aquí como su prisionera.

Su expresión se cierra. Los muros vuelven a levantarse, y la ternura se desvanece como si nunca hubiera existido.

—No —concede, su voz cuidadosamente neutral—. Follarte no cambia nada, Serena. No puedo dejarte marchar.

Sé, en lo más profundo de mis huesos, que a pesar de que él diga que nada ha cambiado, todo ha cambiado definitivamente. El juego que creía estar jugando se ha convertido en algo completamente diferente. Algo peligroso, complicado y real.

Algo que podría destruirnos a ambos.

15

LORENZO

El alba se filtra por las cortinas opacas y pinta finas líneas doradas sobre el suelo de mármol. Me despierto poco a poco, con la consciencia regresando por capas. El aroma de su pelo contra mi pecho. El ritmo constante de su respiración. El peso de su brazo sobre mis costillas.

Serena duerme acurrucada contra mí, con el rostro sereno bajo la luz de la mañana. Sin tensión en la mandíbula. Sin recelo en sus ojos cerrados. Así parece más joven, vulnerable de un modo que nunca se permitiría estando despierta. Su pelo oscuro yace enredado debajo de nosotros, y me descubro estudiando la delicada curva de su oreja, la forma en que las pestañas le descansan sobre los pómulos.

Debería moverme. Debería liberarme de este enredo de extremidades y volver a mi tarea de mantenerla contenida. Pero permanezco quieto, memorizando detalles en los que no tengo derecho a fijarme. La leve peca en su hombro. La forma en que sus dedos se curvan sin fuerza sobre mi pecho. El suave suspiro que se le escapa de los labios cuando se sume más en el sueño.

Esto es un terreno peligroso. No me entretengo en la cama. No observo a las mujeres dormir. No me permito el lujo de la ternura, ni siquiera en momentos robados antes de que el mundo se entrometa.

Pero Serena es distinta. Lo ha sido desde el momento en que entró en aquel teatro de la ópera, con la barbilla alta y los ojos encendidos en un desafío. Ya debería tenerme miedo. Debería comprender exactamente de lo que soy capaz. En cambio, anoche me sedujo. Me arrastró a un juego que creía entender, pero que me vi perdiendo en el instante en que su boca tocó la mía. Y ahora, horas después, tras follármela dos veces más, es dueña de una parte de mi alma que sé que no recuperaré.

Abre los ojos lentamente y sus oscuros ojos marrones se centran en mi rostro. La mayoría de la gente se sobresalta al despertarse y descubrir que la estoy observando. Serena, en cambio, se limita a estudiarme a su vez con una mirada clara y evaluadora.

—Buenos días —dice, con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días.

Se estira contra mí, y el movimiento desata una espiral de calor por mi pecho. Me obligo a permanecer impasible, a no darle nada que pueda usar en mi contra. Pero ella ya se está incorporando y la sábana se desliza de su torso desnudo. No hace ningún gesto para cubrirse, y me doy cuenta de que esto también está calculado. Todo en ella está calculado.

—Lo de anoche fue… —empieza.

—Lo de anoche no fue nada. —Mis palabras son un gruñido, pero ella no se inmuta—. No confundas el sexo con la salvación.

Su expresión no cambia, pero capto un atisbo de decepción antes de que lo enmascare. —Por supuesto que no. Simplemente iba a decir que fue… instructivo.

—¿Ah, sí?

Se desliza fuera de la cama, sin pudor por su desnudez. La observo mientras recoge su ropa del suelo, arrugada por la urgencia de anoche. —No eres tan controlado como aparentas. Es útil saberlo.

La observación se acerca más a la verdad de lo que me gustaría admitir. Me siento y me paso una mano por el pelo. —El control es relativo. Te tenía exactamente donde quería.

—¿De verdad? —Se pone la camisa y alisa la tela sobre su torso —. Porque desde mi posición, me pareció que fue mutuo.

Me levanto y recojo mi ropa de donde aterrizó, esparcida por el suelo. La conversación se está desviando hacia un terreno que no deseo explorar. No cuando su sabor aún perdura en mi lengua. No cuando todavía puedo sentir cómo se deshizo en mis brazos.

—¿Qué quieres, Serena?

Se sienta en el borde de la cama, observándome mientras me visto. —Información. Lo mismo que tú quieres de mí.

—Ya te he dicho…

—No me has dicho nada. —Su voz se vuelve más aguda—. Me trajiste aquí. Me has mantenido aquí. Pero no me has dicho por qué. No de verdad.

Me abotono la camisa, sopesando cuánta verdad puede soportar. Cuánta verdad puedo permitirme darle. —El porqué no es asunto tuyo.

—Es asunto mío por completo. —Se levanta y se acerca a la ventana. La luz de la mañana se enreda en su pelo, tornándolo de un cobre bruñido—. Soy abogada, Lorenzo. Entiendo lo que es una moneda de cambio. Entiendo lo que es una negociación. Así que dime de qué va esto en realidad.

Podría mentir, podría inventarme otra historia sobre protección y seguridad. Pero es demasiado inteligente para engaños, y estoy cansado de fingir que esto es otra cosa que lo que es.

—Eres una moneda de cambio —digo finalmente—. Para Costa, contra las otras familias. Contra cualquiera que pueda usar tu conexión con Emilio.

Se aparta de la ventana. —¿Y si coopero? ¿Si te cuento todo lo que quieres saber?

—Entonces puede que vivas lo suficiente para ver cómo acaba esto.

La brutal honestidad cae entre nosotros. La observo mientras la absorbe, la procesa, la archiva tras esos ojos agudos. La mayoría de la gente se desmoronaría bajo el peso de una declaración así. Serena, sencillamente, asiente.

—Ya veo. ¿Y si no coopero?

No respondo de inmediato. No puedo responder de inmediato. Porque la verdad es que no he decidido qué pasará si se niega. La

orden original era clara: extraer información y luego eliminar la amenaza. Pero la sangre de Costa lo cambia todo. Serena sabe cosas de nuestros enemigos, no solo de nosotros. La mantenemos callada y sus conocimientos ocultos al público, pero su valor como activo supera el peligro que representa como enemiga.

Por ahora.

—El mundo exterior ya no es seguro para ti —digo en su lugar—. Aquí puedo controlar las variables. Ahí fuera, estás expuesta.

—¿A qué?

—A todo el que quiera un trozo de la hija recién descubierta de Emilio Costa.

Las palabras la golpean visiblemente. Se deja caer de nuevo en la cama, y el color se le va del rostro. Por su cara pasan distintas expresiones: conmoción, incredulidad, rabia y, finalmente, comprensión. La invade un escalofrío y se queda quieta, pero su única protesta es: —No… —murmurada en un susurro de pánico.

—No miento, *kukolka*. Tengo pruebas si las necesitas. —Permanezco estoico, esperando que su reacción natural aflore, pero ella se la traga y sus ojos se mueven por la habitación.

—¿Cuánta gente lo sabe? —pregunta, cambiando a su tono calculador y controlado.

—Demasiada. El personal del hospital que hizo la prueba de ADN. Los técnicos del laboratorio que la procesaron. El propio Costa, obviamente. Su círculo íntimo. Es solo cuestión de tiempo que la información se extienda.

Se cubre la cara con las manos y, por primera vez desde que la traje aquí, parece genuinamente derrotada. Esa imagen debería satisfacerme. Debería confirmar que finalmente he roto sus defensas. En lugar de eso, me deja una extraña sensación en el pecho.

—¿Qué quiere de mí? —pregunta, con la voz ahogada.

—Todavía no lo sé.

Levanta la cabeza y me escruta el rostro. —¿No lo sabes o no quieres decírmelo?

—No lo sé. Estoy esperando órdenes.

La admisión me deja un sabor amargo en la boca. Llevo veinte años siguiendo las órdenes de Emilio sin rechistar. Sin dudar. Pero esta situación se siente diferente. Inestable. Y me descubro reacio a actuar sin entender el alcance total de sus intenciones.

—Así que me mantienes aquí hasta que alguien te diga qué hacer.

—Sí.

Me mira fijamente durante un largo momento, leyendo verdades que no he dicho en voz alta. —Esto no es protección.

—No.

—Es contención.

Le sostengo la mirada con firmeza. —Sí.

La sinceridad parece sorprenderla. Esperaba mentiras, evasivas, palabras bonitas para suavizar la realidad de su situación. Pero respeto demasiado su inteligencia como para recurrir a tópicos. Se merece entender exactamente cuál es su posición.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. El nombre de Costa aparece en la pantalla y siento que Serena se tensa a mi lado. Respondo al segundo tono.

—Emilio.

—Tenemos un problema. —Su voz tiene ese tono que pone cuando alguien se ha pasado de la raya—. Hay una periodista husmeando en la desaparición de la chica. Irene Bellandi. Está haciendo preguntas sobre la conexión con Costa.

Cierro los ojos, procesando lo que significa este nuevo acontecimiento. —¿Cuánto sabe?

—Lo suficiente como para ser peligrosa. Ha estado llamando a la fiscalía, al hospital, a cualquiera que pueda tener información. Si publica algo antes de que concluya el juicio, podría echarlo todo por tierra.

—¿Qué quiere que haga?

—Encárgate. Con discreción. Hazle entender que hay historias que no merece la pena contar.

La línea se corta. Dejo el teléfono a un lado, repasando ya las opciones. Bellandi tiene fama de ser tenaz. No se desanimará

fácilmente. Pero todo el mundo tiene sus puntos débiles. Todo el mundo tiene vulnerabilidades que se pueden explotar.

—¿Malas noticias? —pregunta Serena.

Me giro y la encuentro observándome con atención. —Una periodista está investigando tu desaparición. Alguien en quien solías confiar.

El color vuelve a desaparecer de su rostro. —Irene.

—La conoces.

—Ha cubierto algunos de mis casos. Es buena en lo que hace. Exhaustiva. —El pánico se cuela en su voz—. Si me relaciona con Costa…

—No lo hará. —Me levanto y cojo mi chaqueta—. Voy a asegurarme de ello.

—¿Qué vas a hacer?

La pregunta sale seca, preocupada. Como si le importara lo que le ocurra a su amiga periodista. La preocupación en su voz me irrita, pero me recuerdo que Serena no es de mi mundo, sin importar lo que diga su ADN.

—Lo que tengo que hacer.

—Lorenzo…

—Victor estará aquí mientras no estoy —continúo, cortando su protesta—. No intentes irte. No intentes llamar a nadie. No me pongas a prueba.

Se levanta y se acerca. —No tienes que hacerle daño. Irene no es la enemiga.

—Cualquiera que amenace esta situación es el enemigo.

—Solo está haciendo su trabajo.

—Y yo el mío.

La veo estremecerse ante mis frías palabras, veo morir la esperanza en sus ojos. Por un momento, anoche, le permití creer que podría haber algo humano bajo el asesino. Pero la luz del día trae la claridad. Trae la responsabilidad.

No soy su salvador. Soy su carcelero. Y cuanto antes acepte esa realidad, más seguros estaremos los dos.

Me dirijo a la puerta y me detengo en el umbral. —Sigue viva mientras estoy fuera. Complicaría las cosas que no lo hicieras.

No responde, pero siento su mirada siguiéndome al marcharme, siento el peso de su decepción acompañándome por el pasillo.

Treinta minutos después, me reúno con Victor en el coche. Se desliza en el asiento del conductor con una expresión neutra. Llevamos suficiente tiempo trabajando juntos como para que las palabras sobren. Él sabe lo que hay que hacer.

—La periodista trabaja en un despacho cerca del Panteón —dice, arrancando el motor—. Vive sola. Sin seguridad. Sin protección.

—Bien.

Conducimos a través del tráfico matutino de Roma, pasando junto a turistas y trabajadores que siguen con sus vidas diarias sin ser conscientes de la violencia que se mueve por su ciudad. Miro por la ventana, dejando mi mente en blanco. Preparándome para Irene Bellandi, que se ha convertido en una amenaza. Ha elegido escarbar en asuntos que no le conciernen. Las consecuencias de esas decisiones no son mi responsabilidad.

Pero mientras nos detenemos frente a su edificio, me encuentro pensando en la expresión de Serena cuando le dije lo que planeaba hacer. El miedo en su voz cuando se dio cuenta de que podría hacerle daño a alguien que conoce personalmente.

Aparto esos pensamientos, me centro en la tarea que tengo entre manos. Bellandi entrará en razón, o se enfrentará a las alternativas. De cualquier manera, entenderá que algunas historias tienen un precio demasiado alto.

Compruebo mi arma, me ajusto la chaqueta y salgo al sol de la mañana. Es hora de enviar un mensaje.

16

SERENA

Yazgo sola en la cama de Lorenzo. Las sábanas de algodón egipcio todavía conservan su olor. Me duele el cuerpo en lugares que me recuerdan a anoche, a la forma en que se movía contra mí, dentro de mí, reclamando cada centímetro de mi piel como suyo.

La casa se siente vacía. Hueca. Aguzo el oído en busca de ruidos de movimiento, voces, cualquier cosa que pueda indicarme dónde se ha situado Victor. Pero no hay nada, salvo el zumbido lejano del tráfico y el tictac de un reloj antiguo en algún lugar del pasillo.

Me levanto de la cama después de mi larga siesta, un lujo que nunca me permito en mi carrera, y me dirijo al baño. Es todo de mármol negro y grifería cromada. Me echo agua fría en la cara, evitando mi reflejo en el espejo. Mis labios siguen hinchados por sus besos. Mi garganta muestra las leves marcas de sus dientes, la prueba de mi rendición escrita sobre mi piel en moratones y mordiscos.

Me dije a mí misma que era estrategia. Manipulación. Una forma de ganarme su confianza, de encontrar sus puntos débiles. Pero aquí de pie, con su camisa puesta, sintiendo el tacto fantasma de sus manos sobre mi cuerpo, ya no puedo seguir engañándome.

Lo deseaba. Deseaba la forma en que me miraba como si yo fuera lo más peligroso de la habitación. Deseaba la violencia

controlada de su tacto, la forma en que se contenía hasta que le suplicaba que no lo hiciera. Deseaba sentir algo que no fuera miedo, impotencia y rabia.

Caer en la cuenta me revuelve el estómago.

Salgo del baño y bajo las escaleras, siguiendo el camino familiar hasta el salón. El fuego se ha consumido hasta quedar en ascuas y los cristales rotos de anoche han sido retirados. Todo parece normal. Limpio. Como si nuestro encuentro nunca hubiera ocurrido.

Pero allí, sobre la mesa de centro, descansa una carpeta de cartón. Mi nombre está escrito en la portada con la cuidada caligrafía de Lorenzo. Tinta negra sobre papel tostado. Parece muy oficial, como algo que tendría sobre mi escritorio en el trabajo.

Se me encoge el estómago.

Me acerco a la carpeta despacio, como si pudiera explotar si me muevo demasiado rápido. Me tiemblan las manos al levantarla de la mesa, al sentir el peso de los secretos que contiene. El papel es grueso, caro. De calidad gubernamental.

La abro, demasiado curiosa para dejarla, aunque miro por encima del hombro hacia la puerta para asegurarme de que no me observan. Ya he visto algunas de estas imágenes, pero mi morbosa necesidad de saberlo todo no me permite soltarla. Sabía que me estaba vigilando, pero esto es peor de lo que pensaba.

La primera imagen es una fotografía de vigilancia mía saliendo del edificio de mi apartamento hace tres semanas. Llevo el traje azul marino que reservo para las comparecencias ante el tribunal, con el pelo recogido en un moño severo. El fotógrafo me capturó a medio paso, con el maletín en la mano y la barbilla levantada contra el viento de la mañana. Parezco segura. Profesional. Inconsciente de que alguien me estaba observando.

La siguiente foto me muestra en una cafetería cerca de mi despacho, sentada frente a otro fiscal. Estamos inclinados sobre los expedientes del caso, con las tazas de café olvidadas entre nosotros. El ángulo sugiere que el fotógrafo estaba sentado a varias mesas de distancia, usando un teleobjetivo. Equipo de vigilancia profesional.

Me tiemblan las manos mientras paso más imágenes. Yo entrando en el juzgado. Yo saliendo tarde por la noche, el

agotamiento evidente en la inclinación de mis hombros. Yo comprando en el supermercado, mundana y doméstica y completamente ajena a que cada uno de mis movimientos estaba siendo documentado.

Luego las fotografías cambian. El edificio de mi apartamento desde múltiples ángulos. La ventana de mi despacho. El garaje donde aparco el coche. Cada lugar mapeado, cada rutina catalogada. Una imagen completa de mi vida reducida a fotos de vigilancia en blanco y negro.

Mis padres aparecen en la página siete.

Están saliendo de su pequeña casa en Trastevere, el brazo de mi madre entrelazado con el de mi padre mientras caminan hacia el coche. Ella se ríe de algo que él ha dicho, con el rostro iluminado y sin reservas. Él lleva una bolsa de libros; probablemente se dirige a la biblioteca de la universidad donde todavía es voluntario a pesar de su jubilación.

Parecen tan inocentes, tan completamente ajenos a que su hija adoptiva ha llevado la muerte a su puerta.

La bilis me sube por la garganta. Paso a la página siguiente, luego a la otra, y encuentro más fotos de mis padres de compras, paseando, viviendo sus vidas tranquilas y académicas mientras unos hombres planeaban su destrucción.

Al fondo de la carpeta hay un documento legal con papel grueso y sellos oficiales. Es mi partida de nacimiento. Pero no la que he visto antes, no la versión modificada que nombra a mis padres adoptivos como los biológicos.

Esta es la original. La de verdad.

Padre: Emilio Costa.

Madre: Elena Suthers. Estado: Fallecida.

Las palabras bailan ante mis ojos. Emilio Costa, el hombre de quien Lorenzo recibe órdenes. El hombre que, al parecer, ordenó mi muerte antes de descubrir que llevo su sangre. Y Lorenzo no mentía.

Mi padre.

Todavía estoy mirando el documento cuando oigo que la puerta principal se abre y unos pasos fuertes en el vestíbulo. La voz de Lorenzo es baja y tranquila, habla con alguien llamado Victor, quizá

Victor Costa. Un millón de pensamientos me pasan por la cabeza, paralizándome cuando sé que no debería estar en su despacho.

Pero no puedo moverme. No puedo ni respirar, joder, y mucho menos procesar la realidad de lo que sostengo en mis manos.

Lorenzo aparece en el umbral de la puerta, con la chaqueta colgada de un brazo. Hay sangre en el puño de su camisa, no mucha, solo unas pocas gotas oscuras que podrían ser cualquier cosa. Podrían no ser nada. Sus ojos encuentran los míos inmediatamente y luego bajan hasta la carpeta en mis manos.

Su expresión se endurece.

—Eso no era para ti.

Mi voz sale en un susurro. —¿Mis padres? —pregunto, sintiendo cómo la furia crece en mi pecho.

—Serena…

—¿Entonces no era solo yo? —El volumen aumenta, la ira abriéndose paso a través de la conmoción—. ¿Cuánto tiempo llevas documentando la vida de mis padres, planeando…?

—Esos archivos eran para los abogados de Costa. —Entra en la habitación, acortando la distancia entre nosotros—. No deberías haber…

—¿No debería haber qué? ¿No debería haber querido saber en qué lío me has metido? —Pienso en lo encantador que fue en la ópera, en cómo me cameló para que saliera con él. Debería haberlo sabido, pero maldita sea, no le hice caso a mi instinto.

Se detiene a un metro de distancia, las manos sueltas a los costados. Listo para la violencia. —Estás viendo cosas que no entiendes.

—Lo entiendo perfectamente. —Levanto la partida de nacimiento, mi mano tiembla—. Entiendo que ahora estás destrozando mi vida. —Mi pecho sube y baja con agitación—. No te bastaba con vigilarme. ¿También tienes que vigilarlos a ellos? ¿Y para qué? ¿Vas a eliminarlos si no me porto bien? O qué… ¿Vas a decirles que su hija es en realidad pariente de un jefe de la mafia? —Estoy tan furiosa que podría abofetearlo, pero me contengo. Ya era bastante malo cuando solo se trataba de mí, pero esto cruza una línea.

—No es tan simple.

—¿Ah, no? —Le lanzo la carpeta al pecho y los papeles se esparcen por el suelo. Las fotos de vigilancia revolotean como confeti mortal alrededor de sus pies—. Eres un asesino, Lorenzo. Y yo soy una idiota por pensar que podías ser otra cosa.

Me muevo hacia la puerta, necesito distancia, necesito aire, necesito cualquier cosa excepto el peso asfixiante de su presencia. Pero su mano se cierra alrededor de mi muñeca antes de que pueda escapar.

—¿Adónde te crees que vas?

—Lejos de ti. —Intento liberarme, pero su agarre es de hierro—. Lejos de esto… lejos de cualquier juego al que estéis jugando tú y Costa.

—No tienes adónde ir. —Su voz es plana, rotunda—. Ya no eres solo una amenaza legal; eres un cabo suelto que nadie sabe cómo atar. Hasta que Emilio decida qué hacer contigo, no vas a ninguna parte.

Las palabras arañan mi corazón, dejando heridas que no sé si podré curar. Porque confirman lo que he estado intentando no creer. Me mantienen en la reserva hasta que alguien decida si valgo más viva o muerta… Y Lorenzo lo sabe, y no para de joderme… no para de follárme.

—Suéltame. —Las lágrimas me queman en los ojos, pero me niego a llorar delante de él. Soy una tonta, una idiota y quizá una puta. ¿Acostarme con él para ablandarlo? Vaya puta broma. Es un monstruo. Probablemente bebe sangre de vírgenes para desayunar y santas pascuas.

—Serena…

—Suéltame —siseo de nuevo, y él me libera la muñeca, pero no retrocede. Nos quedamos uno frente al otro entre los escombros de mis ilusiones, la verdad esparcida por el suelo entre nosotros. Mi partida de nacimiento yace boca arriba cerca de sus pies, con el nombre de Emilio Costa claramente visible. Mi madre biológica lo sabía, pero la agencia de adopción se negó a revelarlo; tuvo que ser así, o mis padres adoptivos no me habrían querido.

La rabia ardiente crece en mi pecho hasta que siento que podría convertirme en una asesina. Durante días he estado indefensa,

atrapada, a merced de su piedad. Pero contra esto —esta traición, esta violación de todo lo que creía entender de mi vida—, contra esto sí puedo luchar.

La palma de mi mano impacta contra su mejilla antes de que me dé cuenta de que me estoy moviendo. El sonido retumba en la habitación. Su cabeza apenas se mueve por el golpe, pero un rubor florece inmediatamente en su piel. Una huella de mano perfecta que lo marca como mío.

No se inmuta, no contraataca. Simplemente se queda ahí, mirándome como si esperara esto. Como si hubiera estado esperando a que por fin lo viera con claridad.

—¿Te sientes mejor? —pregunta en voz baja.

—No.

Paso a su lado, empujando su pecho cuando no se mueve lo bastante rápido. Esta vez me deja ir, apartándose mientras me dirijo a zancadas hacia la puerta. Mi corazón martillea contra mis costillas, la adrenalina y la furia me hacen temblar las manos.

—Esto no cambia nada —me grita.

Me detengo en el umbral, me vuelvo para mirarlo una última vez. Está de pie, rodeado por las pruebas de su vigilancia, la marca de mi mano aún ardiendo en su mejilla. Por un momento creo ver arrepentimiento en sus ojos. Dolor. Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Tienes razón —digo—. No cambia nada. Porque, para empezar, nada era real.

Me alejo antes de que pueda responder, dejándolo solo entre las fotografías esparcidas y las ilusiones rotas. Paso junto a Victor Costa, cuyo rostro está contraído por una ira muy parecida a la expresión del de Lorenzo, y mis pies descalzos me llevan escaleras arriba, más allá de la habitación de invitados donde debería haber estado durmiendo, directa al dormitorio principal donde todavía puedo olerlo en las sábanas.

Cierro la puerta y me dejo caer al suelo, con la espalda contra la sólida madera. La rabia ya se está desvaneciendo, dejando atrás algo peor. Algo que se parece peligrosamente a la pena.

Porque, durante unas horas, me permití creer que el hombre que me abrazó anoche podría ser diferente del asesino que tomó esas fotografías. Que la ternura de su tacto podría ser real en lugar de calculada.

Pero Lorenzo Santoro es exactamente lo que siempre ha sido. Un depredador. Un arma. Un hombre que sigue órdenes sin cuestionarlas y sin conciencia.

Y yo soy exactamente lo que él dijo que soy. Un cabo suelto. Un problema que resolver cuando convenga.

La partida de nacimiento podrá nombrar a Emilio Costa como mi padre, pero eso no cambia nada fundamental en mi situación. Sigo atrapada. Sigo sola. Sigo completamente a merced de hombres que me ven como un activo en lugar de una persona.

La única diferencia ahora es que ya no me hago ilusiones sobre mi captor. Sobre lo que es capaz de hacer. Sobre lo poco que significa mi vida para él.

Oigo la voz baja de Victor interrogando a mi captor, pero la respuesta de Lorenzo es demasiado silenciosa para distinguirla. Aun así, percibo el filo en su tono. Están hablando de mí. Planeando. Tomando decisiones sobre mi futuro como si yo no tuviera nada que decir al respecto.

Me abrazo las rodillas y cierro los ojos, intentando bloquear el sonido de sus voces. Intentando olvidar cómo se sentían las manos de Lorenzo contra mi piel. Intentando fingir que en algún lugar de esta pesadilla, todavía podría haber una salida.

Pero la verdad innegable se interpone ahora entre nosotros.

Él es el Devorador de Pecados. Y yo solo soy otra transgresión que debe ser consumida.

17

LORENZO

El café humea en mi taza mientras reviso las grabaciones de la noche, vigilando cada ángulo de cámara en busca de anomalías. El perímetro suele estar tranquilo la mayoría de las mañanas, pero hoy una sombra se mueve de forma extraña cerca de la valla este. Congelo la imagen y me inclino hacia delante. La marca de tiempo indica las 6:47 a. m. y hay una figura agazapada entre la antena parabólica y el límite de la alambrada.

No es uno de mis hombres. Saben de sobra que no deben acercarse sin autorización, y esta persona se mueve de forma rara: demasiado dubitativa, demasiado expuesta. Hago zoom en la grabación y capto el destello de metal en su mano: una hoja, empuñada con torpeza, pero con determinación. Se me hiela la sangre mientras lo observo tantear la valla, buscando puntos débiles en mi sistema de seguridad.

Abandono el café y me muevo rápidamente por la casa, cojo mi Glock del cajón de la cocina y compruebo la recámara. Se asienta en la palma de mi mano mientras me escabullo por la puerta trasera hacia el jardín. El aire matutino arrastra el olor a tierra húmeda tras la lluvia de anoche, pero me centro en la posición del intruso en relación con mi ruta de aproximación.

El estrecho callejón que discurre entre mi propiedad y la casa vacía de al lado me proporciona cobertura mientras avanzo por el borde de los parterres. Mis botas no hacen ruido sobre el sendero de piedra húmedo mientras sigo sus movimientos a través de los huecos de la valla. Está solo, lo que convierte esto en una chapuza de aficionados o en la obra de un profesional muy seguro de sí mismo. Dada su postura y la torpeza con la que lleva a cabo el reconocimiento, apuesto por el aficionado.

Llego a la esquina de la propiedad y me detengo a escuchar. La respiración del hombre es agitada e irregular, y no para de cambiar de posición sin motivo. Definitivamente, no está entrenado. Probablemente no lo ha enviado nadie que valore la competencia por encima de la desesperación. Pero la desesperación vuelve a la gente peligrosa de formas impredecibles, y yo no puedo permitirme nada impredecible ahora mismo.

Doy la vuelta a la valla y lo veo con claridad por primera vez. Unos treinta y tantos años, complexión delgada, ropa que ha visto semanas mejores. El cuchillo en su mano tiembla mientras intenta colarlo entre los postes de la valla, y sus ojos no dejan de moverse entre la casa y los árboles circundantes. Está aterrorizado, pero decidido, lo que me dice que alguien lo ha metido en esto. Alguien a quien no le importa si vuelve.

Me muevo rápido por el terreno abierto, acortando la distancia antes de que pueda percatarse de mi presencia. Levanta la cabeza de golpe cuando mi sombra cae sobre él y blande el cuchillo salvajemente en mi dirección. Le cojo la muñeca y se la retuerzo con fuerza, obligándole a soltar la hoja mientras mi otra mano lo estampa de cara contra la valla. La alambrada tiembla por el impacto y él gruñe de dolor.

—¿Quién te ha enviado? —mantengo la voz baja y controlada mientras lo inmovilizo contra la malla metálica. Su cara se presiona contra los eslabones y la sangre brota de los pequeños cortes que el alambre le hace en la mejilla.

—Nadie me ha enviado —jadea—. Solo estaba echando un vistazo.

Le clavo la rodilla en la espalda baja y grita. —¿Quieres volver a intentarlo? La gente no merodea por propiedades armadas por diversión.

Su respiración se vuelve entrecortada y puedo oler el sudor de la ansiedad empapando su camiseta. —Por favor, no sé nada. Alguien me dijo que podría haber dinero aquí, eso es todo.

—¿Quién, «alguien»? —aumento la presión en su muñeca y él gime.

—No sé su nombre. Un tipo en un bar, dijo que este sitio parecía vacío, que podría haber aparatos electrónicos o lo que fuera. Necesitaba el dinero, ¿vale? Mi novia está embarazada, estamos sin blanca, y pensé que tal vez...

Le doy la vuelta y lo estampo contra la valla de nuevo, esta vez de cara a mí. Sus ojos están desorbitados y desesperados, y las lágrimas se mezclan con la sangre de su mejilla. Dice la verdad, lo que empeora las cosas. Los delincuentes cualquiera no tropiezan con mi ubicación por casualidad, a menos que alguien se haya ido de la lengua, y eso significa que mi seguridad se ha visto comprometida de formas que aún no he identificado.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre? —mantengo la Glock baja, pero visible, para que vea lo que pasará si sus respuestas me decepcionan.

—No sé, unos cuarenta, pelo oscuro, traje caro. Invitaba a copas a todo el mundo, haciendo preguntas sobre el vecindario. Dijo que buscaba propiedades para invertir.

Se me cae el alma a los pies. Alguien ha estado vigilando la zona, reuniendo información sobre qué casas están vacías y cuáles podría valer la pena investigar. Un reconocimiento profesional disfrazado de conversación informal, y este aficionado ha quedado atrapado en medio. Ahora está aquí, sangrando en mi valla porque alguien quería probar mis defensas.

Lo agarro por la camiseta y lo arrastro lejos de la valla, hacia la linde de los árboles donde las cámaras no grabarán lo que ocurra a continuación. Tropieza e intenta soltarse, pero mantengo el agarre y lo obligo a seguir moviéndose. Sus protestas se hacen más fuertes,

convirtiéndose en gritos cuando llegamos a las sombras, y sé que tengo que terminar esto rápido antes de...

—¡Eh!

La voz cortante suena detrás de mí con un tono autoritario. Me giro y veo a un hombre cruzando el jardín desde la casa de al lado, moviéndose deprisa, pero sin correr. Ronda los cincuenta y tantos, pelo cano, y lleva ropa de estar por casa que sugiere un café matutino en lugar de una confrontación matutina. Lleva la bata abierta, pero su postura grita «policía», incluso retirado, y sus ojos evalúan la escena como si tuviera décadas de experiencia interpretando situaciones correctamente.

Se llama Silvano Petrini, el nuevo vecino al que he estado vigilando desde que se mudó hace dos semanas. Es un antiguo inspector de la Policía Metropolitana de Roma, con veintiocho años de servicio antes de jubilarse. Expediente limpio, pensión limpia, y razones supuestamente limpias para mudarse a este tranquilo vecindario. Pero limpio no significa no involucrado, y su aparición aquí parece demasiado conveniente para ser una coincidencia.

—Suéltelo —dice Petrini, continuando su avance con las manos visibles, pero preparadas—. Hiciese lo que hiciese, no merece esto.

Mantengo mi agarre sobre el merodeador, pero cambio de posición para encarar la nueva amenaza. —Esto es propiedad privada. No se requiere su participación.

—Mi participación empezó cuando oí a alguien gritar pidiendo ayuda. —Su voz transmite una autoridad serena, pero no estoy muy interesado en responder a eso—. Usted es Lorenzo Santoro, ¿verdad? Soy Silvano Petrini, su nuevo vecino. Creo que deberíamos hablar de esta situación antes de que vaya a más.

El hecho de que sepa mi nombre me provoca un escalofrío. He sido cuidadoso para mantener el anonimato en esta ubicación, pero él ha hecho los deberes. O es muy bueno en la vigilancia discreta, o tenía razones para investigarme antes de que nos conociéramos. Ninguna de las dos posibilidades me hace sentir cómodo.

—No hay nada de qué hablar —le digo—. Este hombre estaba allanando mi propiedad, armado. Estoy en mi derecho de detenerlo hasta que llegue la policía.

—¿Piensa llamar a la policía? —pregunta Petrini, y su tono sugiere que ya sabe la respuesta—. Porque si es así, estaré encantado de esperar mientras hace la llamada. Si no, entonces tenemos un tipo de problema diferente.

El merodeador aprovecha mi atención dividida e intenta liberarse. Aprieto mi agarre y le clavo el codo en las costillas, doblándolo por la mitad. Jadea y deja de forcejear, pero Petrini se acerca con una expresión sombría.

—Ya es suficiente —dice—. Ya ha dejado clara su postura. Ahora suéltelo, y todos podremos olvidarnos de esto.

—¿Olvidarnos y marcharnos adónde? —mantengo la voz firme, pero dejo que la amenaza se trasluzca—. Vino aquí por una razón. Alguien lo envió a tantear mi seguridad y necesito saber quién.

—Quizá —reconoce Petrini—, pero dejarlo inconsciente en su césped no le va a dar mejores respuestas. Solo va a crear problemas con los que no quiere lidiar.

Tiene razón, y odio que la tenga. El merodeador está casi inconsciente ahora, desplomándose contra mi agarre y sangrando más profusamente por los cortes de la cara. Si continúo este interrogatorio, terminará hospitalizado o muerto, y cualquiera de los dos resultados atraerá una atención oficial que no me puedo permitir. Especialmente no mientras Serena está en mi casa, durmiendo para recuperarse del estrés de saber que toda su identidad ha sido una mentira.

Pero dejarlo ir significa que quienquiera que lo haya enviado sabrá que su sondeo tuvo éxito. Tendrán la confirmación de que esta ubicación está ocupada, defendida y que merece la pena seguir investigando. Mi hogar se convierte en un objetivo en lugar de un refugio, y todo lo que he construido aquí empieza a desmoronarse.

—Usted lo vio primero —le digo a Petrini—. Armado, allanando, intentando violar la seguridad. Sabe lo que eso suele significar en este vecindario.

—Sé lo que significa en todas partes —replica—. Pero también sé la diferencia entre defender la propiedad y cometer una agresión. Ahora mismo, usted está bailando sobre esa línea.

Las rodillas del merodeador flaquean y tengo que soportar todo su peso para mantenerlo en pie. La sangre gotea de su barbilla sobre la hierba y su respiración suena húmeda y trabajosa. Petrini observa este giro de los acontecimientos y niega con la cabeza.

—Lorenzo... —dice—, suéltelo, o haré algunas llamadas que le complicarán la mañana de forma considerable.

Estudio su rostro, buscando gestos que puedan revelar su verdadera agenda. Los expolicías no suelen meterse en disputas vecinales a menos que tengan motivos ocultos, y su serena confianza sugiere que ha lidiado con situaciones como esta antes. Pero su lenguaje corporal transmite una preocupación genuina en lugar de una interferencia calculada, lo que hace que esto sea más difícil de manejar.

El merodeador gime e intenta hablar, pero solo sale sangre. Lo he llevado más allá del punto de un interrogatorio útil, y mantenerlo aquí más tiempo solo creará pruebas de las que tendré que deshacerme más tarde. Petrini lo sabe tan bien como yo, por eso está presionando ahora en vez de esperar a que termine.

—Bien —digo y lo suelto. El merodeador se desploma de rodillas, luego se aleja a gatas hacia la linde de los árboles. Desaparece entre la maleza en segundos, dejando solo gotas de sangre en la hierba para marcar su presencia.

Petrini lo ve marcharse y luego se vuelve hacia mí. —Elección inteligente. Ahora podemos tener una conversación civilizada sobre límites y expectativas.

—No hay nada de qué hablar —repito, pero sé que ya no es verdad. Ha visto demasiado, sabe demasiado y se ha posicionado de manera demasiado conveniente como para descartarlo como un jubilado inofensivo. Toda mi operación acaba de volverse exponencialmente más complicada.

—Creo que sí la hay —dice—. Porque llevo dos semanas observando este vecindario y ciertos patrones han quedado claros. Patrones que sugieren que mi tranquila jubilación podría no ser tan tranquila como esperaba.

Estudio su expresión, buscando pistas sobre cuánto sabe realmente y cuánto está adivinando. Pero su cara de póquer es

excelente, perfeccionada por décadas de interrogar a sospechosos y testigos que no querían revelar sus secretos.

—¿Qué patrones? —pregunto.

—Llegadas a altas horas de la noche. Medidas de seguridad inusuales. Visitantes que no parecen familiares ni amigos. —Hace una pausa—. Y ahora merodeadores que piensan que podría valer la pena robar en su casa, lo que sugiere que alguien ha estado haciendo preguntas sobre sus rutinas.

La precisión de sus observaciones confirma mis peores temores. Ha estado llevando a cabo una vigilancia sistemática, no un interés vecinal casual. Conoce mis horarios, mi sistema de seguridad y probablemente las matrículas de mis vehículos. Lo que significa que también sabe que alguien más ha estado observando, recopilando información por razones que trajeron a un aficionado armado a mi valla esta mañana.

—Los policías jubilados suelen ocuparse de sus propios asuntos —le digo.

—Los policías jubilados no suelen acabar viviendo al lado de escenas del crimen activas —replica—. Pero aquí estamos, así que supongo que ambos necesitamos adaptarnos. —Abre las manos con naturalidad antes de cruzarse de brazos sobre su robusto pecho y sonreír con suficiencia.

Mi casa ya no es segura, pero abandonarla significa reubicar a Serena durante la fase más peligrosa de su protección. Moverla ahora nos expondría a ambos a la vigilancia y a una posible intercepción, pero quedarnos aquí significa operar bajo el escrutinio de un hombre que podría complicar todo lo que estoy tratando de lograr.

—¿Qué quiere? —pregunto.

—Paz y tranquilidad —dice—. No más gritos. No más sangre en la hierba. No más razones para que me pregunte si debería estar haciendo informes oficiales sobre mis observaciones.

—¿Y a cambio?

—Yo me ocupo de mis asuntos, usted de los suyos, y ambos fingimos que esta mañana nunca ha sucedido. —Mira hacia la casa y

luego de nuevo a mí—. Pero si este tipo de cosas se convierten en un patrón, tendremos que revisar nuestro acuerdo.

Asiento, entendiendo los términos de nuestra tregua no oficial. No informará de lo que ha visto, pero estará atento a las señales de que mis actividades están escalando más allá de lo que considera aceptable. Es una solución temporal en el mejor de los casos, pero me da tiempo para averiguar cómo manejar tanto las amenazas inmediatas como los problemas a largo plazo que su presencia crea.

—Entendido —le digo.

—Bien. —Se da la vuelta para irse, pero luego se detiene—. Una cosa más. Lo que sea que trajo a ese hombre aquí esta mañana, no fue al azar. Alguien está probando sus defensas, lo que significa que están planeando algo más grande. Quizá quiera considerar si vale la pena defender esta ubicación o si una reubicación podría ser la jugada más inteligente.

Regresa a su casa sin esperar respuesta, dejándome solo en el jardín con sangre en la hierba y la creciente certeza de que todo lo que he construido aquí está empezando a desmoronarse. En enfundo la Glock y vuelvo a la casa, mi mente ya trabajando en planes de contingencia y en los peores escenarios posibles.

Serena todavía duerme cuando voy a ver cómo está, acurrucada de lado con el pelo esparcido por la almohada. Parece más joven cuando no está consciente, menos a la defensiva, y me encuentro quedándome en el umbral de la puerta más tiempo del necesario. La luz de la mañana revela los moratones en su garganta de nuestro encuentro de hace dos noches, ahora desvaneciéndose, pero aún visibles.

No sabe nada del merodeador ni de Petrini, no sabe que nuestra seguridad temporal se está evaporando más rápido de lo que puedo reforzarla. Pero lo sabrá, porque no puedo protegerla de amenazas que aún no he identificado del todo. Y ahora, con un policía jubilado vigilando cada uno de mis movimientos, las opciones para lidiar con esas amenazas se han vuelto significativamente más limitadas.

Cierro la puerta en silencio y vuelvo a la cocina, donde mi café se ha quedado frío y las pantallas de seguridad continúan su silenciosa vigilancia de un perímetro que ya no parece seguro. La mañana que

comenzó con comprobaciones rutinarias ha evolucionado hacia un cambio fundamental en cómo tendré que operar de ahora en adelante.

No más cuerpos. No más violencia que no se pueda explicar. No más suposiciones de que esta casa representa un santuario en lugar de una exposición.

Todo se acaba de volver mucho más difícil.

18

SERENA

El apellido Barone me resulta ajeno en la boca ahora. Lo he llevado veintiocho años, veintiocho años en los que he construido mi identidad en torno a los tranquilos profesores que me criaron con libros y suaves correcciones. Ahora lo siento prestado, como un disfraz que he estado llevando sin saber que la función siempre fue temporal. La adopción no es el problema. El problema es de dónde vine antes de la adopción.

Compruebo cada pestillo de las ventanas de la casa de Lorenzo por tercera vez hoy. La ventana de la cocina da a un jardín, pero la caída me rompería el tobillo. El salón da al frente, pero no hay dónde cubrirse entre aquí y la carretera. Cada posible ruta de escape terminaría en fracaso, y la impotencia se me mete bajo la piel.

La hija de Emilio Costa. Las palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza hasta que pierden todo significado. Mi padre biológico dirige el sindicato que he pasado años intentando desmantelar, lo que parece una macabra ironía. Cada caso que he montado, cada cargo corrupto que he destapado, cada hilo del que he tirado... todo conduce a él. A mí.

La puerta principal se abre, y los pasos de Lorenzo resuenan por el pasillo hacia donde estoy, en la sala de vigilancia, mirando la pared de monitores que muestran cada ángulo de su propiedad.

Cámaras por todas partes, grabándolo todo. Incluso a mí, probablemente.

Aparece en el umbral, todavía con la camisa negra de esta mañana, con las mangas subidas para revelar los tatuajes que cubren sus brazos. La cicatriz que le baja por la mejilla derecha capta la luz de los monitores.

—¿Qué haces en mi despacho? —gruñe, mirándome mientras se afloja la corbata y frunce el ceño.

—Intento comprender mi situación. —Me giro para encararlo—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Fingir que esto no cambia nada? ¿Fingir que no soy la hija de un criminal?

Lorenzo pasa a mi lado y coge una tableta de la mesa junto a uno de los monitores más grandes, luego sale por la puerta en dirección al dormitorio. —Te adaptas. Sobrevives.

—¿Eso es todo? ¿Ese es tu consejo? —Lo sigo, con la voz cada vez más alta. Mis pies golpean el suelo, y no se me escapa que le estoy pidiendo consejo a un mafioso sobre cómo vivir en mi nueva realidad—. ¿Adaptarme a ser la hija bastarda de Emilio Costa? ¿Adaptarme a que toda mi vida se haya revelado como una mentira?

Se quita la camisa por la cabeza y la deja caer al suelo en cuanto entramos en la habitación. Luego, deja la tableta en la cómoda. Los músculos de su espalda se mueven cuando va a desabrocharse el cinturón. —Tu vida no fue una mentira. Tus padres te criaron. Tu educación, tu carrera, tus decisiones... son tuyas.

—Construidas sobre cimientos falsos. —Lo observo desnudarse hasta quedar en bóxers mientras me cruzo de brazos con indignación—. Todo lo que soy, todo por lo que he trabajado, ahora está conectado a él. Los fiscales con los que trabajo, los jueces que escuchan mis casos... todos sabrán qué sangre corre por mis venas.

—Entonces crea nuevas conexiones. Construye nuevos cimientos. —Camina hacia el baño con despreocupación. A él esto le importa un bledo. Para él no soy más que un trabajo, y eso me duele aunque debería importarme una mierda lo que piense—. Costa no te mantiene con vida por afecto paternal. Ahora le eres útil. Eso te da influencia.

—¿Influencia? —Lo sigo hasta el baño, con las manos temblando de frustración—. Soy una herramienta política. Un arma que puede apuntar a sus enemigos o usar para legitimar su imperio. No hay influencia en eso.

Lorenzo abre la ducha y el vapor empieza a empañar el espejo en cuestión de segundos. —Siempre hay influencia si eres lo bastante lista para encontrarla.

—Deja de hablarme de esto como si fuera una transacción comercial. —Se me quiebra la voz—. Es mi vida, mi identidad. Todo lo que creía saber sobre mí misma ha desaparecido.

Engancha los pulgares en la cinturilla de sus bóxers. —La identidad no es la sangre. Son las decisiones.

—Es fácil para ti decirlo. Tú siempre has sabido quién eras. La familia Costa te acogió cuando eras un crío. Tú elegiste esta vida.

—Yo elegí la supervivencia. —Se quita los bóxers, completamente desnudo ahora—. La misma elección que estás haciendo tú.

Lo miro fijamente, las cicatrices de su torso que estropean sus tatuajes, la forma en que se mueve a lo largo de esta conversación como si hablar de mi vida destrozada fuera algo rutinario. —No lo entiendes. Esto ya no va de supervivencia. Esto va de mi futuro y mi identidad.

—Eres Serena Barone, fiscal penal. Una mujer que se pagó la carrera de Derecho y se forjó una reputación derribando a cargos corruptos. —Se acerca a la ducha—. La sangre de Costa no cambia eso.

—¡Lo cambia todo! —Las lágrimas me queman en los ojos, y me odio por llorar delante de él—. ¡Hace que todo lo que he hecho no tenga sentido! —Alzo la voz, pero sigue sin escucharme. Siento que le estoy gritando a una pared.

Lorenzo se detiene en la puerta de la ducha. —¿Crees que los enemigos de Costa lo verán así? ¿Crees que a las familias que ha destruido les importará que hayas construido casos contra la corrupción en lugar de para él?

La pregunta me deja helada. No lo había considerado. Las familias rivales no me verán como una fiscal inocente que

casualmente comparte ADN con su enemigo. Me verán como sangre de los Costa. Un objetivo.

—Tienes razón. —Mi voz sale en un susurro—. Vendrán a por mí de todas formas.

—Ahora piensas con claridad. —Abre la puerta de la ducha, pero no entra—. Costa te mantiene viva porque eres útil y porque eres su hija. En ese orden.

—¿Y cuando deje de ser útil?

La mandíbula de Lorenzo se tensa. —Te asegurarás de que eso nunca ocurra.

—¿Cómo? —Me acerco a él, desesperada por respuestas—. ¿Cómo hago esto? ¿Cómo me mantengo viva en un mundo en el que todos quieren usarme o matarme?

—Aprendes las reglas. Juegas al juego. Encuentras aliados. —Sus dedos prueban el agua, pero yo resoplo.

—¿Aliados? —Me río—. ¿Quién va a aliarse con la hija de Emilio Costa? Ahora soy tóxica.

—No todos. —Su voz se vuelve más grave—. Algunos ya estamos demasiado metidos como para preocuparnos por las consecuencias políticas.

Lo miro, de pie, con el agua corriendo detrás de él, sus ojos avellana fijos en los míos. —Estás hablando de ti.

—Estoy hablando de la realidad. Costa me ordenó que te sacara información y luego te matara. Ahora eres su hija y espera que te proteja. ¿Ves cómo cambió todo en el instante en que se reveló que tu sangre llevaba su apellido? —Su expresión se ensombrece—. No estás muerta, y él no me está haciendo torturarte por esa sangre.

—¿Por qué no me mataste sin más? —pregunto, sintiendo casi ganas de rendirme.

—Porque no quiero matarte. —Su confesión me detiene. Este hombre es un asesino a sangre fría y entrenado —el Devorador de Pecados, lo llaman—, ¿y no quiere matarme?

El corazón me martillea contra las costillas. —Lorenzo...

—Esto es un trabajo para mí. —Da un paso hacia mí. Su voz es dura, pero no le creo cuando dice—: Eres un trabajo, una complicación que necesito resolver para poder seguir con mi vida.

Sus palabras me hieren profundamente, pero veo la mentira en sus ojos. —Si soy una carga tan grande, ¿por qué no me has entregado ya a Costa? ¿Por qué me mantienes aquí?

Su mano sale disparada, me agarra del brazo y me empuja contra la pared. Su cuerpo me aprisiona, desnudo, poderoso y peligroso. —¿Crees que quiero esto? ¿Crees que pedí que la hija bastarda de Costa complicara todo lo que he construido?

Las lágrimas se me derraman por las mejillas. —Yo tampoco pedí esto.

—Entonces los dos estamos atrapados. —Su agarre en mi brazo se afloja, pero no retrocede—. La diferencia es que tú no vas a morir, pero cuando se entere de que me he follado a su hija, puede que yo sí. —Su pecho late con fuerza, y el aire a nuestro alrededor está tan lleno de vapor que me cuesta respirar. O quizá es el hecho de que siento que el corazón se me va a parar en cualquier momento.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Costa te necesita ahora. En el peor de los casos, te obligará a trabajar para él. Blanquear dinero a través de canales legales, proporcionar información interna sobre procesos judiciales, ayudarle a legitimar sus operaciones. —La otra mano de Lorenzo sube para acunar mi cara, su pulgar apartando mis lágrimas—. Pero podría haber una salida si tienes cuidado, si le das lo que quiere mientras construyes tu propia posición.

El alivio me inunda tan rápido que me marea. —No lo creo...

—Creo que eres lo bastante lista para sobrevivir a esto. Quizá incluso lo bastante lista para ganar.

Sin pensar, lo rodeo con mis brazos, apretando mi cara contra su pecho. Su piel está cálida, sólida, real. Tiemblo mientras sus brazos me rodean lenta, dudosamente. —Serena...

Lo miro, y la expresión de sus ojos me corta la respiración. Me mira como si me atravesara, consciente de la chispa que se enciende entre nosotros cada vez que nos tocamos, pero sin retroceder. Si Costa lo matará por desearme, entonces lo que estoy viendo en los ojos de Lorenzo es una valentía audaz.

—Gracias —susurro—. Por mantenerme viva. Por decirme la verdad.

Su pulgar traza mi pómulo. —No deberías confiar en mí.

—Lo sé. —Me pongo de puntillas, acercando mi boca a la suya—. Pero lo hago.

El beso ocurre sin una decisión consciente, suave al principio, vacilante, y luego más profundo cuando él responde. Su boca es cálida y exigente, y me pierdo en su sabor.

—Esto es un error —dice, pero sus manos ya se están moviendo por mi cuerpo.

—No me importa. —Lo beso de nuevo, vertiendo en ello todo mi miedo, mi alivio y mi necesidad desesperada.

Gime contra mi boca y me levanta contra la pared. —Serena, no podemos…

—Sí, podemos. —Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, sintiéndolo duro contra mí—. Necesito esto. Te necesito a ti.

Su control se rompe. Me lleva a la ducha, y el agua caliente cae en cascada sobre nosotros mientras me presiona contra la pared de azulejos.

En cuanto la puerta de la ducha se cierra detrás de nosotros, me estampa contra los azulejos. Mi espalda choca contra la piedra fría, pero el agua ya está hirviendo, empapando mi ropa. Sus manos están en mi cintura, luego bajo mi blusa, empujándola por encima de mis costillas y arrancándola de un tirón brusco.

—Ni siquiera dudas —murmuro, con la respiración entrecortada mientras el vapor se arremolina a nuestro alrededor.

—Llevo días dudando —dice con los dientes apretados—. ¿Crees que lo había planeado así?

Agarra el centro de mi sujetador, tira de él hacia abajo hasta que las copas se rasgan por los lados, luego agacha la cabeza y muerde la parte superior de mi pecho. Mi mano vuela a su pelo, los dedos se aprietan, las uñas rascan su cuero cabelludo.

Su boca baja, sobre la curva de mi pecho. Muerde lo bastante fuerte como para dejar una marca, y luego lame sobre ella como si estuviera sellando algo. El vapor nos envuelve, pero no puedo distinguir qué es calor y qué es él.

—Estás temblando —dice contra mi piel, con la respiración caliente y agitada.

—Porque estoy aterrorizada por la puta mierda que estoy haciendo —respondo—. Pero no quiero que pares.

Su mano se mueve entre nosotros, deslizándose bajo la cinturilla empapada de mis pantalones. La tela se pega, pero se abre paso a la fuerza. Sus dedos se deslizan por el calor húmedo entre mis muslos y se detienen, como si necesitara confirmación.

—Serena.

—No pares —digo, agarrando su nuca—. No te pongas a pensar. Solo hazlo.

No vuelve a hablar. Desabrocha el botón, baja la cremallera con un gruñido y me baja los pantalones hasta los tobillos. Mis braguitas van con ellos, arrancadas de un tirón brusco.

Me coge por debajo de los muslos y me levanta de nuevo, esta vez sin dudar. Mi espalda golpea la pared y me sujeta allí, la presión de su cuerpo manteniéndome en mi sitio.

Le rodeo los hombros con más fuerza mientras él mueve las caderas. Su polla presiona contra mí, gruesa y lista. En el segundo en que embiste, el aliento abandona mis pulmones. El dolor es agudo al principio, afilado por la presión, pero se desvanece rápidamente bajo el peso de todo lo demás.

—Dios —susurro, la palabra apenas audible sobre el torrente de agua—. No te contienes.

No responde. Su boca encuentra mi garganta de nuevo, sus dientes raspando mi pulso mientras empieza a moverse. Cada embestida me golpea contra los azulejos, el ritmo castigador y exacto.

—¿Quieres que sea suave? —murmura contra mi piel—. Has elegido al hombre equivocado.

—No he pedido que seas suave. —Mis dedos se clavan en sus hombros.

Embestía con más fuerza, más rápido, con ambas manos aferradas a mis caderas ahora, manteniéndome en mi sitio como si temiera que me escurriera entre sus dedos.

Su pecho se desliza contra el mío a cada movimiento, resbaladizo por el calor, el sudor y el vapor, pero no hay nada tierno en su forma de moverse. Se entierra profundamente y se retira solo lo suficiente para hacerlo de nuevo, cada embestida arrancando un sonido crudo de mi garganta.

—Joder. —Embestía una vez más y se queda quieto, con la frente pegada a la mía—. Vas a arruinarme.

La presión aumenta rápidamente. Mis piernas se aprietan alrededor de su cintura mientras él embiste con una fuerza ininterrumpida, su mano aferrada bajo mi muslo, la otra apoyada junto a mi cabeza. Su pecho se aplasta contra el mío, la piel húmeda se desliza, los músculos tensos. Me aferro, con los dedos clavados en sus hombros, apenas respirando mientras el límite se acerca.

El orgasmo me desgarra sin permiso. Mi cuerpo se contrae a su alrededor, cada nervio se tensa hasta romperse. Hundo la cara en su cuello y dejo que me invada. Él no frena. Sigue moviéndose a través de él, sus caderas hundiéndose más, el ritmo más brusco ahora, menos controlado.

—Joder —dice con los dientes apretados. Su mandíbula se tensa contra mi hombro—. Qué jodidamente bien sientas.

Le araño la espalda, las uñas raspando la curva de su columna vertebral mientras se estrella contra mí, con un ritmo frenético ahora, cada movimiento impulsado por una necesidad cruda. Está tan dentro que no puedo pensar, no puedo respirar; solo sentir.

—Lorenzo... —Mi voz se rompe en su nombre, y eso es todo lo que hace falta.

Gruñe, un sonido vicioso y roto, mientras sus caderas se sacuden una, dos veces, luego se entierra profundamente y empieza a frenar. Todo su cuerpo se estremece contra el mío mientras se corre, con el pecho agitado, los dedos clavados en mis muslos como si necesitara anclarse.

Por un segundo, el único sonido es el agua chocando a nuestro alrededor, el aire espeso de vapor. Luego su frente cae sobre mi hombro y ninguno de los dos se mueve. Su respiración es áspera en mi oído, y mis manos se relajan lentamente de su espalda.

—¿De verdad te hará daño por desearme? —le pregunto, con un nuevo plan ya formulándose en mi mente.

Sé que deseo a este hombre a pesar de mi buen juicio. Y en un mundo como este al que me han arrastrado, vale la pena tener un aliado. Si la debilidad de Lorenzo Santoro es el punto entre mis muslos, puedo usarla. Quizá no para que me deje ir, pero él mismo lo dijo: necesito aliados, y fuertes.

—Sí —gruñe, retirándose y dejando que mis pies caigan al suelo.

—¿Y aun así me deseas? —No dejo que se aleje. Mantengo mis manos rodeando sus hombros.

—Soy un hombre maldito, Serena. Sé lo que estás pensando, pero nos destruirás a los dos. —Sus labios están tan cerca de los míos que puedo sentir su aliento danzar sobre mi piel acalorada.

—O nos salvarás... —susurro, y eso sella nuestro destino.

Si soy útil para Costa y tengo un aliado poderoso como Lorenzo, puede que sobreviva a esto. Y si no, al menos sabré que caí luchando.

Solo tengo que mantener a Lorenzo contento y deseándome. Eso debería ser bastante sencillo.

19

LORENZO

El callejón que hay detrás de Sant' Andrea della Valle apesta a basura y a meados. La lluvia de antes ha formado charcos en los adoquines irregulares, que reflejan la débil luz de una única farola a veinte metros de distancia. Miro el reloj. Las 23:47. Cristiano Laera llega dos minutos tarde.

Cuando acordamos vernos, intentó echarse atrás, diciéndome que no podía ayudarme. Pero le recordé cómo funciona esto. Si las familias criminales más poderosas de Roma están siendo perseguidas por gente de su lado, todo el mundo es un objetivo. Le conviene tener un amigo de mi lado que pueda protegerlo. Me alegro de haber llegado a él antes que nadie.

El eco de unos pasos lentos rebota en las estrechas paredes. El hombre que emerge de las sombras aparenta cada uno de sus cincuenta y tres años: pelo ralo, ojos nerviosos, ropa que ha visto décadas mejores. Los secretarios judiciales no ganan lo suficiente para vestir bien, ni siquiera cuando venden información por debajo de la mesa.

—Santoro. —Su voz tiembla ligeramente—. Ha venido solo.

—Como le prometí. —Mantengo las manos a la vista, aunque la Beretta está lista bajo mi chaqueta—. ¿Tiene lo que necesito?

Laera mira por encima del hombro y luego vuelve a mirarme. —Tres bandas conocen la identidad de la chica. Los Bianchi se enteraron hace dos días. Los Torriani, ayer. Los Russo… —Traga saliva—. Los Russo enviaron a alguien a explorar su barrio hace tres días, a última hora de la mañana.

Se me hiela la sangre al recordar al hombre de mi jardín y al detective jubilado de al lado, Silvano Petrini. Así que no fue una coincidencia. Si los Russo ya están tan cerca, la situación se ha deteriorado más rápido de lo que preveía.

—¿Cómo han descubierto dónde está?

—Quién sabe. Quizá alguien lo vio llevársela del hospital o puede que simplemente lo hayan estado vigilando. —A Laera le tiemblan las manos mientras enciende un cigarrillo—. Se está corriendo la voz entre las familias. Todas quieren hincarle el diente al fiscal. —La brasa del cigarro brilla mientras le da una calada, y yo frunzo el ceño.

—¿Quién más lo sabe?

—Todo el que importa. Mañana, todas las bandas de Roma estarán tomando posiciones. —Da una calada temblorosa—. Por eso necesito salir de aquí. Esta noche.

Estudio su rostro en la penumbra. El miedo hace que la gente sea impredecible, pero también la desespera lo suficiente como para ser útil. —¿Qué quiere?

—Cincuenta mil euros. Papeles limpios: pasaporte, documentos de identidad, todo completo. Transporte a algún lugar al que Costa no pueda llegar. —La brasa de su cigarrillo brilla de color rojo en la oscuridad mientras gesticula con la mano al hablar. El hombre es un cobarde, que huye antes de que la situación se caliente, pero es mi única oportunidad. Él sabe cómo conseguir lo que necesito.

—A cambio, me ayudará con todo lo que necesite de dentro del juzgado, del depósito de pruebas. —Llevo los hombros rectos y rígidos, pero él solo mira el blanco de mis ojos mientras me observa con la boca abierta.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Los expedientes del caso Barone? Eso es propiedad federal, de alta seguridad.

—Usted tiene acceso.

—Tengo llaves de la mayor parte del edificio, sí, pero…

—Entonces, tenemos un trato. —Me acerco, lo suficiente como para oler su sudor de miedo—. Pero necesito esos expedientes esta noche. Antes de que las otras familias hagan sus movimientos.

—Joder —sisea Laera, y deja caer el cigarrillo para aplastarlo con el tacón—. El guardia de seguridad hace la ronda cada dos horas. —Noto que está reacio, pero hasta él sabe que es su única opción. Los Russo lo colgarán de un mástil antes del amanecer si oyen el más mínimo susurro de su nombre.

—No se lo estoy pidiendo —le digo, y sus hombros se hunden.

—El edificio está vacío después de medianoche, salvo por ese guardia, pero tengo familia, tío…

—¿Puede hacer que entremos?

—¿Entremos? —Enarca las cejas y se pone rígido.

—No me fío de que trabaje solo. Hay demasiado margen de error. —Miro la entrada del callejón. Sigue vacío, pero eso no durará —. ¿Cuántas cámaras hay?

—Tres en el vestíbulo principal, dos en el pasillo de las pruebas. Pero conozco los puntos ciegos.

—Bien. Entraremos por…

Un movimiento me llama la atención. Dos figuras en la entrada del callejón, siluetas contra la farola que tienen detrás. Se mueven como si no quisieran que los vieran, no con el paso despreocupado de los viandantes nocturnos.

—Al suelo. —Agarro a Laera por el hombro y lo empujo detrás de un contenedor.

Los hombres avanzan por el callejón. La luz de la luna destella en el metal que llevan en las manos —no son cuchillos, sino pistolas—, lo que significa que saben quiénes somos y qué hacemos aquí. O Laera los ha traído aquí o me han seguido a mí, lo que significa que es posible que alguien esté intentando llegar a mi casa ahora mismo también. Ahora me alegro de que ese viejo policía cotilla viva en la casa de al lado.

—Cristiano Laera. —La voz que resuena tiene el acento áspero del italiano de Nápoles. Definitivamente, es la banda de los Torriani —. Sal. Queremos hablar.

La respiración de Laera se acelera a mi lado. Su miedo apesta peor que la basura.

—¿Sobre qué? —respondo, manteniendo la voz firme mientras mi mano encuentra la empuñadura de la Beretta.

—Sobre información que no te pertenece. —El segundo hombre se mueve hacia la izquierda, intentando flanquearnos—. Sobre conversaciones que deben terminar.

Saben lo de la reunión. Alguien ha filtrado nuestra ubicación, o han estado vigilando a Laera más tiempo del que él creía. En cualquier caso, esto acaba de una sola manera.

Saco la Beretta con un movimiento fluido y le meto dos balas en el centro del pecho al primer pistolero antes de que pueda levantar su arma. El silenciador reduce el ruido a unos chasquidos secos que resuenan brevemente en las paredes del callejón.

El segundo hombre gira su arma hacia mí, pero ya me estoy moviendo. Tres pasos a la derecha, otros dos disparos. Cae junto a su compañero, y su sangre forma un charco oscuro sobre los adoquines mojados.

Todo el enfrentamiento dura menos de diez segundos.

—*Madonna santissima* —susurra Laera, mirando los cuerpos—. Los has matado.

—Vinieron aquí a matarnos. —Reviso a ambos hombres en busca de identificación. Ni carteras, ni papeles, pero los tatuajes de sus manos confirman lo que ya sabía. Sicarios de los Torriani, probablemente enviados para limpiar cabos sueltos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ahora, usted desaparece. —Limpio los casquillos y me los guardo en el bolsillo—. Váyase a casa, haga una maleta ligera y lárguese de Roma esta noche. No contacte con nadie, no use tarjetas de crédito, no haga llamadas.

—Pero el juzgado…

—Los planes seguirán adelante, pero tenemos que hacerlo limpiamente. —Vuelvo a examinar el callejón. Ni testigos, ni cámaras, pero los cuerpos no permanecerán ocultos mucho tiempo —. Ya me pondré en contacto.

—¿Y mi dinero? ¿Mis papeles?

Saco un móvil de prepago y busco un contacto. —Revise su cuenta mañana. La documentación estará lista para el jueves, y cuando nos veamos, me aseguraré de que esté cubierto. —Le sostengo la mirada aterrorizada—. Pero si sigue en Roma al amanecer, no puedo garantizar su seguridad. Lárguese hasta que me ponga en contacto con usted.

Laera asiente frenéticamente y se apresura hacia la salida del callejón, dejándome solo con dos cadáveres y el amargo sabor de la escalada.

Arrastro los cuerpos más hacia las sombras y vuelvo a mirar el reloj. Las 23:58. El equipo de limpieza que Costa tiene contratado no estará disponible hasta la mañana, pero sus jefes echarán de menos a estos hombres en cuestión de horas.

Si vienen a buscar y encuentran este desastre, la ciudad no esperará a que capturen a Serena para estallar en un baño de sangre. Detonará como napalm casero y todos los implicados arderán en llamas. Incluido yo.

Cuando llego a casa y voy a verla, Serena está dormida. Yace acurrucada de lado en la cama con una mano extendida sobre mi almohada, como si me estuviera esperando. Por un momento, me permito recordar su peso en mis brazos, el sabor de su boca, la forma en que dice mi nombre cuando está en pleno éxtasis.

Pero cuando pienso en esos hombres desangrándose en el callejón, la realidad me golpea. Las otras familias no están esperando a que Costa haga su movimiento. Se están posicionando para coger a Serena, usarla o eliminarla antes de que se convierta en una amenaza mayor. El tiempo para mantenerla oculta se ha acabado.

Me pongo unos pantalones cortos y una camiseta, luego tiro la ropa contaminada a la caldera del sótano y la veo arder. Las llamas anaranjadas consumen las pruebas, reduciendo el algodón y la sangre a cenizas. Pero el fuego no puede quemar lo que esta noche ha revelado.

Alguien está hablando. Alguien con acceso a nuestros movimientos, nuestros planes, nuestra ubicación. La filtración podría estar dentro de la organización de Costa o podría ser más profunda:

la policía, la administración del juzgado, incluso los asistentes jurídicos que trabajan en su equipo. Pagamos un buen dinero para que su desaparición pasara desapercibida, pero alguien se ha dado cuenta.

En cualquier caso, el juego ha cambiado. Serena ya no está a salvo aquí, y esconderla no será suficiente. Si las familias quieren a la hija de Costa, tendrán que pasar por encima de mí para conseguirla.

Cierro la puerta de la caldera y compruebo los monitores de seguridad por última vez. Las cámaras muestran un terreno vacío, calles tranquilas, sombras normales. Pero ahora la normalidad es una ilusión.

Mañana me pondré en contacto con Victor y conseguiré seguridad adicional. Contactaré con mis fuentes dentro de las otras familias y averiguaré hasta dónde se ha extendido la información. Empezaré a hacer las llamadas necesarias para conseguir papeles limpios y un transporte seguro para Laera una vez que tengamos los expedientes de Serena.

Pero esta noche, me siento en mi sillón y observo los monitores, con mi Glock al alcance de la mano, y cuento las horas que faltan hasta que el amanecer traiga nuevas amenazas a mi puerta.

20

SERENA

Encuentro a Lorenzo en la terraza de la azotea a las dos de la madrugada, de pie e inmóvil contra la barandilla de piedra. Roma se extiende a nuestros pies en charcos de luz ambarina, la ciudad antigua respirando mientras duerme. El aire nocturno trae el olor a lluvia que se acerca, pero la postura de Lorenzo es rígida, como si estuviera perdido en sus pensamientos, sin moverse. La última vez que vi a un hombre con esa mirada fue a un asesino en serie que procesé mientras esperaba su sentencia.

Se ha cambiado de ropa desde la última vez que lo vi. La camisa negra está impoluta, sin marcas, pero sobre sus hombros carga una rigidez que antes no tenía. Sus manos descansan en la barandilla, con los nudillos llenos de cicatrices y firmes. Pasara lo que pasara esta noche, ha regresado con el peso de la sangre en su conciencia.

No pregunto. No me lo diría, y no estoy segura de querer saberlo.

El silencio entre nosotros ha evolucionado de la hostilidad al entendimiento. Ambos estamos atrapados en esta situación, ambos somos peones en el juego de Emilio Costa. La diferencia es que Lorenzo eligió su jaula hace años, mientras que la mía fue construida a mi alrededor sin previo aviso.

—¿Tampoco podías dormir? —Me coloco a su lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Dormir es un lujo que no me puedo permitir ahora mismo. —Su voz tiene un gruñido de frustración, pero es suave en los bordes, como si no quisiera ser así conmigo y se estuviera conteniendo—. No con lo que se avecina.

—¿Qué se avecina?

Lorenzo se vuelve para mirarme, y la luz de la luna revela el agotamiento grabado alrededor de sus ojos. —La verdad que has estado evitando. Alguien dentro de los juzgados está filtrando información sobre tu identidad. Funcionarios, administrativos, quizá incluso jueces. Las otras familias saben quién eres.

Se me encoge el estómago. —¿Cuántas?

—Tres confirmadas. Probablemente más por la mañana. —Se pasa una mano por el pelo—. Se están posicionando para cogerte antes de que Costa pueda consolidar su ventaja.

—¿Cogerme cómo?

—Secuestro. Rescate. Presión política. O te matarán para negarle a Costa el beneficio de haber limpiado su propio desastre mientras dejan que su mierda podrida apeste la ciudad. —Su mirada se aferra a la mía—. No sé cuánto tiempo podré mantenernos por delante.

La antigua Serena habría discutido, exigido un plan, insistido en que tenía que haber una solución legal. La mujer que está de pie en esta terraza a las dos de la madrugada sabe que no es así. La ley no puede protegerme de esto. El sistema que he dedicado mi carrera a construir está comprometido, infiltrado, es inútil contra la realidad de mi linaje.

Me acerco más, atraída por la firme presencia que representa en un mundo que se ha salido de su eje. —¿De cuánto tiempo disponemos?

—Días. Quizá menos. —Aprieta la mandíbula—. Se moverán rápido una vez que decidan una estrategia.

La lucha se me escapa de golpe, dejando atrás el agotamiento y el extraño consuelo de su proximidad. He pasado dos semanas

rabiando contra esta situación, tratando de encontrar vías de escape y lagunas legales. Pero no las hay. Esta es mi realidad ahora.

Alargo la mano y le toco el brazo, sintiendo cómo el músculo se tensa bajo mis dedos. No se aparta, pero tampoco acoge el contacto.

—Estás distinto esta noche —digo—. Más distante.

—Esta noche me ha recordado a qué me dedico. —Su voz es plana, profesional—. Lo que soy.

—¿Y qué eres?

Me mira con algo parecido a la lástima. —Un asesino, Serena. Un hombre que le mete una bala en la cabeza a la gente y después duerme a pierna suelta.

Estudio su rostro a la luz de la luna, buscando al hombre que me sujetó contra la pared de la ducha, que prometió que no moriría, que me besó con un hambre desesperada. —Eres más que eso.

—¿Lo soy? —Su risa es amarga—. Hace dos horas, he matado a dos hombres en un callejón. Tiros limpios, una ejecución eficiente. Quemé la sangre de mi ropa y volví a verte dormir.

La confesión debería aterrorizarme. En cambio, confirma lo que ya sospechaba: que Lorenzo Santoro opera con reglas diferentes a las del mundo civilizado que yo solía habitar. Reglas que podrían ser lo único que me mantiene con vida. Reglas que, de haber tenido la oportunidad hace un mes, habría usado en su contra, y ahora me siento agradecida de que viva según ellas.

—¿Los mataste para protegerme?

—Los maté porque iban a matarnos. —Se vuelve de nuevo hacia la ciudad—. Todo lo que hago ahora es para mantenerte respirando el tiempo suficiente para que Costa decida tu destino.

Me subo al saliente de piedra a su lado, poniéndome a la altura de sus ojos. —¿Eso es todo lo que es esto para ti? ¿Un trabajo?

—Eso es lo que se suponía que era. —Su voz se vuelve más grave—. Extraer información, luego eliminar el objetivo. Debería haber sido limpio y sencillo.

—¿Pero?

—Pero ya nada es sencillo. —Clava sus ojos en los míos—. Se suponía que debías estar muerta hace semanas.

Alargo la mano y trazo la cicatriz de su mejilla, sintiendo cómo se queda muy quieto bajo mi tacto. —¿Y por qué no lo estoy?

—Porque eres la hija de Emilio Costa.

—Esa no es la razón. —Me inclino más, lo suficiente como para ver el conflicto en sus ojos color avellana—. Esa es la excusa que te dices a ti mismo, pero no es el motivo.

La mano de Lorenzo cubre la mía, presionando mi palma contra su mejilla marcada por la cicatriz. —¿Qué quieres que te diga, Serena? ¿Que no pude apretar el gatillo porque me recordaste a algo humano? ¿Que verte luchar por tu vida me hizo recordar lo que se sentía al preocuparse por alguien?

—¿Es esa la verdad?

—La verdad es que eras un trabajo hasta que te follé aquella noche después de las copas. —Las palabras salen ásperas, pero sinceras—. Entonces se complicó.

Un calor me recorre ante el recuerdo, ante la forma en que me está mirando ahora. —¿Complicado cómo?

—Ya sabes cómo. —Su pulgar me roza el pómulo—. No me hagas decirlo.

Me acerco más, deslizando mis brazos alrededor de su cintura. Sus manos encuentran mis caderas automáticamente, estabilizándome. —Si ya no soy un trabajo, ¿qué soy?

—No lo sé. —La admisión parece costarle un gran esfuerzo—. Para Costa, eres un activo. Una herramienta que puede usar para legitimar su imperio o como baza contra sus enemigos. Para las otras familias, eres una amenaza que hay que eliminar o un premio que hay que reclamar.

—¿Y para ti?

El agarre de Lorenzo en mi cintura se intensifica. —Para mí, eres una complicación que no me puedo permitir y que no puedo eliminar.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que tengo. —Su voz es tensa—. Nunca he tenido que definir lo que alguien significa para mí más allá de su utilidad como objetivo o como aliado. No tengo vocabulario para lo que sea que es esto.

Entiendo esa admisión de una manera que me sorprende. Toda mi vida adulta se ha construido en torno a la ley, a definiciones claras y precedentes documentados. No hay un marco legal para lo que existe entre nosotros, ni jurisprudencia que me guíe a través de la ética de enamorarme de mi captor.

—Quizá no necesitemos definiciones —digo—. Quizá solo necesitemos honestidad.

—¿Honestidad? —Ladea la cabeza—. ¿Quieres que sea honesto sobre lo que pienso cuando te veo dormir? ¿Sobre lo que imagino que le haría a cualquiera que intente alejarte de mí?

La posesividad en su voz debería alarmarme. En cambio, envía una espiral de calor a través de mi vientre, especialmente cuando su agarre se vuelve más firme. —Sí.

—Pienso en matarlos. —Sus manos se deslizan por mis costillas en un gesto posesivo—. A todos. A cada familia, a cada rival, a cada amenaza. Pienso en acabar con esto de la única manera que sé: con balas, sangre y cuerpos en tumbas poco profundas.

—¿Y después qué?

—Después recuerdo que no me perdonarías por eso. Verías al monstruo en lugar del hombre. —Su frente toca la mía—. Así que intento pensar en otra manera.

La confesión abre una brecha en mi pecho. Este hombre peligroso y violento está conteniendo su naturaleza por cómo podría reaccionar yo. Porque mi opinión sobre él tiene un peso que no puede cuantificar, pero que tampoco puede ignorar.

Lo beso suavemente, y él me devuelve el gesto con tal ternura que me sorprende. Sabe a café y a tabaco, pero su boca es delicada contra la mía.

Cuando nos separamos, mantiene los ojos cerrados.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque eres el único aliado que tengo en este juego. —Estoy mostrando mis cartas, pero siento que es lo correcto. Algo está cambiando entre nosotros—. Mi antigua vida ha desaparecido —mi carrera, mi reputación, mi seguridad—, todo está comprometido. Si voy a sobrevivir a lo que Costa tiene planeado para mí, necesito a alguien de mi lado.

—¿Y crees que ese soy yo?

—Sé que lo eres. —Paso mis dedos por su pelo, sintiendo cómo se apoya en mi caricia—. Podrías habérmelo entregado en el momento en que supiste quién era. Podrías haber dejado que esos hombres me encontraran y me mataran en lugar de proteger tu reunión con el informante. Pero no lo hiciste.

—Eso no me hace digno de confianza.

—No —convengo—. Pero te hace mío.

Los ojos de Lorenzo escudriñan mi rostro, buscando dudas o engaños y sin encontrar ninguno, porque estoy segura de mí misma.

—Si tú eres mía, entonces yo soy tuyo —dice lentamente—, y soy responsable de algo más que de mantenerte con vida. De mantenerte entera. Ese no es un trabajo del que pueda desentenderme.

—No quiero que hagas eso… —Le acaricio la cicatriz de la cara y suspiro.

—Deberías. —Sus manos enmarcan mi rostro, sus pulgares trazando mis pómulos—. No soy un buen hombre, Serena. Las cosas que haré para protegerte te horrorizarán.

—Entonces no me hables de ellas. —Me inclino hacia su contacto —. Simplemente haz lo que tengas que hacer.

Me besa de nuevo, con el filo desesperado de un hombre que acepta una carga que no puede soportar, pero que no abandonará. Me pierdo en su sabor, en la sólida realidad de su cuerpo contra el mío, en la promesa de protección envuelta en violencia y compromiso moral.

Cuando finalmente nos separamos, el cielo ha comenzado a clarear por el este. El amanecer se acerca y, con él, nuevas amenazas a las que enfrentarse.

Pero por ahora, tenemos este momento en la azotea, esta frágil alianza construida sobre la honestidad y una necesidad desesperada. No es amor; ninguno de los dos es tan ingenuo como para llamarlo así. Pero es una conexión, y en el mundo en el que estamos a punto de entrar, puede que eso sea suficiente.

21

LORENZO

Arrastro a Serena al interior de mi dormitorio, con sus dedos todavía enredados en mi camisa. El beso en la terraza nos ha dejado a los dos sin aliento, y ahora el aire entre nosotros chisporrotea con un calor que se niega a ser contenido. Ella me mira con esos ojos oscuros, desafiante incluso en su lujuria, y sé que de esto ya no hay vuelta atrás.

La luz de la luna baña su piel en plata mientras la atraigo hacia mí. Contiene la respiración cuando le recorro la línea de la mandíbula, y se arquea contra mi caricia, su cuerpo hablando un idioma que su mente todavía no quiere admitir.

Le cojo la muñeca y le presiono la mano contra mi pecho. —¿Sientes eso? —le pregunto en voz baja—. Eso es lo que me provocas. —Mi corazón martillea contra mis costillas como si estuviera ansioso por escapar. Es un subidón de adrenalina saber que Serena no se echa atrás en el camino que ambos sabemos que tiene por delante, y que me quiere a su lado.

Separa los labios, pero no habla. Su mirada baja y luego vuelve a subir, hambrienta, sin miedo. Me acerco a ella, acorralándola contra la puerta cerrada a su espalda. Sus dedos se curvan contra mi esternón y luego aprietan la tela de mi camisa. Tira de ella con brusquedad, y yo me la quito por la cabeza y la arrojo a un lado.

—¿Es esto en lo que has estado pensando? —murmura—. ¿Cuando me miras dormir?

Le cojo un puñado de pelo y le levanto la cara hacia la mía. —Cada noche.

Su boca se estrella contra la mía, exigiéndome atención. La beso con fuerza, agarrándola por las caderas, sintiendo la tensión acumulada bajo su piel. Mis dedos encuentran el borde de su camiseta y la levanto lentamente, recorriendo sus costillas, dejándola al descubierto centímetro a centímetro. Levanta los brazos, me deja quitársela, sus pechos desnudos, los pezones duros por el frío.

Engancho los dedos en la cinturilla de sus mallas y tiro de ellas hacia abajo, arrastrando su ropa interior. Sale de ellas, con la respiración entrecortada, las piernas desnudas y temblorosas, y yo me inclino y me llevo un pezón a la boca, chupando hasta que grita, con las manos enterradas en mi pelo.

Gime cuando chupo más fuerte, así que lo hago de nuevo: succiones lentas y profundas con la boca hasta que sus dedos se enroscan en mi pelo como si intentara anclarse. Paso al otro pecho, mordiendo la punta lo justo para hacerla jadear. Sus caderas se restriegan contra mi muslo, húmedas y desesperadas, y la agarro del culo con ambas manos para levantarla.

—Enrosca las piernas a mi alrededor —le ordeno.

Obedece al instante, rodeándome la cintura con las piernas. La llevo hasta la cómoda y la siento con fuerza en el borde, tirando una bandeja con gemelos y llaves. Se abre para mí sin que se lo pida, con las rodillas separadas, goteando sobre la madera.

—¿Crees que esto es lo que he estado imaginando? —digo, rozando con los nudillos el interior de su muslo—. No. He estado soñando con follarte en el suelo, en la mesa, en las putas escaleras. En todos los sitios donde he tenido que verte marchar.

Me araña el pecho. —Pues deja de soñar.

Me desabrocho la bragueta a toda prisa, me bajo todo y salgo de mis pantalones, y Serena tira de mis caderas, urgiéndome a acercarme a ella.

Tira de mis caderas, clavándome las uñas en la piel, y dejo que me atraiga. Mi polla se presiona contra ella, deslizándose entre sus pliegues húmedos, pero sin entrar. Lo hago de nuevo lentamente, cubriendo cada centímetro de mí en su humedad.

Aprieta la mandíbula. —Deja de provocarme.

La agarro por la barbilla y la obligo a mirarme a los ojos. —Si quieres que te follen, dilo.

Se le entrecorta la respiración, pero no se inmuta. —Quiero que me folles.

Su respiración se acelera, su pecho sube y baja mientras espera, pero no me muevo. Le aprieto más la mandíbula, pasando el pulgar por su labio inferior hasta que lo entreabre.

—Eso no ha sido rogar —digo—. Inténtalo de nuevo.

Sus muslos se flexionan alrededor de mi cintura. —He dicho que lo quiero.

Echo las caderas hacia atrás, lo justo para romper el contacto, y ella emite un sonido frustrado, necesitado. Sonrío con suficiencia.

—Si quieres que te folle —murmuro—, pídelo como si lo sintieras de verdad. O te dejaré aquí, goteando y dolorida.

Sus manos vuelan a mis hombros. —Lorenzo…

—No. —Le doy una palmada en el interior del muslo, lo bastante fuerte para que jadee—. Dilo.

Aprieta los dientes y luego echa la cabeza hacia atrás con un gemido ahogado. —Por favor.

—No es suficiente.

Me mira, furiosa y desesperada. Baja la voz. —Por favor, fóllame.

Vuelvo a deslizar mi polla a lo largo de ella, lo bastante lento como para que sus ojos se agiten. —Más alto.

Me agarra la cara. —Por favor, fóllame. Lo necesito. Necesito que me hagas correrme.

La penetro lentamente, dejando que sienta cómo se estira. Se le entrecorta la respiración y me clava los dedos en los hombros. Me echo hacia atrás y embisto de nuevo, con la fuerza suficiente para que la cómoda se sacuda contra la pared. No se queja. Me rodea el cuello con los brazos y se aferra.

—¿Sientes eso? —le digo contra la garganta—. Estoy reclamando cada centímetro de ti.

Deja escapar un sonido bajo y entrecortado, y siento cómo sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura. La agarro por las caderas y sigo follándola profundamente, su calor húmedo atrayéndome de nuevo con cada embestida.

—Dilo —gruño—. Di que eres mía.

—Soy tuya —susurra—. No pares.

Vuelvo a embestir hacia delante, ahora con más brusquedad. Sus tetas rebotan con cada estocada, su cuerpo se mece con el ritmo que le impongo. Me araña la espalda y jadea cuando le muerdo el hombro.

—Más alto.

—Soy tuya —gime, esta vez más alto—. Tuya… Joder… No pares.

Sus paredes se contraen a mi alrededor, a punto de romperse. Le miro la cara mientras se deshace en mis brazos, cada gemido arrancado de su garganta mientras se corre con fuerza alrededor de mi polla. La sujeto en su sitio y la follo mientras tanto, negándome a que se relaje.

Todavía está palpitando a mi alrededor, con las piernas temblando, la respiración atrapada en la garganta. La follo más fuerte, persiguiendo el límite, con el sudor goteándome por la espalda. Sus uñas se clavan en mi piel y su boca se abre de nuevo cuando cambio de ángulo y la penetro más profundamente.

—¿Quieres sentirme correr? —mascullo—. ¿Lo quieres todo?

Asiente, aturdida y sin aliento. —Lo quiero. Dámelo.

La agarro por la nuca y la beso con fuerza, y mis dedos se enredan en su pelo para poder tirar de él, colocando su boca justo como a mí me gusta. La cómoda golpea la pared de nuevo y ella gime en mi boca, temblando ya por las réplicas. Mi polla se hincha, la presión acumulándose en mi bajo vientre, fuerte y contenida. Me entierro hasta el fondo y me corro con un gruñido grave, con cada músculo tenso mientras me vacío dentro de ella.

Vuelve a contraerse, como si su cuerpo intentara absorberlo todo.

Me quedo dentro de ella, con la respiración todavía entrecortada, la mano firme en su cadera. Su piel está sonrojada, húmeda de sudor, su pecho subiendo y bajando contra el mío. Parpadea mirándome, con los labios entreabiertos, los ojos demasiado abiertos para lo que acabamos de hacer. Observo el parpadeo de los latidos de su corazón en la garganta, firmes y vivos bajo mi palma.

La habitación está en silencio, salvo por nuestras respiraciones y, por un momento, me permito olvidar quiénes somos. Lo que esto significa. Lo que ocurrirá cuando salga el sol. Pero ella no deja que el silencio se prolongue.

—Necesito tu ayuda —dice, con voz suave pero clara en la oscuridad—, si quiero sobrevivir a ser la hija de Emilio Costa.

Serena por fin está aceptando la verdad de lo que es, de la sangre que corre por sus venas. Y me está pidiendo protección a mí, al hombre que fue enviado para matarla.

—Serena…

—No me digas que no es tan sencillo. —Se mueve, apoyándose en la pared tras ella para mirarme—. Sé en qué me convierte esto. Sé lo que significa. Y no puedo hacer esto sola.

La vulnerabilidad de su voz me atraviesa. Es la misma mujer que se enfrentó a mis amenazas con fuego en los ojos. Pero ahora, después de lo que hemos compartido, me está mostrando el miedo que ha mantenido enterrado.

—Creo que sabes que hemos cruzado líneas que no se pueden descruzar, y que estaré ahí para…

Un ruido del exterior interrumpe mis palabras. Metal contra piedra, seguido de unos pasos demasiado fuertes.

Me muevo antes de que el eco se desvanezca, poniéndome los pantalones y cogiendo la Glock de la mesita de noche en un solo movimiento fluido. Serena se incorpora, sujetándose los brazos sobre el pecho, con los ojos muy abiertos.

—Quédate aquí —susurro, mientras me dirijo a las puertas de la terraza—. No hagas ni un ruido.

La terraza está bañada en sombras, la luna ahora oculta tras un banco de nubes. Me pego a la pared y me asomo por la esquina,

escudriñando el callejón de abajo. Al principio, no veo nada más que la habitual colección de cubos de basura y coches aparcados.

Entonces distingo el movimiento en la oscuridad y sé instintivamente lo que es. Una figura con ropa oscura se mueve entre las sombras al otro lado del callejón, manteniéndose cerca de los edificios. Intenta permanecer oculto, pero sus movimientos son demasiado deliberados, demasiado centrados. No es un vagabundo cualquiera o un trasnochador.

Se me hiela la sangre. Es el mismo merodeador que rondaba mi patio trasero hace una semana, cuando apareció ese policía entrometido para intervenir. Podría haber acabado con esto entonces si él se hubiera mantenido al margen.

—¡Eh! ¡Usted!

El grito viene de abajo, y observo cómo Silvano Petrini emerge de las sombras cerca de su propia casa. El detective retirado se mueve con una velocidad sorprendente para un hombre de su edad, su voz se oye con claridad en el aire nocturno.

—¿Qué hace merodeando por aquí?

El merodeador se queda paralizado una fracción de segundo y luego echa a correr. Es rápido, pero Silvano es más rápido de lo que parece, persiguiéndolo como un depredador. —¡Alto! ¡Policía!

Incluso jubilado, Silvano todavía tiene voz de autoridad. Y es decidido, eso se lo reconozco. El merodeador tropieza, se recupera y luego desaparece al doblar la esquina de la casa adyacente, y Silvano lo sigue hacia las sombras, donde se pierden de vista. Sus pasos se desvanecen con ellos a medida que se alejan y yo me quedo allí escuchando.

Permanezco inmóvil en la terraza, observando la escena con creciente pavor. Silvano está haciendo suficiente ruido como para despertar a medio barrio, lo que significa que esta pequeña persecución no pasará desapercibida. Se harán preguntas. Se llamará la atención.

Y la atención es lo último que necesito ahora mismo. Aunque, me alivia un poco descubrir que su curiosidad ha evitado que tenga a la policía directamente en mi puerta. Pensé que el hombre vendría a

por mí, pero se ha mantenido en sus asuntos —y yo en los míos—, tal como prometió.

El callejón vuelve a quedar en silencio, pero espero un minuto entero más antes de volver a entrar. Serena está sentada en el borde de la cama, con mi camisa sobre los hombros.

—¿Qué era? —pregunta.

—Alguien que vigilaba la casa. —Cierro las puertas de la terraza y corro las cortinas—. Es la segunda vez que lo veo.

Su rostro palidece. —¿Crees que saben que estoy aquí?

No respondo de inmediato. En su lugar, cojo el móvil de la cómoda y busco en mis contactos hasta encontrar el número de Victor. Mi primo contesta al segundo tono, con la voz pastosa por el sueño.

—¿Lorenzo? Es más de medianoche.

—Necesito que busques un nombre. Luciano Maretti.

Pero el silencio de Victor lo dice todo. Cuando responde, su voz es áspera por el sueño. —Lorenzo, eso no es posible. Maretti se fue de Roma hace dos años, después de la guerra de los Torretti. Papá se aseguró de ello.

—Bueno, pues ha vuelto. Y ha estado vigilando mi casa.

El tono de Victor se agudiza. —¿Estás seguro?

—Lo bastante seguro. —Miro a Serena, que me observa con creciente alarma—. ¿Qué sabes de sus operaciones actuales?

—Lo último que oí fue que estaba trabajando en los puertos del sur. Contrabando a pequeña escala, redes de protección. Nada que lo trajera de vuelta a Roma. —Victor hace una pausa—. A menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que sepa lo de la chica.

Luciano Maretti era uno de los enemigos más antiguos de Emilio, un hombre que se había pasado años intentando socavar el sindicato de los Costa. Si se ha enterado de la verdadera identidad de Serena —de la hija que Emilio se niega a reconocer—, la vería como el arma perfecta.

—¿Cuánto tiempo lleva vigilando? —pregunta Victor.

—Tres días. Quizá más.

—Entonces sabe que está ahí. Y si Maretti lo sabe, otros no tardarán en seguirle.

Me paso una mano por el pelo, mi mente repasando posibilidades y contingencias. Esconderse en mi casa se suponía que nos daría tiempo, pero el tiempo se acaba de agotar.

—¿Qué pasa, Lorenzo? —pregunta Serena, levantándose con miedo en los ojos. Mi sistema de alarma siempre me avisará con tiempo suficiente para protegerla. Es solo cuestión de cuánta sangre se derramaría si eso ocurriera.

—Di algo…

Ojalá tuviera una respuesta para ella. Pero la verdad es que ya no hay ningún lugar seguro en Roma. El cazador se ha convertido en la presa, y el juego ha cambiado por completo.

22

SERENA

Me despierto entre sábanas frías y en una cama vacía. Lorenzo se ha ido. El espacio a mi lado solo conserva el leve calor de su cuerpo y el recuerdo de sus manos sobre mi piel. Paso los dedos por la hendidura que su cabeza ha dejado en la almohada, que ya se está enfriando con el aire de la mañana.

La casa parece distinta sin él. Más grande, más hueca. El silencio presiona mis tímpanos hasta que puedo oír los latidos de mi propio corazón. Me quedo tumbada unos minutos pensando mientras mis ojos terminan de despertarse.

Esta nueva realidad en la que vivo es aterradora, tanto que casi he querido negar su veracidad. Pero no soy de las que se refugian en la negación y se esconden de las cosas. Soy práctica y afronto los retos de cara, que es lo que me convierte en una gran fiscal. Pero mi lado más blando, el que alberga el miedo a la muerte y al dolor, es más débil. Encuentro consuelo en la idea de que Lorenzo y yo estamos juntos en esto porque significa que no estoy sola. Y encima, es una ventaja que él también afronte la vida de cara, como yo.

Me visto con la ropa de ayer. La tela resulta extraña contra una piel que aún recuerda su tacto. Cada movimiento me provoca sensaciones fantasmales: el roce de su barba contra mi garganta, el

peso de su cuerpo cubriendo el mío, la forma en que susurraba mi nombre en la oscuridad.

Nada de esto tiene sentido.

No debería sentir esta conexión con él. Esta atracción que se hace más fuerte con cada hora que paso en su presencia. Me secuestró, me amenazó y derribó cada defensa que he pasado años construyendo a mi alrededor.

Pero cuando el merodeador apareció en el callejón anoche, cuando el cuerpo de Lorenzo se convirtió en un escudo entre el peligro que acechaba fuera y yo, me sentí más segura que en semanas. Sé que no estaba dispuesto a lanzarse a una situación peligrosa solo para proteger su propiedad. Estaba alerta por mí, para protegerme. Y sé que, cuando se trate de Costa, Lorenzo hará lo mismo. Lo sé por la forma en que me mira cuando le permito entrar.

La cocina está bañada por una pálida luz solar cuando por fin bajo. La cafetera impregna el aire con el aroma de un expreso intenso. Me apoyo en la encimera de mármol, dejando que el calor de la taza se filtre en mis palmas mientras mi mente entra en una espiral con todo lo que ha sucedido.

La filtración en mi despacho. Las amenazas contra mis padres adoptivos. La forma en que la voz de Lorenzo se quebró cuando me contó mi verdadera identidad. Todo parece surrealista, como si estuviera viendo la vida de otra persona desmoronarse desde la distancia, como una película que se proyecta en una pantalla.

Pero el dolor entre mis muslos me recuerda que esto es real. Todo.

Estoy sirviéndome mi segunda taza cuando me fijo en el pequeño dispositivo negro que hay sobre la mesa de la cocina. Un móvil de prepago, con la pantalla oscura y sin vida. Lorenzo debe de haberlo dejado aquí antes de desaparecer esta mañana.

Un plan se forma en mi mente mientras lo miro fijamente.

Ha cometido un error. Un error horrible y peligroso.

Sé que no debería tocarlo. Sé que este es exactamente el tipo de infracción que lo hará montar en cólera. Pero la necesidad de saber qué está pasando con mi vida me consume con una intensidad que ahoga todo pensamiento racional.

El móvil cobra vida al tocarlo y mis dedos tiemblan mientras marco un número que me sé de memoria.

Antonio Ricci, mi asistente jurídico y el hombre más cercano a mí en el trabajo, contesta al tercer tono.

—¿Pronto?

—Antonio, soy Serena.

Hay una breve pausa, lo bastante larga para que su mente procese lo que acabo de decir, y luego responde:

—¿Serena? *Madonna mia*, ¿dónde está? Todo el mundo ha estado…

—No puedo decírselo —las palabras se me escapan—. Pero necesito saber qué está pasando. Mis casos, mi despacho…

—Serena, tiene que escucharme con mucha atención. —La voz de Antonio denota un pánico que nunca antes le había oído—. Alguien ha llegado hasta el fiscal general. Hay una orden de silencio sobre su desaparición. Un apagón informativo total. Nadie tiene permiso para hablar de ello, nadie tiene permiso para investigarlo.

La habitación da vueltas a mi alrededor.

—¿Qué quiere decir con una orden de silencio?

—Quiero decir que alguien con mucho poder ha hecho unas llamadas y, de repente, usted no existe. Sus casos se están reasignando discretamente. Su despacho ha sido precintado. Y la gente está empezando a susurrar.

Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Susurrar sobre qué?

—Sobre su parentesco con Costa. —Las palabras se atropellan como si Antonio tuviera miedo de pronunciarlas—. Todo el juzgado piensa que es usted corrupta, Serena. Creen que siempre lo ha sido. Que esta desaparición es parte de una trama elaborada.

El móvil resbala en mi palma sudorosa.

—Eso es una locura. Conocen mi historial. Conocen los casos que he preparado contra el crimen organizado.

—¿Ah, sí? Porque ahora mismo parece que ha desaparecido en el momento en que su conexión con Emilio Costa ha salido a la luz. Parece que ha estado comprometida desde el principio. Como si todos los casos que ha tocado estuvieran contaminados.

La cocina gira a mi alrededor. Me agarro al borde de la encimera, con los nudillos blancos contra el mármol oscuro.

—Hay más —continúa Antonio, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Una periodista ha estado husmeando. Irene Bellandi. Ha estado haciendo preguntas sobre sus registros de adopción, su historial familiar, su repentino ascenso en la fiscalía. Si no vuelve pronto, va a publicar cualquier historia que pueda reconstruir a partir de los retazos.

Mi respiración se vuelve entrecortada y acelerada.

—No puedo volver. Todavía no.

—Entonces está acabada. Su carrera, su reputación, todo por lo que ha trabajado… se ha esfumado. La gente dice que la infiltraron en la fiscalía hace años. Que cada condena importante que consiguió fue orquestada para eliminar a la competencia de Costa mientras usted parecía limpia.

La acusación me golpea en el estómago. Saco una silla y me dejo caer en ella. Años de jornadas de dieciocho horas, de construir casos blindados, de rechazar lucrativas ofertas del sector privado para servir al público… todo reducido a susurros de corrupción y conspiración.

—¿Cuánto tiempo tengo? —susurro.

—Días. Quizá menos. El fiscal general está bajo presión para declararla oficialmente desaparecida o presuntamente muerta. Una vez que eso ocurra, no habrá vuelta atrás. Será usted un fantasma.

—Antonio…

Pero la línea se corta, dejándome a solas con la devastadora realidad en la que se ha convertido mi vida.

Dejo el móvil sobre la mesa con manos temblorosas, mirando la pantalla negra. Mi vida ha terminado. Todo lo que conocía, todo por lo que he trabajado, se ha desvanecido por un hecho que no puedo controlar. Empiezo a comprender lo fácil que es que te quiten el suelo de debajo de los pies.

Estoy atrapada entre un mundo que ahora me ve como una corrupta y un hombre que tiene mi vida en sus manos. La carrera que construí a base de años de dedicación implacable se está

desmoronando mientras me escondo en la casa de un asesino que puede ser la única persona que todavía cree en mi inocencia.

La ironía sería para reírse si no fuera tan desoladora.

Unos pasos apenas audibles en el pasillo me sacan de mi estupor y me giro para ver a Lorenzo emerger de las sombras, con el rostro tallado en piedra. Sus ojos se dirigen inmediatamente al móvil, a centímetros de mis manos, y veo cómo la comprensión amanece en sus facciones.

La temperatura de la habitación desciende diez grados.

—¿Qué has hecho?

La pregunta es queda, letal. Me obligo a sostenerle la mirada.

—He llamado a alguien del juzgado. Necesitaba saber qué estaba pasando con mi vida…

—¿Que necesitabas saber qué? —Avanza hacia mí con una gracia depredadora, cada paso calculado y controlado—. ¿A cuánta gente podías poner en peligro? ¿Lo rápido que podías desbaratar cada medida de seguridad que he puesto en marcha?

—No le he dicho a nadie dónde estoy. —Las palabras salen a la defensiva, desesperadas—. Te lo juro, Lorenzo. Nunca…

Pero él ya está cogiendo el móvil, sus dedos se cierran sobre él con una fuerza que podría magullarlo.

—Has usado mi móvil. Mi red. Mis protocolos de seguridad.

—Lo sé, pero…

—No hay peros. —Su voz es hielo y furia—. Solo existe el hecho de que acabas de hacerte rastreable. Acabas de ponernos una diana en la espalda a los dos porque no has podido controlarte ni una mañana.

Tiene razón, y lo sé. Pero la desesperación que me araña el pecho no me deja admitirlo.

—Mi vida se está desmoronando —susurro—. Mi carrera, mi reputación, todo por lo que he trabajado. Creen que soy una corrupta. Creen que he estado trabajando para Emilio Costa todo este tiempo.

—Y ahora puede que tengan razón —dice Lorenzo con frialdad—. Porque acabas de demostrar que no se te puede confiar ni la

seguridad operativa más básica. —Me mira con los ojos entornados —. ¿Qué ha pasado con lo de ser aliados, Serena?

Sus palabras son una cuchilla deslizándose entre mis costillas. Lo veo apartarse de mí y el móvil desaparece en el bolsillo de su chaqueta. Cuando vuelve a mirarme, el hombre que me abrazó durante la noche se ha ido. En su lugar está el asesino que me secuestró.

—Vuelve al dormitorio —dice.

—Lorenzo, por favor…

—Ahora.

La orden en su voz no deja lugar a discusión. Me levanto y camino hacia el pasillo con piernas temblorosas, con el corazón martilleándome en las costillas. Detrás de mí, lo oigo seguirme, pero el sonido pesado de sus botas en el suelo me asusta. Ha sido severo conmigo, contundente, directo… incluso amenazante. Pero nunca ha estado enfadado así. Y tengo miedo de lo que eso significa.

Me hace entrar en el dormitorio y se queda con el pomo en la mano.

—Volveré —dice a través de la puerta abierta—. No hagas ninguna otra estupidez mientras no estoy. —Cuando la cierra, oigo el chasquido de la cerradura y el corazón se me encoge.

Sus pasos se desvanecen por el pasillo, dejándome sola en la habitación donde me hizo olvidar, durante unas preciosas horas, que era su prisionera. Me hundo en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Las sábanas aún conservan su olor, aún guardan el recuerdo de su peso presionándome contra el colchón. Pero esa calidez parece ahora de otra vida.

La desesperanza se abate sobre mí en oleadas, cada una más oscura y aplastante que la anterior. Pensé que había tocado fondo cuando Lorenzo me sacó por primera vez de mi apartamento. Estaba equivocada.

Esto es lo que se siente al ahogarse. Esto es lo que significa ver cómo todo lo que has construido se desmorona mientras eres incapaz de detenerlo.

¿Y lo peor? El hombre en el que he empezado a confiar —el hombre que he empezado a desear— acaba de encerrarme como si

no fuera más que un problema que hay que contener.

23

LORENZO

El solar trasero del Ministerio de Justicia está vacío a las doce y media de la noche; las sombras se acumulan entre maquinaria de construcción abandonada y contenedores de transporte oxidados. Miro el reloj y examino el perímetro una vez más antes de salir de la oscuridad.

Cristiano Laera ya está aquí, apoyado contra el muro de hormigón cerca de la entrada de servicio. Incluso a treinta metros de distancia, le veo temblar las manos. El hombre parece no haber dormido en días, con la ropa arrugada y el rostro demacrado por ese agotamiento particular que provoca vivir con un miedo constante.

Me ve acercarme y se aparta de la pared, casi tropezando en su apuro.

—Has venido.

—Dije que lo haría. —Me detengo justo fuera de su alcance, mi mirada va más allá de él para comprobar si hay vigilancia—. ¿Tienes lo que acordamos?

Laera asiente y saca un pequeño disco duro del bolsillo de su chaqueta. El dispositivo desaparece de nuevo entre su ropa antes de que pueda verlo bien, pero su peso parece tranquilizarlo un poco.

—Está todo ahí —dice—. Registros bancarios, registros de comunicaciones, transferencias de pagos. Lo suficiente para

demostrar quién ha estado vendiendo información judicial al mejor postor.

—¿Y la filtración de Serena Barone?

Se le ensombrece el rostro.

—Eso también. No te vas a creer quién le ha estado pasando sus casos a la competencia.

Meto la mano en mi propia chaqueta y saco un sobre manila. La nueva documentación de Laera, elaborada por el mejor falsificador del sur de Italia. Certificado de nacimiento, pasaporte, permiso de conducir, incluso un historial completo con registros de empleo y declaraciones de impuestos. Lo suficiente para desaparecer por completo si tiene la disciplina de no dejarse ver.

—Nápoles —le digo mientras rasga el sobre—. Hay una naviera que te contratará sin hacer preguntas. La información de contacto está dentro.

Laera hojea los documentos con un alivio palpable.

—¿Y el acuerdo de inmunidad?

—Se respetará en cuanto verifique lo que me estás dando. —Señalo con un gesto el edificio del Ministerio—. Pero, primero, haremos esto sin dejar rastro.

La entrada del pasillo de mantenimiento está exactamente donde Laera dijo que estaría: una anodina puerta de acero encajada en los cimientos del edificio, oculta tras un grupo de unidades de ventilación. Laera saca una tarjeta de acceso de su cartera, con las manos más firmes ahora que nos estamos moviendo.

—El turno de seguridad cambia a la una y cuarto —susurra mientras se abre la cerradura—. Tenemos veinte minutos hasta la siguiente ronda.

El pasillo que se abre ante nosotros es estrecho y está mal iluminado, bordeado de tuberías y conductos eléctricos que zumban con los sistemas mecánicos del edificio. Nuestros pasos son amortiguados por años de polvo y abandono mientras nos adentramos en las entrañas del edificio.

—Aquí. —Laera se detiene en un cruce de tres pasillos. Encima de nosotros, una cámara de seguridad descansa en su carcasa, con

una luz roja parpadeando de forma constante—. Esa es la que cubre el acceso al archivo.

Saco un pequeño dispositivo del bolsillo, no más grande que un teléfono, con la superficie cubierta de botones e indicadores led. El inhibidor de señal se activa con un suave pitido y la luz roja de la cámara se apaga de inmediato.

—¿Cuánto durará eso? —pregunta Laera.

—El tiempo suficiente. —Ya me dirijo hacia la entrada del archivo, una puerta blindada marcada con advertencias de «solo personal autorizado»—. ¿Y las cerraduras?

—Electrónicas. Vinculadas al mismo sistema que las cámaras.

Las ganzúas son de la vieja escuela: de acero y latón, desgastadas por años de uso. Pero las cerraduras electrónicas tienen mecanismos de seguridad mecánicos, y los mecanismos de seguridad mecánicos pueden ser burlados por cualquiera con paciencia y habilidad. Los pistones ceden después de noventa segundos y mucho tejemaneje por mi parte, y la puerta se abre.

El archivo es más pequeño de lo que esperaba, forrado del suelo al techo con archivadores y servidores informáticos. El aire huele a papel y a ozono, estéril y frío. Laera se acerca a un terminal en la esquina y empieza a teclear, sus dedos vuelan por el teclado.

—Los expedientes judiciales están compartimentados —explica sin levantar la vista—. Los expedientes de personal están separados de los expedientes de los casos, que a su vez están separados de los registros de pruebas. Pero si conoces las puertas traseras…

La pantalla se llena de directorios y nombres de archivos que pasan demasiado rápido para que pueda leerlos. Laera navega por ellos con la confianza de alguien que ha pasado años aprendiendo las debilidades del sistema.

—Ahí está. —Conecta el disco duro y unas barras de progreso comienzan a avanzar por la pantalla—. Registros financieros de todos los que tienen acceso a los expedientes sellados. Cruzados con socios criminales conocidos y actividades bancarias sospechosas.

Me dirijo a la puerta, vigilando mientras se transfieren los archivos. El pasillo permanece vacío, pero puedo oír el zumbido de los sistemas de seguridad del edificio a nuestro alrededor: cámaras,

sensores de movimiento, todos los ojos electrónicos que podrían delatarnos si no tenemos cuidado.

—¿Cuánto falta?

—Dos minutos.

—¿Y borrarás todos los registros cuando termines? —pregunto, volviendo a mirarlo. Está encorvado sobre el teclado con el ceño fruncido.

—Joder, hombre. Es mi vida la que está en juego.

—Laera… —le advierto, y él agacha la cabeza.

—Sí… ya lo pillo. —Su gruñido llega al mismo tiempo que un pitido del ordenador me llama la atención.

La barra de progreso llega al noventa por ciento cuando oigo pasos a lo lejos. Botas pesadas sobre el hormigón, moviéndose con el ritmo constante de una patrulla. Le hago una señal a Laera, que asiente y empieza a desconectar el disco.

—Hecho. —El disco duro vuelve a desaparecer en su chaqueta—. Todo copiado.

Salimos del archivo y volvemos al pasillo de mantenimiento en treinta segundos, la cerradura electrónica se vuelve a activar detrás de nosotros. Los pasos están más cerca ahora, resonando a través del esqueleto del edificio. Apago el inhibidor de señal y las cámaras de seguridad vuelven a encenderse justo cuando doblamos la esquina hacia la salida.

La puerta de acero se cierra tras nosotros casi con un susurro. Laera respira con dificultad, la adrenalina y el alivio luchan en su rostro.

—¿Ya está? ¿Hemos terminado?

—Tú has terminado. —Miro el reloj. Toda la operación ha durado menos de cinco minutos: sin alarmas, sin enfrentamientos, sin dejar pruebas—. Recuerda lo que te dije de Nápoles. No te metas en líos, no llames la atención y vivirás para disfrutar de tu nueva vida.

Laera asiente y empieza a darse la vuelta, pero se detiene.

—La información de ese disco va a destruir a gente muy importante.

—Bien —le digo, y presiono el disco contra mi pecho en el bolsillo de la chaqueta mientras me doy la vuelta.

Desaparece entre las sombras de los contenedores de transporte, dejándome solo en el solar trasero del Ministerio. Espero otros sesenta segundos antes de dirigirme a mi coche, aparcado a tres manzanas en un garaje abierto toda la noche.

Las calles están vacías a esta hora, Roma se sumerge en la profunda quietud que llega en las horas previas al amanecer. Recorro los estrechos callejones que me llevarán de vuelta al aparcamiento.

Estoy a dos manzanas del garaje cuando me doy cuenta de que me siguen.

Una berlina oscura, con el motor en marcha, aparcada a la sombra de un restaurante cerrado. La silueta tras el volante podría ser cualquiera, pero la forma en que el coche se aleja del bordillo cuando paso me dice que es vigilancia profesional. Paciente, disciplinada, probablemente armada. Lo más seguro es que sea alguien interesado en lo que tengo, alguien que perturbaría mi plan de mantener a Serena a salvo y destruir el imperio Costa con lo que hay en este disco.

Giro a la izquierda en la siguiente intersección, tomando una ruta que me llevará por el barrio más antiguo de Roma. La berlina me sigue, manteniendo la distancia pero lo suficientemente cerca como para no perderme de vista. Cuando vuelvo a girar, gira. Cuando me detengo a encender un cigarrillo que no me fumo, también se detiene.

Mi coche está todavía a una manzana cuando decido que el juego ha durado demasiado.

El callejón que elijo es estrecho, apenas lo suficientemente ancho para un solo vehículo. Antiguos muros se alzan a ambos lados, bordeados de portales y ventanas que han vigilado Roma durante siglos. Camino despreocupadamente, con las manos en los bolsillos, hasta que llego a un punto en el que el callejón se ensancha en un pequeño patio.

Entonces desaparezco.

El portal que elijo está retranqueado, oculto en la sombra. Me aprieto contra la piedra y espero. La berlina aparece en la boca del

callejón treinta segundos después, avanzando lentamente mientras el conductor busca a su objetivo perdido.

Les dejo llegar a la mitad del callejón antes de hacer mi movimiento.

Mi Glock sale de su funda con suavidad mientras salgo a la luz y disparo tres veces a través de la luna trasera de la berlina antes de que el conductor pueda reaccionar. El cristal explota hacia dentro y el coche da un volantazo brusco a la derecha, raspando contra el antiguo muro de piedra con un chirrido de metal sobre roca.

Pero el conductor no se detiene. En lugar de eso, pisa el acelerador a fondo, el motor de la berlina ruge mientras se lanza hacia el otro extremo del callejón. Me lanzo a un lado mientras el coche roza el lugar donde estaba, y saltan trozos de piedra por el impacto.

La persecución comienza en serio.

Corro de vuelta a la calle principal, sabiendo que la berlina tendrá que dar un rodeo para interceptarme. Mi coche está cerca ahora, justo a la vuelta de la esquina en la estructura del aparcamiento. Pero al llegar a la calle, veo un segundo vehículo, otra berlina, esta vez bloqueando la entrada al garaje.

Dos coches. Vigilancia coordinada. Esto no es casualidad.

Cambio de dirección, adentrándome más en el casco antiguo, donde las calles son demasiado estrechas para los vehículos. Detrás de mí, oigo portazos de coches y botas sobre el pavimento. Al menos tres hombres, quizá más.

La persecución serpentea por callejones que no han cambiado desde el Renacimiento, pasando por iglesias y fuentes que han permanecido en pie durante mil años. Mis perseguidores son buenos: saben cómo moverse en silencio, cómo anticipar mi ruta a través del laberinto de calles antiguas.

Pero yo conozco Roma mejor que ellos.

Encuentro una moto aparcada detrás de un grupo de furgonetas de reparto en una zona de servicio cerca del Panteón. No hay llave, así que uso la punta de mi navaja para sacar el contacto de su alojamiento y mis dientes para pelar los cables. El motor arranca al

primer intento, y me pongo en marcha antes de que mis perseguidores doblen la esquina.

Las calles se abren mientras me dirijo hacia el río, el ruido del motor de la moto rebota en los edificios que bordean el Tíber. Detrás de mí, los faros aparecen en mis retrovisores: las berlinas, moviéndose rápido y acortando distancias.

Los primeros disparos llegan cuando cruzo el Ponte Cavour, los fogonazos iluminan la oscuridad detrás de mí. Las balas levantan chispas en las barandillas de piedra del puente, enviando trozos que caen al agua negra de abajo. Me inclino sobre el manillar y retuerzo el acelerador, la moto se lanza hacia delante con un rugido.

La persecución se convierte en un tiroteo en marcha por el corazón de Roma. Mis perseguidores son implacables, toman las curvas a velocidades peligrosas y disparan cada vez que tienen una línea de visión clara. Devuelvo el fuego cuando puedo, con disparos a una mano que les obligan a ponerse a cubierto tras sus parabrisas.

Una bala me revienta el retrovisor izquierdo mientras paso a toda velocidad junto al Mausoleo de Augusto. Otra atraviesa el guardabarros trasero de la moto, pasando a centímetros de mi pierna. Ahora oigo sirenas a lo lejos: la *Polizia*, que responde a los informes de disparos en el centro de la ciudad.

Hora de desaparecer.

El giro que doy es lo suficientemente cerrado como para rasparme la rodilla contra el pavimento; saltan chispas mientras inclino la moto en un ángulo que debería ser imposible. El callejón que se abre más allá es apenas lo bastante ancho para la moto, con paredes que pasan a toda velocidad a ambos lados como un túnel de piedra. Salgo a una calle paralela y apago el motor, deslizándome hacia la sombra de una obra. La moto desaparece detrás de un muro de andamios y barreras de hormigón, oculta de la calle, y respiro hondo.

Las berlinas pasan rugiendo treinta segundos después, sus ocupantes escudriñan portales y calles laterales en busca de cualquier señal de su objetivo. Espero a que sus luces traseras desaparezcan antes de arrancar el motor de nuevo.

El resto del trayecto me lleva por el distrito industrial de Roma, donde las fábricas abandonadas y los solares vacíos ofrecen muchos lugares para vigilar si me persiguen. Abandono la moto en un desguace cerca del aeropuerto y consigo un vehículo de sustitución: una furgoneta de reparto que han dejado en marcha fuera de una panadería abierta toda la noche.

Para cuando llego a mi barrio, el cielo del este empieza a clarear con los primeros indicios del amanecer. Aparco la furgoneta a seis manzanas de la casa y completo el trayecto a pie, moviéndome por callejones y jardines residenciales para evitar las calles principales.

La casa parece intacta cuando finalmente llego. Ni rastro de vigilancia, ni vehículos que no deberían estar ahí. Pero la persecución por las calles de Roma me ha dejado paranoico, cada sombra es sospechosa.

Estoy a tres casas cuando oigo un sonido que no encaja: metal contra metal. Podría ser cualquier cosa. Un gato tirando un cubo de basura. La puerta de un vecino moviéndose con el viento, o quizá aquel merodeador ha vuelto para conseguir lo que quería la primera vez.

Saco mi Glock y me fundo de nuevo en las sombras, cada instinto gritándome que la noche aún no ha terminado y que debería haber cogido a Serena y haberme largado de aquí hace mucho tiempo.

24

SERENA

El estrépito de un cristal al romperse me arranca del sueño. Me incorporo de un salto en la cama de Lorenzo, con el corazón martilleándome en las costillas mientras el sonido desgarra la casa. Por un momento, creo que me lo he imaginado; una pesadilla que se filtra en el mundo de la vigilia. Pero entonces oigo unos pasos que suben con fuerza por la escalera, unas botas pesadas que suben los escalones de dos en dos.

Hay alguien en la casa y no se mueve como Lorenzo.

Ruedo fuera de la cama y mis pies descalzos tocan el suelo frío mientras la adrenalina inunda mi sistema. La puerta del dormitorio sigue cerrada con llave desde fuera, pero eso no importará si quienquiera que haya entrado decide venir a buscarme.

Los pasos llegan al rellano y se detienen. Oigo voces ahora, susurros bajos y urgentes que transmiten el peso de la violencia. Respiro en jadeos cortos mientras pego la oreja a la puerta, intentando descifrar lo que dicen. Es tan bajo que no entiendo mucho, pero su tono hace que eche el cerrojo interior para añadir más seguridad entre ellos y yo.

—Segunda planta. Registrad todas las habitaciones.

—¿Y la mujer?

—Viva si es posible. Muerta si es necesario.

Las palabras me hielan la sangre. Han venido a por mí.

Exploro el dormitorio en busca de cualquier cosa que pueda servir de arma. La mesilla de noche de Lorenzo está vacía, excepto por una lámpara y un libro. En la cómoda solo hay ropa. Pero su despacho está al final del pasillo, y si consigo llegar hasta allí…

El sonido de la puerta principal estallando hacia dentro interrumpe mis pensamientos. La madera se astilla y el metal rechina mientras alguien la arranca de sus goznes de una patada. Más pasos ahora, al menos tres pares distintos, pisando fuerte por toda la casa.

Cojo la lámpara de cerámica de la mesilla de noche y me coloco detrás de la puerta del dormitorio. Si vienen a por mí, primero tendrán que atravesar esta puerta. Y cuando lo hagan…

Los pasos se detienen justo delante de mi habitación.

El pomo de la puerta gira lentamente, probando la cerradura. Al ver que no cede, se produce un momento de silencio. Entonces, el marco entero de la puerta estalla cuando alguien embiste contra ella con el hombro, y la cerradura se arranca de la madera en una lluvia de astillas.

Pero no es un intruso el que entra tropezando por la puerta.

Es Lorenzo.

Unas manchas de sangre le surcan el rostro y le tiñen la camisa, y la Glock que lleva en la mano derecha apunta al pasillo a su espalda. Sus ojos se encuentran con los míos a través de la habitación, desorbitados por la adrenalina y por algo que casi parece alivio.

—Atrás —gruñe, con la voz ronca—. Quédate detrás de la cama y no te muevas hasta que yo te diga.

Me arrastro hacia la esquina más alejada de la habitación mientras el primer atacante aparece en el umbral. Es alto y delgado, va vestido con equipo táctico negro y empuña una pistola con ambas manos. Su dedo ya está en el gatillo cuando Lorenzo se mueve.

El puñetazo traicionero coge al intruso completamente por sorpresa. El puño izquierdo de Lorenzo impacta en la mandíbula del hombre con un sonido parecido al de un bate de béisbol golpeando

el cemento. La cabeza del atacante se sacude hacia atrás, su arma sale disparada por el suelo y él se desploma.

Pero el segundo hombre ya está entrando por la puerta.

Este es más rápido, tiene más experiencia. Ya tiene el arma levantada y apuntando antes de que Lorenzo pueda reaccionar, pero, en lugar de disparar, se abalanza hacia delante con una hoja curva en la mano libre. El cuchillo corta las costillas de Lorenzo, abriendo una línea roja a través de su camisa.

Lorenzo gruñe y se tambalea hacia atrás, la sangre florece sobre la tela. El atacante aprovecha su ventaja, levantando el cuchillo para asestar otro golpe.

La lámpara que tengo en las manos se hace añicos contra la pared del dormitorio con un estruendo similar al de un disparo. Cojo el trozo de cerámica más grande —tan afilado como una navaja y lo bastante pesado como para hacer daño— y me lanzo a la espalda del atacante.

La cuchilla improvisada se desliza en el músculo de su muslo con una facilidad sorprendente. La sangre brota alrededor del borde de cerámica mientras él grita y se gira hacia mí, olvidándose de su propio cuchillo. Le clavo la rodilla en el plexo solar con cada gramo de fuerza que poseo, y se dobla, boqueando.

Lorenzo lo remata con un golpe en el cráneo que deja al hombre seco.

La sangre se encharca en las baldosas bajo ellos y se extiende en charcos bajo sus cuerpos inertes. Los dos atacantes yacen inmóviles, con sus armas esparcidas por el suelo. La casa queda en silencio, salvo por nuestras respiraciones entrecortadas y el lejano sonido de unas sirenas que se acercan.

—Tenemos que irnos —dice Lorenzo, presionándose la herida del costado. La sangre se filtra entre sus dedos—. Ahora.

—Estás herido…

—Sobreviviré —se acerca a la ventana y mira a través de las cortinas hacia la calle—. Pero nosotros no si nos quedamos aquí. Mi vecino probablemente ha oído el ruido, y encontrarte en mi casa planteará preguntas que no puedo responder.

Como si sus palabras la hubieran invocado, oigo una voz desde el callejón de abajo; una voz de hombre mayor, autoritaria, que habla rápidamente por lo que parece un teléfono.

—Silvano —murmura Lorenzo—. Está llamando a la policía.

Nos movemos rápido. Lorenzo coge una bolsa de lona del armario y mete ropa, armas y documentos mientras yo me visto con lo primero que pillo. La herida de su costado sigue sangrando, pero él se mueve como si ni siquiera la sintiera, como si la adrenalina alimentara sus acciones. Como si hubiera olvidado que probablemente soy yo quien nos ha puesto a todos en peligro al hacer esa maldita llamada.

La escalera de atrás es estrecha y está mal iluminada, diseñada para el servicio y los repartos en lugar de para los residentes. Descendemos en silencio, con Lorenzo a la cabeza, pistola en mano, mientras yo lo sigo de cerca. Cada crujido de los escalones de madera suena como un trueno en el espacio reducido.

La salida trasera da a un callejón de servicio lleno de contenedores y furgonetas de reparto. Lorenzo comprueba ambas direcciones antes de guiarme hacia un sedán negro aparcado cerca del final. El motor arranca de inmediato, y ya estamos en movimiento antes de que yo haya cerrado la puerta.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras Lorenzo conduce por las calles secundarias de Roma, evitando las vías principales donde ya convergen los coches de policía.

—A un hotel. A un sitio donde no se les ocurrirá buscar.

La sangre de la herida de su costado le ha empapado la camisa, y veo que favorece el brazo izquierdo al conducir. —Necesitas atención médica.

—Primero necesito llevarte a un lugar seguro.

El hotel que elige es anodino: un establecimiento de negocios de gama media cerca del aeropuerto, del tipo que acoge a viajeros que necesitan un lugar donde dormir durante las escalas o al tipo de hombres turbios que traen prostitutas solo para la cama. Lorenzo paga en efectivo por una habitación en la tercera planta, usando una identificación que estoy segura de que es falsa.

La habitación es pequeña y aséptica, dominada por una cama de matrimonio y una única ventana que da al aparcamiento. Lorenzo se desploma en la silla del escritorio en cuanto se cierra la puerta, con el rostro pálido por la pérdida de sangre.

—El botiquín —dice, señalando hacia el baño con la cabeza—. Debería estar debajo del lavabo.

Mis manos tiemblan mientras cojo los suministros y vuelvo a donde está sentado. La herida es peor de lo que pensaba: un corte profundo que va desde su costilla más baja hasta justo por encima de la cadera. La sangre se ha coagulado en los bordes, pero sigue manando con cada respiración que toma.

—Esto necesita puntos —le digo, abriendo paquetes de gasas y toallitas antisépticas.

—Límpiala y véndala bien fuerte. Sobreviviré.

Trabajo con el mayor cuidado posible, limpiando la herida y aplicando presión para detener la hemorragia. Lorenzo no se inmuta, ni siquiera cuando el antiséptico debe de estar quemándole como el fuego. Se limita a mirar fijamente a la pared y me deja hacer.

—Las pruebas —dice finalmente—. Todo lo que necesitamos para demostrar quién ha estado vendiendo información del tribunal… está en el coche.

Hago una pausa en mi vendaje. —¿Las tienes?

—Todas. Registros bancarios, registros de comunicaciones, transferencias de pagos. Suficiente para demostrar que te tendieron una trampa. —Me mira a los ojos—. Mientras te quedes conmigo, puedo asegurarme de que Emilio no ordene que te maten por ir a por el sindicato Costa.

Las palabras deberían tranquilizarme, pero plantean nuevas preguntas que me hielan hasta los huesos.

—¿Y quién va a protegerme de los enemigos de Emilio? —pregunto, asegurando el vendaje alrededor de su torso—. Porque esos hombres de esta noche… no eran ladrones al azar.

La expresión de Lorenzo se ensombrece. —No. No lo eran.

—Te estaban siguiendo para llegar hasta mí, ¿verdad?

Asiente lentamente. —Se ha corrido la voz. Sobre quién eres, sobre tu conexión con Emilio. Todas las familias rivales de Roma

saben que hay una hija de Costa paseándose sin protección.

Todo el peso de lo que dice se abate sobre mí como un sudario. —¿Cómo se han enterado?

—Historiales hospitalarios. Pruebas de ADN. Alguien filtró tu identidad, probablemente una enfermera o un técnico de laboratorio que buscaba ganar dinero fácil. —Lorenzo se remueve en su silla, haciendo una mueca por el movimiento—. Una vez que esa información llegó a la calle, te convertiste en el objetivo más valioso de Roma.

Me hundo en el borde de la cama, mis piernas de repente incapaces de sostenerme. —¿Así que esto es todo? ¿Esta es mi vida ahora? ¿Huir de un piso franco a otro mientras todo el mundo intenta matarme o secuestrarme?

—No todo el mundo —dice Lorenzo en voz baja—. Los enemigos de Emilio nunca te dejarán en paz, eso es cierto. Pero hay una persona que puede protegerte de ellos.

—¿Quién?

—El propio Emilio. Si te considera útil.

No quiero ni considerar sus palabras, pero tengo que hacerlo. Pienso en el hombre contra el que he pasado meses construyendo casos legales, el capo de la mafia cuya organización he dedicado mi carrera a destruir. Ahora Lorenzo sugiere que ponga mi vida en sus manos.

—¿Y si no me considera útil?

Lorenzo no contesta, pero no hace falta. Puedo ver la verdad en sus ojos.

—Así que mis opciones son ser perseguida por sus enemigos o ser de su propiedad —digo—. ¿Esas son mis únicas opciones?

—Esas siempre han sido tus únicas opciones, —responde Lorenzo —. Desde el momento en que tu ADN entró en esa base de datos, desde el momento en que Emilio supo que tenía una hija. La única pregunta era cuánto tardarías en darte cuenta.

Me miro las manos, todavía manchadas con su sangre y la sangre de los hombres que vinieron a matarme. Hace un mes, era una fiscal con una carrera, una vida y un futuro. Ahora soy una

fugitiva cuya única protección proviene del hombre que fue enviado para asesinarme.

—¿Qué pasa ahora? —susurro.

Lorenzo se recuesta en su silla, el agotamiento finalmente visible en las arrugas alrededor de sus ojos. —Ahora, veremos si Emilio cree que vale la pena mantenerte con vida.

La policía está registrando los restos de la casa de Lorenzo, tratando de reconstruir lo que ha pasado. Encontrarán la sangre, la puerta rota, los signos de violencia.

Pero no nos encontrarán a nosotros.

Y espero que nadie más lo haga tampoco.

25

SERENA

Lorenzo está sentado junto a la ventana de la habitación del hotel, solo con sus bóxers, de espaldas a mí, con los hombros rígidos contra la pálida luz. Los vendajes que le envuelven las costillas contrastan, blancos contra la tinta oscura que cubre su piel, y están salpicados de la sangre que los ha traspasado. No empuña ningún arma, no vigila ninguna amenaza concreta, pero cada línea de su cuerpo irradia vigilancia.

Estudio la curva de su espalda, la forma en que inclina la cabeza hacia sonidos que no puedo oír. No vigila nada y lo vigila todo: la calle de abajo, la puerta que tenemos detrás, el frágil espacio que hemos labrado en medio del caos que Emilio ha puesto en marcha. Sus dedos tamborilean sobre su rodilla, lo más parecido a la inquietud que le he visto jamás.

Las sábanas se enredan en mis piernas cuando me muevo y sus hombros se tensan al oírme. Siempre escuchando. Siempre preparado. Ni siquiera aquí, en este santuario prestado, puede permitirse descansar.

Me levanto de la cama. No se gira, pero sé que sigue mi movimiento con cada paso que doy hacia él.

—Serena. —Mi nombre suena como una áspera advertencia destinada a mantenerme alejada. Ha tenido mucho que asimilar hoy

y se siente abrumado por todo, pero necesito sentirlo cerca. Es aterrador saber que esos hombres vinieron a matarme por la información que poseo y que podría hundir sus organizaciones. Que vinieron a por mí porque tengo el mismo ADN que un asesino, aunque no me criara con él.

No retrocedo. En lugar de eso, me coloco frente a él, sentándome en su regazo con cuidado para no tocarle las heridas. Sus manos se ciernen sobre mi cintura, sin llegar a tocarme, sin llegar a apartarme. Los vendajes me rozan el estómago y siento el rápido latido de su corazón bajo la gasa.

—Tienes que parar. —Su voz tiene un matiz que reconozco: el mismo tono que utiliza cuando intenta convencerse de algo que no cree—. Esto solo te hará daño cuando te des cuenta de que Emilio no me dejará tenerte. ¿No lo entiendes?

Sus palabras deberían escocer porque se está echando atrás, alejándose de lo que ambos habíamos acordado que era lo mejor para los dos. Esas palabras deberían hacerme volver corriendo a la seguridad de la distancia y la negación. Sin embargo, se asientan en el hueco que tengo bajo las costillas, confirmando lo que ya sé. Lo que he sabido desde el momento en que descubrí quién soy en realidad.

—Lo sé. —Le sujeto la cara con las manos, obligándole a mirarme a los ojos—. Y no me importa. Prometiste que estábamos juntos en esto, y entonces no lo sabía, pero esto no es solo una alianza, Lorenzo. Creo que te quiero.

Intenta apartarse, pero me mantengo firme. Mis pulgares recorren la afilada línea de sus pómulos, la cicatriz que atraviesa su barba. Es hermoso como lo son las cosas peligrosas: aristas duras y violencia, devastadoras en su contención.

—Serena...

Le beso antes de que pueda terminar la frase, antes de que pueda levantar otro muro entre nosotros. No es el choque desesperado de nuestro primer beso, ni la combustión controlada de las noches que siguieron. Esto es algo completamente diferente. Le estoy reclamando, a este hombre que casi se lleva una bala por mí, que dejó que otro hombre le cortara la piel solo para salvarme.

Se pone rígido debajo de mí, con todos los músculos bloqueados en señal de resistencia. Pero no le dejo retroceder. Profundizo el beso, vertiendo todo lo que no puedo decir en el espacio que nos separa. Cuando sus manos por fin se posan en mi cintura, cuando su agarre se hace más fuerte y me acerca más, sé que he ganado.

—Vas a acabar con nosotros —susurra contra mi boca, pero sus manos contradicen sus palabras, trazando la curva de mi espalda con dedos reverentes.

—Entonces acabemos juntos.

Mi agarre se hace más fuerte. Él sisea entre dientes, con la mandíbula apretada y los ojos todavía clavados en los míos. Sus manos se cierran en mi cintura, casi magullándome en su contención, pero no me detiene. No puede.

—Sangraste por mí —digo, obligándole a oírlo—. Matas por ellos. Pero esto... —Le libero de los bóxers; su miembro está grueso y erecto en mi palma—. Esto es mío.

Su respiración se vuelve entrecortada. —¿No sabes lo que pides?

—No lo estoy pidiendo. —Ondulo las caderas contra él, su polla hinchada rozándome las bragas, y la fricción le arranca un jadeo. Echa la cabeza hacia atrás. Su boca se entreabre. Avanzo un poco y me froto contra él, a lo largo de todo su miembro. Él cierra los ojos por un segundo.

—Serena. —Mi nombre suena estrangulado.

Presiono mi cuerpo contra el suyo, con nuestras bocas a centímetros. —No dejas de decirme que esto acabará en la ruina. Pues arrúiname.

Le bajo los bóxers y aparto mis bragas. No le doy tiempo a discutir. Lo agarro por la base y lo deslizo entre mis pliegues. Los muslos me tiemblan de tensión. Mantengo el control. Vuelvo a balancearme y su polla se desliza resbaladiza contra mí.

—Estás empapada —murmura.

—Quiero cabalgarte hasta que olvides para quién trabajas.

Respira con dificultad. —Eso no tardará mucho.

Me froto con más fuerza. Aprisiono sus muslos bajo los míos y lo follo con la fricción, con el dolor escrito en su pecho vendado. Sus

manos se estrellan contra los brazos de la silla. Se agarra mientras yo tomo más de él.

—Dime que lo necesitas —digo.

—Lo he necesitado cada vez que me has mirado así.

Vuelvo a balancearme hacia delante. La presión aumenta donde nuestros cuerpos se unen. Cada roce le arranca otro pulso a su polla, gruesa contra el desastre resbaladizo que hay entre mis muslos. Sus dedos se flexionan en los brazos de la silla. No me toca, pero la contención de su cuerpo lo dice todo.

Busco el espacio entre nosotros y lo guio hasta mi entrada. El estiramiento quema, pero no me detengo. Lo introduzco lentamente, centímetro a centímetro, hasta que quedo sentada por completo sobre su regazo. Se me corta la respiración. Él aprieta la mandíbula.

—Vas a romperme —dice.

—Pues rómpete —le digo—, pero quiero oírte decirme algo...

—¿El qué? —pregunta, bombeando las caderas hacia arriba instintivamente, sin pensarlo. Le sonrío con suficiencia y él me mira con los ojos entornados.

—Dime que me quieres, Lorenzo... Porque lo tienes escrito en la cara cada vez que me miras. —Su cuerpo se queda quieto, pero yo sigo, frotándome y ondulando las caderas. Mi cuerpo lo envuelve como seda cálida y muevo una de sus manos del brazo de la silla a mi centro, donde hago que su pulgar presione mi hinchado botón.

Por un momento no dice nada, luchando por apartar la tela de mis bragas para encontrar el punto exacto, pero detengo mis embestidas para asegurarme de que me ha oído bien.

—He dicho... necesito que me digas la verdad, Lorenzo. Di que me quieres, porque sé que lo haces.

Su pulgar encuentra por fin mi clítoris, y siseo cuando empieza a frotarlo.

Presiona con más fuerza, dibujando lentos círculos sobre el punto que hace que mis muslos se estremezcan. Se me corta la respiración. Su polla pulsa en lo más profundo de mí.

—¿Crees que es momento para confesiones? —dice—. Estás sentada sobre mí, empapada, poniéndome perdido el regazo.

Me froto más fuerte, manteniendo su pulgar justo donde lo necesito. —Exacto. No hay lugar para mentir.

Él sonríe, pero veo la tensión que hay debajo. Su pecho sube, apretado contra los vendajes, cada respiración tomada con esfuerzo.

—Quieres tres palabras —dice—. Gánatelas.

Apoyo las manos en sus hombros y vuelvo a cabalgarlo con embestidas lentas y profundas. Su cabeza se inclina hacia atrás por un segundo, y capto el sonido que intenta tragarse.

—Ya estoy haciendo todo el trabajo. —Se me quiebra la voz al final de la frase, mis caderas deslizándose hacia abajo de nuevo—. ¿Crees que voy a suplicar?

Su mano se enreda en mi pelo, tirando suavemente para exponer mi cuello. Creo que me va a morder, pero me acerca a él, con la boca en mi oído. —Creo que estás a punto.

Tiene razón. Mi cuerpo se cierra a su alrededor, los músculos tensos por el ritmo, la fricción, la presión de su polla deslizándose a través de mí una y otra vez mientras me arranca cada sonido con su pulgar.

—Dilo —susurro. Su mano deja mi pelo y me agarra la mandíbula, obligándome a mirarle a los ojos.

—¿Quieres la verdad? —dice—. Bien. Quemaría toda esta ciudad hasta los cimientos si eso significara conservarte.

Está bien, es una confesión de su deseo, de lo que está dispuesto a hacer. Pero no es lo que quiero.

—Eso no es lo que he pedido —digo, frotándome lentamente contra él.

Su pulgar presiona con más fuerza mi clítoris. Mi cuerpo da un respingo. Lo sobrellevo, manteniéndolo profundo y dolorido y atrapado entre mis muslos.

—¿Crees que no sé lo que es esto? —digo—. ¿Crees que no lo he visto cada vez que me tocas? —Le estoy provocando, tentándole a que se deje llevar y sea sincero conmigo. Hombres como él no quieren ser vulnerables o débiles. Palabras como «lo siento» o «te quiero» no salen con facilidad.

Su mano se desplaza de mi cintura a mi espalda, acercándome más hasta que nuestros pechos se rozan. Gime en lo profundo de su

garganta, con la voz tensa por el dolor o la presión, no sé cuál. No importa.

—Quieres las palabras —dice—. ¿Ahora mismo?

—No voy a volver a pedírtelo —le digo, y entonces me aparto lo justo para ondular las caderas. Su polla se arrastra por mi interior, y el calor entre nosotros es ahora más sucio. Me tiemblan los muslos. Me apoyo en su pecho y lo follo con más fuerza. Él aprieta los dientes. Su agarre se cierra bajo mi culo. Su pulgar no se detiene.

Mi clímax se cierne tan agudo y cegador que casi me rindo, pero me aferro a ese borde con todas mis fuerzas.

Me mira y su profunda voz de barítono retumba, clara como el día. —Te quiero, Serena.

—Quiero creerte —jadeo, tan al borde que podría estallar en cualquier segundo.

—Lo digo en serio —susurra, y entonces me besa con fuerza.

Me rompo.

Mi cabeza cae sobre la suya. Mi cuerpo se convulsiona. Lo cabalgo así, con los muslos apretados, jadeando en su boca. Mi cuerpo se estremece y se contrae. Dejo marcas de media luna en su hombro y en la nuca, pero vale la pena. La satisfacción de oírlo, la forma en que lo dijo también, como si supiera que necesitaba esa pequeña seguridad.

Entonces lo siento correrse dentro de mí, abundante, caliente y espeso, con sus manos aún apretadas a mi alrededor, su aliento áspero contra mi piel. Cuando no consigo continuar, siento sus caderas bombear hacia arriba hasta que el pulso y las contracciones terminan, y sus labios se demoran en los míos.

—Lo digo en serio —repite, pero no vuelve a pronunciar las palabras. Me gustaría oírselo decir otra vez, pero quizá sea algo que pueda sacar en ocasiones especiales. No necesito esas palabras para saber lo que siente.

—Yo también lo digo en serio —susurro, y vuelvo a besarle suavemente. Recorro las líneas de sus tatuajes, siguiendo la tinta que cuenta historias que solo estoy empezando a comprender—. Pero necesito que me prometas algo —digo, sin levantar la cabeza para mirarlo.

Su pecho sube y baja bajo el mío, un ritmo cuidadoso que no me engaña. Sé que está escuchando cada palabra, sopesando cada posibilidad.

—Seré útil para Emilio. —La admisión sabe amarga, pero la suelto a la fuerza—. Desempeñaré el papel que él necesite que desempeñe, seré el arma que quiera esgrimir. Pero solo si me prometes tres cosas.

—Serena...

—No me dejarás sola con él. —Levanto la cabeza ahora, clavándole la mirada—. No me harás valerme por mí misma en ese mundo. Y me protegerás, sin importar lo que te pida. Sin importar lo que cueste.

Las manos de Lorenzo siguen en mi espalda. Le observo procesar la petición, veo el conflicto reflejado en la tensión alrededor de sus ojos. Está calculando probabilidades, midiendo riesgos, intentando encontrar la manera de prometerme algo que quizá no pueda cumplir.

—No sabes lo que pides... —dice de nuevo, como si de alguna manera eso fuera a hacer que entrar en esto fuera más fácil para mí. Él es mi única defensa contra Emilio Costa y el violento imperio al que estoy conectada.

—Sé exactamente lo que pido. —Me muevo para ponernos cara a cara—. Te pido que me elijas a mí por encima de él. Te pido que me pongas en primer lugar, incluso cuando todos tus instintos te digan que sigas órdenes. Te pido que sigas a tu corazón, no a tu entrenamiento.

Él cierra los ojos, y por un momento creo que se negará. Que me recordará su lugar en la jerarquía de Emilio, la lealtad que es más profunda que la sangre, las consecuencias que conlleva desafiar a un hombre que es dueño de media Roma.

Cuando los abre de nuevo, algo ha cambiado. La cuidada máscara que lleva se ha agrietado, revelando al hombre que hay debajo: el que me sacó de aquel hospital, el que eligió la protección en lugar de la ejecución, el que me sujeta ahora como si pudiera desaparecer.

—Te lo prometo. —Las palabras salen entrecortadas, apenas un suspiro—. Te prometo que no te enfrentarás a él sola. Te prometo que no te abandonaré en ese mundo. Y te prometo que te protegeré, sin importar lo que me cueste.

—¿Incluso si te cuesta todo? —le pregunto de nuevo, todavía necesitando más seguridad. Porque si voy a hacer esto, si voy a entrar voluntariamente en la guarida de los leones, necesito que sea el aliado que me prometió ser y no alguien que se echará atrás a la primera señal de problemas. No un traidor que pueda ser comprado con amenazas.

—Sobre todo entonces.

Me acomodo de nuevo contra su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón. Pronto tendremos que volver al mundo, para enfrentarnos a Emilio y al futuro que está planeando para nosotros. Pero por ahora, tenemos esto: el espacio tranquilo entre una respiración y la siguiente, el calor de la piel contra la piel, el peso de unas promesas que podrían destruirnos a ambos.

No sé cómo ser útil para un hombre como Costa, excepto hacer lo que dice y esperar que sea suficiente. Y solo rezo para que no me pida que cruce las mismas líneas que le ha hecho cruzar a Lorenzo. Puedo mirar para otro lado cuando se comete un crimen, pero no puedo cometerlos yo misma.

26

LORENZO

Dejo que Serena se baje de mi regazo, con la piel todavía sonrojada por nuestra unión, los ojos cargados de satisfacción y agotamiento. Se mueve con una gracia cuidadosa, con las piernas vacilantes mientras recupera el equilibrio. Su imagen —desaliñada y marcada por mis manos— me provoca una nueva oleada de posesividad que me obligo a ignorar.

—Acuéstate en la cama y espérame —le digo con voz ronca. Ella asiente, demasiado agotada para cuestionar la orden, y se acomoda de nuevo en las sábanas en las que estaba acurrucada antes. La curva de su espalda atrapa la tenue luz que se filtra por las cortinas, y tengo que apartar la vista antes de que la tentación de volver con ella supere mi disciplina.

La puerta del baño se cierra tras de mí, aislándome de su calor. Las baldosas están frías bajo mis pies descalzos, un agudo contraste con el calor que hemos generado hace unos instantes. Vacío la vejiga rápidamente, una necesidad mundana que me ancla a la realidad física tras la tormenta emocional que ha precedido nuestro acoplamiento.

El espejo sobre el lavabo refleja a un hombre que apenas reconozco. Tengo el pelo revuelto por donde sus dedos lo han peinado. Tengo arañazos en los hombros, la prueba de que sus uñas

se han clavado con fuerza cuando la he llevado al límite. Mis labios parecen hinchados de besarla, y hay una oscuridad en mi mirada que habla de límites cruzados, de fronteras borradas.

Abro el grifo y recojo agua fría en mis manos para echármela en la cara. La sacudida despeja parte de la neblina de mis pensamientos, me devuelve la aguda concentración que necesito para cualquier amenaza que pueda surgir. El jabón huele a estéril en comparación con los aromas persistentes del sexo y del perfume de Serena que se aferran a mi piel.

Me lavo metódicamente: la cara, el cuello, el pecho, todos los lugares que ella me ha tocado con manos reverentes. La evidencia de nuestra unión se va por el desagüe, pero el recuerdo de su cuerpo bajo el mío, sus jadeos contra mi oído, la forma en que se arqueó cuando yo...

Concéntrate.

Me seco con la gruesa toalla del hotel, la tela de rizo raspa la piel todavía sensible por sus caricias. Mi reflejo parece ahora más familiar; la máscara de control vuelve a su sitio. Pero algo fundamental ha cambiado. El hombre que entró en este baño era una persona. El que está aquí ahora es otro completamente distinto.

Mi móvil está en la encimera donde lo dejé hace horas, con la pantalla oscura y en silencio. Tres llamadas perdidas de números que no reconozco, dos mensajes de texto que pueden esperar hasta la mañana. Pero la llamada que necesito hacer no puede esperar. Emilio espera informes periódicos, especialmente ahora que la situación ha evolucionado más allá de nuestros parámetros originales.

Marco el número de memoria, dígitos que he pulsado innumerables veces a lo largo de los años. Suena una vez antes de que su voz llene el pequeño espacio.

—Lorenzo.

—Don Emilio. —El tratamiento formal surge automáticamente, años de condicionamiento que se imponen a la intimidad de las últimas horas—. Tengo que ponerle al día.

—Adelante.

Me apoyo en la encimera, organizando mis pensamientos en el informe clínico que él espera. —La mujer ha accedido a cooperar. Entiende su posición y lo que se requiere de ella.

—Elabórelo.

La palabra tiene peso, expectación. Emilio quiere detalles, quiere entender exactamente cómo he conseguido la sumisión de alguien que ha pasado semanas resistiéndose a todo intento de persuasión. ¿Cómo le explico que no se ha rendido a las amenazas ni a la violencia, sino a las promesas de protección? ¿Que su cooperación viene con condiciones que desafían todo lo que él cree sobre el poder y el control?

—Al principio se mostró reticente —empiezo, eligiendo cada palabra con cuidado—. Le preocupaba lo que significa «utilidad» en nuestro mundo. Le expliqué las alternativas: otras familias que mostrarían menos contención a la hora de sonsacar información o asegurarse la lealtad.

—¿Y?

—Reconoce que su asociación con el DPP la convierte en un objetivo independientemente de sus decisiones. Todas las organizaciones de Roma tienen motivos para quererla, ya sea como un activo o eliminada como una amenaza. Ha aceptado que su opción más segura es la cooperación.

—¿Qué tipo de cooperación?

La pregunta que me he estado temiendo. ¿Cómo le digo que su sumisión viene con condiciones? ¿Que ha negociado unos términos que le dan poder sobre mí, que me hacen responsable de su bienestar de formas que comprometen mi eficacia?

—Proporcionará asesoramiento legal, conocimiento interno de las técnicas de la fiscalía, información sobre investigaciones en curso. Su pericia la hace valiosa para anticipar y contrarrestar las estrategias de las fuerzas del orden. —Serena no ha dicho nada de esto, pero dejarlo a la interpretación de Emilio la pondría en desventaja. Ahora mismo, controlo la narrativa y eso es bueno.

—Bien. ¿Cuándo puede traerla ante mí?

Aprieto con más fuerza el móvil. —Hay complicaciones.

Un silencio crepita en la línea, cargado de desaprobación. A Emilio no le gustan las complicaciones, especialmente si provienen de hombres que se supone que resuelven problemas en lugar de crearlos.

—Explíquese.

—Ha accedido a ser útil, pero solo con ciertas garantías. Quiere garantías sobre su seguridad, su autonomía, los límites de lo que se le pedirá que haga.

—No está en posición de exigir nada.

—Lo entiende. Pero también entiende su valor. Está dispuesta a cooperar, pero quiere protección de los aspectos más... extremos de nuestro negocio.

Otra pausa, esta más pesada que la anterior. Casi puedo oírle calcular las probabilidades, sopesando los beneficios frente a las posibles complicaciones. La cooperación de Serena podría proporcionar ventajas a las que nunca ha tenido acceso: una auténtica pericia legal, conocimiento interno de las fuerzas del orden, la respetabilidad que aporta su reputación profesional. Pero aceptar sus condiciones significa reconocer que tiene capacidad de acción, poder para negociar en lugar de simplemente someterse.

—¿Y usted cree que respetará estos acuerdos?

—Sí. —La certeza en mi voz me sorprende. Hace una semana, no me habría fiado de la palabra de nadie sin tener algo con lo que asegurar su cumplimiento. Ahora me juego mi reputación por la promesa de una mujer que debería ser mi enemiga.

—Muy bien. Pero, Lorenzo... ella es su responsabilidad. Cualquier problema que cause, cualquier complicación que surja de su presencia, recaerá sobre usted. ¿Entendido?

—Completamente.

—Tráigala a la finca mañana por la noche. Quiero conocer a mi hija como es debido.

La línea se corta, dejándome solo con las implicaciones de lo que acabo de poner en marcha. He convencido a Emilio para que acepte las condiciones de Serena, al menos temporalmente. Pero también me he atado a ella de formas que me hacen vulnerable, que crean debilidades que mis enemigos pueden explotar.

Dejo el móvil a un lado y vuelvo a mirar mi reflejo. El hombre del espejo parece cansado, desgastado por consideraciones que nunca antes le habían preocupado. Preocuparse por alguien que no sea yo mismo es agotador, requiere una vigilancia y un cálculo constantes que van más allá de la simple supervivencia.

Vuelvo al dormitorio, caminando sobre una moqueta que amortigua mis pasos. Serena yace donde la dejé, acurrucada de costado con una mano bajo la mejilla. Su respiración se ha vuelto más profunda, al ritmo del sueño que se acerca, pero sus ojos siguen mi movimiento mientras cruzo hacia la cama.

—¿Todo bien? —pregunta, con la voz suave por la somnolencia.

—Sí. Duérmete.

Me deslizo bajo las sábanas, sintiendo el calor que ella ha generado en mi ausencia. Se mueve para hacerme sitio, amoldando su cuerpo al mío con una confianza inconsciente que me oprime el pecho. Su cabeza encuentra su sitio en mi hombro, su pelo se derrama sobre mi piel en ondas oscuras que atrapan la luz de la luna.

Estoy navegando por un territorio peligroso. Las palabras que le he dicho antes —tres palabras que han alterado fundamentalmente la dinámica entre nosotros— resuenan en mis pensamientos con una persistencia incómoda. Le he dicho que la quiero, lo he dicho en el ardor de la pasión, en el momento en que las barreras se han desmoronado y la verdad ha salido sin censura.

El amor vuelve a los hombres débiles, los hace vulnerables a la manipulación, a las amenazas contra los objetos de su afecto. Crea puntos de presión que los enemigos pueden explotar, palancas que pueden usarse para forzar el cumplimiento o para exigir venganza. Cada relación se convierte en un arma que puede volverse en tu contra.

Pero aquí, tumbado con el peso de Serena cálido contra mi costado, respirando el aroma de su pelo, sintiendo el pulso constante de su corazón contra mis costillas... todo parece correcto de una manera que no puedo racionalizar ni desechar. Por primera vez en mi vida adulta, tengo algo que vale la pena proteger más allá

de mi propia supervivencia. Alguien cuyo bienestar importa más que mi propia comodidad o seguridad.

Los hombres usarán esto en mi contra. Contra los dos. La amenazarán para controlarme, le harán daño para castigarme, explotarán esta conexión para sus propios fines. La vulnerabilidad me aterroriza más que cualquier amenaza física a la que me haya enfrentado.

Sin embargo, no puedo arrepentirme de haberlo admitido, no puedo desear no haber dicho las palabras que lo han cambiado todo entre nosotros. Sean cuales sean los peligros que esto cree, sean cuales sean las complicaciones que surjan por preocuparme por ella, las afrontaré. Porque la alternativa —regresar a la existencia vacía que mantenía antes de que ella entrara en mi vida— me parece inútil.

Me acurruco a su alrededor, atrayéndola más contra mi pecho, hundiendo la cara en su pelo. Ella emite un suave sonido de satisfacción, apretándose inconscientemente contra mí. Su confianza es absoluta, su fe en mi protección es total a pesar de todo lo que sabe sobre lo que soy, sobre lo que he hecho.

El sueño empieza a vencerme, arrastrándome a una oscuridad donde los sueños y la realidad se confunden. En unas pocas horas, tendremos que enfrentarnos a Emilio, navegar por las complejidades de su nuevo papel en su organización, lidiar con las consecuencias de las decisiones que hemos tomado en esta habitación de hotel.

Pero por ahora, tenemos este espacio tranquilo entre una respiración y la siguiente. Este momento de paz antes de que la tormenta se desate sobre nosotros. La abrazo más fuerte, memorizando la sensación de tenerla en mis brazos, el sonido de su respiración, la forma en que encaja contra mí como si estuviera hecha para ello.

Esta noche, el amor es suficiente para protegernos del mundo al que estamos a punto de volver a entrar.

Es una mentira preciosa, y la abrazo por completo.

27

SERENA

El sueño se niega a venir. Descanso sobre el pecho de Lorenzo en la oscuridad de la habitación del hotel, contando cada aliento que se mueve a través de él, sintiendo el constante subir y bajar bajo mi mejilla. El latido de su corazón retumba contra mi oído; más lento ahora que hace unas horas, cuando mis manos recorrían su piel y él susurraba mi nombre en mi garganta. Su brazo se curva alrededor de mi cintura, pesado y posesivo incluso en la inconsciencia, pero su cuerpo mantiene esa tensión contenida que he aprendido a reconocer. Un hombre que nunca ha aprendido a descansar de verdad.

El reloj digital de la mesilla de noche brilla con luz roja en mi visión periférica. 3:17 de la madrugada. Roma duerme a nuestro alrededor, pero mi mente es un hervidero de preguntas sin respuestas cómodas. ¿Qué significa «útil» en el mundo de Emilio? ¿Qué moneda represento en sus cálculos? La palabra da vueltas en mis pensamientos, afilada y amarga, cortando más profundo cada vez que emerge.

Útil.

Mi formación jurídica podría servir a sus intereses: proteger sus operaciones de la fiscalía, proporcionar conocimiento interno de las técnicas de investigación, ofrecer legitimidad a empresas que

prosperan en la sombra. Sé cómo funciona el sistema, dónde residen sus vulnerabilidades, qué fiscales pueden ser presionados y qué jueces tienen secretos que preferirían mantener enterrados. Hace veinticuatro horas, ese conocimiento me hacía peligrosa para los hombres que operan al margen de la ley. Ahora me hace valiosa.

O quizás mi valor reside en otra parte. En alianzas que podría forjar a través del matrimonio o la manipulación. En la respetabilidad que mi imagen pública podría prestar a sus guerras privadas. En el poder simbólico de traer a casa a su hija bastarda, la prueba de que incluso aquellos que intentan escapar del apellido Costa finalmente vuelven al redil.

La idea hace que se me revuelva el estómago. Me muevo con cuidado junto a Lorenzo, tanteando el peso de su brazo sobre mis costillas. Responde inconscientemente, sus dedos se abren más sobre mi cadera, anclándome a él incluso dormido. El gesto debería reconfortarme. En cambio, lo siento más opresivo que unos barrotes.

Esta habitación de hotel nos mantiene en un silencio prestado. No hay guardias patrullando el pasillo. No hay hombres armados vigilando las salidas ni escudriñando la calle en busca de amenazas. Lorenzo no le ha dicho a nadie dónde estamos; un riesgo calculado que nos deja a ambos expuestos e invisibles. No confía en nadie para mi ubicación, ni siquiera en los hombres que le han servido durante años.

Lo que significa que podría irme.

La revelación me golpea con una claridad sorprendente. Podría deslizarme fuera de su abrazo, recoger mi ropa esparcida, cruzar esa puerta y desaparecer en el laberinto de calles antiguas de Roma. Por la mañana, podría ser cualquiera, en cualquier lugar. Un nombre diferente comprado con dinero de su cartera. Un billete de tren a Milán o Nápoles o más allá. Un futuro que me pertenezca solo a mí.

Mis dedos trazan el borde del tatuaje de Lorenzo donde se curva alrededor de sus costillas, siguiendo las líneas negras que cuentan historias que apenas empiezo a comprender. La tinta representa lealtad, hermandad, sangre derramada al servicio de hombres que exigen obediencia absoluta. Incluso en sueños, su cuerpo responde a mi tacto, los músculos se mueven bajo la piel marcada. Se

despertaría si me moviera demasiado bruscamente, si intentara irme sin cuidado. Pero años de noches en bibliotecas de derecho me enseñaron a moverme por los espacios sin alterar la paz. Sé cómo ser silenciosa cuando el silencio me beneficia.

La cuestión no es si puedo escapar. La cuestión es si la huida existe siquiera.

Me alejo del calor de Lorenzo, deslizándome por sábanas que huelen a nuestra desesperación anterior. El colchón se hunde ligeramente cuando me siento, pero su respiración sigue siendo profunda y regular. Soñando, quizás, con tiempos más sencillos en los que sus órdenes eran claras y sus objetivos mostraban su culpa abiertamente. Cuando la complejidad moral no nublaba su visión ni comprometía su eficacia.

El aire frío golpea mi piel desnuda, erizándome el vello de brazos y piernas. Me muevo con precisión deliberada, recuperando mi ropa de donde cayó durante nuestro febril acoplamiento. La blusa cuelga arrugada y del revés del respaldo de la silla. Mi falda se amontona bajo la ventana, retorcida en formas desconocidas. Una armadura profesional desechada en momentos de debilidad.

Me visto en la oscuridad, mis dedos torpes con botones y cierres que se sienten extraños después de horas de piel contra piel. La tela crea barreras entre Lorenzo y yo, reconstruyendo la distancia que la pasión borró temporalmente. Cada capa que añado parece más pesada que la anterior, cargada con el conocimiento de lo que me espera más allá de esta habitación.

Mi reflejo aparece en el espejo sobre la cómoda: pálida y ojerosa, el pelo enredado por las manos de Lorenzo, la boca hinchada por sus besos. Parezco completamente depravada, marcada por un hombre que se suponía que debía matarme. La ironía me deja un sabor amargo en la boca.

Lorenzo no se mueve cuando cruzo hacia la puerta. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre la gruesa moqueta del hotel, un lujo de calidad industrial diseñado para amortiguar los movimientos de los huéspedes que prefieren la discreción. El pomo de la puerta gira silenciosamente bajo mi palma, las bisagras bien engrasadas rotan sin el más mínimo chirrido. Todo en este lugar grita anonimato de

lujo, el tipo de establecimiento que atiende a gente que paga en efectivo y no hace preguntas.

El pasillo se extiende vacío en ambas direcciones, iluminado por suaves apliques de pared que no proyectan sombras duras. Obras de arte neutras cuelgan a intervalos precisos, paisajes olvidables que no ofenden a nadie y no inspiran nada. Las señales de salida de emergencia brillan en verde en cada extremo, promesas de rutas de escape que podría tomar si quisiera. Si tuviera el valor de elegir algo.

Pero no cruzo el umbral. En cambio, me quedo helada en la entrada, un pie en la habitación que alberga a mi captor y amante, y el otro en el pasillo que podría llevar a la libertad. El espacio liminal se siente apropiado de alguna manera: atrapada entre mundos, entre identidades, entre la mujer que era y en quien sea que me esté convirtiendo.

Al final del pasillo, una ventana revela el aparcamiento de abajo. Filas de coches brillan bajo las farolas de color ámbar, el metal y el cristal capturando la iluminación como monedas esparcidas. Cualquiera de esos vehículos podría alejarme de esta vida, de las decisiones que me trajeron aquí, del futuro que me aterroriza más que la muerte.

Pero el recuerdo me golpea sin previo aviso, agudo e inmediato como una cuchillada entre las costillas.

La forma en que esos hombres irrumpieron en su casa. La lucha que Lorenzo libró para salvarme. El corte sobre sus costillas y la forma en que tuve que apuñalar el muslo de ese hombre con una lámpara para salvarle. Esos hombres estaban sedientos de sangre: mi sangre.

Conocían mi cara. Sabían mi nombre. Sabían exactamente lo que yo representaba para sus enemigos y sus ambiciones.

Los hombres que vinieron a por mí no eran oportunistas al azar. Eran profesionales, enviados por organizaciones que ya habían catalogado mi valor y planeado mi uso. Mi afiliación con la fiscalía me puso una diana en la espalda en el momento en que mi identidad se hizo pública. Todas las organizaciones criminales de Roma tienen motivos para quererme: muerta, capturada o convertida a sus propósitos.

El trabajo como fiscal en el que construí mi carrera, los casos que pensé que definirían mi legado, ahora me marcan como una amenaza que debe ser eliminada o explotada. Los archivos de Antonio Ricci contenían información sobre familias que se extienden por toda Europa, conexiones que llegan al gobierno, la industria y las finanzas. Sé qué jueces aceptan sobornos y qué políticos deben favores a hombres que cobran deudas con sangre. Sé dónde están enterrados los cuerpos, tanto literal como metafóricamente.

Ese conocimiento me hacía peligrosa cuando servía a la justicia. Ahora me hace inestimable para aquellos que se benefician de la injusticia.

Las lágrimas me nublan la vista antes de que pueda detenerlas, regueros calientes que se deslizan por mis mejillas hasta gotear en la impecable moqueta del hotel. La sal sabe a futilidad, a una comprensión que me resistía a aceptar. No hay forma de huir de esta herencia. No hay una desaparición silenciosa en el anonimato. Mi rostro ha sido catalogado por todas las familias importantes de la ciudad. Mis conexiones han sido mapeadas, mis debilidades identificadas, mis posibles aplicaciones analizadas por hombres que ven a las personas como herramientas que usar u obstáculos que eliminar.

Soy la hija de Emilio Costa, lo reclame o no. Soy la responsabilidad de Lorenzo, me quiera o no. Soy un arma en una guerra que nunca elegí luchar, forjada por circunstancias fuera de mi control y apuntada a objetivos que no puedo ver.

Los sollozos se vuelven más fuertes ahora, sacudiéndome los hombros mientras me agarro al marco de la puerta para sostenerme. Mi cuerpo se rebela contra el conocimiento del que mi mente no puede escapar. No tengo más remedio que quedarme con Lorenzo, interpretar el papel que Emilio diseñe para mí, volverme útil de maneras que violan todo lo que creía sobre mí misma. La alternativa es ser capturada por hombres que solo me ven como una palanca contra el padre que nunca supe que existía, o la muerte a manos de aquellos que me consideran demasiado peligrosa para vivir.

Me he enamorado perdidamente de Lorenzo, me he enamorado del hombre que debía ser mi verdugo. La revelación debería traer

consuelo: encontrar una conexión en medio del caos, descubrir ternura en brazos diseñados para la violencia. En cambio, amplifica mi terror. Porque amarlo significa que ahora tengo más que perder que solo mi vida. Tengo una esperanza a la que renunciar, una confianza que traicionar, un corazón que puede romperse de formas que la muerte no puede alcanzar.

Pero la idea de ser un peón de Emilio, de entregar mi autonomía para servir a sus ambiciones, me aterroriza de formas que me faltan palabras para expresar. Pasé mi vida adulta luchando contra hombres que tratan a los demás como posesiones, que corrompen la justicia para servir a su codicia, que destruyen vidas para mantener su poder. Ahora me enfrento a la perspectiva de unirme a sus filas, de prestar mis habilidades a empresas que perpetúan las mismas injusticias que dediqué mi carrera a combatir.

¿Cómo se reconcilian tales contradicciones? ¿Cómo se mantiene la cordura mientras se habitan roles que luchan contra creencias fundamentales? Las preguntas se arremolinan en mi mente sin resolución, cada vuelta revelando nuevas capas de imposibilidad.

—Serena.

Ahogo un grito y me giro hacia la voz, con el corazón martilleándome en las costillas con la fuerza suficiente para dejarme un moratón. Lorenzo está detrás de mí en la entrada, desnudo y alerta, sus ojos avellana afilados por la preocupación y el cálculo. La luz de la luna que entra por la ventana atraviesa su pecho, sobre los vendajes ahora con manchas de sangre que se agrandan donde la herida se estira debajo. ¿Cuánto tiempo ha estado observando? ¿Cuánto ha visto de mi crisis, de mi momento de profunda debilidad?

Su mirada capta mis lágrimas, mi agarre en el marco de la puerta, la forma en que estoy suspendida entre la huida y la rendición. La comprensión parpadea en sus rasgos; no es juicio, sino el reconocimiento de la elección que tengo ante mí.

—¿Quieres huir? —Su voz no contiene condenación, solo una silenciosa aceptación de cualquier respuesta que pudiera dar. Me dejaría ir si se lo pidiera, me doy cuenta. Honraría mi elección incluso si lo destruyera, incluso si atrajera la ira de Emilio sobre su

cabeza. El hombre que mata sin dudarlo sacrificaría todo por mi libertad.

Ese conocimiento rompe algo dentro de mí, una última barrera que había mantenido contra la rendición total. La verdad se derrama antes de que pueda detenerla, cruda, desesperada y completamente honesta.

—No —mi voz se quiebra en la palabra, se fractura por fallas que no sabía que existían—. Quiero estar en tus brazos, donde me siento segura.

Su expresión se suaviza, las líneas duras alrededor de su boca se relajan en algo que podría ser alivio o gratitud o el reconocimiento de su propia necesidad reflejada en mí. Se acerca lentamente, dándome tiempo a cambiar de opinión, a salir corriendo si eso es lo que mis instintos exigen.

En cambio, doy un paso hacia él, atraída por la promesa del refugio que representa. No seguridad —ahora entiendo que la seguridad es una ilusión, una mentira cómoda que la gente se cuenta para dormir por la noche—, sino refugio de la tormenta, un amparo temporal de fuerzas demasiado grandes para luchar sola.

Sus manos encuentran mi cara, las palmas cálidas contra mis mejillas, los pulgares secando las lágrimas que no me había dado cuenta de que seguían cayendo. El gesto es imposiblemente tierno viniendo de un hombre cuyas manos han acabado con vidas, cuyo tacto podría romperme el cuello antes de que pudiera tomar aire para gritar.

—Vuelve dentro —murmura, con la voz ronca por el sueño y algo más profundo, más complejo que el simple deseo—. Deja que cierre la puerta.

Asiento, incapaz de hablar por el nudo en la garganta. Me guía de vuelta a la habitación con una atención cuidadosa, su tacto a la vez protector y posesivo. La puerta se cierra detrás de nosotros, seguida por el sonido definitivo del pestillo al accionarse. Una barrera tan pequeña contra el mundo exterior, y sin embargo, se siente monumental en su simbolismo.

Nos hemos elegido en este momento, en este lugar. Hemos decidido enfrentar lo que venga juntos en lugar de solos.

Los dedos de Lorenzo trabajan en los botones de mi blusa, desabrochando cada uno con la misma atención cuidadosa que pone en todo lo demás. Ninguna urgencia impulsa sus movimientos ahora, solo reverencia, como si mi cuerpo fuera algo precioso en lugar de meramente disponible. La tela cae bajo sus atenciones, seguida de mi falda, mi ropa interior, las barreras que intenté reconstruir entre esta situación imposible y yo.

Cuando me lleva de vuelta a la cama, cuando su boca encuentra la mía en la oscuridad, me dejo hundir en la sensación en lugar del pensamiento. Sus manos trazan un territorio familiar con una nueva delicadeza, dibujando patrones de posesión y adoración sobre mi piel. Me arqueo bajo su tacto, susurro su nombre en el espacio silencioso entre nosotros, me permito ser consumida por una necesidad que abruma el pensamiento racional.

Pero incluso mientras mi cuerpo responde a sus caricias, incluso mientras lo atraigo más cerca y me abro a su invasión, mi mente no puede escapar por completo del futuro que espera más allá de esta habitación. Emilio Costa planea mi utilidad, diseña papeles para que interprete en juegos que apenas entiendo. En algún lugar en las sombras, los enemigos afilan sus cuchillos y planean mi captura o destrucción.

La única certeza que tengo es esta: el hombre que se mueve sobre mí ahora, cuyo aliento se mezcla con el mío, que prometió protegerme sin importar el coste. Venga lo que venga, sea cual sea la actuación que Emilio exija, sean cuales sean los peligros que se acercan con cada hora que pasa, no los enfrentaré sola.

El pensamiento debería consolarme mientras el placer crece entre nosotros, mientras el cuerpo de Lorenzo reclama el mío con una urgencia creciente. En cambio, se siente más aterrador que cualquier amenaza que haya encontrado hasta ahora. Porque ahora tengo algo que perder más allá de mi propia vida. Ahora tengo un corazón que puede romperse, confianza que puede ser traicionada, amor que puede ser usado como un arma en mi contra.

Mientras nos movemos juntos en la oscuridad, mientras me pierdo en el olvido temporal de la conexión física, comprendo que he cruzado una línea de la que no hay retorno. Ya no soy Serena

Barone, fiscal de criminales y buscadora de justicia. Me estoy convirtiendo en alguien completamente diferente: hija, peón, amante, arma.

La transformación me aterroriza.

28

LORENZO

La entrada del club no se anuncia. Entre dos vinotecas en una calle estrecha del Trastevere, una única puerta se asienta bajo pintura desconchada y piedra desgastada. Ni un cartel, ni una indicación de lo que aguarda tras el umbral. Guío a Serena con la mano en la parte baja de su espalda, sintiendo la tensión acumulada en sus hombros mientras observa la anodina fachada.

Dos hombres flanquean la entrada. Me saludan con un gesto de cabeza sin hablar, sus ojos siguen el movimiento de Serena mientras pasamos. Ella no se inmuta bajo su escrutinio, pero capto el ligero ajuste en su postura, la forma en que se yergue, más alta, más decidida. Incluso aquí, entrando en las entrañas de la organización más peligrosa de Roma, se niega a mostrar debilidad.

El interior nos engulle en terciopelo burdeos y luz ámbar. Candelabros de cristal cuelgan de techos artesonados, su brillo se refleja en suelos pulidos. La sala principal bulle con conversaciones en voz baja: hombres con trajes caros que cierran negocios entre whiskies añejos y puros cubanos. Sus voces se apagan a medida que avanzamos, no por respeto, sino por reconocimiento. Saben quién soy. Saben por qué estoy aquí.

Conduzco a Serena más allá de la sala principal, a través de un pasillo revestido con paneles de caoba y retratos al óleo de romanos

muertos hace mucho tiempo. Puertas de terciopelo salpican el pasillo a intervalos regulares, cada una ocultando negociaciones que podrían derrocar Gobiernos o acabar con vidas. El aire se vuelve más denso a cada paso, cargado con los olores a cuero y poder.

Al final del pasillo, me detengo ante la última puerta. Mis dedos rozan el pomo de latón, pero no lo giro de inmediato. En su lugar, me inclino hacia el oído de Serena, con mi voz apenas por encima de un susurro.

—Recuerda lo que te he dicho. Responde a sus preguntas. No ofrezcas información que no te pida. Y, pase lo que pase, no lo retes directamente.

Ella gira la cabeza ligeramente, sus ojos oscuros se encuentran con los míos. —No le tengo miedo, Lorenzo.

—Pues deberías.

Abro la puerta.

La cámara del rincón parece más pequeña que el resto del club, más íntima. Ricos paneles de madera cubren las paredes, interrumpidos solo por unas ventanas estrechas que ofrecen atisbos de la calle empedrada de abajo. Una alfombra persa cubre la mayor parte del suelo, sus profundos rojos y dorados atenuados por el tiempo. Dos sillones de cuero se enfrentan en el centro de la sala, cuidadosamente colocados.

Emilio Costa está de pie junto a la ventana más lejana, de espaldas a nosotros. Es más bajo de lo que la mayoría de los hombres esperan: estatura media, complexión delgada, con el pelo plateado peinado hacia atrás de un rostro curtido. Pero el poder irradia de él, llenando cada rincón del espacio. Cuando se vuelve para mirarnos, sus pálidos ojos azules evalúan a Serena con un desapego clínico.

—Lorenzo —me reconoce con un leve asentimiento, para luego centrarse por completo en ella—. Serena Barone.

Ella no responde de inmediato. En cambio, lo estudia como si examinara pruebas en un tribunal: metódicamente, buscando debilidades. Su barbilla se eleva ligeramente, pero mantiene una expresión neutra.

—Señor Costa.

Se acerca a una pequeña mesa junto a la ventana, donde se ha preparado una licorera de cristal. Hay tres vasos al lado, pero solo sirve dos medidas de whisky. El líquido atrapa la luz cuando levanta uno de los vasos, haciéndolo girar suavemente.

—Siéntese —le indica uno de los sillones.

Serena cruza la habitación sin prisa y se acomoda en el sillón con fluida elegancia, la espalda recta, las manos cruzadas en el regazo; cada movimiento, controlado.

Emilio ocupa el sillón de enfrente, dejándome de pie junto a la puerta. La disposición parece intencionada: una entrevista, no una reunión familiar. Bebe un sorbo de su whisky, estudiándola por encima del borde del vaso.

—Se ha forjado usted una carrera impresionante —dice finalmente—. Procesamiento penal. Casos de alto perfil. Me han dicho que se especializa en la corrupción dentro del sistema judicial.

—Yo acuso a criminales. El sistema en el que operan me es irrelevante.

—¿Lo es? —Deja el vaso en la mesita que hay entre ellos—. Háblame del caso Bianchi. El que le dio su reputación.

La expresión de Serena no cambia, pero capto la ligera tensión alrededor de sus ojos. El caso Bianchi había hecho caer a tres jueces y a una docena de secretarios judiciales en una trama de blanqueo de capitales. También la había puesto en el radar de todas las organizaciones criminales de Roma.

—Seguí las pruebas. Las pruebas condujeron a las condenas.

—Doce condenas. Incluido el propio juez Marchetti —Emilio se reclina en su sillón—. Eso requiere habilidad. Y paciencia. ¿Cuánto tiempo pasó preparando ese caso?

—Dieciocho meses.

—Y durante esos dieciocho meses, ¿a cuántas personas les confió información sensible?

Observo a Serena sopesar la pregunta, reconociendo la trampa que esconde. Emilio no está preguntando por sus métodos, está trazando un mapa de su red, identificando posibles filtraciones.

—Mi equipo era pequeño. Tres investigadores, un asistente jurídico y mi supervisor inmediato.

—¿Nombres?

—Antonio Ricci supervisó el caso. Marco Tessari se encargó del análisis de documentos. Elena Conti y Francesco Moretti realizaron las entrevistas.

Emilio asiente como si archivara cada nombre para futuras referencias. —¿Y el asistente jurídico?

—Sofia Amadeo.

—¿Confía en esa gente?

La mandíbula de Serena se tensa de forma casi imperceptible. —Son profesionales. Hacían su trabajo.

—Eso no es lo que he preguntado.

El aire en la sala se vuelve más denso, cargado de una amenaza tácita. Serena aguanta la mirada de Emilio sin vacilar, pero veo el cálculo tras sus ojos: la mente de la abogada trabajando en las implicaciones y posibilidades.

—La confianza se gana con acciones constantes a lo largo del tiempo. Les confié el caso. Si les confiaría mi vida es una cuestión completamente diferente.

La boca de Emilio se curva en lo que podría ser una muestra de aprobación. —Buena respuesta. Ahora hábleme de su carga de trabajo actual.

—Actualmente no tengo asignado ningún caso activo.

—Por su ausencia forzosa —hace una pausa, dejando que las palabras floten entre ellos—. Pero antes de eso. ¿En qué estaba trabajando?

Serena me mira brevemente y luego vuelve a mirar a Emilio. —Estaba revisando pruebas en la investigación de Santangelo. Delitos financieros. Fraude corporativo.

—¿Y?

—Las pruebas sugerían conexiones con el crimen organizado. Estaba preparando recomendaciones para una investigación ampliada.

—¿El crimen organizado de quién?

La está provocando, y eso hace que se me revuelvan las tripas. Sé que Emilio ya tiene la respuesta; no preguntaría sin saber lo que

va a oír. Pero quiere ver cómo responde ella, si mentirá o se desviará del tema.

—Varias familias. Las pruebas apuntaban a una red más que a una sola organización.

—¿Incluidos los Costa?

Las manos de Serena permanecen quietas en su regazo, pero capto el ligero aumento en su respiración. —La investigación era preliminar. No había llegado a conclusiones sobre familias específicas.

—Pero tenía sospechas.

—Tenía preguntas.

Emilio se inclina ligeramente hacia delante, sus pálidos ojos nunca se apartan del rostro de ella. —¿Qué preguntas?

—Sobre empresas fantasma. Sobre jueces que fallaban sistemáticamente a favor de ciertos acusados. Sobre patrones en la asignación de casos y la gestión de pruebas.

—¿Y qué respuestas encontró?

—Encontré lo suficiente como para saber que la corrupción iba más allá de jueces individuales. El propio sistema había sido comprometido.

Serena ha confirmado, en esencia, que estaba montando un caso que podría haber destruido la mitad de la infraestructura criminal de Roma, incluidas las operaciones de Emilio.

—Sabe lo que significa su sangre ahora —dice Emilio, cambiando de tema sin previo aviso.

La compostura de Serena finalmente se resquebraja, por un momento. Se le corta la respiración y sus dedos se aprietan entre sí. Pero se recupera rápidamente, su máscara vuelve a su sitio.

—Sé lo que reveló la prueba de ADN.

—¿Y qué significa eso para usted?

—Significa que mis registros de adopción no estaban tan sellados como creían mis padres. Significa que alguien a quien nunca conocí me dejó un legado que nunca pedí —hace una pausa, su voz se vuelve más firme—. Pero no cambia quién soy ni en lo que creo.

—¿No lo hace? —la voz de Emilio tiene un matiz de diversión—. Es usted una Costa, Serena. Esa sangre conlleva ciertas

obligaciones.

—Yo no elegí a esta familia.

—Ninguno de nosotros lo hizo. Pero la honramos de todos modos.

Los ojos oscuros de Serena brillan con la primera emoción real que ha mostrado desde que entró en la habitación. —¿Honor? ¿Llama honorable a lo que hacen?

La temperatura de la sala desciende diez grados. Me tenso, listo para intervenir si es necesario, pero Emilio simplemente levanta la mano, un pequeño gesto que de alguna manera logra ser tanto displicente como amenazador.

—Yo lo llamo necesario. Las autoridades legítimas de Roma son corruptas o ineficaces. Nosotros proporcionamos estructura. Orden. Protección para aquellos que no pueden protegerse a sí mismos.

—Ustedes proporcionan violencia. Extorsión. Miedo.

—Yo proporciono estabilidad en un mundo inestable —su voz permanece tranquila, conversacional—. Pero no estoy aquí para debatir filosofía con usted. Estoy aquí para discutir su futuro.

—Mi futuro es mío.

—¿Lo es? —Emilio se mete la mano en la chaqueta y saca una fotografía. La coloca sobre la mesa entre ellos, boca arriba—. Esta la tomaron hace tres semanas.

No puedo ver la imagen desde donde estoy, pero veo cómo el rostro de Serena palidece. Sus labios se separan ligeramente y su respiración se vuelve superficial.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Eso no es importante. Lo importante es lo que representa. La han estado observando, Serena. Estudiando. Evaluando. Mucho antes de que enviaran a Lorenzo a buscarla.

Ella aparta la vista de la fotografía, con la compostura aún más resquebrajada. —¿Por qué?

—Porque el conocimiento es poder. Y usted posee conocimientos que ciertas personas consideran valiosos.

—No sé nada que…

—Sabe cómo funciona el sistema. Conoce sus debilidades. Sabe quién puede ser comprado y quién no puede ser intimidado —Emilio

se reclina en su sillón—. Y lo que es más importante, sabe cómo explotar esas debilidades legalmente —Ahora está al acecho, buscando la debilidad de ella, como un depredador listo para abalanzarse sobre su víctima desprevenida.

La implicación se asienta sobre la habitación. Emilio no está revelando su parentesco, le está ofreciendo un puesto, un papel en su organización que legitimaría sus operaciones mientras destruye todo aquello por lo que ella ha trabajado para construir.

—Quiere que le ayude a corromper el sistema que he pasado mi carrera tratando de arreglar.

—Quiero que me ayude a navegar por un sistema que ya es corrupto. La diferencia es significativa —mientras habla, levanta su vaso y lo inclina hacia ella en un gesto que subraya su argumento. Una ceja se alza mientras espera a que ella reflexione.

Antes de que Serena pueda responder, un golpe seco interrumpe la conversación. La expresión de Emilio no cambia, pero veo la sutil tensión que aparece en sus hombros.

—Adelante.

Uno de sus hombres entra en la habitación: Carlo Benedetti, un hombre delgado con una energía nerviosa y ojos huidizos. Se acerca a la silla de Emilio, pero no se sienta.

—Perdone la interrupción, don Costa. Pero ha habido una novedad.

La mirada de Emilio se dirige a mí y luego de nuevo a Carlo. —Hable.

—Alguien ha seguido el coche hasta aquí. Vimos que nos seguían a dos manzanas y los interceptamos.

Se me hiela la sangre. Había comprobado si nos vigilaban, barrido la ruta dos veces. Si alguien había conseguido seguirnos hasta aquí, era un profesional. Extremadamente profesional.

—¿Quién?

—Desconocido. Pero ha dejado esto —Carlo saca un sobre manila de su chaqueta—. Ha dicho que se lo diera a usted directamente.

Emilio coge el sobre sin abrirlo de inmediato. En su lugar, estudia el rostro de Carlo, leyendo información que no se está diciendo en voz alta.

—¿Y el hombre?

—Se ha ido. Ha desaparecido entre la multitud cerca de Campo de' Fiori antes de que pudiéramos atraparlo.

Emilio agita la mano, despidiendo a Carlo con un gesto. El hombre se retira, cerrando la puerta tras de sí. Solo entonces Emilio abre el sobre.

Dentro hay una sola fotografía. Incluso desde el otro lado de la habitación, puedo verla claramente: Serena caminando cerca del juzgado, maletín en mano, su pelo alborotado por el viento. La imagen fue tomada con un teleobjetivo desde una distancia considerable, lo que significa que quien la tomó estaba apostado esperándola. Es este tipo de cosas lo que realmente me crispa. Sé que han estado vigilando, pero me pone de los nervios.

Emilio estudia la fotografía durante un largo momento, luego me mira. Sus pálidos ojos transmiten un mensaje que entiendo de inmediato. Esto no es una vigilancia al azar. Es una amenaza.

—Serena —dice en voz baja—. Creo que necesita tomar un poco el aire.

Ella abre la boca para protestar, pero yo doy un paso adelante. —Hay una terraza a través de la puerta lateral. Puedes ver la calle desde allí.

Ella mira de uno a otro, reconociendo el despido, pero también sintiendo el cambio en el ambiente. Tras un momento, se levanta y se dirige a la puerta que le he indicado. Veo cómo sus hombros se hunden mientras suspira, y entonces desaparece, dejándome a solas con Emilio Costa.

Coloca la fotografía sobre la mesa junto a la primera, disponiéndolas para que queden perfectamente alineadas. Cuando me mira, su expresión ha cambiado por completo. La fachada educada ha desaparecido, reemplazada por el cálculo frío que lo ha mantenido con vida durante años.

—¿Cuánta gente sabía que la traía usted aquí?

—Nadie. He tomado la decisión hace una hora.

—Entonces tenemos un problema —golpetea la fotografía—. Esta fue tomada hace tres meses. Antes de que usted la encontrara. Antes del hospital. Antes de que todo esto empezara.

Las implicaciones me golpean de lleno. Alguien ha estado vigilando a Serena mucho más tiempo de lo que nos dábamos cuenta. Alguien con recursos y paciencia. Alguien que sabe de su conexión con la familia Costa y ha estado esperando el momento adecuado para actuar.

—¿Quién más tiene esta información?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —Emilio se levanta y se acerca a la ventana donde se ve a Serena en la pequeña terraza exterior. Se está agarrando a la barandilla, con los nudillos blancos contra el hierro negro—. Pero primero, tenemos que discutir su futuro.

—Nunca trabajará para usted voluntariamente.

—No le estoy pidiendo que trabaje para mí voluntariamente —su voz es neutra, desprovista de emoción—. Le estoy pidiendo que sobreviva.

—¿Qué quiere decir?

Se aparta de la ventana y sus pálidos ojos se fijan en los míos. —Alguien la quiere muerta, Lorenzo. La ha querido muerta durante meses, posiblemente más. La única razón por la que sigue viva es porque primero necesitan información de ella.

—La misma información que quiere usted.

—Sí. Pero yo la quiero viva para que la proporcione. A todas luces, ellos no comparten esa preferencia.

El peso de sus palabras se cierne sobre mí. Serena no es una herramienta en una lucha de poder: es un objetivo. Y la gente que la persigue tiene recursos que rivalizan con los del propio Emilio.

—¿Qué propone?

—Propongo que se convierta en un activo de esta familia. Oficialmente. Públicamente. Bajo nuestra protección —hace una pausa, dejando que las palabras calen—. La alternativa es que siga siendo un objetivo hasta que alguien con menos escrúpulos que yo decida que ha agotado su utilidad.

—¿Y si se niega?

La expresión de Emilio no cambia, pero la frialdad se instala en sus ojos. —Entonces no sobrevivirá al próximo intento. Y habrá un próximo intento, Lorenzo. Probablemente en menos de una semana.

No tiene que explicar lo grave que es esta amenaza. Emilio no está ofreciendo protección, está lanzando un ultimátum. Unirse a la familia o morir. La elección es así de simple y así de brutal.

Miro hacia la terraza donde Serena se recorta contra el cielo del atardecer. No tiene ni idea de que su vida se ha reducido a una decisión binaria. Ni idea de que el padre que nunca conoció ha firmado su sentencia de muerte si rechaza su oferta.

Pero yo sí lo sé. Y ahora tengo que decidir si protegerla de la verdad o prepararla para ella.

29

SERENA

La terraza parece una jaula. Pequeña, estrecha, con barandillas de hierro que parecen decorativas pero que en realidad son barrotes. Me aferro al frío metal hasta que los nudillos se me ponen blancos, con la mirada fija en la calle empedrada de abajo, por donde los turistas deambulan entre vinotecas, ajenos a la conversación que tiene lugar seis metros por encima de sus cabezas.

Siento una opresión en el pecho. No de miedo; he pasado del miedo a algo más peligroso. La rabia me corre por las venas, ardiente y pura. Emilio Costa cree que puede ofrecerme elegir entre la servidumbre y la muerte. Cree que mi sangre me convierte en su propiedad, su arma, su herramienta para legitimar décadas de violencia y corrupción.

Se equivoca.

La puerta se abre a mi espalda, pero no me doy la vuelta. Ya conozco los pasos de Lorenzo, siempre con una tensión subyacente que nunca desaparece del todo.

—Serena.

—No lo hagas —consigo mantener la voz firme, pero aprieto con más fuerza la barandilla—. Sea lo que sea lo que vayas a decir, no lo hagas.

—Tienes que escuchar esto.

—Lo que tengo que hacer es salir de aquí. —Finalmente me giro para mirarlo, y la preocupación en sus ojos avellana casi me deshace —. Tengo que alejarme lo más posible de este lugar, de esta familia, de toda esta situación.

Lorenzo se acerca, pero con cuidado. Ha aprendido a leer mi estado de ánimo, a reconocer cuándo estoy a punto de romperme. —Ya no es tan sencillo.

—Nunca fue sencillo. Pero ahora es imposible. —Señalo con un gesto la puerta que conduce de vuelta al despacho privado de Emilio —. Quiere que me convierta en todo aquello contra lo que he luchado durante mi carrera. Quiere que use mi conocimiento del sistema legal para ayudarle a eludir las consecuencias de sus crímenes.

—Te quiere viva.

Me sereno, las cejas se me enarcan lentamente mientras asimilo las palabras. Estudio el rostro de Lorenzo, buscando el significado que se oculta bajo su cuidada expresión.

—Y la alternativa es la muerte. Sí, esa parte de su amenaza la he entendido.

—No era una amenaza, Serena. Era una advertencia.

Lorenzo se coloca a mi lado en la barandilla, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Siempre es cálido, siempre firme. Incluso en medio del caos, se mantiene centrado de una forma que yo nunca he conseguido dominar.

—Alguien te ha estado vigilando durante meses. Mucho antes de que me enviaran a buscarte. La fotografía que te ha enseñado Emilio...

—Fue tomada hace tres meses. Me acuerdo. —El recuerdo me provoca un nudo en el estómago—. Volvía del juzgado después de la vista de los Bianchi. Me acuerdo de ese día porque llovía y me había olvidado el paraguas.

—Te estaban cazando, Serena. Estudiándote. Conocen tus rutinas, tus costumbres, tus vulnerabilidades. Y ahora saben de tu conexión con la familia Costa.

Me giro para mirarlo de frente, buscando en su expresión cualquier indicio de engaño. —¿Quiénes son?

—Todavía no lo sabemos. Pero tienen recursos. Vigilancia profesional. La capacidad de moverse por Roma sin ser detectados. —Su mandíbula se tensa—. Y te quieren muerta.

—Por lo que sé sobre los casos de corrupción.

—Por lo que representas. —La mano de Lorenzo cubre la mía sobre la barandilla, cálida y firme—. Eres una Costa a la que no se puede comprar ni intimidar. Entiendes ambos lados del sistema: el legal y el criminal. Eres un peligro para cualquiera que se beneficie de mantener esos dos mundos separados. Y habrían venido a por ti aunque Emilio no me hubiera enviado.

El peso de sus palabras se instala sobre mí. He pasado mi carrera creyendo que la justicia podía triunfar sobre la corrupción a través de los canales legales. Pero aquí, de pie, con la sangre de la familia criminal más poderosa de Roma corriendo por mis venas, empiezo a comprender lo ingenua que era esa creencia.

—Así que mis opciones son convertirme en el arma de Emilio o convertirme en un objetivo.

—Tus opciones son aceptar la protección del único hombre en Roma lo bastante poderoso para mantenerte con vida o morir antes de que acabe la semana.

La brutal honestidad en su voz atraviesa mi rabia. Lorenzo no maquilla la realidad. La presenta tal y como es, sin sentimentalismos ni falsas esperanzas.

—¿Y qué hay de nosotros? —La pregunta se me escapa antes de poder evitarla—. ¿Qué pasa con lo que sea que hay entre nosotros si me uno a su organización?

Lorenzo aprieta mi mano con más fuerza. —Emilio no ha dicho que no.

—¿Qué?

—Cuando le he hablado de nosotros. De lo que está pasando entre nosotros. —Sus ojos avellana se clavan en los míos—. No lo ha prohibido. No me ha ordenado que me aleje de ti.

—Eso no es exactamente una bendición.

—Viniendo de Emilio Costa, es lo más parecido a una aprobación que conseguirás jamás. —El pulgar de Lorenzo traza un camino sobre mis nudillos, un gesto tierno que contrasta con la violencia

que define su vida—. Podría haber acabado con esto con una sola palabra, podría haberme transferido a otra misión, a otra ciudad. No lo ha hecho.

Quiero creerle, quiero creer que algo real puede existir entre nosotros a pesar de las circunstancias que nos han unido. Pero la parte racional de mi mente —la fiscal que ha pasado años navegando por las complejidades del derecho penal— sabe que no es así.

—Esto no es una relación, Lorenzo. Esto es síndrome de Estocolmo con una conversación decente.

Su expresión no cambia, pero veo una leve tensión alrededor de sus ojos. —¿Eso es lo que crees que es esto?

—Creo que me ha secuestrado un hombre cuyo trabajo es matar a gente que incomoda a su jefe. Creo que he estado secuestrada durante semanas, aislada de todas las personas en las que confío, obligada a depender de ti para sobrevivir. —Las palabras me dejan un sabor amargo en la boca, pero hay que decirlas—. Creo que mi juicio está comprometido.

—Y yo creo que te estás mintiendo a ti misma.

La tranquila convicción en su voz me deja helada. Lorenzo se acerca más, su mano libre se alza para ahuecar mi cara. Su palma está caliente contra mi mejilla, áspera por años de violencia pero tierna en su contacto.

—¿Quieres saber lo que pienso? —Su voz baja a poco más que un susurro—. Creo que estás aterrorizada de admitir que te importo. Porque que te importe alguien te hace vulnerable. Y te has pasado toda tu vida adulta evitando la vulnerabilidad.

—Lorenzo…

—Creo que prefieres creer que esto es una especie de manipulación psicológica a aceptar que elegiste confiar en mí. Que elegiste dejar que te tocara. Que elegiste…

El primer disparo atraviesa sus palabras como una cuchilla.

El sonido resuena en los edificios de piedra con un chasquido agudo e inconfundible. Luego otro. Y otro. Todo el cuerpo de Lorenzo se pone rígido, su mano baja de mi cara al arma oculta bajo su chaqueta.

—¡Al suelo!

No espera a que obedezca. Su brazo me rodea la cintura y me empuja hacia abajo, detrás del murete de piedra que bordea la terraza. La áspera piedra me raspa las palmas de las manos mientras me apoyo, con el corazón martilleándome en las costillas.

Estallan más disparos desde la calle de abajo. No son disparos al azar, sino coordinados, profesionales. Múltiples armas disparando en secuencia, creando campos de tiro superpuestos.

—No te muevas. —La voz de Lorenzo se ha transformado por completo. Ha desaparecido el hombre que me acariciaba la cara hace un momento. En su lugar está el asesino, frío, concentrado y letal—. No te muevas. No levantes la vista. No hagas nada a menos que yo te lo diga.

A través de los balaústres de piedra, puedo ver fogonazos en la oscuridad al otro lado de la calle. Hombres vestidos de oscuro se mueven al unísono como si fueran militares entrenados, avanzando hacia el club desde múltiples ángulos. No es un ataque al azar. Es un asalto coordinado.

Lorenzo habla rápidamente por un dispositivo que no me había dado cuenta de que llevaba. —Brecha en el perímetro. Múltiples tiradores. La posición de Serena está comprometida.

Se oyen gritos desde dentro del club, los hombres de Costa se movilizan, tomando posiciones defensivas. Oigo el ruido de muebles volcados, el estruendo de cristales al ser reventados por los disparos.

—¿Cuántos? —susurro.

—Al menos seis. Probablemente más. —Los ojos de Lorenzo escudriñan la calle de abajo, rastreando movimientos que yo no puedo ver—. Profesionales. Bien equipados. Han estado planeando esto.

Una explosión sacude el edificio. No lo bastante cerca como para dañar la terraza, pero sí lo bastante potente como para hacer temblar la piedra bajo nosotros. Las alarmas de los coches empiezan a sonar a lo lejos, y puedo oler a humo en el aire de la noche.

—El aparcamiento —dice Lorenzo con gravedad—. Están cortando las vías de escape.

A través del caos, oigo un grito. Agudo, agónico. Alguien ha sido alcanzado.

Lorenzo se tensa a mi lado, su mano se mueve hacia su arma. —Tenemos que movernos. Ahora.

—¿Adónde?

—Dentro. Esta terraza está demasiado expuesta.

Tiene razón. Estamos atrapados en una estrecha cornisa de piedra con una cobertura mínima, objetivos perfectos para cualquiera con un tiro limpio desde los edificios circundantes. Pero la idea de volver corriendo al club, hacia los disparos, va en contra de todos mis instintos.

—Serena. —La voz de Lorenzo me saca de mi parálisis—. Confía en mí.

Lo miro a los ojos y veo en ellos una certeza absoluta. Sin dudas. Sin miedo. Confianza total en su capacidad para mantenerme con vida.

—Vale.

Él se mueve primero, levantándose de detrás del muro de piedra con un movimiento fluido. Su arma aparece en su mano como si se hubiera materializado de la nada, y dispara dos veces a objetivos que no puedo ver. El fuego de respuesta arranca esquirlas de piedra de la barandilla donde había estado mi cabeza momentos antes.

—¡Muévete! —retumba su voz, y yo no pienso. Corro.

Lorenzo se mantiene entre la calle y yo, su cuerpo protegiendo el mío mientras cruzamos la terraza expuesta. Otra ráfaga de disparos hace añicos las ventanas del club, enviando una cascada de cristales a los adoquines de abajo.

La puerta del club es de acero reforzado disfrazado de madera. Lorenzo la abre de un tirón y me empuja a través de ella, siguiéndome inmediatamente después. El sonido de los disparos se vuelve más sordo, pero no cesa.

Dentro, reina el caos. Los hombres de Costa han volcado mesas y se han apostado en las ventanas, devolviendo el fuego a los atacantes en la calle. El aire está cargado de humo y del olor acre de la pólvora.

—¡Lorenzo! —La voz de Emilio se abre paso entre el ruido. Está posicionado detrás de una barra volcada, con una pistola en la mano —. ¿Cuántos?

—Ocho confirmados. Quizá más. —Lorenzo me guía hacia una pesada puerta de madera sin ninguna marca visible—. Están usando la explosión del aparcamiento para cubrir un asalto por tierra.

—La quieren a ella.

No es una pregunta. Los ojos pálidos de Emilio encuentran los míos a través de la habitación llena de humo, y veo en ellos un frío cálculo. No preocupación por mi seguridad, sino más bien la valoración estratégica de un activo amenazado.

Lorenzo saca una llave y abre la puerta sin marcar. Detrás de ella se encuentra una estrecha escalera que desciende a la oscuridad.

—Habitación del pánico —explica lacónicamente—. Paredes reforzadas, ventilación independiente, equipo de comunicaciones.

Otra explosión sacude el edificio, esta vez más cerca. Cae polvo del techo y varios de los hombres maldicen en voz alta.

—Vete. —Lorenzo me empuja hacia la escalera—. Yo aseguraré el punto de entrada.

—¿Y si…?

—¡Vete!

Desciendo a la oscuridad, mis tacones resonando en los escalones de hormigón. Detrás de mí, oigo cerrarse de golpe la pesada puerta de acero y cómo se activan múltiples cerraduras. El sonido de los disparos se vuelve distante, amortiguado por capas de hormigón armado.

La habitación del pánico es pequeña pero está bien equipada. Unas luces de emergencia iluminan paredes de hormigón revestidas de equipos de comunicación, monitores que muestran las imágenes de seguridad de todo el club y un pequeño alijo de armas. Un banco estrecho recorre una pared y un armario de acero marcado con símbolos médicos sugiere que hay suministros de primeros auxilios.

A través de los monitores, puedo ver la batalla que se libra arriba. Hombres con equipo táctico se mueven con coordinación profesional, avanzando sobre el club desde múltiples direcciones. Los

defensores de Costa son superados en número pero están mejor posicionados, utilizando la arquitectura del edificio a su favor.

En una pantalla, veo a una figura con equipo negro trepar por una ventana destrozada. Avanza tres pasos antes de que Lorenzo aparezca detrás de él, moviéndose con una gracia letal. El navajazo es rápido, eficiente, casi casual. El atacante cae sin hacer ruido.

Otras dos figuras doblan la esquina, con las armas en alto. Lorenzo no duda. Su pistola dispara dos veces, al torso, y ambos hombres se desploman. Ya se está moviendo antes de que sus cuerpos toquen el suelo, fluyendo como el agua por los pasillos llenos de humo.

Este es quien es él en realidad. No el hombre que me tocó la cara con manos tiernas hace un momento. No el hombre que prepara el café por las mañanas y lee mientras yo trabajo. Este es el asesino. El Devorador de Pecados. El sicario más temido de Roma.

Y está matando gente para protegerme.

Otro monitor muestra la calle exterior. Hay cuerpos inmóviles sobre los adoquines, algunos con equipo táctico, otros con los trajes oscuros de los hombres de Costa. Una furgoneta arde cerca de la entrada del aparcamiento, una columna de humo negro se eleva hacia el cielo nocturno.

Los disparos empiezan a disminuir, ráfagas esporádicas en lugar de un intercambio constante. O los atacantes se están quedando sin munición o se están quedando sin hombres.

En el monitor que muestra la sala principal del club, veo a Emilio coordinando a sus hombres restantes. Se mueve con calma autoridad a pesar del caos, dirigiendo posiciones defensivas y rutas de evacuación. Esta no es su primera guerra.

Una nueva voz crepita por el sistema de comunicación. —Perímetro asegurado. Cinco hostiles abatidos. Sin bajas amigas.

La voz de Lorenzo responde de inmediato. —Confirmado. Zona despejada.

—Revisad y asegurad. Protocolos completos.

—Recibido.

La lucha ha terminado.

Permanezco en la habitación del pánico otros diez minutos, observando en los monitores cómo los hombres de Costa registran metódicamente la zona. Se mueven cuerpos, se recogen pruebas, se interroga a testigos. La eficacia es inquietante. Está claro que esta organización se ha enfrentado a ataques similares antes.

Cuando la puerta de acero se abre por fin, Lorenzo aparece en lo alto de las escaleras. Se ha quitado la chaqueta y veo sangre en su camisa blanca; no es suya, a juzgar por sus movimientos.

—Ha terminado —dice simplemente.

Subo las escaleras con las piernas temblorosas, la adrenalina empieza por fin a desvanecerse. La sala principal del club parece una zona de guerra. Muebles volcados, cristales rotos, agujeros de bala en las paredes. El olor a pólvora y sangre flota pesado en el aire.

—¿Cuántos? —pregunto.

—Cinco atacantes muertos, pero no eran todos. —La expresión de Lorenzo es sombría—. Esto ha sido solo la jugada inicial.

Emilio aparece detrás de la barra dañada, enderezándose la corbata con calma. Sus ojos pálidos me evalúan con frialdad clínica, buscando heridas o signos de crisis nerviosa.

—Ahora saben dónde está usted —dice—. Saben de su conexión con nuestra familia. Y están dispuestos a empezar una guerra para eliminarla.

El peso de sus palabras se abate sobre mí. Este ataque no fue violencia al azar. Fue un intento de asesinato coordinado, asesinos profesionales enviados específicamente para acabar con mi vida.

—¿Por qué? —La pregunta sale apenas como un susurro.

—Porque usted representa todo lo que temen —responde Emilio con calma—. Por eso debe trabajar para mí.

Se acerca, y veo en sus ojos pálidos algo que podría ser preocupación paternal.

—La querían muerta antes de que pudiera serme útil. ¿Pero ahora? —Señala la destrucción que nos rodea—. Ahora han declarado la guerra abierta. Y en la guerra, Serena, solo hay dos posiciones: aliado o enemigo.

Miro a mi alrededor, a la sala destruida, a la sangre en las paredes y a los cuerpos que retiran hombres con trajes caros. A Lorenzo, todavía armado y alerta a pesar del aparente fin de la amenaza. A Emilio, que habla de la guerra con la misma naturalidad con la que otros hombres hablan del tiempo.

Este es mi mundo ahora. Violencia y poder, sangre y traición. La elección que Emilio me ofreció arriba la han tomado por mí unos desconocidos con pistolas y explosivos.

Soy una Costa. Y en Roma, eso significa que ya estoy en guerra.

La única pregunta ahora es si lucharé por sobrevivir.

30

LORENZO

La sangre forma un charco oscuro en el suelo de la entrada, tan espeso que refleja la luz de la lámpara de araña que cuelga sobre nuestras cabezas. Mantengo una mano en el hombro de Serena mientras está sentada en la silla de respaldo alto, con la respiración por fin calmada después del caos. La puerta del despacho se cierra con llave a nuestra espalda mientras, fuera, las sirenas aúllan cada vez más cerca, pero el sonido no llega hasta aquí; no a través de estas paredes, no con los hombres de Emilio ya en movimiento.

—No te muevas de aquí. —Compruebo el cerrojo dos veces antes de volver a mirarla—. Necesito ver la magnitud del desastre.

Ella asiente sin levantar la vista. Sus manos descansan planas sobre sus muslos, con los dedos muy abiertos, como si intentara anclarse a la silla. Los pantalones negros que llevaba esta noche tienen un rasgón cerca del bajo de una pernera, donde se rozó con el marco de la puerta cuando la metí dentro. Unas motas de sangre —que no es suya— salpican la tela de su hombro, por donde se ha rozado conmigo.

Entorno la puerta y echo un vistazo al pasillo. Tres de los soldados de Emilio pasan de largo, sus pasos amortiguados por la cara alfombra. Uno lleva un cubo y una fregona. Otro carga con lo que parece ser equipo de vigilancia en una bolsa de lona. Ni siquiera

me miran, demasiado ocupados siguiendo el protocolo como para preocuparse de si alguien los observa.

La planta principal del club se extiende más allá del pasillo, y oigo voces. La gente de Emilio trabaja rápido cuando es necesario, y esta tarde han tenido que trabajar más rápido que nunca. Un tiroteo en Il Cerchio podría atraer atención no deseada de todas partes: fiscales, periodistas, familias rivales. El tipo de atención que acaba con la gente bajo tierra.

Cierro la puerta y me vuelvo hacia Serena. Ahora se mira las manos, flexionando los dedos como si estuviera comprobando si todavía le responden.

No le digo que los hombres de Emilio han atrapado a uno de los atacantes a tres calles de aquí. No necesita saber lo que ha pasado en ese callejón. «No volverán», la tranquilizo, pero no levanta la vista.

La habitación se queda en silencio, excepto por el lejano murmullo de voces que se oye a través de las paredes. Serena se pasa una mano por el pelo, deshaciendo el elaborado recogido que se había hecho antes. Unos mechones oscuros caen sueltos alrededor de su cara, suavizando los marcados ángulos de sus pómulos.

—¿Ha sido por mí? —pregunta en voz baja, y percibo el miedo en su tono.

—Sí.

—¿La familia Bianchi?

—Lo más probable. —Me aparto de la puerta y me dirijo a la ventana. A través de las gruesas cortinas, veo luces parpadeantes a lo lejos. La policía se está acercando—. Llevan semanas vigilándote. Hoy ha sido su jugada.

Se queda en silencio durante un largo momento. Cuando vuelve a hablar, su voz tiene un deje de ira. Eso está bien. Eso la motivará allí donde el miedo la tiene paralizada.

—¿Cuánto tardarán en volver a intentarlo?

—No lo harán. —Me aparto de la ventana para mirarla—. No después de esta noche.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

Me escudriña el rostro, buscando algo que no le voy a dar. Duda, quizá. Miedo. No encontrará ninguna de las dos cosas. Llevo demasiado tiempo en esto como para dudar de mí mismo ahora. La familia Bianchi hizo su jugada y falló. En este mundo, los intentos fallidos no tienen segundas oportunidades.

Unos golpes en la puerta interrumpen la conversación. Tres golpes cortos, y después dos largos. La señal de Emilio.

Abro la puerta y lo encuentro de pie en el pasillo, con su camisa blanca todavía inmaculada a pesar del caos que ha estallado hace menos de media hora. Ni una arruga, ni una mancha. Su pelo cano está perfectamente peinado hacia atrás, y su expresión tiene la misma autoridad tranquila de siempre. Detrás de él, el pasillo está vacío. Sus hombres han terminado su trabajo.

—Lorenzo. —Entra en la habitación sin esperar invitación. Sus ojos encuentran a Serena de inmediato, repasando su aspecto desaliñado, la ropa rasgada, la forma en que se mantiene en la silla —. ¿Está herida?

Ella niega con la cabeza. —No.

—Bien. —Se acerca al escritorio que hay al otro extremo de la habitación y se acomoda en la silla de cuero que hay detrás. Emilio recorre el borde con los dedos mientras habla—. La situación inmediata está controlada. Las grabaciones de vigilancia se han corrompido. Se ha recordado al personal su deber de discreción. La prensa informará de una fuga de gas que ha requerido la evacuación.

Yo permanezco de pie junto a la puerta. —¿Y los cuerpos?

—¿Qué cuerpos? —La sonrisa de Emilio no le llega a los ojos—. Ha habido una pequeña explosión en la cocina. Una desgracia, pero estos edificios antiguos tienen unas instalaciones de gas muy anticuadas.

Serena se remueve en la silla. —La policía...

—... encontrará exactamente lo que espera encontrar. —Emilio se echa hacia atrás, juntando las yemas de los dedos—. Un fallo mecánico, contenido rápidamente. Sin víctimas. El club reabrirá la semana que viene después de las reparaciones.

La eficacia de todo esto ya no debería sorprenderme, pero lo hace. Emilio lleva treinta años limpiando chapuzas. Podría orquestar una tapadera hasta dormido.

—Tenemos que hablar de su situación —continúa Emilio, con la atención centrada por completo en Serena—. Este ataque lo cambia todo.

Ella se endereza en la silla. —¿Cómo?

—Su identidad ya no es un secreto que podamos proteger ocultándola. —Se levanta y va hacia la ventana desde la que yo observaba antes. Las luces de la policía ya no están, dejando solo el resplandor habitual de las farolas de Roma—. Todas las familias de la ciudad saben que existe. Saben lo que significa para mí. Ocultarla no consigue nada, excepto convertirla en un objetivo más fácil.

—Entonces, ¿qué sugiere?

Emilio se aparta de la ventana. —Que dejemos de escondernos.

Veo a Serena procesar las implicaciones, su mente de abogada analizando posibilidades y consecuencias. Es rápida, más que la mayoría de la gente con la que trata Emilio. Pero también es terca, y la gente terca comete errores cuando se ve acorralada.

—No seré una marioneta —dice.

—No le pido que lo sea. —Emilio vuelve a su silla, acomodándose con la tranquilidad de una confianza absoluta—. Le ofrezco poder.

—¿Poder?

—Un puesto. Reconocimiento oficial. Recursos. —Enumera cada punto con los dedos—. La familia Costa necesita representación legal. Representación de verdad, no los fiscales comprados y los jueces corruptos en los que hemos confiado durante años. Necesitamos a alguien brillante, alguien limpio, alguien que pueda moverse por el sistema porque lo entiende desde dentro.

Serena entrecierra los ojos. —Quiere que sea su abogada.

—Quiero que sea *nuestra* abogada. La estratega de la defensa legal de la familia. Aliada públicamente, con todos los recursos y operando con mi total respaldo. —Emilio se inclina ligeramente hacia delante—. Se acabó el esconderse en apartamentos pequeños. Se acabó trabajar sola. Se acabó fingir que no es quien es.

—¿Y si me niego?

La pregunta sale en voz baja, pero llena la habitación. Me encuentro conteniendo la respiración, esperando la respuesta de Emilio. Le he visto lidiar con el desafío antes. No suele terminar bien.

Pero cuando habla, su voz transmite algo que rara vez le oigo. Afecto, quizá. O respeto.

—Entonces se negará. Pero sola ahí fuera no sobrevivirá. —Hace un gesto, y ella se estremece.

—¿Es una amenaza?

—Es la realidad. —Emilio extiende las manos—. Esta noche ha demostrado que esconderla es imposible. Todas las familias de Roma irán a por usted ahora, algunas para usarla en mi contra, otras para eliminar una amenaza que no pueden controlar. Tiene dos opciones: aceptar mi protección y las responsabilidades que conlleva, o enfrentarse a ellos sola.

Entonces me mira, buscando en mi cara algo que no estoy seguro de poder darle. Seguridad, quizá. O la confirmación de que tiene otras opciones. Pero ambos sabemos que no es así.

—¿Qué responsabilidades? —pregunta, volviéndose hacia Emilio.

—Asesoramiento legal. Estrategia. Defensa de los intereses de la familia por canales legítimos. —Hace una pausa—. Y lealtad completa.

—A usted.

—A la familia.

La distinción es importante, aunque dudo que Serena la capte. Emilio es la familia, pero la familia es más grande que Emilio. Es historia, tradición, una forma de vida que existía antes que él y existirá cuando él ya no esté. La lealtad a la familia significa lealtad a algo más grande que las ambiciones de una sola persona.

Serena se queda callada durante un buen rato. Cuando por fin habla, su voz es firme.

—¿Y Lorenzo?

Emilio me mira a mí, y luego a ella. —Lorenzo será su protección principal. Guardaespaldas, ejecutor, lo que la situación requiera. —Sus ojos se encuentran con los míos a través de la habitación—. Ella se convierte en tu única prioridad. La protegerás con tu vida, porque puede que algún día ella sea quien salve la tuya.

Las palabras me golpean con fuerza. He estado protegiendo a Serena durante semanas, pero siempre con el entendimiento de que era algo temporal. Un trabajo con un final definido. Que me asigne esta tarea cambia los límites de lo que está pasando entre nosotros.

—Entendido —digo.

Serena se vuelve en su silla para mirarme. —¿Y a ti te parece bien?

Su pregunta me pilla por sorpresa. Nadie me pregunta si me parecen bien las órdenes. Las órdenes son órdenes. Las cumples o te enfrentas a las consecuencias. Pero hay algo en su voz —preocupación, quizá— que me hace considerar la pregunta seriamente.

¿Que si me parece bien? ¿Hacer de ella mi único foco, mi principal responsabilidad? ¿Atar mi vida a la suya de una manera que va más allá de la obligación profesional?

—Sí —le digo. Y lo digo en serio.

Ella asiente lentamente y luego se vuelve hacia Emilio. —Tengo condiciones.

Él arquea ligeramente las cejas. —Prosiga.

—No toque a mis padres. Ni siquiera con una amenaza.

—De acuerdo —dice él, asintiendo.

—Yo elijo mis propios casos. Si la familia necesita ayuda legal, se la proporcionaré. Pero no suprimiré pruebas ni obstruiré a la justicia por nadie.

Emilio lo considera. —Dentro de lo razonable.

—No. Sin excepción. —Su voz se endurece—. No comprometeré mi ética, ni siquiera por usted.

La habitación se queda en silencio. Puedo oír los latidos de mi propio corazón en el instante que se alarga entre ellos. Emilio podría terminar esta conversación ahora mismo. Podría hacer que la quitaran de en medio, que desapareciera, que fuera olvidada. En lugar de eso, sonríe.

—Tiene agallas. Respeto eso. —Se levanta y le extiende la mano por encima del escritorio—. Bienvenida a la familia, Serena.

Ella mira su mano extendida durante un largo momento antes de alargar la suya para estrechársela. Su apretón es firme, su mirada

serena. Cuando suelta su mano, algo ha cambiado en la habitación. La dinámica, el equilibrio de poder, el camino a seguir.

—Habrá un anuncio formal la semana que viene —continúa Emilio—. Rueda de prensa, entrevistas, toda la parafernalia. Para entonces, tendrá un nuevo lugar donde vivir, seguro, apropiado para su posición. Lorenzo coordinará la transición.

Asiento y pregunto: —¿Cuándo la trasladamos?

—Esta noche. El apartamento cerca del Foro ahora está comprometido. —Mira a Serena—. Empaque lo que necesite. Todo lo demás será reemplazado.

Ella abre la boca para protestar, pero parece pensárselo mejor. Mujer lista.

—Lorenzo la acompañará a la salida, Serena. —Emilio se dirige hacia la puerta y luego se detiene—. Una cosa más... A partir de ahora, no irá a ninguna parte sin protección. Lorenzo o uno de sus hombres, siempre. Sin excepciones, sin discusiones.

—Entendido.

Él asiente y se va, cerrando la puerta tras de sí. La habitación parece diferente sin su presencia, más pequeña, más silenciosa.

Serena se deja caer en la silla, la cuidada compostura que ha mantenido durante toda la conversación finalmente se resquebraja. Se pasa ambas manos por el pelo, destruyendo lo que queda del elaborado recogido.

—Esto está pasando de verdad —dice.

—Sí.

—Mi vida tal como la conocía se ha acabado.

Me alejo de la puerta y me siento en la silla frente a ella. —Tu vida tal como la conocías nunca iba a durar. Demasiada gente sabía la verdad. Esta noche simplemente ha forzado la situación.

Me mira con esos ojos oscuros que parecen ver más de lo que deberían. —¿Y tú? ¿Cómo te sientes al tenerme que aguantar permanentemente?

La pregunta es informal, pero puedo oír la incertidumbre que hay debajo. Me está preguntando si me resiento por la asignación, si la veo como una carga que me han endosado contra mi voluntad.

—He tenido peores misiones —le digo.

Se ríe, y el sonido me sorprende. Es la primera vez que la oigo reír desde el tiroteo, quizá la primera vez en toda la noche.

—Todo un cumplido viniendo de alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Un asesino a sueldo que probablemente considera que hacer de niñera está por debajo de sus habilidades.

No se equivoca. Hace un mes, habría considerado esta misión exactamente eso: hacer de niñera de alguien demasiado importante como para matarla, pero demasiado peligrosa como para dejarla sin protección. Pero eso fue antes de conocerla. Antes de ver cómo maneja la presión, cómo se niega a romperse incluso cuando todo a su alrededor se desmorona.

—No eres una misión de niñera —le digo.

—¿No?

—No. Eres... —Hago una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Eres la persona más peligrosa a la que me han asignado proteger.

Ella arquea las cejas. —¿Peligrosa cómo?

—Haces que la gente quiera ser mejor de lo que es.

La confesión sale antes de que pueda detenerla, e inmediatamente me arrepiento de las palabras. Demasiado honestas. Demasiado reveladoras. Pero Serena no se ríe ni descarta lo que he dicho. En cambio, se inclina ligeramente hacia delante, estudiándome la cara.

—¿Es eso lo que te provoco?

Podría desviarlo, cambiar de tema, retirarme detrás de la distancia profesional que he mantenido durante la mayor parte de mi vida adulta. En lugar de eso, me encuentro respondiendo con sinceridad.

—Sí.

Asiente lentamente, como si estuviera procesando algo complejo. —Bien.

—¿Bien?

—Porque tú haces que yo quiera ser más valiente de lo que soy.

Serena Barone es una de las personas más valientes que he conocido. Se ha enfrentado a asesinos, ha desafiado a capos de la

mafia y se ha negado a renunciar a sus principios incluso cuando rendirse habría sido más fácil. La idea de que necesite ser más valiente me parece imposible.

—Ya eres valiente.

—No —dice ella—. Soy cuidadosa. Soy controlada. Minimizo el riesgo y planifico cada contingencia. Eso no es lo mismo que ser valiente.

—¿Cuál es la diferencia?

—La gente valiente se arriesga con cosas a las que teme. —Me mira a los ojos—. Incluso cuando no sabe cómo acabará.

Ahora estamos hablando de algo más que coraje, más que obligaciones profesionales o lealtad familiar. Estamos hablando de eso que ha estado creciendo entre nosotros durante semanas: la conexión que ninguno de los dos ha reconocido, la atracción que se hace más fuerte cada vez que estamos en la misma habitación.

31

SERENA

La casa de Lorenzo se siente diferente esta noche. Las habitaciones familiares, que antes parecían frías, ahora transmiten una calidez que no sé identificar del todo. Quizá sea por cómo se mueve por el espacio, ya no es el desconocido prudente que mantenía una distancia profesional. Quizá sea por saber que este lugar —su santuario— está a punto de convertirse también en el mío.

Estoy de pie en el salón mientras él enciende un fuego en la chimenea de piedra. Las llamas prenden enseguida, proyectando una luz dorada que danza por las paredes. Fuera, la lluvia golpetea contra las ventanas, convirtiendo el cristal en ríos de luz distorsionada de las farolas.

—¿Tienes hambre? —pregunta, irguiéndose frente al hogar—. Tiene las manos manchadas de hollín y se las limpia con una toalla antes de tirarla a un lado.

Me doy cuenta de que no he comido nada desde el almuerzo. Los acontecimientos en el club, la oferta de Emilio, el peso de la decisión que he tomado… todo ha absorbido mi atención por completo. Ahora, con la seguridad instalada a mi alrededor y la presencia de Lorenzo llenando la estancia, el hambre regresa con una fuerza sorprendente.

—Muerta de hambre.

Él señala hacia la cocina con la cabeza. —Ven. Cocinaré yo.

La cocina es más grande que todo mi antiguo apartamento. Encimeras de mármol, electrodomésticos de alta gama, ventanas que dan a un pequeño jardín detrás de la casa donde la valla de privacidad aísla su espacio del vecindario. Lorenzo se mueve por la estancia, saca ingredientes del frigorífico y los coloca sobre la encimera.

—¿Pasta? —sugiere—. Preparo una carbonara bastante decente.

—¿Cocinas?

—Vivo solo. La alternativa es pedir comida a domicilio todas las noches. —Llena una olla de agua y la pone al fuego—. Además, cocinar es metódico. Me resulta relajante.

Lo observo trabajar, fascinada por esta faceta suya tan doméstica que nunca he visto. Sus movimientos son precisos mientras bate los huevos y ralla el queso, pero hay algo casi meditativo en el proceso. La tensión que normalmente carga en los hombros se ha aliviado.

—Háblame de esa vida —digo, sentándome en uno de los taburetes que hay frente a la isla de la cocina—. ¿Qué debo esperar?

Deja de batir. —No es la vida que habías planeado.

—Eso ya me lo imaginaba.

Deja el bol a un lado y se gira para mirarme de frente. —Tendrás dinero. Más del que sabrás en qué gastar. Una casa que hará que esta parezca modesta. Coches, ropa, acceso a lugares sobre los que la mayoría de la gente solo lee en las revistas.

—Cosas materiales.

—Sí. Pero también influencia. Cuando hables, la gente te escuchará; no por quién eres, sino por el apellido que llevas. Los jueces te cogerán las llamadas. Los fiscales considerarán acuerdos que no le ofrecerían a nadie más. Las puertas se abrirán antes incluso de que te acerques a ellas.

El agua de la olla empieza a burbujear. Lorenzo añade sal y echa la pasta, removiendo una vez antes de poner un temporizador.

—¿Y el precio?

—La libertad. —No duda—. Todo lo que hagas se refleja en la familia. Cada decisión que tomes, cada persona con la que te

relaciones, cada caso que aceptes… todo se examinará con lupa. Te vigilarán, te protegerán, pero también te controlarán.

Asimilo esto, dándole vueltas en mi cabeza. —¿Emilio?

—Todo el mundo. La familia tiene expectativas. Enemigos que buscarán puntos débiles. Aliados que necesitan que les reafirmes tu lealtad. —Se acerca a los fogones y comprueba la pasta—. Tu vida se convierte en propiedad pública de formas que no puedes ni imaginar.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu papel en todo esto?

Escurre la pasta y la añade a una sartén con panceta crujiente. El intenso olor inunda la cocina, reconfortando mis sentidos. —Te mantengo con vida. Te mantengo a salvo. Elimino las amenazas antes de que se conviertan en problemas.

—No me refería a eso.

Sabe que no. Lo veo en cómo se le tensan ligeramente los hombros, en cómo se concentra con demasiada intensidad en mezclar la pasta con el huevo batido. Cuando por fin me mira, sus ojos transmiten algo puro y vulnerable.

—¿A qué te referías?

—Me refería a qué eres para mí. ¿Guardaespaldas? ¿Carcelero? ¿Algo más? —Una sonrisa se dibuja en mis labios, pero la oculto. Cuando empezamos esto, era más bien un captor. Ahora quiero mucho más. Sé que los psicólogos lo llamarían síndrome de Estocolmo, pero me siento segura. De todas formas, no necesito sus opiniones.

El temporizador suena, pero él lo ignora. En su lugar, apaga el fuego y rodea la isla para plantarse frente a mí. Lo bastante cerca como para oler su colonia, para ver las motas doradas de sus ojos avellana.

—¿Qué quieres que sea?

La pregunta está cargada de posibilidades y de peligro a partes iguales. Peligro porque estoy arriesgando mi corazón por alguien que sé de sobra que podría destruirlo. Pero me encuentro respondiendo con total sinceridad.

—Quiero que seas mío.

Los ojos de Lorenzo escrutan mi rostro, buscando dudas o vacilación. No encontrará ninguna de las dos.

—Serena. —Pronuncia mi nombre con voz áspera, casi rota. Actúa como si no me hubiera dicho ya que me quiere, como si ese momento de ternura en la habitación del hotel no hubiera ocurrido. Me parece que todavía hay mucha vacilación en sus pensamientos hasta que dice: —Si Emilio no me te hubiera entregado esta noche —dice, con la voz apenas por encima de un susurro—, te habría llevado conmigo de todos modos.

Su confesión me llena el corazón hasta el punto de que creo que el pecho podría explotarme. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te habría cogido después de esa reunión y habría conducido hasta que se acabara la carretera. Habría dejado Roma, dejado Italia, desaparecido en algún lugar donde no pudieran encontrarnos. —Su pulgar traza una línea sobre mi pómulo—. Porque te quiero y no puedo ver cómo le perteneces a otro.

La cocina da vueltas a mi alrededor. Lo rodeo con mis brazos para estabilizarme porque oírle decir esas palabras sin que yo se las exija me resulta extraño. Pero me encanta oírlas.

—Lorenzo…

—Sé lo que soy —continúa, acercándose más hasta que no queda espacio entre nosotros—. Sé lo que he hecho, a qué me dedico. Sé que te mereces algo mejor que un hombre que mata por dinero. Pero no puedo dejarte marchar.

—Me quieres.

—Más de lo que creía posible. —Su otra mano se alza para enmarcarme el rostro por completo—. Ahora me perteneces. No a Emilio, no a la familia, no a nadie más. Eres mía.

La posesividad en su voz envía un torrente de calor por mis venas. Hay algo primitivo y sincero en su reivindicación que apela a una parte de mí que no sabía que existía.

—¿Y si no quiero pertenecerte? —pregunto, sonriéndole con aire de suficiencia.

—Demasiado tarde… —Apoya su frente contra la mía—. Pero tienes que entender lo que eso significa. Significa que mataré a cualquiera que te amenace. Significa que prenderé fuego a Roma

antes de dejar que nadie me te arrebate. Significa que estás atrapada con un hombre que no sabe amar con delicadeza.

Cierro los ojos, inspirando su aroma, dejando que sus palabras me inunden. Cuando los abro de nuevo, veo miedo mezclado con amor en su expresión. Miedo a que lo rechace, a que decida que es demasiado peligroso, que está demasiado dañado, que es demasiado.

—Bien —le digo—. No quiero delicadeza.

La sonrisa que se extiende por su rostro lo transforma por completo. Atrás ha quedado el profesional frío, sustituido por un hombre que parece que le han entregado todo lo que siempre ha deseado.

Entonces me besa, con reverencia, como si temiera que pudiera desaparecer. Me derrito en sus brazos, permitiéndome sentir todo lo que me ha asustado durante semanas. La atracción, la conexión, la sensación de que este hombre peligroso es, de algún modo, exactamente lo que necesito.

Cuando nos separamos, Lorenzo vuelve a apoyar su frente en la mía, con los ojos cerrados.

—La carbonara se está enfriando —murmura.

Me río, sorprendiéndonos a ambos. —Entonces deberíamos comérnosla.

Él asiente, pero no se aparta de inmediato. —Después de cenar, tenemos que hablar de logística. Nuevos protocolos de seguridad, pisos francos, procedimientos de comunicación.

—Después de cenar —convengo—. Pero ahora mismo, solo quiero comer pasta con el hombre al que amo.

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas, pero no me arrepiento. Los ojos de Lorenzo se abren de golpe, la esperanza y la incredulidad luchando en sus profundidades.

—¿Me quieres?

—Sí. —La confesión se siente como saltar por un precipicio—. Te quiero.

Me besa de nuevo, más fuerte esta vez, lleno de alivio, alegría y promesas que puedo sentir en el temblor de sus manos contra mi cara. Cuando por fin nos separamos, ambos sonreímos.

—Vamos —dice, cogiéndome de la mano—. A comer.

Sirve la carbonara en sencillos platos blancos, añadiendo pimienta fresca y más queso. Nos sentamos en su pequeña mesa de comedor, con el fuego crepitando en la habitación de al lado y la lluvia aún golpeando contra las ventanas. La pasta está perfecta: cremosa y sabrosa, con el toque justo de la pimienta.

—Esto está increíble —le digo después del primer bocado.

—La receta de mi madre. —La confesión sale en voz baja—. Uno de los pocos recuerdos que tengo de ella.

Alargo la mano por la mesa para cubrir la suya con la mía. —Háblame de ella.

—Preciosa. Amable. Demasiado buena para la vida que le tocó. —Gira su mano con la palma hacia arriba, entrelazando nuestros dedos—. Murió cuando yo tenía ocho años. Cáncer.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. —Me aprieta la mano—. Pero le habrías encantado. Las mujeres fuertes siempre le impresionaron.

Después de eso, comemos en un silencio cómodo, mientras la intimidad de la comida compartida y la conversación sincera se asienta a nuestro alrededor. La casa de Lorenzo se siente cálida y segura.

—¿Qué pasa mañana? —pregunto mientras me rellena la copa de vino.

—Mañana empezamos a construir tu nueva vida. Nuevos documentos de identidad, informes de seguridad, presentaciones a miembros clave de la familia. —Hace una pausa, reflexionando—. No será fácil. Habrá gente a la que le moleste tu posición, que te vea como una extraña que intenta reclamar un poder que no se ha ganado.

—¿Y tú estarás ahí?

—A cada paso. —Levanta su copa de vino en un brindis—. Por los nuevos comienzos.

Choco mi copa contra la suya. —Por pertenecernos.

—Por pertenecernos —repite él, y la promesa en su voz me hace creer que, sea lo que sea que venga después, lo afrontaremos juntos.

32

LORENZO

La carbonara desaparece de nuestros platos mientras le explico a Serena la nueva realidad de su existencia. Escucha con atención, haciendo preguntas agudas que demuestran que comprende la gravedad de lo que ha aceptado.

—Emilio quiere que te mudes a una propiedad segura antes de que acabe la semana —le digo, rellenándole la copa de vino—. El apartamento de cerca del Foro está comprometido. Demasiada gente sabe de su existencia.

Ella asiente, haciendo girar el vino tinto en su copa.

—¿Dónde?

—Hay tres opciones. Un ático en Parioli con vistas panorámicas y acceso por ascensor directamente a un garaje subterráneo. Una villa en la Appia Antica con extensos terrenos y múltiples rutas de escape. O un palazzo reconvertido cerca de la Plaza de España con importancia histórica y sistemas de seguridad modernos.

—Lo has estado planeando.

—He estado planeando contingencias desde el día en que descubrí que eres de su sangre —corto otro trozo del pan que había calentado en el horno—. El ático ofrece anonimato urbano. La villa proporciona aislamiento y capacidad de defensa. El palazzo te da prestigio y envía un mensaje sobre tu estatus en la familia.

Ella lo sopesa; puedo ver su mente de abogada procesando las implicaciones que se forman tras sus ojos oscuros.

—¿Tú qué elegirías?

—La villa. Es más difícil acercarse sin ser detectado y más fácil de proteger por completo —hago una pausa y la miro a los ojos—. Pero tú no eres yo. Puede que prefieras la accesibilidad de la ciudad.

—No. Tienes razón con la villa —le da un sorbo al vino—. ¿Y el personal?

—Emilio va a reasignar a tres de sus personas de mayor confianza. Una ama de llaves que lleva quince años con la familia, un conductor con experiencia militar y un cocinero que entiende de restricciones dietéticas y protocolos de seguridad —enumero cada puesto con los dedos—. Todos han sido investigados varias veces. Todos comprenden las consecuencias de la traición.

El fuego crepita en la habitación de al lado, proyectando una cálida luz danzante sobre las paredes del comedor. Fuera, la lluvia continúa su ritmo constante contra las ventanas. La normalidad doméstica de la escena contrasta marcadamente con la conversación que estamos teniendo, pero esa es la naturaleza de esta vida: la violencia y la ternura coexistiendo en el mismo espacio.

—¿Qué hay de mis casos actuales?

—Tendrás que transferir los litigios activos a otros abogados. Emilio espera una ruptura total con tu anterior identidad profesional —observo su rostro con atención—. Eso incluye los casos contra figuras del crimen organizado.

Se le tensa ligeramente la mandíbula.

—¿Todos?

—Todos. No puedes perseguir judicialmente a la gente a la que ahora se esperará que defiendas.

Permanece en silencio un buen rato, procesando el alcance de todo a lo que está renunciando. La carrera que construyó, la reputación que se ganó, el propósito que la impulsó a estudiar derecho. No es un sacrificio pequeño.

—El trabajo que haré para la familia —dice finalmente—. ¿Será trabajo de defensa legítimo?

Elijo mis palabras con cuidado.

—Se esperará que proporciones la mejor representación legal posible dentro de los límites de la ética profesional. Emilio valora tu reputación de integridad. No te pedirá que la comprometas de maneras que puedan exponer a la familia a un mayor escrutinio.

—Eso no es realmente una respuesta.

—Es la única respuesta que puedo darte —me reclino en la silla —. Las situaciones a las que te enfrentarás no siempre tendrán soluciones limpias. Tendrás que encontrar la manera de servir a los intereses de tus clientes mientras mantienes tu prestigio profesional.

Entiende lo que no estoy diciendo. Zonas grises. Flexibilidad ética. El tipo de concesiones morales que conlleva defender a gente que opera al margen de la ley.

—¿Y tú? ¿Qué cambia para ti?

—Nada. Todo —vacío mi copa de vino y la dejo con cuidado sobre la mesa—. Seguiré recibiendo órdenes de Emilio, pero ahora esas órdenes se centrarán en tu protección. Seguiré encargándome de problemas que requieran soluciones permanentes, pero tendré que considerar cómo esas soluciones afectan a tu seguridad y reputación.

Unos golpes en la puerta principal interrumpen la conversación. Tres golpes secos, y luego una pausa. No es la señal de Emilio, ni la de Victor, ni la de nadie de la familia. Me pongo en pie antes de que el sonido se desvanezca, con la mano moviéndose instintivamente hacia la pistola que llevo bajo la chaqueta.

—Quédate aquí —le digo a Serena.

Asiente, comprendiendo al instante que la cálida burbuja de seguridad que hemos creado esta noche acaba de pincharse.

Me acerco con cuidado a la puerta principal, comprobando primero el monitor de seguridad. La pantalla muestra a un hombre de unos cincuenta años, con el pelo cano humedecido por la lluvia, vestido con un traje barato y el tipo de zapatos propios de los sueldos públicos. El detective Silvano Petrini, mi vecino de tres casas más abajo. El policía jubilado al que le gusta hacer de vecino cotilla como si él solo formara el comité de vigilancia del barrio.

Quito el cerrojo de la puerta, pero dejo puesta la cadena de seguridad y la abro lo justo para verle bien la cara.

—Petrini. Es tarde.

—Lorenzo —saluda con la cabeza, mientras el agua le gotea del pelo—. Siento molestarte, pero quería ver cómo estabas después de lo que pasó hace unos días.

—¿Qué pasó hace unos días? —me hago el tonto, pero en realidad no es asunto suyo, y odiaría tener que matarlo cuando acabo de decirle a Serena que mi trabajo es protegerla. No es una amenaza, solo una molestia.

—El allanamiento. Vi los coches de policía, la ambulancia —sus ojos intentan cotillear el interior de la casa por encima de mi hombro —. Un asunto feo, por lo que pude deducir.

Mantengo una expresión neutra.

—Yo no estaba en casa.

—¿No? Qué suerte. El equipo de la escena del crimen estuvo aquí durante horas. Múltiples víctimas mortales, según las comunicaciones por radio.

La lluvia arrecia, y el agua cae a chorros desde el tejado. Petrini se balancea de un pie a otro, esperando claramente que lo invite a entrar. No lo hago.

—Los delitos contra la propiedad están empeorando en este barrio —digo—. Tendré que mejorar mi sistema de seguridad.

—Buena idea. Nunca se es demasiado precavido —hace una pausa, estudiándome la cara—. Aunque el equipo de reparaciones hizo un trabajo excelente. Nadie diría que ha pasado algo.

No hubo ningún equipo de reparaciones. La gente de Emilio limpió la escena y retiró todas las pruebas a las pocas horas del tiroteo. El hecho de que Petrini sepa esto me dice que ha estado vigilando mi casa más de cerca de lo que debería hacerlo cualquier detective jubilado.

—El seguro lo cubre casi todo.

—El seguro. Claro —su sonrisa no le llega a los ojos—. Bueno, me alegro de que estés a salvo. Estos criminales son cada año más audaces. Alguien debería vigilarlos.

El subtexto está claro. Me está vigilando y quiere que lo sepa. La cuestión es si trabaja para alguien o si simplemente está satisfaciendo la curiosidad de un policía jubilado.

—Te agradezco la preocupación —le digo—, pero sé cuidarme solo.

—Estoy seguro de que sí —se aparta de la puerta, con el agua de la lluvia corriéndole por la cara—. Buenas noches, Lorenzo.

—Buenas noches.

Cierro la puerta y echo los tres cerrojos, con la mente ya trabajando en las implicaciones de la visita de Petrini. Sabe lo del tiroteo en mi casa. Sabe que un equipo de limpieza retiró las pruebas. Sabe que no estaba en casa cuando ocurrió, lo que significa que ha estado siguiendo mis movimientos con la suficiente atención como para darse cuenta de mi ausencia.

Cuando vuelvo al comedor, Serena está de pie junto a la ventana, mirando por un hueco entre las cortinas.

—¿Quién era?

—Silvano Petrini. Un detective jubilado, vive al final de la calle —me pongo a su lado—. Quería hablar del allanamiento de morada que no ocurrió y de los arreglos que no se hicieron.

Deja que la cortina vuelva a su sitio.

—Lo sabe.

—Sospecha. Hay una gran diferencia —le cojo la mano y la aparto de la ventana—. Pero significa que tendremos que ser más cuidadosos aquí. No más llegadas a altas horas de la noche, no más equipos de seguridad evidentes.

—¿Es peligroso?

—Todo el mundo es peligroso hasta que se demuestre lo contrario —empiezo a quitar los platos de la mesa—. Pero es más probable que Petrini sea una molestia que una amenaza. Los policías jubilados se aburren. Empiezan a ver conspiraciones por todas partes.

Serena me ayuda a llevar los platos a la cocina.

—¿Y si es algo más que aburrimiento?

—Entonces me encargaré.

Ella sabe lo que eso significa. Ese conocimiento se asienta entre nosotros, otro recordatorio de la vida que ha elegido. Busco en su rostro signos de arrepentimiento o dudas, pero solo encuentro aceptación.

—¿Qué más necesito saber sobre los nuevos arreglos?

—Las apariciones públicas se organizarán cuidadosamente. Emilio te quiere visible, pero protegida. Reservas en restaurantes, entradas para el teatro, inauguraciones de galerías... todo ello diseñado para establecer tu nueva identidad —enjuago los platos y los meto en el lavavajillas—. Se te tiene que ver como alguien sofisticada, educada, digna del apellido Costa.

—Una *performance*.

—En cierto modo, sí. La actuación importa tanto como la realidad.

Se apoya en la encimera, con los brazos cruzados.

—¿Y nosotros? ¿Cómo manejamos nuestra relación en público?

La pregunta que he estado temiendo. En este mundo, los apegos personales son debilidades que los enemigos explotan. Preocuparse por alguien te hace vulnerable de maneras que pueden hacer que os maten a los dos.

—Con cuidado —le digo—. Con mucho cuidado.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única respuesta que nos mantiene con vida —cierro el lavavajillas y me giro para mirarla—. Las muestras públicas de afecto te convierten en un objetivo. Le dicen a todo el mundo exactamente cómo hacerte daño, y hacerte daño a ti es la forma más rápida de debilitar la posición de Emilio.

Ella procesa esto, y la comprensión amanece en sus ojos.

—Así que fingimos que no somos nada el uno para el otro.

—Somos socios profesionales. Guardaespaldas y clienta. Nada más, nada menos.

—¿Y en privado?

—En privado, lo somos todo.

La respuesta parece satisfacerla. Se aparta de la encimera y se dirige hacia el pasillo.

—Necesito una ducha. Siento como si el día se me hubiera pegado a la piel.

La veo irse, admirando la forma en que se mueve por mi casa con creciente familiaridad. *Nuestra casa ahora*. El pensamiento posesivo envía una corriente de satisfacción por mi pecho.

Mientras se ducha, aseguro la casa por completo. Compruebo todas las cerraduras, conecto el sistema de alarma, verifico que los sensores de movimiento funcionen correctamente. El encuentro con Petrini me ha puesto en alerta, me ha hecho hiperconsciente de cada sombra y sonido.

La ducha corre durante casi veinte minutos. Cuando Serena sale, lleva una de mis camisas y nada más. El algodón le queda holgado en su cuerpo más pequeño, con el dobladillo llegando a mitad del muslo. Su pelo oscuro está húmedo y suelto sobre sus hombros, y huele a mi jabón.

—¿Mejor?

—Mucho —se sienta en el sofá a mi lado, metiendo las piernas debajo de ella—. Ahora, sobre esa villa. ¿De qué tipo de casa estamos hablando?

—Del siglo XVII, completamente renovada. Doce habitaciones, seis baños, cocina moderna, biblioteca, despacho con comunicaciones seguras —me muevo para mirarla más directamente —. Piscina, pista de tenis, jardines que se extienden hasta un olivar privado.

—Suena excesivo.

—Es excesivo. De eso se trata —me acerco para colocarle un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja—. Emilio quiere que tu estilo de vida refleje tu nuevo estatus. Una riqueza discreta envía el mensaje equivocado.

—¿Y tú también vivirás allí?

—Mantendré mi propia residencia por las apariencias, pero sí. Pasaré la mayor parte de mi tiempo allí.

Asiente, pareciendo aceptar el acuerdo.

—¿Y qué hay del trabajo? ¿Tendré un espacio de oficina?

—Una suite legal completa en la planta baja. Área de recepción, sala de conferencias, despacho privado, biblioteca jurídica. Todo lo que necesitas para mantener una práctica legítima mientras te ocupas de los asuntos de la familia.

—Práctica legítima.

—Necesitarás clientes habituales para mantener la credibilidad profesional. Derecho corporativo, planificación patrimonial, litigios

civiles. El tipo de trabajo que paga bien y no atrae atención no deseada.

El fuego se ha consumido hasta convertirse en brasas incandescentes, que arrojan una luz suave por la habitación. La lluvia continúa contra las ventanas, pero el sonido se ha vuelto tranquilizador en lugar de ominoso.

—Lorenzo —se gira para mirarme de frente, con las piernas cruzadas debajo de ella—. Lo que tenemos..., esto que hay entre nosotros. ¿Es real, o es solo proximidad y adrenalina?

Llevo semanas preguntándome lo mismo, tratando de separar la emoción genuina de las circunstancias extremas que nos unieron.

—Es real —le digo—. Más real que cualquier cosa que haya sentido jamás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando pienso en perderte, no puedo respirar —se siente fuera de lugar ser tan sincero y vulnerable con ella, pero estoy disfrutando del hecho de que tengo este espacio para ser real —. Porque cuando veo que otros hombres te miran, quiero matarlos. Porque haces que quiera ser mejor de lo que soy.

Se acerca para tomar mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Bien. Porque yo siento lo mismo.

—¿Incluso sabiendo a qué me dedico?

—Especialmente sabiendo a qué te dedicas —su pulgar traza mis nudillos—. Eres peligroso, Lorenzo. Pero eres peligroso *para* protegerme, no *conmigo*. Hay una diferencia.

HAY UNA DIFERENCIA, y el hecho de que ella lo entienda lo es todo.

Me levanto y voy hacia la estantería que hay junto a la chimenea, de donde cojo una pequeña caja de terciopelo de detrás de un ejemplar de Maquiavelo encuadernado en piel. Cuando vuelvo al sofá, Serena me observa con ojos curiosos.

—¿Qué es eso?

En lugar de responder, abro la caja. Dentro, acomodado sobre seda blanca, descansa un anillo de platino con un único diamante de

talla esmeralda. La piedra es perfecta, de casi dos quilates, y está rodeada de diamantes más pequeños que reflejan la luz del fuego.

—Lorenzo…

—En público, somos socios profesionales —le digo, mientras saco el anillo de la caja—. En privado, lo somos todo. Pero lo que somos en realidad, lo que siempre seremos, es una verdad a punto de salir a la luz pública.

Le cojo la mano izquierda y la sujeto con firmeza mientras le deslizo el anillo en el dedo. Le queda perfecto, lo cual no me sorprende. He estado planeando este momento toda mi vida. Solo que no sabía que era a Serena a quien estaba esperando.

—La gente se fijará en este anillo. Harán preguntas, sacarán sus propias conclusiones. Para cuando descubran lo que significa, será demasiado tarde para usar esa información en nuestra contra.

Se queda mirando el diamante, observando cómo la luz baila a través de la piedra tallada. —¿Es una pedida de mano?

—Es lo más parecido a una que obtendrás de un hombre como yo.

La respuesta la hace reír, y el sonido llena la habitación de calidez. —La mayoría de las mujeres reciben flores y discursos románticos.

—La mayoría de las mujeres no se enamoran de asesinos.

—Cierto. —Levanta la mano, admirando cómo le queda el anillo en el dedo—. Es precioso.

—Te casarás conmigo.

No es una pregunta, ni una petición. Es la constatación de un hecho, expresado con la misma certeza que uso al hablar del tiempo o de la hora del día.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cuando sea seguro, cuando sea el momento adecuado, cuando Emilio decida que sirve a los intereses de la familia. —Me inclino hacia ella, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Pero, sobre todo, porque ahora me perteneces, y yo no comparto.

Me estudia el rostro, buscando algo que espero que encuentre. —¿Y si digo que no?

—No lo harás.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Estoy seguro de nosotros.

Con la mano que le queda libre, me ahueca la mejilla y me recorre con el pulgar la cicatriz que me llega hasta la mandíbula. —¿Sabes que voy a complicarte la vida, verdad? No se me da bien seguir órdenes. Hago demasiadas preguntas. Tengo opinión sobre todo.

—Cuento con ello.

Sonríe y se lanza sobre mí, empujándome hacia atrás contra los cojines del sofá. Sus dedos encuentran mis costillas y, de repente, me hace cosquillas con una eficacia despiadada. Intento mantener la compostura, pero la risa se me escapa a pesar de mis esfuerzos.

—Serena…, para…

—Di «por favor».

—Yo no digo «por favor».

Sus dedos se clavan más hondo, encontrando puntos que me hacen jadear y retorcerme bajo ella. —Al final, todo el mundo dice «por favor».

—Jamás.

—Ya veremos.

Las cosquillas se intensifican y me encuentro riendo más fuerte de lo que me he reído en años. Es implacable, estratégica y, a todas luces, está disfrutando de haber encontrado un arma contra mí que no requiere violencia.

—Por favor —consigo jadear al fin—. Por favor, para.

Se recuesta sobre mi pecho, victoriosa. —Ahí está. ¿Ha sido tan difícil?

Antes de que pueda reaccionar, la coloco debajo de mí, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza. Aún se ríe tontamente, con el pelo esparcido por los cojines del sofá y el anillo reflejando la última luz del fuego que se extingue.

—Vas a ser un problema —le digo.

—El mejor tipo de problema.

Me inclino para besarla, saboreando en sus labios la risa, el vino y las promesas.

—Mía —susurro contra su boca.

—Tuya —acepta—. Para siempre.

No la dejo levantarse. Mi peso la inmoviliza contra los cojines y mis manos aún le sujetan las muñecas. Su risa se suaviza hasta convertirse en una expectación contenida mientras sus pupilas se dilatan por completo cuando le recorro el rostro con la mirada. Sabe lo que se avecina, y el ligero sobresalto en su respiración me dice que lo desea tanto como yo.

—¿Crees que puedes ganar con cosquillas? —Mi voz es baja, con un deje áspero—. Esto no funciona así.

Se muerde el labio, desafiante incluso con las manos atrapadas sobre la cabeza. —A lo mejor me gusta ganar.

Presiono mis caderas contra las suyas, dejándole sentir exactamente cuánto está perdiendo. —Contra mí no se puede ganar, Serena. No aquí.

El color le sube a las mejillas y se arquea contra mí, poniendo a prueba la fuerza de mi agarre. No le cedo ni un milímetro. Mi mano libre se desliza hacia abajo, lenta y posesiva, sobre la camisa que me ha robado, hasta encontrar la piel desnuda que hay debajo. Jadea cuando mi palma le ahueca el muslo, abriéndolo más bajo mi mano.

—Ahora eres mía —le recuerdo, acercándome tanto que mi aliento le roza la oreja—. Y esta noche, me voy a asegurar de que no lo olvides jamás.

Su respiración se acelera, su pecho se alza contra el mío y el fino algodón de mi camisa no hace nada por ocultar lo duros que se le han puesto los pezones. Deslizo mi boca por su cuello, mordiéndola con la fuerza justa para hacerla jadear, con la fuerza justa para marcarla. Mi mano sube, le agarra la mandíbula y le inclina la cabeza hacia donde quiero.

—Ábreme las piernas. —La orden no deja lugar a discusión.

Duda solo lo suficiente para ponerme a prueba, y luego obedece. Me acomodo entre sus muslos, subiendo el bajo de la camisa hasta que puedo ver cada centímetro de ella. Mis dedos suben lentamente por la cara interna de su pierna, y tiembla bajo el contacto, con los ojos clavados en los míos, esperando a ver hasta dónde llegaré.

—Te burlas de mí, me haces suplicar —murmuro contra su boca, mi mano ahuecando su sexo, mis dedos abriéndola. Gimotea, sus

caderas se alzan hacia mi contacto, ya necesitada—. Pero cuando yo digo «por favor», es porque he decidido hacerlo. Cuando tú lo dices, es porque te obligo.

Gime cuando le meto un dedo, mientras mi otra mano mantiene sus muñecas inmovilizadas sobre su cabeza.

Mantengo la mano cerrada alrededor de sus muñecas, forzándolas más arriba contra el cojín del sofá hasta que no puede moverse en absoluto. Mi cuerpo permanece completamente vestido, mi peso la presiona, recordándole bajo el control de quién está. Mi mano libre se mueve entre sus muslos, bombeando lentamente, arrancándole sonidos húmedos que hacen que mi polla se tense contra mis pantalones.

—Ya estás empapada por mí —gruño contra su oreja, mis dientes rozándole la piel—. Y ni siquiera te he dado la mitad de lo que pienso darte.

Sus caderas giran, desesperadas por más, pero la mantengo quieta con mi ritmo exasperantemente lento. —Por favor —suspira ella, con la palabra temblorosa e inestable.

—Así me gusta —carraspeo, curvando mi dedo dentro de ella mientras mi pulgar le rodea el clítoris con firmeza—. Dilo otra vez. Más alto.

—Por favor, Lorenzo.

Le reclamo la boca con un beso duro, tragándome su gemido mientras añado otro dedo, estirándola mientras mantengo mi propio cuerpo intacto, intacto pero duro como una piedra. Los pantalones se me clavan dolorosamente, pero no me muevo para aliviarlo. Esto es algo que ella debe soportar primero y yo tomar después.

Cuando aparto la boca de la suya, mi aliento es áspero contra su mejilla. —Soy el dueño de este coñito dulce. Cada sonido que haces es para mí. ¿Entendido?

Su respuesta es un gimoteo entrecortado, su cuerpo se arquea bajo el mío, esforzándose contra el agarre con el que sujeto sus muñecas. Mantengo mi atención entre sus muslos, mis dedos la trabajan con más fuerza, más profundamente, mi pulgar fijo en su clítoris en círculos despiadados. Sus piernas empiezan a temblar, sus caderas se sacuden impotentes a pesar de que mi peso la inmoviliza.

—Eso es —murmuro, mis labios en su oreja, mi voz baja y obscena—. Córrete para mí. Aquí mismo, debajo de mí, mientras te follo con los dedos. Déjame sentir cuánto me necesitas.

Jadea mi nombre, inclinando la cabeza hacia atrás, la boca abierta mientras el orgasmo la desgarra. No paro hasta que se retuerce bajo mi mano, su humedad resbaladiza cubriendo mis dedos, sus muslos temblando por la fuerza. Solo entonces aflojo, saco los dedos y se los llevo a los labios. —Pruébate —le ordeno con un tono de mando puro.

Obedece, chupándome los dedos hasta metérselos en la boca, con los ojos vidriosos por el deseo.

—Buena chica —digo, mi voz ahora áspera, la grava raspando cada palabra. Por fin le suelto las muñecas y me pongo de pie, quitándome el cinturón con un bajo chirrido de cuero a través de las trabillas, con la mirada fija en ella—. Ahora vas a mirar mientras me desvisto… y no te moverás hasta que yo lo diga.

Se queda tumbada en el sofá, con el pecho subiendo y bajando, los muslos aún separados como se los dejé. Sus labios brillan mientras lame el último rastro de sí misma de mis dedos, sus ojos fijos en mí como si yo fuera lo único que la mantiene respirando. Me quito primero la chaqueta y la tiro al suelo sin miramientos. Mi corbata la sigue, arrancada de un tirón y dejada caer a su lado.

—Te gusta mirarme, ¿verdad? —Mi voz es baja, burlona mientras me desabrocho la camisa botón a botón, lo suficientemente lento como para hacerla retorcerse. Ella asiente, pero no habla, sabiendo que es mejor no responder sin permiso.

—Palabras, Serena.

—Sí —susurra, sus muslos apretándose para buscar fricción.

Sonrío con suficiencia, quitándome la camisa, mostrando músculo y tinta a la luz del fuego. Lo siguiente es el cinturón, desabrochado con un chasquido metálico que hace que sus ojos se oscurezcan. Lo saco, lo enrollo en mi mano y lo dejo caer sobre el brazo del sofá, donde pueda verlo.

—De rodillas —ordeno, con un tono cargado de autoridad que no deja lugar a la desobediencia.

Se desliza lentamente del sofá, sin romper nunca el contacto visual mientras se arrodilla en la alfombra a mis pies. Sus manos se crispan como si quisiera alcanzarme, pero sabe que no debe. Apoyo una palma en su nuca, entrelazando los dedos en su pelo húmedo, manteniéndola en su sitio.

—Bien —murmuro, dejando que el elogio la recorra con un carraspeo oscuro—. Quédate ahí mientras termino.

Desabrocho el botón de mis pantalones, bajando la cremallera mientras la mantengo atrapada frente a mí, obligándola a mirar. La tela se afloja, dándome un ápice de alivio, pero no voy más allá todavía. Mi mano libre le recorre la mandíbula, inclinando su cabeza hacia atrás para que no tenga más remedio que mirarme, con los ojos muy abiertos y expectantes.

—Aquí es donde perteneces —le digo, con la voz espesa por la posesión—. De rodillas para mí. Lista para hacer cualquier cosa que te diga.

—Sí —suspira, la palabra apenas un sonido.

Aprieto con más fuerza mi mano en su pelo, inclinándome hasta que nuestros rostros están al mismo nivel. —¿No me tocas hasta que yo lo diga? ¿No te mueves hasta que yo lo diga? ¿Entendido?

—Sí, Lorenzo.

Solo entonces doy un paso atrás, terminando de desnudarme con movimientos pausados, dejando que su hambre crezca mientras le quito cada capa.

Cuando estoy desnudo, me tomo mi tiempo para mirarla: arrodillada para mí, con el pelo alborotado por mi agarre, los labios entreabiertos en respiraciones superficiales. Mi polla está pesada y dolorida, pero no me apresuro. Le engancho dos dedos bajo la barbilla, obligándola a levantar la vista hacia mí.

—Has sido lista esta noche —digo, mi voz baja y áspera—. Pero ahora quiero que me demuestres lo bien que sabes escuchar.

Su lengua se asoma para humedecerse los labios, pero no habla, esperando mi orden. Le cojo la cara con una mano, mi pulgar acaricia su pómulo, en una burla de ternura. —Abre la boca.

Obedece al instante, separando los labios. Paso el pulgar por ellos y lo meto dentro, haciendo que lo chupe hasta el fondo antes

de sacarlo. —Buena chica.

Me acerco, la punta de mi polla le roza la boca. Su respiración se entrecorta, y puedo sentir su calor contra mí. Mis dedos se aprietan en su pelo, manteniéndola firme. —Vas a metérmela en la boca —le digo, en un tono de pura dominación—. Cada centímetro que te dé. No pares a menos que yo te lo diga.

Sus ojos abiertos y hambrientos se elevan hacia los míos mientras susurra: —Sí, Lorenzo.

Y me abalanzo hacia delante, reclamando lo que ya es mío.

La guío con ambas manos en su pelo, introduciéndole mi miembro lentamente, obligándola a adaptarse a mí. Gime en el fondo de su garganta, el sonido vibra contra mi polla y hace que mi agarre se tense. —Eso es —gruño, empujando más adentro, controlando el ritmo, sin dejar que olvide nunca quién está al mando.

Las lágrimas asoman por las comisuras de sus ojos mientras la mantengo ahí, mis caderas girando, poniendo a prueba sus límites. Cuando retrocedo, un fino hilo de saliva nos conecta y se desliza por su barbilla. La visión hace que mi respiración se vuelva más áspera, que el hambre se retuerza con más ardor.

—Las manos detrás de la espalda —ordeno. Obedece al instante, arrodillándose más erguida, ofreciéndose a mí sin rechistar. La obediencia hace que se me encienda la sangre.

Le agarro el pelo de nuevo, guiándola hacia abajo con más fuerza esta vez, follando su boca como he imaginado cientos de veces. Sus gemidos ahogados van directos a mi polla, haciéndola palpitar contra el apretado sello de sus labios. Solo me detengo cuando siento que se ahoga, retrocediendo lo justo para dejarla respirar.

Le ahueco la cara con una mano grande, mi pulgar le extiende la saliva por la mejilla. —Mírate —carraspeo, con la voz rota por la lujuria—. De rodillas, mojada por mí, lista para aceptar lo que sea que te dé.

Asiente, sin aliento, con los labios hinchados, los ojos vidriosos por el deseo. Y sé que he terminado de contenerme.

La levanto del suelo de un tirón brusco, aplastando mi boca contra la suya mientras la hago retroceder hacia el sofá. Se aferra a mis hombros, todavía sin aliento por lo que le hice de rodillas. Le agarro los muslos, abriéndoselos de par en par mientras la levanto y la lanzo sobre los cojines, mi cuerpo siguiéndola antes de que pueda siquiera jadear.

—Las manos en el sofá —ordeno, mi voz gutural. Se apresura a obedecer, preparándose mientras arrastro sus caderas hasta el borde y embisto contra ella con una estocada dura que le arranca un grito de la garganta. La sensación de ella apretándose a mi alrededor hace que mi visión se nuble por un segundo, pero me mantengo firme, penetrándola con embestidas profundas y brutales que no dejan espacio entre nosotros.

Cada embestida es una posesión, cada sonido que hace una marca en mi piel. Le rodeo el cuello con una mano, inclinándole la cabeza para poder ver cómo se deshace bajo mi cuerpo. —¿Te gusta eso? —carraspeo, mis caderas martilleando las suyas, el sofá meciéndose con cada empujón—. Nadie más tiene esto. Nadie más lo tendrá jamás.

—Lorenzo… —Su gemido se rompe en mi nombre, sus uñas se clavan en la tapicería mientras su cuerpo tiembla. Me estiro entre nosotros, rodeándole el clítoris con fuerza y rapidez, forzándola hasta el límite mientras la penetro sin tregua y con brusquedad.

Se deshace con un grito agudo, sus paredes me aprietan tan fuerte que pierdo hasta la última pizca de control. Mis caderas se agitan con más fuerza, persiguiendo mi propia liberación hasta que se estrella sobre mí en un gemido gutural, derramándome dentro de ella con todo lo que tengo, manteniéndola inmovilizada bajo mi peso mientras aguanto las últimas embestidas estremecedoras.

Cuando termina, me quedo enterrado en ella, con una mano en su garganta y la otra agarrando su cadera, respirando con fuerza contra su oreja. —Mía —susurro de nuevo, bajo y crudo.

Gira la cabeza lo justo para encontrarse con mi mirada, su voz destrozada pero segura. —Tuya. Siempre.

33

EPÍLOGO

SERENA

Las puertas de la catedral se alzan imponentes sobre mí, con su madera ancestral tallada con santos y pecadores por igual. Qué apropiado. La luz del sol se filtra a través de las vidrieras y proyecta reflejos multicolores sobre un suelo de mármol que ha sido testigo de siglos de votos sagrados y promesas rotas. Hoy será testigo de los míos.

Aprieto con más fuerza el ramo de rosas blancas, una elección de Lorenzo, aunque él afirmara que era por tradición. Yo sé la verdad. Recuerda la ópera, recuerda a «La Rosa de Roma» que cantó la noche en que todo cambió entre nosotros. La noche en que se suponía que debía matarme.

—¿Lista? —la voz de Victor tiene la calidez que he aprendido a esperar del primo de Lorenzo. Se ajusta la chaqueta de su traje de color carbón y me ofrece el brazo. El hombre que una vez me aterrorizó ahora es lo más parecido a una familia que tengo en este lado del pasillo.

Asiento, incapaz de hablar por el nudo que tengo en la garganta. El vestido cae a mi alrededor en capas de seda marfil, con el corpiño perfectamente ajustado a mi cuerpo. Es precioso, caro y pagado con dinero manchado de sangre. Soy consciente de la contradicción.

El organista empieza la marcha nupcial y las enormes puertas se abren. Un mar de rostros se vuelve hacia mí; algunos familiares, otros de desconocidos cuyos nombres conozco por expedientes e informes de vigilancia. La élite de Roma, tanto la legítima como la que no lo es, se ha reunido para presenciar esta unión. La abogada del sindicato Costa casándose con su sicario más temido. Un cuento de hadas escrito con violencia y sellado con votos.

Victor me guía hacia delante, con paso firme y seguro. Me concentro en respirar, en poner un pie delante del otro por el interminable pasillo. Las flores bordean los bancos: más rosas blancas mezcladas con dalias de un rojo intenso que parecen sangrar sobre el mármol impoluto. Otra vez cosa de Lorenzo. Tiene el alma de un poeta atrapada en el cuerpo de un asesino.

Mis ojos lo encuentran en el altar y todo lo demás se desvanece. Permanece completamente inmóvil, ataviado con un esmoquin negro que lo transforma de depredador a príncipe, aunque el peligro nunca abandona del todo su porte. Sus ojos color avellana se clavan en los míos y veo al hombre que hay tras el mito. El que me eligió por encima del deber, el que lo arriesgó todo para mantenerme con vida cuando todos sus instintos le decían que completara su misión.

La cicatriz que le recorre la mejilla derecha capta la luz de la catedral, un recordatorio permanente de la violencia que lo moldeó. Tiene las manos a los costados, ya no adornadas con los anillos que llevaba como el Devorador de Pecados. Hoy solo luce la sencilla alianza de platino que le di durante nuestra ceremonia privada el mes pasado. Este espectáculo público es por las apariencias, por la política, por el mundo que necesita ver a la hija de Emilio Costa casarse con su soldado más leal.

Pero aquel silencioso intercambio de anillos en el despacho de Lorenzo, con el único testimonio de las llamas de la chimenea y el peso de nuestra verdad compartida, aquello fue para nosotros.

Victor pone mi mano en la de Lorenzo y el contacto me envía una descarga eléctrica por el brazo. Incluso ahora, después de meses aprendiendo nuestros ritmos y cicatrices, su contacto me desarma. Se lleva mis dedos a los labios y me besa los nudillos, un gesto tan tierno como posesivo.

El sacerdote comienza la ceremonia en latín y su voz resuena en la bóveda. Entiendo cada palabra; mis años de estudios de derecho incluyeron suficiente derecho eclesiástico como para seguirlo. El antiguo idioma parece apropiado para este momento, uniéndonos con palabras que han sobrevivido a imperios y han perdurado más que los reyes.

—¿Aceptas a esta mujer como tu legítima esposa, para vivir juntos según la ley de Dios en el santo estado del matrimonio?

La voz de Lorenzo es firme cuando responde:

—Sí, la acepto.

Me hacen la misma pregunta y lo miro a los ojos mientras respondo:

—Sí, lo acepto.

Las palabras tienen más peso que su significado tradicional. Te amaré a pesar de lo que has hecho. Estaré a tu lado a pesar de en lo que me he convertido. Elegiré esta vida, este amor, esta hermosa corrupción, porque la alternativa es un mundo sin ti.

El sacerdote continúa con el ritual, pero mi atención se desvía hacia la congregación. Emilio está sentado en el primer banco, resplandeciente con un traje azul marino que cuesta más que el salario anual de la mayoría de la gente. Su pelo plateado está perfectamente peinado, su expresión es de satisfacción paternal. Para el mundo exterior, es un hombre de negocios de éxito que ve a su hija casarse bien. Solo unos pocos elegidos conocen la verdadera naturaleza de su imperio.

Detrás de él, reconozco rostros de documentos judiciales y fotos de vigilancia. Jueces que han aceptado sobornos, políticos que han vendido su alma, empresarios que blanquean dinero a través de empresas legítimas. Todos están aquí para rendir homenaje a la unión, para mostrar respeto a su nueva princesa y a su príncipe oscuro.

Mis padres adoptivos están sentados tres filas más atrás, con aspecto abrumado por la grandeza. Giuseppe lleva su único traje bueno, el azul marino que se compró para mi graduación de la facultad de Derecho. Maria se aferra al bolso en su regazo, con los ojos como platos mientras contempla la opulencia de la catedral.

Ahora conocen una parte de la verdad: que soy la hija biológica de Emilio, que mi trabajo ha tomado un rumbo diferente, que Lorenzo es un hombre complicado con un pasado complicado. No conocen el alcance total ni de nuestros crímenes ni de nuestro amor, y rezo para que nunca lo hagan.

Le llega el turno a los anillos, bendecidos por el sacerdote e intercambiados con promesas que suenan sagradas incluso en esta guarida de pecadores. Lorenzo desliza la alianza con incrustaciones de diamantes en mi dedo, su tacto reverente a pesar de la áspera callosidad de sus manos. Son los mismos dedos que han acabado con vidas, que han apretado gatillos y empuñado cuchillos al servicio de la familia a la que ahora pertenezco. También son las manos que ahuecan mi rostro cuando las pesadillas me despiertan, que dibujan figuras en mi piel en las oscuras horas previas al amanecer.

Le pongo su alianza a juego en el dedo y él cierra los ojos brevemente, como si saboreara el momento. Cuando los vuelve a abrir, veo al hombre que me dijo que nunca había deseado nada que no se le permitiera tocar. Ahora soy suya y él es mío, santificados por Dios y con el testimonio de los demonios.

—Puede besar a la novia.

El beso de Lorenzo es suave, reverente, nada que ver con la posesión hambrienta que esperaba. Me trata como algo precioso, frágil, digno de protección. La congregación estalla en aplausos, pero apenas los oigo. Solo existe este momento, este hombre, esta elección que he hecho de amarlo a pesar de que toda la lógica de mi mente gritaba lo contrario.

Nos volvemos para mirar a nuestros invitados mientras el sacerdote nos presenta por primera vez.

—Señoras y señores, les presento al señor y la señora Lorenzo Santoro.

El nombre me resulta extraño en la lengua, aunque llevo semanas practicándolo. Serena Santoro, esposa del sicario más temido de Roma, hija de su Don más poderoso, defensora de los indefendibles. La ironía no se me escapa.

Comienza la marcha y recorremos el pasillo de vuelta de la mano. Los rostros se desdibujan a nuestro paso: algunos sonrientes, otros

calculadores, todos evaluando lo que esta unión significa para sus propias posiciones en la intrincada estructura de poder de Roma. Llueven pétalos de flores desde arriba, pétalos de rosa blanca mezclados con pétalos de dalia roja que se parecen inquietantemente a gotas de sangre sobre mi vestido.

Fuera de la catedral, los fotógrafos esperan para captar imágenes para las páginas de sociedad. Los titulares de mañana hablarán de una boda de cuento de hadas, de la unión matrimonial de antiguas familias romanas, de la tradición mantenida en un mundo cada vez más moderno. Publicarán fotos de mi vestido, especularán sobre la lista de invitados y nunca mencionarán las armas ocultas bajo los caros trajes ni los crímenes que pagaron la recepción con champán.

La fila para felicitar a los novios se forma rápidamente, un desfile de personas que ofrecen enhorabuenas y miradas calculadoras. Los socios de Emilio le dan un enérgico apretón de manos a Lorenzo y me besan en las mejillas, sus esposas halagan mi vestido mientras sus ojos evalúan mi valía. Jueces ante los que he litigado asienten respetuosamente, con expresiones cuidadosamente neutras. Saben que las reglas del juego han cambiado, que la mujer que una vez procesó a sus amigos ahora está al otro lado de la sala.

—Una ceremonia preciosa —dice el juez Torretti, el mismo hombre que el mes pasado aceptó un maletín lleno de dinero para desestimar los cargos contra tres lugartenientes de los Costa—. Está usted radiante, querida.

Sonrío y le doy las gracias, las palabras son automáticas. Esta es mi vida ahora: representar una aceptación cortés mientras mi alma lucha con los compromisos que he aceptado. Cada criminal liberado, cada cargo desestimado, cada victoria que consigo para los monstruos añade otra sombra a mi conciencia. Pero cuando la mano de Lorenzo encuentra la mía, cuando su pulgar traza círculos tranquilizadores en mi palma, recuerdo por qué tomé esta decisión.

La multitud se abre al acercarse Emilio, cuya presencia impone una atención inmediata. Se mueve con la confianza de un hombre acostumbrado a ser la persona más peligrosa de cualquier habitación, aunque hoy interpreta el papel de padre orgulloso. Su sonrisa es genuina cuando toma mis manos entre las suyas; el

parecido entre nosotros es más evidente ahora que sé cómo buscarlo.

—Mi bella hija —dice, lo bastante alto como para que lo oigan los invitados cercanos—. Hoy honras a nuestra familia.

Me besa en ambas mejillas en un gesto paternal y cálido. Para la multitud que nos observa, somos la viva imagen de la devoción familiar. No pueden ver el acero que hay bajo su afecto, el recordatorio de que ahora pertenezco a este mundo, tanto si lo elegí como si lo eligieron por mí.

—Gracias, papá —respondo, la palabra todavía extraña después de meses de práctica. Pero le complace, y los padres complacidos son padres generosos. Los padres generosos mantienen a salvo a las familias adoptivas de sus hijas y la conciencia de sus maridos tranquila.

Emilio se vuelve hacia Lorenzo y los dos hombres se abrazan brevemente. Hay un afecto genuino entre ellos, construido a lo largo de años de lealtad y confianza. Lorenzo ha sido más un hijo que un empleado para Emilio, y este matrimonio consolida unos lazos que ya eran inquebrantables.

—Cuídala —dice Emilio, aunque todos sabemos que Lorenzo moriría antes de permitir que me pasara algo.

—Siempre —responde Lorenzo, y la promesa tiene el peso de un juramento de sangre.

La expresión de Emilio cambia sutilmente, los negocios sustituyen al sentimentalismo. Se acerca más, bajando la voz a un nivel que solo Lorenzo y yo podemos oír.

—Ha surgido una situación con la familia Torrino. Su hijo menor fue detenido la semana pasada por cargos de tráfico. Las pruebas son… sustanciales.

Se me encoge el corazón. El caso Torrino acaparó titulares en toda Italia: un joven de veintitrés años atrapado con heroína suficiente para abastecer a media Roma. Las pruebas incluían vigilancia por vídeo, testimonios de testigos y pruebas físicas que harían que la condena fuera una certeza. Es exactamente el tipo de caso que antes vivía para llevar a la fiscalía.

—La familia ha solicitado nuestra ayuda —continúa Emilio—. Están dispuestos a ser muy generosos por el resultado adecuado.

No necesita explicar con todas las letras lo que está pidiendo. Los Torrino quieren a su hijo libre y están dispuestos a pagar generosamente por un milagro legal. Como abogada de la familia Costa, se espera que yo proporcione ese milagro sin importar la culpabilidad o la inocencia. La justicia es negociable cuando tienes suficiente dinero y los contactos adecuados.

—¿Cuándo empiezo? —pregunto, aunque las palabras me saben amargas.

La sonrisa de Emilio se ensancha.

—Mañana. He hecho arreglos para que te reúnas con el abogado actual del chico. Te pondrán al corriente de la situación y te transferirán los expedientes del caso.

Hace una pausa, estudiando mi rostro con la aguda inteligencia con la que construyó su imperio.

—Confío en que harás tu mejor trabajo, Serena. La reputación de la familia depende de ello.

La amenaza es sutil pero inconfundible. El fracaso no es una opción cuando el nombre de los Costa está vinculado a un caso. Asiento, aceptando el encargo con la misma gracia profesional que una vez reservé para procesar a criminales similares.

—Por supuesto. Revisaré todo esta noche y desarrollaré nuestra estrategia.

—Excelente. —La mano de Emilio se posa en mi hombro—. Te has adaptado bien a tu nuevo papel, querida. Tus talentos se adecúan perfectamente a nuestras necesidades.

Se aleja para saludar a otros invitados, dejándonos a Lorenzo y a mí a la sombra de la catedral. El peso de mi nueva tarea se abate sobre mí, un compromiso más en una cadena interminable de concesiones morales. Mañana empezaré a construir una defensa para un hombre culpable, usando mis habilidades para devolver a un criminal a las calles.

—No tienes que hacer esto —dice Lorenzo en voz baja, leyendo el conflicto en mi expresión.

Me vuelvo hacia él, este hombre que renunció a todo por mí. Sigue siendo hermoso bajo la luz de la tarde, sigue siendo peligroso a pesar del entorno civilizado. La cicatriz de su mejilla sirve de recordatorio de su pasado violento, pero sus ojos solo albergan dulzura cuando me miran.

—Sí, tengo que hacerlo —respondo, y ambos sabemos que es verdad. Este es el precio de nuestro amor: mi conciencia por su corazón, mis principios por su protección—. Esto es lo que soy ahora.

—Esto es lo que *somos* ahora —corrige, tomando mi mano de nuevo—. Lo afrontaremos juntos.

El fotógrafo pide más fotos y posamos bajo los antiguos arcos de la catedral. La cámara capta nuestras sonrisas, nuestras manos unidas, nuestra aparente felicidad. Mañana, estas imágenes aparecerán en los periódicos de toda Italia, consolidando nuestra historia pública mientras ocultan nuestra verdad privada.

Mientras comienza la recepción y los invitados se dirigen hacia el palacio donde les esperan el champán y la celebración, me permito un momento de pura honestidad. Amo a este hombre más allá de la razón, más allá de la moralidad, más allá de la persona que solía ser. Cometería cualquier pecado, defendería a cualquier criminal, sacrificaría cualquier principio para mantenerlo en mi vida.

La comprensión me trae una extraña paz. He dejado de fingir ser alguien que no soy, he dejado de luchar contra la corriente que me trajo hasta aquí. Ahora soy Serena Santoro, esposa de un sicario, hija de un Don, abogada de los condenados.

Y a pesar de todo lo que me costó llegar hasta aquí, a pesar de todo lo que seguirá costándome, estoy exactamente donde debo estar.

Las campanas de la catedral repican mientras caminamos hacia nuestra nueva vida, sus antiguas voces de bronce llevando nuestros votos a través de las siete colinas de Roma. En su eco, oigo tanto una bendición como una advertencia: el sonido de un alma entregada libremente, que jamás será recuperada.

No miro atrás.